

MARX, HISTORIADOR DE ESPACIOTIEMPOS SOCIALES

ENSAYO SOBRE LOS FUNDAMENTOS DEL
MATERIALISMO HISTÓRICO

GEORGE GARCÍA QUESADA

 CLACSO



Marx, historiador de espaciotiempos sociales

**Ensayo sobre los fundamentos
del materialismo histórico**

García Quesada, George

Marx, historiador de espaciotiempos sociales : ensayo sobre los fundamentos del materialismo histórico / George García Quesada. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-324-9

1. Marxismo. 2. Historia. 3. Filosofía de la Historia. I. Título.
CDD 320.5322

Otros descriptores asignados por CLACSO:

Marxismo / Capital / Trabajo / Historia

Corrección: Carla Fumagalli

Diseño de tapa: María Clara Diez

Diseño interior: Paula D'Amico

Ilustración de tapa: Nicolás Arispe

Marx, historiador de espaciotiempos sociales

**Ensayo sobre los fundamentos
del materialismo histórico**

George García Quesada



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

Marx, historiador de espaciotiempos sociales: ensayo sobre los fundamentos del materialismo histórico (Buenos Aires: CLACSO, septiembre de 2022).

Título original: Karl Marx, Historian of Social Times and Spaces (Leiden y Boston: Brill, Colección Historical Materialism, 2021).

Traducción de George García Quesada, excepto capítulos 1 y 3, traducción de Luciana Pavez Phillips.

ISBN-978-987-813-324-9



CC BY-NC-ND 4.0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723. La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

En memoria de mi amiga y mentora,
Elizabeth Muñoz Barquero.

Índice

Agradecimientos	9
Introducción: para una ciencia multilineal de la historia.....	11
Capítulo 1: Historia con ontología social.....	33
Capítulo 2: Teoría, modelos y explicación	83
Capítulo 3: En el archivo de Marx	135
Capítulo 4: La narrativa como exposición	175
Conclusiones: Hacia una política de la totalización espaciotemporal	219
Bibliografía	227
Sobre el autor.....	255

Agradecimientos

Agradezco principalmente a Peter Osborne, cuyas lecturas cuidadosas y observaciones siempre llevaron a mejoras sustanciales en versiones previas de este escrito. Peter Hallward, Howard Caygill y Etienne Balibar formularon sugerencias y preguntas muy productivas en distintos momentos de este trabajo. Hector Hernández Gómez, Maria Chehonadskih, George Tomlinson, Eric-John Russell, Rebecca Carson y Francisco Víctor Aguilar leyeron amablemente uno o más capítulos, y sus comentarios han hecho mejor este libro. Los evaluadores anónimos del manuscrito original también contribuyeron decisivamente con esta versión.

Para esta edición, agradezco la colaboración de Pablo Quirós Solís, de Melissa Rivera Fallas y de Guillermo Oro Gutiérrez en aspectos de formato y citación al español, y de Luciana Pavez Phillips por su traducción de los capítulos 1 y 3. Por su parte, las gestiones de mi amigo Carlos Guillermo Aguilar han sido fundamentales para encauzar esta edición. Las limitaciones de este trabajo son, empero, de mi entera responsabilidad.

Deseo además agradecer a mi madre, Ingrid Quesada, y a su esposo Richard Doud por su crucial apoyo durante mi investigación. También a Saray Córdoba, Samantha Wegmann, Fabio Rodríguez y Yessika Díaz-Henry por ayudarme con su valioso tiempo y recursos a cumplir diversas diligencias en Costa Rica durante mi ausencia; y a Eilyn Baltodano y su familia por su hospitalidad durante mis primeras

semanas en el Reino Unido. Mis amigos y colegas Minor Calderón, Giselle Marín, Alexander Jiménez, Pablo Hernández y Mario Salas me honraron con su tiempo y confianza para otros requerimientos. Finalmente, quisiera expresar mi gratitud a mi compañera Amanda Alfaro por su apoyo a todo nivel durante la escritura de este libro.

La investigación que ha dado lugar a este libro ha sido posible gracias al patrocinio parcial de la Universidad de Costa Rica.

Introducción

Para una ciencia multilineal de la historia

Críticos e intérpretes han citado sin parar, y hasta el cansancio, el hecho de que Marx, “por mero accidente”, había vuelto a leer La Ciencia de la Lógica de Hegel. Quieren encontrar correspondencias y analogías. Mas no han investigado el otro aspecto, el de cómo la historia –de las condiciones de los trabajadores y sus luchas– ingresó en la elaboración conceptual de Marx: cómo la estructura de El Capital no es deducible a partir de una categoría inicial, sino que tiene, por el contrario, la discontinuidad de estratos en tensión entre sí; cómo el material histórico es ensamblado en el texto y entra en tensión con la exposición conceptual, pero en la misma constelación que esta. Un reportaje sobre una lucha de trabajadores no es para Marx solamente un buen dato periodístico que puede ser citado como ejemplo, sino el punto de condensación en el que la exposición teórica entera se concentra y estalla.

M. Tomba, *Marx's Temporalities* (2013a, p. 158).

Este trabajo busca establecer un diálogo entre la concepción de Marx sobre la historia y algunos problemas actuales de filosofía de la historia, mediante el análisis de las categorías de espacio social y tiempo social, en su relación necesaria. En esta línea, interpretamos y sistematizamos los varios niveles de su concepción de la historia, no solo para clarificar sus posiciones explícitas, sino para además explorar posibilidades que él mismo no elaboró plenamente, y así

abordar y reformular diversos problemas de teoría de la historia e historiografía. Aunque la lectura que aquí presentamos busca comprender rigurosamente el *corpus* marxiano en sus aspectos filosóficos, históricos y filológicos, no pretendemos exponer aquí al “Marx original” –una tentativa que se ha mostrado imposible después de más de siglo y medio de interpretaciones en conflicto–¹ sino resaltar las posibilidades del “mejor Marx” en términos de la capacidad de su teoría e investigación histórica para dar cuenta de totalizaciones complejas y en desarrollo desigual (Johnson, 1982).

Como argumenta el primer capítulo, las formulaciones de Marx tendientes hacia una concepción multilineal de la historia, basada en formas sociales y no en etapas, aparecieron inicialmente en sus *Grundrisse* de 1856-57, asumiendo una perspectiva que permite la integración de diversos espaciotiempos sin reducirlos a un único principio. En esta concepción, el conocimiento sobre los procesos históricos existentes requiere fundamentos tanto empíricos como teóricos, de modo que el estudio de la concepción marxiana implica no solamente la revisión de sus más abstractos análisis sobre modos de producción –con el capitalismo como el modelo de modo de producción *par excellence*– sino además, necesariamente, abordar sus análisis de casos históricos particulares.

Así, el epígrafe de Tomba resume adecuadamente la importancia de los estudios de caso y de la contingencia para la concepción de la historia de Marx. Lo históricamente particular es un “punto de condensación” en la medida que está conformada por múltiples relaciones y prácticas sociales. Por tanto, cuando se la realiza debidamente, la explicación histórica da cuenta de la complejidad de los fenómenos al exponer la totalización social a través de sus relaciones contradictorias. El conocimiento histórico es producido en la tensión entre

¹ “Ya no podemos tener la pretensión ingenua de leer el *Edipo Rey* de Sófocles o el *Hamlet* de Shakespeare como si no hubiera existido Freud. Esas interpretaciones cuando son eficaces, no se han limitado a trasladar a un código inteligible un texto rico en incertidumbres, sino que se han incorporado a la obra, a su contexto de recepción” (Grüner, 1995, p. 11).

lo abstracto y lo concreto: el concepto de Marx de “modo de producción” es esencial para el análisis histórico, pero, como exponemos en el segundo capítulo, los contextos socio-históricos particulares son igualmente importantes para su teoría de la historia.

Esta consideración es importante para no exagerar la distancia entre los escritos de Marx sobre economía política y los que dedicó a acontecimientos históricos particulares. La idea de Harvey de “dos marxismos” –uno determinista y otro voluntarista– incurre en este tipo de exageración, al sostener que hay “una distancia aparentemente insalvable entre el tono fluido, accidental y voluntarista de los escritos históricos y políticos, por un lado, y la economía política rigurosamente científica y normativa, por otro” (2013, p. 15). Si esta posición de Harvey fuera correcta, los escritos de Marx sobre procesos coyunturales carecerían totalmente de contenidos teóricos.

Ciertamente estos escritos fueron producidos bajo condiciones bastante diferentes entre sí, y cada uno tiene distinto valor en términos de su contribución a la teoría de la historia. Como observaremos en el tercer capítulo, las condiciones para la producción de estos textos tuvieron influencias decisivas sobre sus contenidos. Por ejemplo, sus entradas para la *American Cyclopedia* fueron escritas meramente para obtener un ingreso económico, y tienen una relación lejana –si acaso la tuvieran del todo– con su teoría de la historia, mientras que *La Guerra Civil en Francia* fue escrito como un comunicado político de la Asociación Internacional de los Trabajadores, y centraba su análisis en el desarrollo del Estado francés. Por otra parte, sus artículos sobre la Guerra de Secesión en los Estados Unidos, escritos para públicos no familiarizados con las condiciones sociales de ese país, contextualizan con todo rigor materialista histórico las contradicciones económicas y políticas que llevaron a esta confrontación militar.

En este sentido, es necesario matizar el entusiasmo de Kevin Anderson respecto de los escritos de Marx posteriores a 1856 sobre casos particulares: algunos de ellos contienen, como él argumenta, análisis teóricamente significativos de sociedades históricas específicas –especialmente no occidentales– con mayor detalle y profundidad

que sus escritos sobre economía política (2010, pp. 5-7), mientras que otros, en contraste, tienen alcances mucho más limitados. En particular abordaré los análisis de Marx sobre los orígenes del capitalismo en el primer tomo de *El Capital*, sobre la Comuna en *La Guerra Civil en Francia*, y sus artículos (algunos en colaboración con Engels) sobre la Guerra Civil en los Estados Unidos. Estos textos explican procesos de variadas escalas espaciales y temporales, y tratan distintos aspectos del desarrollo del capitalismo, como la desposesión de los medios de las personas trabajadoras, el trabajo esclavo moderno, y las relaciones entre clases y Estado.²

En estos análisis, Marx se aproxima de modo concreto a cada uno de los procesos particulares, para cuya explicación elabora narrativas (incluso en el caso de los artículos sobre la Guerra de los Estados Unidos, los cuales a pesar de su condición fragmentaria, componen una narrativa coherente). De hecho, en este trabajo argumentaremos que este componente narrativo no se opone a la explicación estructural, sino que es inescapable y necesario para la explicación de los procesos históricos. Esto abre el tema de la dimensión literaria de la historiografía pero, lejos de llevar a un formalismo estético que subestima el valor epistémico de la historiografía, la aproximación marxiana a la narrativa –que Marx, sin embargo, no desarrolló– resalta la importancia de la toma de posición política en el conocimiento histórico. Esta es una preocupación central en el capítulo cuarto.

Puesto que algunos de estos casos, como las dos guerras civiles que hemos mencionado, ocurrieron mientras Marx escribía sobre ellos o poco antes, es menester que hagamos una consideración preliminar acerca de su concepción de la historia. Por razones que más

² A pesar de la sutileza analítica de textos como el *18 Brumario* y *Las luchas de clases en Francia*, las apreciaciones peyorativas en ellos sobre el campesinado, por ejemplo, indican que durante este periodo la concepción de Marx se enmarcaba aún en la unilinealidad de la concepción ilustrada de la historia. Además, aunque estos textos siguen una concepción rigurosa de la lucha de clases, carecen todavía de una teoría del capitalismo que les permitiera articular política y economía, una perspectiva especialmente desarrollada a partir de los *Grundrisse*.

adelante se harán claras, el título de este trabajo no debe entenderse como un respaldo a la idea de la historia como la disciplina que tradicionalmente ha tenido al pasado como su objeto de estudio: las categorías de espacio y tiempo en el núcleo del concepto de “historia” de Marx difieren radicalmente de las de los historiadores dominantes en el siglo XIX. En términos actuales, Marx entendía la ciencia de la historia como una aproximación transdisciplinaria y totalizante en las ciencias sociales. De allí que el título de este libro, en abierta referencia al profundo y sugerente prólogo de Eduardo Grüner a *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850* (2005),³ aluda a Marx como investigador social a nivel filosófico, teórico y empírico. Subyaciendo a esta unidad dialéctica se halla una concepción de la historia como un objeto que puede ser comprendido a través de las categorías apropiadas, a la vez que la investigación de las formaciones históricas particulares ayuda a avanzar la teoría histórica.

Habiendo aclarado esto, si bien la concepción de Marx es más amplia que la de los estudios históricos disciplinares tradicionales, los problemas de estos están no obstante cercanamente relacionados con aquellos de los cuales se ocupa la concepción materialista, especialmente debido a la inevitable dimensión temporal de la investigación histórica, tradicionalmente pasada por alto por las demás disciplinas sociales. Sin embargo, la importancia de los problemas de la filosofía de la historia fue subestimada por la mayor parte de la teoría marxista durante el siglo XX; en ella, como indica Osborne, la preocupación por la historia

fue reemplazada por un interés en teorías antropológicas y sociológicas que tendían a pasar totalmente por alto el problema del tiempo histórico. Así se tendieron las bases de las varias distintas combinaciones sincréticas de marxismo y sociología que desde entonces han

³ En una línea cercana a las obras de este y otros autores latinoamericanos –como Enrique Dussel, Ludovico Silva y Bolívar Echeverría– nuestro libro busca aproximarse a las categorías marxianas y marxistas como medios para la explicación del capitalismo global, y particularmente de sus formaciones periféricas.

predominado en una “teoría social” filosóficamente ambigua. Entre tanto, la búsqueda de una mejor comprensión de la idea de historia continuó en debates no marxistas sobre la metodología de la historiografía, cuya forma esencialmente trascendental registra su continuidad con el proyecto de la crítica de la razón histórica de Dilthey (2010, p. 32).⁴

Mientras que la filosofía de la historia en las últimas décadas ha estado dominada por perspectivas según las cuales el conocimiento histórico se limita a los mecanismos lingüísticos de la historiografía, y en particular a los literarios, el enfoque hermenéutico de Paul Ricoeur ha aportado una de las principales contribuciones en este campo.⁵ Según este autor, la historia tiene sus raíces en la memoria pero al mismo tiempo es autónoma de ella, siendo una disciplina a la vez científica y literaria. De allí que analice la construcción del conocimiento histórico como un proceso polifacético cuya explicación implica varios momentos diferenciados. En su *La memoria, la historia, el olvido*, Ricoeur distingue tres fases epistemológicas indispensables, las cuales no deben ser consideradas como etapas cronológicas sucesivas, sino como “momentos metodológicos imbricados entre sí” (2004, p. 177), y con la misma importancia.

Caracteriza estas fases del siguiente modo:

llamo fase documental la que se efectúa desde la declaración de los testigos oculares a la constitución de los archivos y que fija, como programa epistemológico, el establecimiento de la prueba documental. Llamo después fase explicativa/comprendida la que concierne a los usos múltiples del conector “porque” que responde a la pregunta “¿por qué?": ¿por qué las cosas ocurrieron así y no de otra manera? El doble título de explicación/comprende habla lo bastante del rechazo de la oposición entre explicación y comprensión que, muy a menudo, ha impedido captar en toda su amplitud y complejidad el

⁴ Ver también Joseph Fracchia (2013).

⁵ Sobre el “giro lingüístico” en historiografía, ver particularmente Frank Ankersmit (2001).

tratamiento del “porqué” histórico. Llamo, finalmente, fase representativa a la configuración literaria o escrituraria del discurso ofrecido al conocimiento de los lectores de historia. Si el reto epistemológico principal tiene lugar en la fase de la explicación/comprensión, no se agota en ella, ya que es en la fase escrituraria donde se declara plenamente la intención historiadora, la de representar el pasado tal como se produjo –cualquiera que sea el sentido asignado a este “tal como”– (2004, p. 177).

Podríamos asumir que la exageración de una de estas fases, con la consiguiente invisibilización o subestimación de las demás, lleva a aproximaciones que perjudican las posibilidades explicativas de la historiografía. Mientras que el fetichismo de la fase documental se halla en el corazón de la historia acontecimental (*événementielle*), supuestamente no interpretativa, de fines del siglo XIX, un énfasis exagerado sobre la fase explicativa/comprensiva ha llevado a formulaciones esquemáticas sin consideración de las condiciones reales de los procesos sociales específicos: este yerro es el teoricismo, en el cual la especulación conceptual sustituye al análisis empírico.⁶ A su vez, la filosofía de la historia actualmente dominante, al considerar que el discurso histórico está decisivamente prefigurado por formas narrativas y tropos lingüísticos independientes de condiciones metodológicas y documentales, tiende a fetichizar la tercera fase.⁷

La filosofía de la historia de Ricoeur tiene el mérito de haber sido elaborada a través del análisis de la historiografía y sus problemas metodológicos: sus planteamientos filosóficos abundan en consideraciones sobre obras de historiadores como Labrousse, Ginzburg, De Certeau, Braudel y Foucault. Este esfuerzo por construir puentes entre la filosofía de la historia y la investigación histórica ha sido

⁶ Sobre la crítica del teoricismo, ver Jairus Banaji (2011, p. 8). Ver también el Capítulo 2 de este libro.

⁷ Contra esta reducción, Ricoeur sostiene que “*subsiste una desviación* entre la explicación narrativa y la histórica, y es *la búsqueda misma*. Esta desviación excluye la posibilidad de considerar la historia, con Gallie, como una especie del género *story*” (2003, p. 296; cursivas en el original). Ver más adelante el Capítulo 4 de este libro.

especialmente oportuno en tiempos en los que la primera había perdido toda relevancia para esta –si es que alguna vez la tuvo– y los filósofos de la historia parecían considerar la historiografía como una mera fuente de ejemplos para sus posiciones ya formuladas. Además, la interlocución de Ricoeur con el estructuralismo, el postestructuralismo y la filosofía analítica hacen de su enfoque hermenéutico a los diversos aspectos y fases del pensamiento histórico un punto de partida especialmente productivo para la sistematización de una filosofía materialista de la historia.⁸

En nuestro diálogo entre Ricoeur y Marx, sin embargo, no solo cambian los contenidos de los momentos, sino, incluso, su orden: mientras que el francés, siguiendo el método fenomenológico, ha buscado abstraer a partir de “las cosas mismas” y así conocer sus esencias, la dialéctica de Marx comienza desde las abstracciones, a las cuales añade determinaciones para construir los objetos concretos de pensamiento. Consecuentemente, la filosofía ricoeuriana de la historia analiza las fases epistemológicas antes de discutir sus implicaciones ontológicas; a la inversa, el abordaje marxiano considera que las categorías ontológicas abstractas deberían ser la base desde la cual se formule la teoría de la historia (que trataría especialmente sobre la construcción de los modos de producción). Así, en este movimiento de lo abstracto a lo concreto, la fase de la teoría funciona como la mediación entre las categorías más generales y los análisis empíricos. Puesto que la realidad no se manifiesta directamente al sujeto, sino que debe ser explicado mediante teorías científicas, esta fase es fundamental en la concepción marxiana de la historia.

Precisamente debido a la función central de esta fase, nuestra propuesta difiere de la perspectiva de Ricoeur de otro modo significativo: mientras que este filósofo tiende a mantener una actitud descriptiva hacia las distintas posibilidades de explicación/comprensión (como su misma denominación de esta fase indica), y por tanto

⁸ En este sentido, véase la valoración que hace Fredric Jameson sobre este filósofo en *Valences of the Dialectic* (2010, p. 486).

sus consideraciones metodológicas son vagas, el interés de Marx en el desarrollo de una *teoría de la historia* nos lleva a una metodología normativa que busca no solo describir las condiciones básicas de toda historiografía, sino aquellas condiciones necesarias para una explicación histórica epistemológicamente adecuada. En este sentido, nuestra lectura de Marx es deudataria del realismo crítico de autores como Roy Bhaskar, Andrew Sayer y otros que han contribuido a una filosofía de la ciencia basada en la obra del propio Marx.

Este abordaje realista crítico esclarece cómo se produce el conocimiento histórico y, para efectos de nuestra investigación, la concepción marxiana de él. Desde esta perspectiva, el llamado de Tomba a considerar las relaciones entre el “material histórico” y la exposición conceptual en la obra de Marx nos lleva a observar la interacción entre los diversos niveles de abstracción para la producción del conocimiento histórico. Mientras que los conceptos abstractos guían la investigación de los casos particulares, el análisis de estos puede también llevar a nuevos conceptos con variados niveles de abstracción. Incluso los más altos niveles están sujetos a ser reformulados a partir de transformaciones de sus objetos de estudio, o debido a una mejor comprensión de tales objetos.

La aproximación de Marx a la historia difiere así de otro modo decisivo respecto de la filosofía de la historia de Ricoeur: mientras que el último no hace referencia alguna a las relaciones entre la “condición histórica” y sus condiciones históricas de posibilidad (no remite al desarrollo del capitalismo, ni a la historia en general más allá del ámbito de lo conceptual), la concepción de Marx considera necesariamente su propia historicidad. Esta tematización de las condiciones materiales de la ontología de la historia apunta no solo hacia la dimensión temporal de esta, sino además hacia su espacio social: el espacio es un problema del cual una concepción materialista de la historia debe ocuparse, pues las trayectorias históricas de las formaciones sociales difieren entre sí tanto temporal como espacialmente. Como argumentaremos en el primer capítulo, espacio social y tiempo social son formas –productos de la praxis humana– que organizan

los procesos sociales, y el análisis de estas formas ayuda, por tanto, a esclarecer esos procesos y a visibilizar a los actores sociales en ellos.

La consideración de ambas formas es entonces un aspecto fundamental para la explicación de la historia como un proceso multilíneal de producción humana. Al no reducir las complejas trayectorias históricas a un principio único, un abordaje debidamente espacio-temporalizado diferencia esos procesos en su desarrollo desigual, a la vez que los relaciona. Aunque la separación analítica entre espacio y tiempo puede ser útil para explicar diversos mecanismos sociales, esta pertinencia es resultado de que espacio y tiempo se han vuelto formas relativamente independientes entre sí para efectos de mecanismos históricos específicos, como en los casos del espacio mercantilizado de la renta de la tierra y del tiempo alienado del trabajo abstracto, cuyas explicaciones presuponen el conocimiento acerca del modo de producción capitalista.

El análisis de las relaciones entre espacio y tiempo *como formas en el seno de totalidades históricas* evita los traslapes y lagunas que surgen de perspectivas que sobreestiman los alcances de uno u otro. Lefebvre (2013, p. 236) y Agamben (2004, p. 131), por ejemplo, le han asignado al espacio y al tiempo, respectivamente, el papel fundamental en la organización social y han caracterizado en términos casi idénticos la prioridad de cada una de estas formas sociales para la transformación revolucionaria. Puede argumentarse que esta confusión es producto de un concepto de espacio fuertemente temporalizado en el caso de la teoría de Lefebvre, y de un concepto de tiempo fuertemente espacializado en la obra de Agamben. El análisis de estas categorías como parte de una concepción más amplia de la historia puede entonces ayudar a clarificarlas a ellas y a sus relaciones, a la vez que a mostrar su importancia para la explicación histórica.

Este trabajo presenta así un análisis transversal, una interpretación y discusión sobre las funciones de espacio y tiempo sociales en la filosofía marxiana de la historia. Puesto que el “mejor Marx” no puede ser una pieza de museo, desarrollo mi interpretación de su obra en diálogo con autores y corrientes de teoría social y filosofía

recientes, explorando de ese modo las posibilidades abiertas por sus trabajos tanto conceptuales como analíticos.⁹ De este modo, argumentaré a favor de la relevancia de la obra de Marx para la explicación de los problemas actuales de la investigación histórica, tanto en lo teórico como en lo empírico.

En este sentido, la creciente conciencia de las ciencias sociales en las últimas tres décadas respecto del papel activo del espacio y el tiempo en la sociedad (aunque a menudo tratados por separado, como en el llamado “giro espacial”) ha llevado a diversos autores marxistas y postmarxistas a formular problemas conceptuales que requieren de una clarificación de carácter ontológico. *La producción del espacio*, de Henri Lefebvre, ha sido crucial para autores como Harvey (1991), Jameson (1991) y Soja (1989), quienes han desarrollado sus consideraciones sobre la cultura y la economía política de las ciudades a partir de la ontología esbozada por el filósofo marxista francés. En cuanto al concepto de tiempo social, Martineau (2016) ha mostrado el desarrollo histórico de la alienación del tiempo en el capitalismo; el propio Lefebvre (2004) ha elaborado la problemática del tiempo social en su teoría del ritmoanálisis, y Pierre Bourdieu, cuya teoría social general no es marxista, sostiene una teoría de la práctica social en la que el tiempo es socialmente producido.¹⁰

En cuanto al espacio social, mientras que Soja (1989), en los niveles teórico y metodológico, propone fundamentar la teoría marxista como un “materialismo histórico-geográfico” –tema sobre el que me refiero más adelante– basándose en una ontología espacializada, Harvey aplica la teoría lefebvriana de la producción social del espacio a la economía política de la ciudad, y Jameson explora

⁹ En este breve recuento no abordo los trabajos monográficos sobre espacio y tiempo en Marx, con los cuales sin embargo se discute en los capítulos de este libro.

¹⁰ Bourdieu afirma que la teoría social debe reconstruir “el punto de vista del agente que actúa, de la práctica como ‘temporalización’, revelando de ese modo que la práctica no está *en* el tiempo, sino que *hace* al tiempo (al tiempo humano, a diferencia del tiempo biológico o astronómico)” (2000, p. 206). Para una descripción y crítica del auge del espacio y tiempo en las ciencias sociales, véase Peter Merryman (2012). Sobre el concepto e historia del “giro espacial” ver Doreen Massey (2005) y Robert T. Tally Jr. (2013).

las implicaciones culturales del espacio en el capitalismo tardío. Los conceptos de *compresión espaciotemporal* (Harvey, 1991) y de *cartografía cognitiva* (Jameson, 1991) son particularmente importantes para la conceptualización de espacio y tiempo sociales en este libro. El primer concepto plantea que en el capitalismo la tendencia a acelerar el tiempo de rotación de las mercancías para maximizar la acumulación capitalista genera una aceleración de la vida social y cultural. El concepto de cartografía cognitiva, por su parte, no se refiere a una representación “realista” del espacio objetivo, sino a la “reconquista práctica de un sentido del lugar y la construcción o reconstrucción de un conjunto articulado que pueda ser retenido en la memoria, y a la que el sujeto individual pueda mapear y remapear a lo largo de momentos de trayectorias móviles y alternativas” (Jameson, 1991, p. 51).

Para Jameson, la cartografía cognitiva cumple la función que en etapas anteriores del capitalismo tenía la conciencia de clase. Pero la ciudad posmoderna, argumenta, hace que la cartografía cognitiva sea imposible, creando una percepción de espacios simultáneos y fragmentados que suspende la capacidad del sujeto de ubicarse en una experiencia temporal coherente. En tal contexto, la alienación del espacio se manifiesta en la incapacidad que tiene la gente para mapear en sus mentes sus posiciones en la totalidad urbana en la que se encuentran (1991, pp. 160-161 y 415-418). Jameson ejemplifica esta dislocación con el hotel Westin Bonaventure en Los Angeles y con la famosa casa de Frank Gehry en Santa Monica. Interpreta en este último caso la combinación de espacios interiores con perspectivas aparentemente incompatibles, que desafían las expectativas de percepción espacial en el edificio, como un modo espacializado de pensar las contradicciones entre la percepción de espacios abstractos no representables y nuestras representaciones cotidianas de espacio y tiempo (1991, pp. 40-54 y 108-129).

En cuanto al tiempo social, tanto la teoría de Bourdieu de la práctica como el ritmoanálisis lefebvriano se enfocan en los aspectos más inmediatos y corporales del tiempo social. En estos autores, el cuerpo socializado es el lugar de la actividad creadora, mediante una

inteligencia del cuerpo (Lefebvre) o un *habitus* (Bourdieu). Del mismo modo, hay una pluralidad de tiempos derivados de la variedad de las praxis, la cual Bourdieu enmarca en un campo social total, entendido como una matriz multidimensional de distintos tipos de riqueza social (a cada uno de los cuales considera un tipo de *capital*) (1998, p. 7). Estas aproximaciones son productivas en términos de las relaciones entre sujeto y estructura; no obstante, al conceptualizar la temporalidad desde el punto de vista del cuerpo individual, pasan por alto los problemas transgeneracionales del tiempo: el problema del *tiempo histórico* propiamente dicho.

El libro de Martineau (2016) pone el acento sobre las *relaciones temporales socialmente producidas* y sus relaciones con los procesos y ciclos naturales. Este análisis asume que diferentes modos de producción producen diferentes tipos de relaciones sociales temporales, que en el capitalismo se vuelven alienadas con el surgimiento del tiempo abstracto expresado por el reloj. El capitalismo aparentemente unifica la diversidad de relaciones temporales bajo esta abstracción, pero la historia como tal es tiempo concreto, el cual (como indica el autor) puede también entenderse como *muchos* tiempos concretos, y por tanto nos lleva a la fundamental pregunta de por qué es necesario totalizarlos. Aunque Martineau responde a esto desde una posición historicista, al considerar que la unidad de la historia es producida por el carácter totalizante del capitalismo (lo cual considero parcialmente correcto), en el primer capítulo argumento que, más allá de esta vía de argumentación, el concepto de praxis presupone siempre la relación con la totalización histórica.

Aunque estos trabajos tratan sobre casos específicos o formulan conceptos y métodos para analizar problemas empíricos, sus andamiajes teóricos suponen problemas más abstractos acerca de lo que sean la sociedad y la historia, así como sus relaciones con el ser humano y la naturaleza; esto es, problemas ontológicos. Estas teorías abarcan los distintos aspectos del espacio y el tiempo en el capitalismo tardío: sus tendencias objetivas o subjetivas (culturales) y los problemas epistemológicos que corresponden a las condiciones sociales

más recientes. Tal vez uno de los problemas más evidentes sea la misma separación de espacio y tiempo en la mayoría de esta literatura; e incluso cuando el espaciotiempo es tratado como una unidad (como Sassen (2018), y Harvey (1991) ocasionalmente), no se razona el motivo por el cual se hace. Esto es un problema especialmente en el libro de Soja (1989), cuyo argumento a favor de un materialismo histórico-geográfico asume un dualismo en el que el espacio es exclusivamente geográfico y el tiempo es exclusivamente histórico, una posición incompatible con la concepción totalizante de la historia de Marx.

En contraste, el primer capítulo de este libro sostiene que esta importancia del espacio *y* del tiempo en la teoría social tiene un fundamento ontológico del cual se debe dar cuenta, precisamente, mediante el concepto de totalización (especialmente tal como lo elaboró Sartre), el cual no solamente clarifica los problemas suscitados por estos autores recientes, sino que además fortalece la teoría de Lefebvre sobre la producción del espacio (la cual también debería dar cuenta de la producción del tiempo social). La dimensión espacial de la totalización, a su vez, debe hacerse explícita: tanto Sartre como Lefebvre son necesarios para desarrollar el concepto marxiano de praxis del modo más fructífero. Esto tendría que llevar a una ontología capaz de explicar el desarrollo espacial y temporal desigual como parte de una totalización histórica compleja, a la vez que de clarificar las relaciones entre historia (con sus momentos práxico, objetivo y subjetivo) y nuestro conocimiento sobre ella.

El segundo capítulo, por su parte, mantiene un diálogo con las concepciones espaciotemporales de investigadores que le han dado un lugar central en sus teorías al tema de la escala. La teoría de la historia a gran escala de Fernand Braudel (1982 y 1984) es allí una referencia fundamental. No solamente defiende convincentemente las ventajas de estudiar unidades geográfica y temporalmente grandes, sino que además incorpora la consideración de la configuración espacial (o, como él lo llama, *esquema espacial*) y de temporalidades diferenciales (temporalidades múltiples desarrollándose con distintos

ritmos): lo primero, con el modelo de centros y periferias originalmente desarrollado por las teorías de la dependencia; lo segundo, especialmente con su utilización de los ciclos seculares para el análisis del desarrollo capitalista. Así, escala, configuración espacial y ritmo aparecen como determinaciones centrales para la investigación histórica, contribuyendo a darle forma al análisis del desarrollo desigual y combinado.

Teóricos de la globalización como Wallerstein (1974), Castells (2010) y Sassen (2008) siguen el tratamiento braudeliano de gran escala pero, mientras que el primero añade un tercer elemento intermedio (la semiperiferia) al modelo de centro y periferia, los otros dos exploran los aspectos más dinámicos del capitalismo global reciente, elaborando conceptos más matizados para el análisis de la globalización. El lugar del modelo de centro y periferia pasa, en la teoría de Castells (2010), de una lógica de *espacios de lugares* en sociedades no informacionales a una basada en un *espacio de flujos* (de capital, interacciones organizacionales, imágenes, tecnología, símbolos y, por supuesto, información) en la actual globalización. Estos flujos se organizan mediante una red global de *nodos y ejes* de distintas densidades e intensidades, y un eje puede convertirse en centro o retraerse a la periferia dependiendo de la cantidad de flujos que pone en movimiento. Sassen, por su lado, analiza este orden global como una coexistencia e imbricación entre el orden espaciotemporal nacional imperante constituido por la burocratización, con un mito fundacional en el pasado, y el nuevo orden emergente, el cual “trae la experiencia de un espaciotiempo instantáneamente transnacional vuelto hacia la velocidad y el futuro” (2008, p. 378). El espaciotiempo de lo nacional es, por tanto, centrípeto, mientras que el de lo global es centrífugo. Trata esta configuración de contradicciones y discontinuidades espaciotemporales globales como un *ensamblaje* del cual surge un orden *intermedio*.

Pero, mientras que el tratamiento temporal y espacial de gran escala explica la dinámica impersonal del sistema-mundo, le son invisibles las experiencias de vida individuales y de las comunidades.

Esta vía ha sido explorada con profundidad por la microhistoria, en relación mucho más cercana a la antropología cultural que a la sociología, y plantea que la reducción de escala de la observación, mediante el estudio intensivo del material documental, puede aplicarse a cualquier objeto independientemente de sus dimensiones. Su tratamiento, en contraste con los abordajes de gran escala, es abiertamente narrativo, pero esto no implica que un regreso a la antigua historia de acontecimientos. Es una alternativa (o complemento) a los métodos cuantitativos y seriales de aproximación a las clases subordinadas, que permite que la investigación social no solamente reconstruya masas anónimas, sino también personalidades individuales, sin que estudiar la singularidad del caso particular implique pasar por alto las tendencias históricas más amplias. Por ello, mientras que la capacidad de acción reside en los personajes individuales de la narrativa, el objetivo de la microhistoria tiende hacia la utilización de estos como personificaciones de situaciones sociales. En este sentido, la lucha de clases es el criterio de totalización en las narrativas de autores como Ginzburg (1980) y Levi (1991).

¿Cómo explican los análisis de Marx procesos históricos específicos y ayudan a desarrollar modelos explicativos, a la luz de estos conceptos y problemas contemporáneos de espacio y tiempo? Para observar cómo la teoría y explicaciones de Marx tratan las determinaciones de escala, configuración y ritmo, esta pregunta requiere clarificar las relaciones entre los conceptos de modo de producción, de formación social y de coyuntura, así como sus diferencias epistemológicas y ontológicas. Además, en lo atinente a la dialéctica de macro- y microhistoria, aunque la gran escala es la principal aproximación para el análisis del desarrollo histórico de los modos de producción, los estudios de caso de Marx nos permiten examinar igualmente el juego entre las escalas de tiempo y espacio, y analizar los temas de estructura y capacidad de acción en la historia.

El tercer capítulo trata sobre los problemas surgidos con el llamado *giro archivístico*, el cual, según afirma Ann Stoler, ha elevado al archivo a un nuevo estatus teórico, con lo cual cambia la perspectiva

del archivo-como-fuente hacia el archivo-como-tema (2002, p. 86). Las condiciones y criterios por los que ciertos documentos son producidos y almacenados no indican mucho solamente acerca de las voces que en el archivo les dan forma a las potenciales narrativas históricas, sino acerca de sus exclusiones implícitas. La crítica de fuentes debe, por tanto complementarse con la evaluación sobre el archivo del que proviene la fuente específica: aunque cada fuente primaria es singular, su revisión en la operación historiográfica no es atomizada, pues la conservación de las fuentes es un proceso socialmente práctico, y a menudo institucionalizado. En la investigación histórica, por tanto, no es solamente necesaria la crítica de fuentes sino también del archivo.

El reconocimiento de las determinaciones sociales de las fuentes y los archivos es, pues, un elemento central de la investigación histórica en la fase documental, y su abordaje crítico se fortalece al considerar sus condiciones espaciotemporales. La transición de memoria a historiografía depende del acto de archivar (Ricoeur, 2004, pp. 191-193), por lo que es necesario problematizar las bases institucionales y sociopolíticas del archivo tanto como las historiografías que de él resultan. Investigadores como Foucault (1987 y 1992) y Ginzburg (1980) han insistido en la necesidad de hacer visibles a las culturas subalternas, al utilizar fuentes en las que los sujetos subalternos dejaron huella casi por mero accidente. En tales casos, la escasez de fuentes condena a que la interpretación histórica se base en reconstrucciones fragmentarias, y la obliga a leer las fuentes “a contrapelo”: de modos ajenos a las intenciones de los archivadores, para sacar a la luz algunos aspectos de las culturas populares reprimidas.

En una línea similar, los estudios subalternos y poscoloniales han hecho contribuciones sustanciales a esta crítica, resaltando los criterios geopolíticos del archivo, así como su relación con la historiografía y el imperio. Autores como Richards (1993), Guha (2002a) y Mbembe (2002) han explicado diferentes aspectos de este asunto: mientras que el primero ha demostrado el sesgo estado-céntrico del archivo tradicional, imaginado a fines del siglo XIX por las élites

imperiales como un proyecto de conocimiento total en relación con el Estado, Guha ha argumentado que este proyecto imperial introdujo en la India la historia (específicamente la *historia universal*), y enumera varios ejemplos de historias que se habrían perdido de haberse dependido solamente en los archivos estatales tradicionales. Mbembe, adicionalmente, argumenta que el archivo impone los límites de las temporalidades (y, añadimos nosotros, de las espacialidades) entretejidos por la persona historiadora para componer las narrativas historiográficas posibles. Esto es particularmente importante porque muestra que la crítica del archivo (no solamente del archivo estado-céntrico) debe considerar el espaciotiempo de los contenidos de los documentos archivados tanto como los espaciotiempos que determinan la actividad de registrarlos.

En este sentido, la utilización del archivo tradicional estado-céntrico es inevitable, pero ha de ser debidamente tematizada, y eventualmente complementada con otros archivos para no invisibilizar a los sujetos subalternos. El análisis del archivo de Marx es de particular importancia porque muestra las posibilidades de formular interpretaciones contra-hegemónicas a partir de fuentes en su mayoría hegemónicas. Más aún, permite valorar su filosofía de la historia, y más específicamente su *teoría* de la historia, en relación con el sesgo espaciotemporal (el eurocentrismo) del que han sido reiteradamente acusadas. Pero además, el análisis de cómo posteriores investigaciones sobre los casos específicos estudiados por Marx han considerado el espacio y tiempo para formular las nuevas explicaciones mejoran nuestra comprensión de los alcances y limitaciones del archivo (y las explicaciones) de Marx, en relación con aquel disponible actualmente para la investigación.

Finalmente, el cuarto capítulo trata especialmente con la propuesta de Ricoeur (2003, 2008 y 1996) sobre las relaciones entre tiempo y narrativa desde el punto de vista de la historiografía. A partir de este filósofo, autores en la tradición de la dialéctica como Jameson (2010, pp. 475-612) y Osborne (2010) han concebido a la narrativa como el medio fundamental por el cual el lenguaje le permite

al sujeto aprehender la temporalidad. Pero, mientras que Ricoeur defiende un pluralismo de temporalidades y narrativas, el cual no permite que surja una narrativa totalizante que dé cuenta de tales temporalidades, para estos autores la totalización es un asunto indispensable para abordar los problemas de la representación historiográfica.¹¹ Más aún, les resulta imperativo relacionar las estructuras de la realidad social y su representación, por lo cual el criterio teórico de la totalización social debe ser también el hilo conductor de toda narrativa histórica.

En las obras de Osborne y Jameson, el tiempo es un producto de la historia (la cual no se muestra inmediatamente), y por tanto es necesaria una teoría de la historia que dé cuenta de las narrativas que le dan forma a las distintas temporalidades existenciales. La totalización sería la operación mediante la cual las grietas, contradicciones y relaciones en general entre temporalidades se incorporan en una historia contradictoria; existe una sola historia, pero no está constituida por tiempos homogéneos. No obstante, el desarrollo de la categoría de temporalidad lleva tanto a Jameson (2010) como a Osborne (2010) a problemas de espacialidad: el primero a través de la globalización, el segundo a través de la materialidad de las condiciones de la praxis cotidiana. Sus esfuerzos por hacer aparecer la historia a partir del tiempo terminan por hacer aparecer del mismo modo al espacio, ya sea desde el nivel “micro” o del planetario, la escala más amplia de la vida social. Una aproximación materialista siempre tiene una dimensión espacial inmanente; cómo relacionar espacio y narratividad es, por ello, un tema central para una concepción materialista de la representación.

Al respecto, propongo una reformulación del concepto bajtiniano del cronotopo y del concepto marxiano de exposición (*Darstellung*), a partir de una lectura realista crítica de Ricoeur, para abordar el

¹¹ En la tradición fenomenológica, la unidad de las múltiples narrativas se fundamenta en última instancia sobre prejuicios contingentes intersubjetivos (Koselleck, 2002, pp. 117-8; David Carr, 1991). Acerca de la reivindicación del prejuicio, véase H. G. Gadamer (2004).

problema de elaborar narrativas capaces de explicar los procesos sociales y sus resultados a través de la explicación de sus dinámicas espaciotemporales. La formulación de un concepto específicamente historiográfico del cronotopo además aclara el crucial tema de la toma de posición política de la historiografía. Esto, en último término, lleva a discutir en este capítulo con narrativistas como Hayden White, quienes tratan al lenguaje como una entidad independiente a la vez que pasan por alto el papel de espacio y tiempo en la investigación histórica, y la necesidad de relacionarlos con una *teoría* de la historia.

Finalmente, una indicación sobre mi abordaje a la obra de Marx en este libro. Puesto que mi intención es sistematizar la concepción de historia de Marx a partir de las categorías de espacio social y tiempo social, las cuales sostengo que deben ser fundamentales en todos los niveles del análisis social e histórico, me ocupo de las condiciones biográficas de Marx solo secundariamente. Sin embargo, le presto especial atención a las condiciones en las que sus textos fueron elaborados y a la redacción original para esclarecer varios fragmentos clave en su obra. Mi interpretación de la concepción marxiana de espacio y tiempo, en particular a partir de los *Grundrisse*, es guiada por las fases definidas por la filosofía de la historia de Ricoeur, pero adaptada en una dirección realista y materialista, para clarificar los problemas del conocimiento histórico en las discusiones actuales. La aproximación es entonces en parte hermenéutica, y en parte propiamente filosófica y teórica: lo que busca este libro es argumentar en favor de una perspectiva realista y materialista respecto de la historia que tenga relación directa con la investigación histórica, en tiempos en los que la filosofía de la historia predominante niega incluso la posibilidad del conocimiento histórico.

El concepto de historia como una totalización espaciotemporal compleja, por su parte, permite evitar la simplificación teórica de los procesos sociales, y posibilita una mejor comprensión de problemas como los generados por la globalización. Desde mi perspectiva, la concepción de Marx (más claramente a partir de la segunda mitad de

la década de 1850) no es eurocéntrica, y cuando este autor sostuvo posiciones de ese tipo lo hizo por no seguir su propio método. Su concepción des-centrada de la historia, por el contrario, abre la posibilidad de encontrar distintos sujetos históricos de acuerdo con el contexto donde ocurre la opresión, tal como lo planteó, por ejemplo, durante las rebeliones en India, China e Irlanda. La necesaria espaciotemporalización de la concepción de Marx debe entonces resaltar el carácter desprovincializado de su aproximación de la historia y la política.

Como observaremos en los siguientes capítulos, aparecen algunas tensiones entre las posibilidades abiertas por las teorías de Marx y algunas de sus explicaciones historiográficas específicas. La discusión de tales tensiones nos permitirá formular nuestra versión del “mejor Marx”, aquel que ofrece el andamiaje filosófico, teórico y metodológico más sólido para elaborar la explicación y exposición concreta de la historia como proceso social complejo. Argumentamos, pues, que este andamiaje es capaz de articular la necesidad estructural con la contingencia existente, y que espacio y tiempo son categorías fundamentales para aprehender del mejor modo las transformaciones multilineales de los diversos procesos históricos, a la vez que da cuenta, en el caso de las formaciones sociales de nuestro sistema-mundo, de la fuerza totalizante del capital.

Capítulo 1

Historia con ontología social

La historia no es una entidad que avanza sobre una sola línea, en la que, por ejemplo, el capitalismo, como etapa final, ha resuelto a todas las anteriores; por el contrario, es una entidad multi-rítmica y multi-espacial, con suficientes aristas no dominadas, y todavía en modo alguno reveladas ni resueltas.

Ernst Bloch, *Heritage of Our Times* (2007, p. 62)

La ontología no ha gozado de buena reputación en la reciente filosofía de la historia. El rechazo a los problemas ontológicos en la reflexión sobre la historia fue inicialmente parte de una reconfiguración a mediados del siglo XX en la filosofía analítica de la filosofía de la historia como subordinada a la epistemología, pero se consolidó con el auge del posestructuralismo y del giro lingüístico a partir de la influyente *Metahistoria* de Hayden White en la década de los 70. En la base de este rechazo estaba la presunción de que la filosofía de la historia solo era posible en tanto que filosofía de la *historiografía*: la filosofía analítica asumía que las condiciones del conocimiento histórico eran el único objeto apropiado para la filosofía de la historia, y

con el narrativismo el análisis de los mecanismos textuales –ya fueran tropos literarios o cadenas de significantes– sustituyó a la consideración de la historia como *res gestae* (Walsh, 1968; Danto, 2007; White, 1992; Paul, 2015; Jenkins, 1997). Para ellos el tema del *ser de la historia* se refería a algo inalcanzable.

Por otro lado, las personas historiadoras más orientadas a la conceptualización se acostumbraron a desarrollar sus consideraciones metodológicas con base en supuestos cuya validez era estrictamente operativa: asumían que no podría haber una aplicabilidad universal de la teoría más allá de sus objetos de estudio inmediatos. La imagen foucaultiana de la teoría como una caja de herramientas es probablemente la formulación más famosa de esta tendencia, la cual usualmente oculta su ontología tras un conjunto de presunciones epistemológicas y metodológicas a la vez que evita discusiones filosóficas más abstractas.¹ Sin embargo, incluso cuando tales discusiones tienen lugar, las teorías de la historia a menudo proponen ontologías “débiles” e intercambiables, dependiendo del paradigma “escogido” para la investigación específica. El *pragmatismo* es la filosofía antifilosófica detrás de esta postura, que estuvo especialmente en boga durante la época de las críticas posmodernas de los “grandes relatos”.²

Así, las personas historiadoras y filósofas de la historia que desestiman la ontología consideran que llegar a conocer estructuras totalizantes en la historia –o, eventualmente, cualquier totalización– es imposible *a priori*. En cualquier caso, se puede argumentar que no solo hay una ontología implícita en las teorías “pragmatistas” de la historia, sino también en los abordajes analíticos derivados de la epistemología popperiana y del narrativismo de White.

¹“Me gustaría que mis libros sean una especie de caja de herramientas en la que otros puedan rebuscar y encontrar una herramienta para usar como deseen en su propia área... No escribo para un auditorio, escribo para usuarios, no para lectores” (Foucault 2005, p. 50). También Paul (2015, p. 13) y Fulbrook (2002, p. 35-37).

²Osborne (2000) explica esta perspectiva con respecto a los estudios culturales posmarxistas, pero las mismas consideraciones son válidas respecto de las teorías posmarxistas de la historia. Sobre la ontología débil, véase Pier Aldo Rovatti y Gianni Vattimo (1995).

En particular, puesto que las teorías de la historia tratan básicamente sobre las relaciones entre conceptos y datos empíricos, operando así en los niveles más bajos de abstracción, pueden funcionar sin fundamentos ontológicos explícitos. Sin embargo, no necesariamente los excluyen. De hecho, la concepción de Marx sobre la historia abarca todos estos niveles, al relacionar lo epistemológico y lo metodológico con los aspectos ontológicos de la investigación histórica.

Cuando Marx y Engels propusieron su “ciencia de la historia”, tenían una concepción específica acerca de lo que debe ser el mundo social (natural-histórico) como objeto de ese conocimiento. De hecho, la producción de estos autores está cargada de consideraciones sobre las estructuras más básicas del mundo, sobre todo en relación con la historia y la sociedad, lo cual se expresa en particular en sus argumentos sobre el método. Sin embargo, puesto que Marx no elaboró bajo la forma de un sistema filosófico las premisas subyacentes en sus teorías, el tema de si es posible (y consistente con su método) encontrar o desarrollar a partir de sus categorías básicas una ontología marxiana –incluso específicamente una ontología de la historia– ha llevado a controversias.³

La sistematización de estas indicaciones sobre las estructuras más generales y abstractas de la acción humana, la historia y la sociedad constituyen lo que en este capítulo consideramos como ontología de la historia: es lo que Anievas y Nişancioğlu caracterizan como “un conjunto general y abstracto de determinantes que resaltan una condición general que enfrentan todas las sociedades independientemente de su contexto histórico” (2015, p. 58) y cuyas categorías sustentan la posibilidad del conocimiento de cualquier

³ Schmidt, por ejemplo, considera que no es posible hablar de una ontología en Marx salvo en sentido negativo, pues Marx no asigna contenido alguno a principios metafísicos positivos como la naturaleza. Sin embargo, las referencias de Schmidt a este concepto se derivan de su rechazo al objetivismo no mediatizado del *diamat* soviético, al cual critica por ser una ontología deshistorizada. Esta posición supone que la ontología no puede ser historizada, tesis contra la cual discuto en este capítulo (1977, pp. 90-108 y 160-161).

proceso histórico particular. Junto con el enfoque de esta ontología sobre procesos sociohistóricos objetivos, la ontología del ser histórico trata sobre la dimensión específicamente *concebida* de la historia: un horizonte hermenéutico que Marx plantea con el problema de la historización.

De esta dialéctica, la concepción de la historia de Marx emerge como un complejo proceso global en términos espaciotemporales. Esta complejidad, como argumentaré en la primera sección de este capítulo, radica en última instancia para Marx en la praxis humana, que totaliza la historia de una manera espaciotemporalmente diferenciada por medio de distintos estratos (productivo, político, cultural, etc.) y esferas de la realidad social en un modo de producción. Este último, como totalización social, se muestra por ello siempre mediado por los diferentes espaciotiempos que dialécticamente lo componen: en este sentido, la ontología marxiana de la historia no parte de una concepción continua y homogénea del tiempo o el espacio, ni concibe de una manera reductiva la actividad humana colectiva.

La segunda sección se ocupa de la relación entre los modos de producción como parte de una sola historia humana, lo cual conduce al problema de su estructura común a la vez que considera la historicidad inherente de las categorías de Marx. La expansión del capitalismo abre la posibilidad de concebir la historia como la unidad de toda experiencia humana y, en consecuencia, de introducir la pregunta de cómo aprehender la aparente multiplicidad de formas sociales por medio de una teoría unitaria de la historia. Argumentaré que en la obra de Marx esto se logra por medio de abstracciones transhistóricas que guían las explicaciones históricas concretas a través de la investigación empírica, y no a través de una concepción evolucionista.

En la tercera sección se argumenta que a partir de los *Grundrisse*, Marx desarrolló del modo más consistente su concepción materialista de la historia, con lo cual abrió la posibilidad de concebir la unidad de la experiencia humana sin reducirla a un camino unilineal, a diferencia de la concepción de la historia que prevaleció en escritos

como el *Manifiesto*. En el caso del capitalismo, el concepto marxiano de “subsunción” es especialmente útil para explicar esta complejidad espaciotemporal.

1.1. Praxis y totalización espaciotemporal

Como en otros abordajes científicos a la realidad a partir del siglo XVIII, una ontología de la historicidad se encuentra en el corazón de la concepción de la historia de Marx. La cosmología moderna, la geología y la biología evolutiva han surgido y se han desarrollado dentro de esta concepción de permanente estructuración y desestructuración. En esta línea, Marx argumenta que la actividad humana es *la* fuerza creativa que produce una historia específicamente humana; su concepto de historia surge así de la consideración de la historicidad en el nivel más general, más allá de lo humano, y procura dar cuenta de la transformación social por medio de la producción humana. Por ello, incluso sus categorías más abstractas sobre el ser social son históricas.

Los fundamentos ontológicos de la concepción marxiana del ser social se establecen en su crítica inicial del hegelianismo, en la que su concepto de praxis juega el papel fundamental.⁴ El método de Marx busca convertir los conceptos más abstractos de su ontología social en otros más concretos que luego aplica a formas y contextos sociales particulares, como en el caso de su concepto inicial de alienación, que reaparece con más determinaciones en el del fetichismo de la mercancía: nada menos que la piedra angular de su análisis del

⁴“La energía creadora se prolonga y se manifiesta humanamente en y por la praxis, es decir, la actividad total de la humanidad, acción y pensamiento, trabajo material y conocimiento [...] La praxis es el punto de partida y el de llegada del materialismo dialéctico” (Lefebvre, 1974a, pp. 119-120). Aquí y más adelante, se han cambiado las palabras “hombre” y “hombres” por “ser humano” y “humanidad” o “seres humanos”, una sustitución que no altera el contenido conceptual de este pasaje pero elimina una expresión sexista obsoleta.

capitalismo. De este modo, su trayectoria teórica puede interpretarse como un proceso en el que va transformando en concretos sus conceptos abstractos, más que como una ruptura respecto de sus primeros textos; en toda la obra de Marx coexisten e interactúan varios niveles de abstracción y concreción.⁵

En particular, la importancia del concepto de producción en Marx no se deriva del productivismo burgués, como sostuvo Baudrillard, sino del ideal romántico de actividad creativa que marcó decisivamente al idealismo alemán. Ya desde sus *Tesis sobre Feuerbach*, la praxis es el punto de partida para la formulación del materialismo de Marx; los seres humanos producen su mundo en sus interacciones entre sí y con la naturaleza (2014, 499-502).⁶ En esta concepción, como explica Lefebvre,

solo existe el ser humano y su actividad. Y sin embargo, todo sucede como si los humanos tuvieran que lidiar con poderes externos que los oprimen desde afuera y los arrastran. La realidad humana, lo que los humanos mismos han hecho, elude no solo su voluntad sino también su conciencia. No saben que están solos y que el “mundo” es su trabajo. (Aquí, usamos la palabra “mundo” para referirnos al mundo coherente, organizado, humanizado, no la *naturaleza* pura y salvaje) (1991, p. 167).

La praxis es, por ende, la base de la ontología general de Marx⁷ y, como el trabajo concreto –que él caracteriza reiteradamente como

⁵En cuanto a uno de los conceptos antropológicos cardinales de Marx, Heller afirma que “la *elaboración* de la categoría de ‘necesidad’ es obra del joven Marx. En la madurez esa categoría es suministrada como noción primitiva, hasta el punto que no considera necesario analizarla de nuevo, aún cuando recurre a ella con frecuencia de manera *específica*” (1986, p. 41). Sobre la tesis de la ruptura epistemológica de Marx, Althusser (2004). Sobre la trayectoria de Marx como construcción dialéctica, Henri Lefebvre (1974b).

⁶Sobre el supuesto productivismo de Marx, Jean Baudrillard (2000); sobre la relación de Marx con el romanticismo, Michael Löwy y Robert Sayre (2008, pp. 103-114).

⁷“En el proceso ontocreador de la praxis humana se funda la posibilidad de una ontología, es decir, de una comprensión del ser. La creación de la realidad (humano-social) es la premisa de la apertura y comprensión de la realidad en general. Como creación

gasto de cerebro, músculo, nervios y huesos humanos—, es un proceso material y singular de transformación. El entrecruzamiento de diversas praxis individuales, que conduce a efectos inesperados —“no lo saben, pero lo hacen” (Marx, 2009, p. 90)—,⁸ produce así la historia. Esto está claro en el *18 Brumario*, donde Marx afirma que:

los humanos hacen su propia historia, pero no la hacen a su voluntad, bajo condiciones elegidas por ellos mismos, sino bajo condiciones directamente existentes, dadas y heredadas. La tradición de todas las generaciones muertas gravita como una pesadilla sobre el cerebro de los vivos (2003, p. 33).

En la introducción de este libro mencionamos cómo Lefebvre y Bourdieu construyen sus respectivas teorías sobre la producción del espacio y el tiempo social desarrollando estos conceptos ya inherentes a la ontología marxiana de la praxis.⁹ El primero de ellos, en particular, sistematiza la relación entre producción y praxis, y explica cómo los seres humanos *producen* sus espacios y tiempos por medio de sus praxis en relación con las condiciones espaciotemporales ya existentes. Primero, enfatiza el doble sentido del concepto de producción de Marx: en el sentido estricto, se refiere al proceso económico laboral específico, mientras que en un sentido ontológico más amplio, abarca todos los resultados de la actividad humana (Lefebvre, 2013, pp. 125-129).¹⁰ Segundo, en este último sentido y refiriéndose espe-

de la realidad humana, la praxis es, a la vez, el proceso en el que se revela el universo y la realidad en su esencia” (Kosík, 1976, p. 244). Sobre la praxis como piedra angular de la filosofía de Marx, véase Peter Osborne (2006, pp. 23-32); Henri Lefebvre (2000b, pp. 33-55); Bolívar Echeverría (2011); Grüner (2003, pp. 127-208).

⁸ Sobre el trabajo como gasto de energía corporal, Marx (2009, pp. 54, 87, 208, 615, 702).

⁹ Mientras que para Hegel, en el contexto de su filosofía de la naturaleza, espacio y tiempo se actualizan en el movimiento, el tiempo y el espacio sociales son producidos por la praxis humana (Hegel, 2004, pp. 165-167).

¹⁰ De acuerdo con *La ideología alemana*, por ejemplo, “este modo de producción no debe considerarse solamente en cuanto es la reproducción de la existencia física de los individuos. Es ya, más bien, un determinado modo de la actividad de estos individuos, un determinado modo de manifestar su vida, un determinado *modo de vida* de los mismos. Tal y como los individuos manifiestan su vida, así son. Lo que son

cíficamente a la producción del espacio, Lefebvre plantea una dialéctica de tres momentos, donde las prácticas espaciales producen representaciones del espacio –concepciones mentales– y espacios de representación: los espacios *vividos*. De este modo, el proceso de producción *produce* tanto sujetos como objetos,¹¹ y lo hace produciendo espaciotiempos a nivel subjetivo y objetivo.

Con Kant, cabe recordar que, en su sentido más abstracto, el espacio y el tiempo no pueden tener un concepto, pues todas sus definiciones son autorreferenciales. La diferenciación kantiana entre estas *intuiciones* como sentido externo e interno,¹² sin embargo, no es aceptable desde una perspectiva dialéctica, pues el proceso de su producción social implica que tanto el espacio como el tiempo tienen siempre a la vez dimensiones objetivas y subjetivas. Los tiempos y espacios sociales no solo son condiciones ideales (concebidas) de praxis, sino formas reales de organización (subjetiva y objetiva) del mundo.¹³ Son objetivaciones, aunque no del mismo tipo que los objetos que generalmente se considera que los llenan. Los tiempos y espacios sociales son materiales y formales, concretos y abstractos, reales e imaginarios (*réel-fictive*) y, de hecho, como sostiene Lefebvre, solo pueden separarse mediante la abstracción; en sus palabras, “el tiempo es distinguible, pero no separable, del espacio”.¹⁴ El espacio social siempre está temporalizado,

coincide, por consiguiente, con su producción, tanto con *lo que producen* como con el modo *cómo producen*. Lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones materiales de su producción” (Marx y Engels, 2014, p. 16).

¹¹ “La praxis abarca a la vez la producción material y la producción ‘espiritual’, la producción de los medios y de los fines, de los implementos, de los bienes y necesidades” (Lefebvre, 1991, p. 237. Sobre la tríada sistematizada en el concepto de Lefebvre de la producción social del espacio; Lefebvre (2013, pp. 97-98).

¹² “El tiempo no puede ser intuido externamente, ni tampoco el espacio puede ser intuido como algo en nosotros” (Kant, 1998, p. 67).

¹³ Esta organización le pone límites a la praxis, y la muerte es su negación final. Como indicamos anteriormente respecto de los estudios de Bourdieu sobre los tiempos sociales, esta temporalización está mediada por el lugar social del sujeto: el tiempo existencial de un subproletario inmigrante y el de un profesional asalariado son muy diferentes entre sí.

¹⁴ Además, como escribe en el mismo pasaje, “los fenómenos que una inteligencia analítica asocia únicamente con la ‘temporalidad’, como el crecimiento, la madurez y el

así como el tiempo social siempre está espacializado, y solo mediante una operación de abstracción pueden distinguirse como dos ejes diferentes de la organización del mundo social.

Dado que en la experiencia los tiempos y los espacios son plurales, el problema de cómo totalizarlos es el punto de partida para el enfoque de la historia de Marx. Aunque algunos autores han sostenido que esta pluralidad espaciotemporal es insuperable,¹⁵ si nos adherimos a la concepción de Marx de la praxis humana, encontramos que la producción de espacios y tiempos siempre es social y, por ende, se relaciona necesariamente con una totalización histórica.¹⁶ En este punto, conviene llamar la atención sobre el concepto de totalización de Sartre para dar cuenta de la espaciotemporalización de la historia. Este filósofo señala que la estructura de la historia se basa, en última instancia, en la de la praxis individual. En sus palabras,

toda la dialéctica histórica descansa sobre la praxis individual en tanto que esta es ya dialéctica, es decir, en la medida en que la acción es por sí misma superación negadora de una contradicción, determinación de una totalización presente en nombre de una totalidad futura, trabajo real y eficaz de la materia (Sartre, 1963, p. 232).

envejecimiento, de hecho no pueden disociarse de la ‘espacialidad’ (en sí misma una abstracción)” (Lefebvre, 2013, pp. 222-223).

¹⁵ Braudel, como Ricoeur y Koselleck, mantiene esta posición: “Nuestro problema consiste ahora en imaginar y localizar las correlaciones entre los ritmos de la vida material y las otras fluctuaciones, tan diversas, de la vida de los seres humanos. Pues no hay *una* sino *unas* coyunturas, historias que se superponen al tiempo que se desarrollan simultáneamente. Sería demasiado simple y demasiado perfecto poderlas reducir todas ellas a un ritmo dominante. Pero ¿hasta qué punto existe ese ritmo? No nos podemos limitar a aceptar una simple coyuntura económica, con sus imperativos y consecuencias lógicas” (Braudel, 1976, pp. 320-321).

¹⁶ En los *Grundrisse*, por ejemplo, afirma que “toda producción es apropiación de la naturaleza por parte de un individuo en el seno y por intermedio de una forma de sociedad determinada” (1971, pp. 7-8), y la totalización social teorizada debería sustituir así la centralidad ideológica del individuo en la economía política anterior. En todos estos borradores, Marx demuestra una y otra vez el carácter histórico del individuo, contra la suposición de los economistas políticos burgueses verlo como una entidad atomística e inmediata. Sobre esta *ontología de las relaciones*, véase Étienne Balibar (2014, pp. 27-33).

En este sentido, el individuo y la historia no son externos entre sí. Si bien la praxis está determinada históricamente, la historia es el producto de las praxis colectivas combinadas, lo cual arroja resultados que son distintos de las intenciones de cada individuo. Dado que la praxis no es concebible sin sus correspondientes espacios y tiempos sociales, estos últimos son condiciones para la producción tanto en el sentido sociohistórico como en el trascendental. Aunque Sartre insiste en el carácter temporal de la totalización producida por la praxis, resulta más preciso concebir la praxis en relación con el espacio y con el tiempo, pues la acción humana está condicionada por espaciotiempos reales y preexistentes, así como proyectada en un orden espaciotemporal ideal. El concepto de totalización de Sartre no excluiría entonces necesariamente al espacio; más bien, se profundizaría al tener en cuenta esta dimensión.

De ahí que cada praxis individual ya esté condicionada en términos históricos dentro de un cierto rango de posibilidades espaciotemporales, y a través de ellas se genera discontinuidad o continuidad, producción o reproducción con respecto a la estructura social establecida, por lo que, eventualmente, cambiarían las condiciones mismas que las hicieron posibles en un principio. Estas condiciones determinan los posibles procesos de producción espaciotemporal, cuya combinación produce historia:

La organización social y el Estado brotan constantemente del proceso de vida de determinados individuos; pero de estos individuos, no como puedan presentarse ante la imaginación propia o ajena, sino tal y como realmente son; es decir, tal y como actúan y como producen materialmente y, por tanto, tal y como desarrollan sus actividades bajo determinados límites, premisas y condiciones materiales, independientes de su voluntad (Marx y Engels, 2014, p. 21).

Esta producción está bien ejemplificada en *El capital*, donde Marx argumenta que la diferencia entre el peor arquitecto y la mejor abeja radica en la capacidad de los primeros de concebir los resultados del proceso laboral antes de haberlo efectuado: el trabajo humano es

una actividad intencional que exige un objeto sobre el cual actuar y los instrumentos para hacerlo. Esta característica teleológica implica que en el trabajo siempre está presente un futuro ideal; también el pasado que se entromete en él ya sea mediante sus condiciones objetivas o por las referencias a ese futuro que sigue la mente del trabajador (2009, pp. 215-216).¹⁷ De este modo, el resultado mentalmente proyectado del trabajo del arquitecto presupone un recorrido temporal, pero también una imagen y, por lo tanto, un espacio *concebido*, una operación de *mapeo cognitivo* en el sentido de Jameson, como hemos mencionado en la introducción.

Debemos observar que los espaciotiempos *concebidos* de la praxis son proyecciones mentales producidas desde el punto de vista de un sujeto en un lugar social determinado en una forma concreta de sociedad;¹⁸ la praxis humana produce el mundo, pero lo hace como parte de la totalidad sacionatural que modifica. Entonces, conviene también notar que, una vez que se ha emprendido el proceso de construcción de un edificio, por ejemplo, el espacio y el tiempo sociales se transforman a través de la acción colectiva. Durante el proceso de construcción, además de cambiar obviamente el espacio físico, el edificio modifica la distribución de los tiempos sociales dentro de sí mismo y los espacios sociales adyacentes con los que interactúa. Del mismo modo, aunque en un nivel más amplio, una formación social es una combinación de espaciotiempos sociales cuyos procesos de estructuración superan las intenciones de sus productores.¹⁹

¹⁷ Harootunian observa que “Marx fue [...] el primero en ver y registrar que la experiencia del pasado se entromete constantemente en el presente vivido, lo cual lo convenció de la necesidad de negociar las múltiples temporalidades de la no contemporaneidad que los individuos siempre deben enfrentar en su vida cotidiana” (2015b, p. 24).

¹⁸ “El modo de producción de la vida material condiciona el proceso general de la vida social, política e intelectual. No es la conciencia de los hombres lo que determina su existencia, sino su existencia social lo que determina su conciencia” (Marx, 2008, p. 5). Véase también Agnes Heller (1998, p. 19).

¹⁹ La metáfora de Marx de la formación social como metabolismo social retrata adecuadamente el carácter espaciotemporal de las diferentes formas de sociedad, cada una con sus ritmos de circulación, desarrollo e intercambio con su entorno (Schmidt, 1977, pp. 76-93).

Así, las praxis colectivas producen lo *práctico-inerte* como su objetivación, que a su vez se convierte en condición para las nuevas praxis, en un movimiento de totalización, destotalización y retotalización. Este proceso de producción espaciotemporal de una totalización social es dialéctico en la medida en que las praxis parciales constituyen en su conjunto dicha totalización y, en consecuencia, la dialéctica es necesaria para hacerla inteligible (Sartre, 1963, pp. 242-248). Una explicación adecuada debería tener en cuenta el marco que permiten el surgimiento y desarrollo de una praxis específica: todas las condiciones sociales generales que la hacen posible. Dado que el conocimiento es, en sí mismo, una retotalización concebida del proceso real de totalización, un análisis materialista de la historia debería explicar los procesos sociales de tal manera que muestre su organización espaciotemporal como parte de la lógica de su funcionamiento.

Esto nos lleva a los conceptos mediante los cuales Marx explica los productos de la praxis. En su concepción, las praxis individuales son procesos que producen objetivaciones materialmente singulares,²⁰ aunque estas últimas responden a otros niveles de la vida social como particulares mediante las *formas* de sus respectivas objetivaciones. *Forma* es un concepto que abarca objetos de niveles muy distintos de complejidad: Marx se refiere a las formas, por ejemplo, como momentos de la forma-valor (forma simple, total, general y de dinero), como conceptos correspondientes a las apariencias sociales y como sociedades enteras (2009, pp. 58-86; 653; 660 y 1971a, pp. 433-477). En este sentido, una forma puede ser una determinación de otras formas, y nunca debe ser sustancializada.

Las formas tienen una existencia más allá de las objetivaciones de las cuales emergen, pero sus contenidos se modifican conforme a los cambios en las totalizaciones donde tienen lugar. Por lo tanto,

²⁰ Heller distingue entre el *objetivarse* como la producción de un objeto y la *objetivación* como la recreación del sujeto práxico. Ambos aspectos están ligados indisolublemente (1998, pp. 96-97).

Marx afirma que, en una nueva totalización, las formas de organizaciones sociales anteriores pueden permanecer como “atrofiadas”, “disfrazadas” o “caricaturizadas”. La esclavitud moderna en el continente americano es un ejemplo de la adaptación de una antigua relación social que adquiere nuevas características bajo un nuevo modo de producción: el capitalismo, en este caso. Del mismo modo, las formas emergentes pueden imponerse sobre las más antiguas mientras mantienen contenidos más antiguos, como lo plantea el concepto de subsunción de Marx: “incluso categorías económicas correspondientes a épocas anteriores de producción [por ejemplo, capital comercial y financiero, GGQ] adoptan, sobre la base del modo capitalista de producción, un carácter histórico específicamente diferente” (1971b, p. 110; 1971a, pp. 26-27).²¹

Sin embargo, mientras la generalidad del concepto de *forma* resulta útil porque se aplica a todos los contextos históricos, se debe precisar más para comprender las mediaciones históricas específicas entre las objetivaciones y las totalizaciones particulares que las condicionan. El criterio de totalización de Marx radica en los procesos específicos de producción como condición de posibilidad para toda actividad humana, pues los humanos tienen que organizarse socialmente para satisfacer sus necesidades y sobrevivir. Como indica Sartre, “el descubrimiento esencial del marxismo es que el trabajo, como una realidad histórica y como la utilización de herramientas particulares en un medio social y material ya determinado, es el verdadero fundamento de la organización” (1963, p. 315).²² El concepto totalizante esencial para Marx es, por lo tanto, el modo de producción.

²¹ En cuanto a las posiciones de Marx sobre la esclavitud moderna, véase más adelante, 1.3.

²² Frente a las robinsonadas de la economía política en su tiempo, Marx defiende repetidamente la necesidad de partir del carácter social del ser humano. Este por naturaleza no es meramente gregario sino político, es decir, un productor de relaciones sociales específicas (1971a, p. 4; Sartre, 1963, pp. 280-315; Basso, 2012, pp. 142-50 y también Fredric Jameson, 1989, pp. 80-82). Más aún, Marx argumenta que el punto de vista del individuo aislado solo se hizo posible con el desarrollo de las relaciones sociales capitalistas en la Europa del siglo XVIII (1971a, pp. 3-4).

En su *Contribución* de 1859, Marx propone que un modo de producción cuenta con tres niveles fundamentales: la estructura económica (la totalidad de las relaciones de producción), la “superestructura” jurídica y política (Überbau; édifice en la traducción de J. Roy al francés aprobada por Marx)²³ y las formas de conciencia social que surgen de esta última: las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas y filosóficas “en las que las personas cobran conciencia de este conflicto [entre las fuerzas productivas materiales y las relaciones de propiedad] y lo dirimen” (2008, p. 5).²⁴

Con el fin de evitar interpretaciones que sustancialicen estos niveles –como, sobre todo, la que deviene del llamado “marxismo ortodoxo”–, conviene entenderlos, como sugiere Collier, como *estratos* con diferentes jerarquías causales en la misma totalización. Siguiendo el realismo crítico, un *estrato* es un sistema objetivo de *mecanismos generativos*, es decir, formas de actuar de objetos y relaciones que, dadas ciertas condiciones (por lo general, otros mecanismos), generan acontecimientos determinados. Los mecanismos generativos sociales específicos no solo desempeñan su papel con respecto a las contradicciones en sus totalizaciones sociales; también pueden generar contradicciones, como en el caso de la forma mercancía.²⁵ Cada estrato depende de los estratos inferiores, pero tiene sus propias reglas; por ejemplo, el estrato biológico emerge del estrato

²³ Véase Ludovico Silva (2009, pp. 99-101; 101-102). Silva argumenta que el escaso uso por parte de Marx de los términos *Basis*, *Überbau* y *Superstruktur* –a diferencia de su constante mención de un concepto como *ökonomische Struktur*– sugiere que son estrictamente metáforas ilustrativas, y no deben sustituir los conceptos propiamente explicativos.

²⁴ La caracterización de Marx de estas formas de conciencia como “ideológicas” es problemática, pues sugiere ya sea un enfoque funcional (no dialéctico) o un concepto amplio de ideología, diferente de su previa caracterización de este concepto como falsa conciencia. Estas *formas de conciencia* también se explican como *formas de apariencia* en Marx (2009, pp. 615-660).

²⁵ “Cada categoría en *El capital* define una determinación de forma social, y cada determinación específica un mecanismo real del modo de producción capitalista” (Smith, 1997, p. 190). Sobre la teoría de los estratos, véase Andrew Sayer (1992, pp. 104-105); Andrew Collier (1998). Sobre la crítica del “marxismo ortodoxo” véase, entre otros, Jameson (1989, pp. 27-33).

estudiado por la química, que a su vez surge del que explica la física. Los estratos inferiores permiten el funcionamiento de los superiores, pero también, como sostiene Collier, “cada estrato emergente efectuará alteraciones en las entidades regidas por el estrato del cual surgió, alteraciones que no se habrían efectuado si el nuevo estrato no hubiera surgido” (1998, pp. 263-264).²⁶

Desde una perspectiva amplia, cada sociedad como *metabolismo social*²⁷ se desarrolla a partir de determinadas condiciones biológicas, que a su vez presuponen ciertas condiciones geográficas específicas. Sin embargo, no se trata de un determinismo geográfico, pues las adaptaciones humanas al mismo entorno natural, si bien limitadas por las condiciones de este último, están abiertas a distintos tipos posibles de organización.²⁸ También cabe recordar que la teoría de la estratificación social sugiere que los estratos superiores emergen de los inferiores preexistentes y, por lo tanto, los tiempos de los primeros son siempre más largos que los de los segundos, y su rango espacial también es más amplio.²⁹ En este sentido, la consideración de Braudel de la geografía como una estructura que se desarrolla en la muy larga duración puede entenderse como un complemento de la concepción de sociedad de múltiples capas de Marx: el estrato de las

²⁶ Como dice Sayer, “si bien no tenemos que volver al nivel de la biología o la química para explicar los fenómenos sociales, esto no significa que ese nivel no tenga ningún efecto en la sociedad. Tampoco significa que podamos pasar por alto la manera en que reaccionamos hacia otros estratos, por ejemplo mediante los anticonceptivos, la medicina, la agricultura y la contaminación” (2000, p. 13).

²⁷ Véase John Bellamy Foster (2000). Sobre el carácter histórico-natural del ser humano y la sociedad, véase también Osborne, (2006, pp. 33-44). Los estudios de Marx sobre química, recientemente analizados a la luz de su próxima publicación en la segunda edición del *Marx-Engels Gesamtausgabe* (MEGA2), demuestran aún más sus esfuerzos por pensar la relación entre naturaleza y sociedad. Véase Kohei Saito (2014).

²⁸ Bhaskar ilustra esta posición no reductiva con el ejemplo de la escritura de un bolígrafo: aunque esta operación no viola ninguna de las leyes de la física, estas no definen directamente lo que se escribe y, por ende, no pueden explicarlo en cuanto que escritura (2008, p. 105).

²⁹ Aunque las reglas para la combinación de los átomos son universalmente válidas, la vida solo surge en ciertas condiciones, es decir, en espaciotiempos particulares. Véase Sayer (1992, pp. 118-21); Bhaskar (2008, pp. 168-70).

condiciones geográficas se encuentra bajo el estrato donde ocurre la contradicción entre las fuerzas y las relaciones de producción.³⁰

Al interpretar a Marx desde esta concepción estratificada, la estructura económica sería la condición de posibilidad para el estrato de lo jurídico y lo político (en sus sentidos más generales), y las formas de conciencia social constituirían un estrato más alto. Cada praxis contribuye a la producción de diferentes estratos al mismo tiempo, ya que los mecanismos están compuestos por aspectos de praxis y no por tipos de praxis (Collier, 1998, p. 266-267)³¹ y dado que los mecanismos de cada estrato tienen sus respectivos espaciotiempos, una sola praxis produce varios espaciotiempos, los cuales corresponden a los diversos estratos que produce por medio de sus objetivaciones. En consecuencia, una sola unidad geográfico-cronológica tiene varios espaciotiempos sociales superpuestos. Por ello, aunque estén relacionados entre sí en un proceso de totalización, los espacios y tiempos económicos, políticos y culturales de una misma sociedad particular son distintos y responden a diferentes mecanismos.³²

Como ejemplo de esto, una clase magistral se imparte en un aula y en un horario determinado, y la expectativa es que permita mejorar las habilidades de los estudiantes por medio de la actividad cultural

³⁰ Al desarrollar su teoría del espacio social basada en Marx, Lefebvre distingue tres tipos de espacios, que corresponden a tres niveles ontológicos diferentes: espacios físicos, sociales y mentales. Esta división, que no excluye más divisiones internas, se puede abordar como si constara de tres distintos *estratos* de la realidad (2013, pp. 72-74). Sobre las condiciones geográficas como un estrato de larga duración, véase Braudel (1982, pp. 25-54).

³¹ En este sentido, no sería exacto hablar meramente de *praxis económicas*, sino de praxis que tienen, entre otras, implicaciones económicas. La mercancía, por ejemplo, no es simplemente una forma económica; también existe como una forma jurídica, ideológica, etc.

³² Como indica Osborne, “distintos objetos de estudio, dentro del mismo espacio empírico, exigirán diferentes niveles primarios de totalización socioespacial (lugar, provincia, nación, federación, región, espacio de flujos), que posteriormente requerirán mediación en otros niveles. De ahí las posibles disyunciones estructurales entre, por ejemplo, las historias económicas, políticas y culturales de cualquier territorialidad en particular. La totalización es un proceso de reterritorialización y retemporalización” (2000, p. 17).

e ideológica de la educación; pero esto implica una condición jurídica diferenciada entre los estudiantes y el docente, mediante la cual cada uno tiene derechos y responsabilidades distintos. También es una actividad económica en la que el docente recibe un pago y los estudiantes pueden asistir a la clase porque ellos mismos no están obligados a trabajar, al menos no mientras dure la lección. Entonces, la misma actividad colectiva tiene efectos al mismo tiempo en distintos estratos de la vida social, y cada estrato tiene una espaciotemporalidad diferente. El espaciotiempo de la clase magistral, en términos de educación, se produce en el aula y se refiere a una cultura regional, nacional o transnacional, a la que también contribuye. El espaciotiempo jurídico de la lección depende, en la mayoría de los sistemas educativos occidentalizados, del marco jurídico estatal y nacional, mientras que su espaciotiempo económico es, en última instancia, el mercado mundial, si bien por la mediación de una moneda y un mercado nacionales.

Pero el famoso párrafo de Marx en la *Contribución* también sugiere una coexistencia “horizontal” de formas sistémicas en un estrato: no se condicionan directamente entre sí, sino que se desarrollan en forma independiente, pues cada una responde a reglas diferentes. En una sociedad particular, por ejemplo, el arte y la religión quizás no sigan los mismos mecanismos, pero están condicionados por los mismos estratos que se encuentran debajo de ellos.³³ Tales complejos de formas, que son formas en sí mismas, se corresponden con lo que Lukács llama *esferas* de objetivación (por ejemplo, economía, derecho y arte), cuya heterogeneidad entre sí en la ontología de Marx está dada, según el autor de *Ontología del ser social*, por la relación entre sus respectivas materialidades y proyectos teleológicos (1978, pp. 124-27). Sin embargo, su interpretación pasa por alto completamente los aspectos espaciotemporales del desarrollo desigual de tales esferas, aspectos que, he argumentado, son inherentes tanto al proyecto como a la materialidad de la objetivación.

³³ Sobre la explicación “vertical” y “horizontal”, véase Andrew Collier (1994).

El estrato de la producción económica condiciona el surgimiento de todas las objetivaciones sociales, pero las formas de estas pueden adaptarse a las transformaciones de las condiciones de los estratos inferiores. De hecho, la pluralidad observable de espacio-tiempos sociales tiene que ver con la heterogeneidad de las formas como mecanismos con reglas e historias diferenciadas; el desarrollo espaciotemporal desigual de una forma particular de sociedad es el corolario necesario de los distintos medios y modalidades de la transformación práxica del mundo (Heller, 1998, pp. 93-209; y 1990, pp. 48-60). De ese modo, el ejemplo en los *Grundrisse* sobre el desarrollo desigual de las formas antiguas del arte y el derecho con respecto a la producción moderna de materiales se comprende mejor como un caso de tiempos diferenciales de formas particulares en la Europa occidental. Marx ya aborda otros casos de este tipo de desarrollo espaciotemporal desigual en sus primeros escritos, cuando compara la situación de la política y la filosofía en Inglaterra, Francia y Alemania, así como las disparidades entre las esferas correspondientes, como la intelectual y la productiva, en otras naciones (1971, pp. 30-33; 1982, pp. 491-502; Marx y Engels, 2014, pp. 62-64).

Las formas están determinadas en parte por su lugar con respecto a la totalización social, pero sus espaciotiempos no necesariamente se corresponden de manera directa con los de los modos de producción donde se desarrollan; la historia de una forma se define por la interacción entre sus determinaciones internas y externas, mediante la clásica relación dialéctica entre la parte y el todo (Kosík, 1976, pp. 53-77). Las formas en una sociedad, por lo tanto, son posibles debido a las condiciones de producción económica, pero están mediadas “vertical” y “horizontalmente” por su situación en los tres estratos de la sociedad. De ahí que, en las sociedades capitalistas, la filosofía y la agricultura, por ejemplo, tienen funciones muy distintas y responden a mecanismos de manera diferente, y sus diferencias espaciotemporales son fácilmente observables.

En general, las interacciones de diversas praxis en última instancia conducen a totalizaciones sociales desiguales.³⁴ Dado que cada mecanismo tiene sus propias tendencias espaciotemporales (por ejemplo, el conflicto actual entre la economía a escala global y la política a escala nacional, y sus respectivos espaciotiempos), una sociedad concreta funciona como una organización de múltiples espacios y tiempos sociales; la totalización social está mediada por la producción espaciotemporal de esferas y sus relaciones entre sí. Tal desarrollo es, por ello, desigual no solo entre las esferas, sino también dentro de cada esfera: un mecanismo social, puesto que se basa en relaciones desiguales, produce en un mismo momento resultados contradictorios en espacio y tiempo. En este sentido, como argumenta Marx, la formulación más simple de la producción de capital consiste en el doble proceso de M-D-M (el punto de vista de la fuerza de trabajo) y D-M-D (el punto de vista del capital). Estas fórmulas implican una distribución desigual de los resultados del proceso tanto como la producción de espacios y tiempos desiguales de cada lado.³⁵

Finalmente, es preciso aclarar la relación entre la praxis y el trabajo –conceptos que a menudo se han confundido en la tradición marxista–, sobre todo porque Marx elabora el ejemplo mencionado de la actividad del arquitecto para conceptualizar específicamente el trabajo. Petrović indica que Marx contrapone repetidamente a la praxis –o la *autoactividad*, como él la llama a partir de *La ideología alemana*– al trabajo, habiendo caracterizado a este último en 1844 en

³⁴ “La praxis también se revela como una totalidad. Mantendríamos que la idea de totalidad deriva de la praxis. Sin embargo, esa totalidad nunca parece ser más que fragmentaria, contradictoria y compuesta por niveles, por contradicciones en diferentes niveles y totalidades parciales. ¿Cómo alcanzamos la totalidad, es decir, la sociedad misma desde adentro? Precisamente, por medio de esas totalidades y niveles parciales que se referencian entre sí y por medio de estos fragmentos que presuponen un todo y que necesitan el concepto de un todo del cual son la evidencia y los elementos, pero no la totalidad. Fragmentado en un sentido pero ya total en otro, cada acto de pensamiento o eficacia social se refiere a la totalidad por vía de los demás niveles. Revela una praxis total y señala el camino hacia ella” (Lefebvre, 2002, p. 237).

³⁵ La teoría del espacio capitalista formulada por Harvey (2009) se basa en las consecuencias de esta formulación marxiana fundamental.

sus *Manuscritos*, específicamente, como “el acto de la enajenación de la actividad humana práctica” (1991, p. 437). De ahí que esta contraposición, como subraya el filósofo yugoslavo, implique que la praxis es la forma no enajenada de la actividad humana, aunque en general su explicación del concepto de praxis sugiere que Marx no desarrolló este concepto a fondo.

Sin embargo, otros pasajes en los primeros trabajos de Marx conceptualizan la praxis como la forma genérica de la actividad humana. Así, en su octava tesis sobre Feuerbach, Marx afirma que “toda vida social es esencialmente práctica. Todos los misterios que inducen a la teoría al misticismo encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica” (2014, p. 501). Puesto que Marx considera a las sociedades de clase y, en particular, al capitalismo, ya en 1844, como intrínsecamente alienantes, en esta formulación la praxis abarca actividades alienadas y no alienadas. Además, la tesis central de Marx en cuanto a que la organización de la producción estructura fundamentalmente la sociedad no sería posible en esta octava tesis si el concepto de la práctica humana de Marx no incluyera el trabajo.

La relación entre praxis y trabajo no sería, entonces, de contraposición propiamente, sino de género y especie, y los pasajes donde aparecen como opuestos se referirían estrictamente al trabajo enajenado, no porque este último sea una categoría distinta e independiente de la praxis, sino porque es un caso específico de praxis transformada en una limitación de las posibilidades de sus agentes.³⁶ En consecuencia, el trabajo, ya sea enajenado o no, sería una modalidad de praxis específica, aunque fundamental. Debido a que considera la producción económica como el criterio totalizador de las relaciones sociales, Marx dio prioridad en su obra al desarrollo dialéctico del concepto de trabajo. Su propósito no era, ante todo, formular una teoría social *tout court*, sino una teoría del modo de producción

³⁶ Sobre la alienación como negación de las posibilidades prácticas, véase Henri Lefebvre (2001, pp. 60-161).

capitalista, cuya explicación suponía la presencia de otras categorías más generales del ser social y de la historia. Este movimiento del concepto abstracto de la praxis al concepto más concreto del trabajo no significó, empero, la eliminación del primero ni de otros tipos específicos de praxis.³⁷

De allí que Lukács considere que el trabajo es para Marx la forma más básica de práctica social y su modelo, porque “es la forma subyacente y, por lo tanto, la más simple y elemental de esos complejos cuya interacción dinámica constituye la especificidad de la práctica social”, aunque, por este mismo motivo, “es necesario señalar, una y otra vez, que las características específicas del trabajo no deben transponerse directamente a las formas más complicadas de la práctica social” (1980, p. 59). Según Lukács, aunque la estructura de cada práctica social tendría en su núcleo la estructura del trabajo, la primera no puede reducirse a la segunda. El filósofo húngaro coincide con *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre* de Engels en cuanto a la preeminencia historico-genética del trabajo en el proceso de humanización, pero argumenta que la teleología –la categoría ontológica esencial del trabajo–, mediante la cual el agente humano plantea una nueva objetividad, es la característica primordial que el trabajo transpone en cada práctica social (1980, p. 3).

Cabe señalar, contra la afirmación de Habermas de que el concepto de praxis de Marx está enmarcado dentro de los límites de la razón instrumental, que el carácter teleológico de la praxis no supone el cálculo, la búsqueda constante de eficiencia e inversión de medios y fines que caracteriza la razón instrumental en el planteamiento clásico de Horkheimer (Habermas, 1990, pp. 32-52; Horkheimer, 1973). Lefebvre, por otro lado, ha argumentado que para Marx la producción humana abarca tanto el dominio de la naturaleza como la apropiación por parte del ser humano de sus propias condiciones de existencia, separando así la praxis de la *poiésis* (2002, p. 26), aunque

³⁷ Por ejemplo, en su *Sociología de la vida cotidiana*, Agnes Heller (1998) desarrolla un recuento sistemático de las praxis sociales desde el punto de vista de sus objetivaciones.

esta distinción, si bien resulta útil, no fue desarrollada por Marx. En su concepto de praxis, ambos componentes forman una unidad dialéctica que, como parte de la herencia romántica de Marx, impide que se la reduzca a una simple categoría productivista o utilitaria.

En cualquier caso, el carácter modelo del trabajo no debe destacarse a expensas del de praxis, como sucede, por ejemplo, en el estudio clásico de Carol Gould sobre antropología y ontología social marxianas. Esta autora sostiene que, para Marx, el trabajo es lo que crea el tiempo (1980, pp. 56-68), citando el pasaje de los *Grundrisse* que afirma que “el trabajo es el fuego vivo, formador; la transitoriedad de las cosas, su temporalidad, así como su modelación por el tiempo vivo” (1971, p. 306). Sin embargo, nos parecería aquí que Gould generaliza, de manera injustificada, esta afirmación en el nivel más abstracto del ser social, cuando este pasaje en realidad se encuentra en un párrafo que trata específicamente de las objetivaciones del trabajo, y no de todos los productos sociales (Gould, 1980, pp. 59-64).³⁸

Para Marx, cada sociedad debe organizar su tiempo o, más precisamente, sus *tiempos* prácticos disponibles “para conseguir una producción adecuada a sus necesidades de conjunto” (1971, p. 101). Sin embargo, aunque la organización temporal de la producción (en el sentido económico estricto) resulta esencial para esa organización, no se puede deducir de ello que el tiempo de cada práctica social sea reducible al tiempo del trabajo. Este último tiene una prioridad social sobre otros tipos de praxis, porque es el medio por el cual los seres humanos superan la necesidad para sobrevivir, pero las otras praxis también temporalizan (y espacializan) el mundo social.

³⁸ De nuevo, *el trabajo es una condición de posibilidad para otras praxis*, pero no su esencia; la preeminencia del trabajo en la lucha humana contra la necesidad no debe ocultar la pluralidad de praxis en toda organización social. De hecho, la confusión entre trabajo y praxis puede conducir innecesariamente a implicaciones productivistas en términos políticos y economicistas en términos teóricos.

1.2. Ser histórico: historicidad y categorías

La diferencialidad de espacios y tiempos en una forma de sociedad se vuelve aún más compleja cuando se la considera en relación con las transformaciones (o la aparente invariabilidad) que experimenta, y cómo allí las personas piensan y actúan frente a ellas, a pesar de no tener, como individuos, una experiencia directa de las mismas. En consecuencia, la negación de la praxis –el fundamento marxista del ser social, como se argumentó en la sección anterior– marca la transición del *ser social* al *ser histórico*: mientras la expectativa de la muerte espaciotemporaliza la praxis y da forma al ser social, la *realidad* de la muerte es la condición de posibilidad para la idea de la historia. En *La ideología alemana*, antes de presentar su conceptualización y metodología más abstractas para el estudio de las sociedades, Marx afirma que la historia puede describirse como “la sucesión de las diferentes generaciones, cada una de las cuales explota los materiales, capitales y fuerzas de producción transmitidas por cuantas la han precedido” (2014, p. 38).³⁹ La relación problemática de los vivos con los muertos es un tema recurrente a lo largo de la producción escrita de Marx, ya sea como una carga para la imaginación política (2003) o como la fuerza alienante del trabajo muerto contra el vivo (2009), por mencionar dos conocidos ejemplos.⁴⁰

En este sentido, la historia construye la unidad espaciotemporal que la muerte había roto, al presentar a los agentes colectivos como sus protagonistas, definidos usualmente por criterios geográficos. Como argumenta Osborne, el horizonte trascendental de la historia radica en la unidad transgeneracional del ser humano, una

³⁹ Del mismo modo, para Hegel, la muerte marca la transición del singular al género, del ser natural al espíritu (2004, pp. 251-252).

⁴⁰ Como argumenta Tomlinson, siguiendo a Sartre, el ser-para-la-muerte heideggeriano ofrece una temporalización filosóficamente fructífera para la dimensión teleológica de la praxis marxiana (2015, pp. 78-96). Junto con esta temporalización, sin embargo, existe la espacialización del cuerpo, con su crecimiento, envejecimiento e intercambios con su entorno, sin cuya consideración corremos el riesgo de reducir el sujeto humano a una conciencia abstracta (Lefebvre, 2013, pp. 217-224).

característica que muestra el utopismo inherente del concepto de historia (2013b, pp. 193-194).⁴¹ Esta unidad implica no solo cómo pensar *sobre* la historia, sino también cómo actuar *en* la historia ya que, como señala Lukács, “la práctica social siempre transcurre en un entorno mental de concepciones ontológicas” (1980, p. 59). La construcción de esta unidad, empero, transcurre por diferentes caminos –como veremos en los casos de la Historia Universal y del concepto maduro de historia de Marx en la última sección del presente capítulo–, a través de distintas configuraciones espaciotemporales.

Ricoeur se ocupa de la construcción de esta unidad apoyándose sobre todo en la teoría de las temporalidades históricas de Koselleck, la cual, según este autor alemán, se basa en las relaciones entre el pasado como un *espacio de experiencia* y el futuro como un *horizonte de expectativa*: una de sus contribuciones más importantes ha sido la demostración de la divergencia entre la temporalidad del Antiguo Régimen –donde se esperaba que el futuro no difiriera del pasado– y el que surgió en las últimas décadas del siglo XVIII en Europa occidental que, inicialmente desde el punto de vista del *progreso*, pensaba que el futuro era distinto del pasado. Esta temporalización, argumenta Ricoeur, pertenece al nivel fundamental de la ontología de la existencia histórica (lo que él llama la *condición histórica*), un “modo de ser insuperable” (2004, p. 447).⁴² Por lo tanto, las configuraciones temporales apuntalan el pensamiento histórico y todas las fases de la investigación histórica, y de allí que la ontología de la historia debe verse como parte de una hermenéutica ontológica.

Sin embargo, y como se explicará en el próximo capítulo, si bien consideramos que esta diferenciación de los niveles de conocimiento

⁴¹ En la misma línea, Bloch indica que “precisamente, las generaciones se desvanecen; en interminables sedimentaciones, yacen una encima de la otra en todas partes, aplastándose y (...) el problema funcional persiste: ¿quién o qué vive la vida como una vida entera, como la vida histórica y amplia entregada a la humanidad entera?” (2000, pp. 256-57; cursivas en el original).

⁴² Sobre el surgimiento histórico de la historicidad ver Reinhart Koselleck (2004, pp. 255-75). François Hartog (2012) llama a estas relaciones entre pasado, presente y futuro *regímenes de historicidad*.

(aunque incompleta) es válida, la negativa de Ricoeur a la posibilidad de que el conocimiento histórico reflexione sobre sí mismo y sus condiciones de validez (2004, p. 434) nos parece formalista y deshistorizada, e incompatible en última instancia con las bases mismas de la condición histórica moderna.⁴³ Koselleck construye las categorías de *espacio de experiencia* y *horizonte de expectativa* –y su disociación moderna– en el nivel de la historiografía, recurriendo a la comparación entre dos configuraciones temporales históricas diferentes, comparación que solo ha sido posible desde el punto de vista de la condición histórica de la *Neuzeit*. Dada esta característica del argumento de Koselleck, resulta bastante extraña la afirmación de Ricoeur de que la investigación histórica es incapaz de contribuir a la ontología de la existencia histórica; por el contrario, para comprender a esta última sería necesario un enfoque dialéctico entre los niveles de conocimiento histórico. Acorde con esta crítica, el principal problema en la formulación de Ricoeur es que deja de lado las condiciones materiales que subyacen a esta ontología específica, un aspecto que está estrechamente relacionado con el carácter desespacializado de su filosofía de la historia.⁴⁴

De hecho, la unidad de la experiencia humana –su existencia como colectivo singular– se ha convertido en una idea reguladora del pensamiento histórico con la expansión mundial del capitalismo; la condición histórica analizada por Ricoeur se basa en relaciones sociales específicamente capitalistas.⁴⁵ Koselleck mismo demuestra que la separación del espacio y la historia es un producto de finales del siglo XVIII (2001, pp. 93-111), y Lefebvre argumenta que

⁴³ Osborne encuentra este problema en la formulación de Koselleck sobre tal oposición categórica, que es la fuente de donde Ricoeur extrae las bases de su ontología de la existencia histórica (2013, pp. 190-211). Más adelante, retomo su crítica de esta concepción del tiempo histórico. Ver también Peter Osborne (2013a, pp. 69-70).

⁴⁴ Dussel ha examinado y criticado en detalle esta limitación en la filosofía de la historia de Ricoeur (1996, pp. 214-230).

⁴⁵ Este descuido del espacio por parte de Ricoeur y Koselleck va de la mano con las tendencias de desterritorialización a las que Marx se refirió con su imagen de la “aniquilación del espacio por el tiempo” (1971 t.1, p. 28 y t.2, p. 12 y 28).

la separación del espacio y el tiempo, una característica central del espacio abstracto, solo se ha podido desarrollar plenamente en condiciones capitalistas (2013, pp. 222-223). Esta separación oculta las relaciones necesarias entre las categorías temporales y espaciales; es posible pensar en un proceso social en términos exclusivamente temporales, pero solo con la condición de presuponer de manera implícita un espacio con características constantes. Del mismo modo, los planteamientos meramente espaciales siempre asumen un cierto tipo de tiempo social.

El enfoque supuestamente desespacializado de la tradición fenomenológica es, por ello, incapaz de historizar su ontología de la historia. Por el contrario, uno de los fundamentos del método de Marx es la tesis de que el concepto moderno de historia –pues “la historia como historia universal es un resultado” (1971 t.1, p. 31)–⁴⁶ surge con la expansión del capital, que

pasa también por encima de las barreras y prejuicios nacionales, así como sobre la divinización de la naturaleza; liquida la satisfacción tradicional, encerrada dentro de determinados límites y pagada de sí misma, de las necesidades existentes y la reproducción del viejo modo de vida. Opera destructivamente contra todo esto, es constantemente revolucionario, derriba todas las barreras que obstaculizan el desarrollo de las fuerzas productivas, la ampliación de las necesidades, la diversidad de la producción y la explotación e intercambio de las fuerzas naturales y espirituales. De ahí, empero, del hecho de que el capital plantea cada uno de esos límites como barrera y, por lo tanto, de que *idealmente* le pase por encima, de ningún modo se desprende que lo haya superado *realmente* (1971 t.1, p. 362; cursivas en el original).

⁴⁶Como lo indica Harootunian, “fue la lógica del capital la que hizo posible la historia tal como la conocemos, y que definió la relación entre sí misma y el pasado. Ocurrió en el momento en que la lógica abstracta del capitalismo entró en una historia recibida, y comenzó a alterarla y dirigirla hacia un nuevo curso que produjo temporalidades desiguales a cada paso del camino, pero procuraba ocultarla implantando un tiempo homogéneo como la medida de la vocación progresiva del capital” (2015b, p. 26). Véase también Tomlinson (2015, pp. 134-182).

Este pasaje subraya las condiciones históricas que dieron lugar a la historia universal y a la espacialidad ideal del capitalismo: el espacio del mercado mundial. En cuanto al último aspecto, sugiere que la relación entre experiencia y expectativa es temporal, pero también en la misma medida histórica y conceptualmente espacial, como lo sugieren las mismas metáforas en la base de estos conceptos koseleckianos. Así como la acumulación de capital funciona a partir de una temporalidad idealmente infinita y continua, asume una espacialidad tendencialmente global y mercantilizadora –un *espacio abstracto*, según el concepto de Lefebvre (2013, p. 271-327)⁴⁷: cuando se considera en términos históricos, la relación en apariencia formal entre el *espacio* de experiencia y el *horizonte* de expectativa se revela como impulsada por la expansión espacial de las relaciones sociales capitalistas.

La ontología de la historia de Marx y sus categorías particulares son abiertamente históricas, y su condición histórica de posibilidad es la acumulación de capital, que ha dado forma a la configuración de los espaciotiempos de los que depende la condición histórica moderna (tanto en forma objetiva como subjetiva).⁴⁸ Así, la historicidad no solo se refiere a un contexto definido por un espacio geográfico y un tiempo cronológico singulares, sino a las relaciones socio-naturales que producen y son producidas por tiempos sociales concretos y espacios sociales que responden a ciertos mecanismos generativos; y dado que se trata de una operación que procura aprehender lo concreto, la historización no puede separar el tiempo del espacio.

⁴⁷ Para el capitalismo, el mercado mundial sería la “sección final, en la cual la producción está puesta como totalidad al igual que cada uno sus momentos, pero en la que al mismo tiempo todas las contradicciones se ven en proceso. El mercado mundial constituye a la vez el supuesto, el soporte del conjunto” (Marx, 1971 t.1, p. 163).

⁴⁸ En este sentido, Osborne indica que “hoy, lo contemporáneo (la unidad relacional ficticia del presente histórico distribuido espacialmente) es transnacional, porque nuestra modernidad muestra una tendencia hacia el capital global. La transnacionalidad es la forma socioespacial supuesta de la unidad temporal actual de la experiencia histórica” (2013, p. 83). En una línea similar, véase Jonathan Martineau (2016) y, sobre el carácter histórico de la ontología en Marx, véase Lukács (1980, pp. 62-63).

Para Marx, la relación entre la unidad de la experiencia humana y la pluralidad de espaciotiempos singulares está mediada por el modo de producción: la totalización histórica propiamente dicha. El modo de producción es, de este modo, la discontinuidad básica de la historia, que organiza las diversas formas de la sociedad de acuerdo con las interacciones entre las praxis humanas y sus condiciones materiales; no es un patrón de evolución predeterminado. En este sentido, como argumenta Jameson, el abordaje de artefactos sociales distantes en términos temporales, culturales –o espaciales, agregaríamos– consistiría, en primer lugar, no en una relación entre una lectura personal y un texto (o, en forma más general, una fuente) individual, sino en “la confrontación de dos formas sociales o modos de producción diferenciados” (2008a, p. 478).⁴⁹

Al respecto, Marx afirma que

incluso las categorías más abstractas, a pesar de su validez –precisamente debida a su naturaleza abstracta– para todas las épocas, son no obstante, en lo que hay de determinado en esta abstracción, el producto de condiciones históricas y poseen plena validez solo para estas condiciones y dentro de sus límites (1971 t.1, p. 26).⁵⁰

De esta manera, la historicidad de las categorías significa para Marx, por un lado, en lo que respecta al objeto, que las formas a las que se refieren estas categorías deben considerarse en el contexto de su forma de sociedad correspondiente. Solo entonces adquieren validez explicativa: las categorías abstractas como *trabajo* o *población* no son útiles para el análisis de procesos sociales particulares si no están

⁴⁹ Si bien concordamos respecto del carácter necesario de esta mediación, no es suficiente para un análisis concreto (debidamente historizado): la crítica de una fuente histórica exige, una vez verificada su legitimidad, la consideración de las condiciones sociales específicas de producción de la fuente: la clásica crítica marxiana de la ideología basada en el lugar de clase de la enunciación. Véase el capítulo 3, más adelante.

⁵⁰ Adorno ha señalado correctamente que, “en Marx, quien por supuesto, provenía de Hegel, las categorías utilizadas no son solo las llamadas categorías sistemáticas desarrolladas a partir de conceptos, sino también son, siempre y de manera intencional, categorías históricas (2000, p. 144).

conceptualizadas en relación con sus respectivas formas de sociedad. Por otro lado, esta historicidad implica que las *categorías* mediante las cuales se entiende una forma de sociedad son, en sí mismas, un producto de condiciones sociales objetivas y, por ende, el enfoque teórico está siempre arraigado en la sociedad donde se formula.⁵¹

Surge entonces una aparente paradoja: la hermenéutica de Marx se basa en la discontinuidad de los modos de producción, cada uno de los cuales genera sus propias formas culturales para dar cuenta de sus relaciones con sus espaciotiempos sociales, pero a la misma vez esta formulación es producto de un modo particular de producción: el capitalismo. Puesto que Marx insiste en el carácter realista de su método, esto plantea una dificultad que no existe para las filosofías no realistas de la historia, como las de Nietzsche o Heidegger. Por lo tanto, Marx explica la historicidad de su propia teoría y, en consecuencia, de su capacidad para explicar otras formaciones históricas, de dos maneras, que podemos llamar, en términos amplios, evolucionista y abstraccionista.

La primera postura, planteada en los *Grundrisse* mediante un argumento sobre la validez de las categorías del capitalismo para la explicación de las formaciones que condujeron a ese modo de producción (donde utiliza la célebre analogía de la anatomía del mono que resulta comprensible por medio del estudio de la anatomía humana) (1971 t.1, p. 26), es problemática por al menos dos razones.⁵² Primero, dado que este argumento supone *una* línea de desarrollo entre otras (aquella que condujo al capitalismo europeo occidental del siglo XIX), excluye la posibilidad de explicar los modos de producción que

⁵¹ Como afirma Schmidt, para Marx los seres humanos “entienden las leyes objetivamente existentes de la naturaleza a través y por medio de las formas históricas de su práctica” (1977, p. 148). Sin embargo, esto no significa que los aparatos categoriales puedan reducirse sin mediaciones a su contexto social, como se explicará más adelante en este capítulo.

⁵² A pesar de los problemas aquí indicados acerca de la línea de argumentación evolucionista, debe tenerse en cuenta que Marx ya criticaba las ilusiones teleológicas desde la época de *La ideología alemana*, y mantuvo esa posición hasta sus últimos años, como se puede observar en su correspondencia con Vera Zasulich y los *narodniki*.

no pertenecen a la prehistoria del capitalismo y, por ende, poseerían una alteridad radical que niega la unidad de la experiencia humana en la que se sustenta el concepto de historia de Marx. Segundo, este razonamiento tampoco explica adecuadamente las formaciones precapitalistas, ya que la transición dialéctica de un modo de producción a otro no es solo un proceso en el que se obtienen nuevas determinaciones, sino en el que también se pierden otras.⁵³

Grüner (2015) también argumenta contra esta veta evolucionista en los *Grundrisse*, indicando que, si bien en la introducción de este texto se afirma que el estudio de la sociedad burguesa ofrece elementos esenciales para el análisis de sus formaciones anteriores, en estos mismos borradores el desarrollo de las categorías en las sociedades no capitalistas responde a las condiciones particulares de sus totalizaciones sociales, las cuales no pueden deducirse directamente de la explicación del capitalismo. La primacía de los valores de uso en las economías precapitalistas, por ejemplo, transforma de manera decisiva categorías tan básicas como la de *trabajo*, y hace imposible comprender sin cambios considerables estas categorías desde el punto de vista de las formaciones modernas.⁵⁴

La segunda explicación de la historicidad del enfoque de Marx sigue el camino de la abstracción, y está también presente en los *Grundrisse*. Como se citó antes, Marx indica que las categorías más abstractas son válidas para todas las formaciones sociales y, acorde con ello, sostiene que

todas las épocas de la producción tienen ciertos rasgos en común, ciertas determinaciones comunes. [...] Algunas de estas pertenecen a todas las épocas; otras, son comunes solo a algunas. [Ciertas] determinaciones serán comunes a la época más moderna y a la más antigua. [...]

⁵³ Hegel señala que *aufheben* (abolir, asumir) “tiene en el lenguaje el doble sentido de significar tanto conservar, mantener, como igualmente hacer cesar, poner punto final. El conservar incluye ya dentro de sí lo negativo de que algo venga a ser privado de su inmediatez y, por ende, de un estar [como existencia,] abierto a las influencias exteriores” (2011, p. 240).

⁵⁴ Para una crítica de esta línea evolucionista, véase también Derek Sayer (1987, p. 126-30).

Todos los estadios de la producción tienen caracteres comunes que el pensamiento fija como determinaciones generales, pero las llamadas *condiciones generales* de toda producción no son más que esos momentos abstractos que no permiten comprender ningún nivel histórico concreto de la producción (1971 t.1, p. 5-8; las llaves son del traductor del original).

Por lo tanto, en lugar de caracterizar las formas sociales como más o menos desarrolladas en una continuidad histórica –un abordaje más propio de la historia universal de la Ilustración–, la historización puede proceder abstrayendo las precondiciones más generales, válidas para todo modo de producción, a partir de las categorías del modo de producción capitalista. En este caso, la primacía analítica del capitalismo no reside en ser el modo de producción más “avanzado”, sino en su condición como un modo de producción basado en la abstracción.⁵⁵ Este enfoque supone que las categorías transhistóricas abstractas orientan una ontología marxiana de los modos de producción, aun cuando deban adquirir concreción –mediante la investigación empírica, podemos inferir– para explicar adecuadamente una formación social. Así, las categorías más abstractas proporcionan el marco básico para la inteligibilidad de cualquier formación social.⁵⁶

La validez de las categorías trans o metahistóricas en el marxismo suele ser un tema polémico; Moishe Postone (2003), por ejemplo,

⁵⁵ “Solo podemos pensar de manera abstracta sobre el mundo en la medida en que el mundo mismo se ha vuelto ya abstracto” (Jameson, 1989, p. 54).

⁵⁶ En esta línea, Jameson afirma que “el concepto marxiano de modo de producción es, en esencia, *diferencial*: la formulación de un modo de producción (como, por ejemplo, el propio modelo de capital de Marx) proyecta estructuralmente el espacio de otros posibles modos de producción a la vez, por medio de la Diferencia; es decir, por una variación sistemática de las características o semas de cualquier modo inicial. Este es el sentido en el que cada modo de producción *implica* estructuralmente a todos los demás” (Jameson, 2008b, p. 477). Sin embargo, la interpretación basada en la abstracción no considera las categorías de los diferentes modos de producción como elementos de una posible combinación (como lo hicieron los althusserianos), sino como el marco más básico sobre el cual cada modo específico de producción debería ser apprehendido, tanto conceptual como empíricamente.

ha sostenido recientemente la tesis de que la concepción de la historia de Marx se limita estrictamente al capitalismo y que, por tanto, carece de capacidad categorial para el análisis de las sociedades no capitalistas. Esta posición no solo pasa por alto la existencia de una rica tradición de historiografía marxista sobre formaciones no capitalistas, sino que además ignora los numerosos casos en los que Marx se refiere a tales formaciones desde el punto de vista de su concepción materialista de la historia.⁵⁷ Joseph Fracchia señala correctamente que, para Marx, las categorías transhistóricas y abstractas son “la base para la construcción de categorías históricamente específicas” (2004, p. 128) y ofrecen una perspectiva para la crítica de las formas sociales.⁵⁸ Las categorías básicas de este tipo, indica, son *trabajo concreto*, *valor de uso* y *riqueza material*, que tienen sus raíces en la corporeidad humana, pero que son abstraídas de sus relaciones concretas en el capitalismo (2004, 127-128, 138).⁵⁹

Es por medio de las categorías transhistóricas, aquellas que se ocupan de las formas sociales más abstractas como *determinaciones pertenecientes a todas las épocas*, que podemos comprender inicialmente la unidad de la experiencia humana, por heterogénea

⁵⁷ En palabras de Postone, “la teoría marxiana no debe entenderse como una teoría de aplicación universal, sino como una teoría crítica específica de la sociedad capitalista. Analiza la especificidad histórica del capitalismo y la posibilidad de su superación mediante categorías que captan sus formas específicas de trabajo, riqueza y tiempo” (2003, p. 5). Algunas de las discusiones relevantes sobre historiografía marxista se analizan y desarrollan en textos que han sido importantes para la presente investigación: Banaji (2011), Anievas y Nişancıoğlu (2015), Harootunian (2015b).

⁵⁸ Véase también Sayer (1987, pp. 126-149). Echeverría (2014) ha desarrollado más detalladamente la tesis de la *forma natural* como criterio normativo contra la primacía capitalista de la forma de valor.

⁵⁹ Tales consideraciones, esenciales para su concepción materialista de la historia, llevan a Marx a afirmar, por ejemplo, que “ni la Edad Media pudo vivir del catolicismo, ni el mundo antiguo de la política. Es, a la inversa, el modo y manera en que la primera y el segundo se ganaban la vida, lo que explica por qué en un caso la política y en el otro el catolicismo desempeñaron el papel protagónico. Por lo demás, basta con conocer someramente la historia de la república romana, por ejemplo, para saber que la historia de la propiedad territorial constituye su historia secreta” (2009, p. 100).

que sea en sus diversas formas espaciotemporales particulares. Por eso, la ontología marxiana de la historia funciona en este nivel, tematizando rasgos comunes en distintos modos de producción, que podríamos considerar como una especie de “columna vertebral” de todos los “metabolismos sociales”. La abstracción que sustenta esta ontología de la historia tiene sus condiciones históricas de posibilidad, como se mencionó antes, en la expansión mundial del capitalismo, pero también en el desarrollo de la abstracción dentro de las relaciones sociales capitalistas. En este sentido, la tensión entre la unidad de la experiencia humana y la particularidad de los distintos modos de producción establece las condiciones que hacen posible esta abstracción transhistórica, de manera similar a cómo el concepto de valor, como señaló Marx, “es enteramente propio de la economía más reciente, ya que constituye la expresión más abstracta del capital mismo y de la producción fundada en este” (1971 t.2, p. 315).⁶⁰

En este argumento, la condición históricamente moderna forma una unidad dialéctica con sus procesos sociohistóricos subyacentes (y el desarrollo de sus espaciotiempos reales y tendenciales), por lo que la oposición entre una filosofía sustancial y una filosofía analítica de la historia deviene inútil. La filosofía del conocimiento histórico y la filosofía de la historia se implican necesariamente entre sí; asimismo, los procesos históricos y la historiografía no están separados por un abismo infranqueable, como lo asumen las filosofías de la historia neokantianas y nietzscheanas. Esta unidad no supone un cierre idealista del pensamiento histórico, pues para Marx la metodología dialéctica debe ser capaz de incorporar las determinaciones de la realidad como nuevas categorías.⁶¹

⁶⁰ La explicación de Marx acerca de la imposibilidad de Aristóteles de alcanzar el concepto de valor es otro ejemplo ilustrativo de su tesis sobre la historicidad de las categorías (2009, pp. 73-74).

⁶¹ Osborne indica que este enfoque, que él caracteriza como *inmanente*, evita la circularidad del método trascendental al apoyarse en contenidos historiográficos específicos y, por tanto, su validez está continuamente sujeta a la contingencia histórica. Osborne (2010, pp. 35-36).

Este carácter realista de la teoría de la historia de Marx, como se verá en el próximo capítulo, implica el conocimiento de las relaciones entre diversos mecanismos generativos, con el fin de explicar casos históricos particulares. Sin embargo, es necesario aclarar primero cómo este autor concibe el desarrollo espaciotemporal de las formas sociales en la más amplia escala.

1.3. De la historia universal a la complejidad espaciotemporal

La visión general de Marx del desarrollo humano –siguiendo la *unidad de la experiencia humana* planteada por el concepto moderno de historia– necesitaba dar cuenta de la diversidad global y regional de las formas sociales; en este sentido, pasó por dos fases, marcadas por los *Grundrisse* de 1856-57 como principal punto de inflexión entre ellas. Aunque la ontología básica del ser social de Marx no experimentó grandes transformaciones desde mediados de la década de 1840, en los *Grundrisse* Marx sienta las bases para su concepción espacial y temporalmente compleja de la historia. En cuanto a su concepción anterior, existe de hecho una unilinealidad implícita que sustenta sus formulaciones sobre la historia en textos como *La ideología alemana*, el *Manifiesto comunista* y sus artículos sobre la India para el *Daily Tribune*, que está en deuda con la *historia universal* (*Weltgeschichte*) de la Ilustración.

Como demuestra Koselleck, los filósofos alemanes elaboraron su concepción ilustrada de la historia del mundo a fines del siglo XVIII, con el fin de reemplazar la anterior historia mundial (*Universalhistorie*), la cual consideraban como un simple agregado de unos cuantos acontecimientos históricos, y que servía de ciencia auxiliar para la teología y la filología. Contra esto, Schlösser afirmó en 1785 que el estudio de la historia universal conduce a “pensar en las principales transformaciones (*Hauptveränderungen*) del género humano (*Menschengeschlecht*) y su entorno para conocer los motivos de su estado

actual” (en Koselleck, 2010, p. 100).⁶² La historia universal sería, por ende, una historia general, totalizadora, que uniría la multiplicidad de historias particulares en un singular colectivo (Koselleck, 2010, pp. 101-104; Ricoeur, 2004, pp. 390-399).⁶³

Las diversas versiones de la historia universal de los siglos XVIII y XIX, sin embargo, no estuvieron a la altura de sus pretensiones de pensar la generalidad del desarrollo humano. Desde un eurocentrismo apenas disimulado, estas narrativas justificaban el dominio de Europa Occidental sobre el resto del planeta, al concebir la historia del mundo como un camino unilineal dirigido por la civilización supuestamente más avanzada. El surgimiento de la concepción de la historia universal iba de la mano de la noción de *progreso* histórico, sobre todo en textos de Turgot, Condillac y Condorcet, filósofos de la Ilustración francesa, pero también en algunos de los ensayos políticos más famosos de Kant. Estos autores comparten la visión de Europa como el motor del “progreso”, por lo cual defienden al colonialismo (Iggers, Wang y Mukherjee, 2008, p. 31).

Siguiendo esta concepción, se generalizó entre los círculos intelectuales europeos una división de la historia en etapas sucesivas. En la segunda mitad del siglo XVIII, el fisiócrata francés Turgot y los filósofos morales escoceses como Adam Ferguson, Adam Smith y John Millar propusieron una sucesión de cuatro etapas, desde el nomadismo hasta las sociedades urbanas de sus días, y definieron el comercio como el factor más importante del desarrollo histórico hasta el último y más complejo tipo de sociedad (Meek, 1977, pp. 18-32; Iggers, Wang y Mukherjee, 2008).⁶⁴ Esta serie de transformaciones que se presentan como un análisis de la historia entrañan una jerarquía en la que la última etapa –la “civilización moderna de la Europa

⁶² Esta edición de Koselleck es una traducción parcial de la entrada “*Geschichte*” en el volumen 2 de los *Geschichtliche Grundbegriffe*.

⁶³ Además del proceso económico de expansión capitalista, la elaboración de la historia universal fue posible gracias a la centralización de la información en los archivos imperiales, como se describe en el Capítulo 3 del presente libro.

⁶⁴ Véase también Christopher J. Berry (2013, pp. 32-65).

Occidental”– es el estándar a partir del cual se juzga a las demás y al que han de someterse. En este sentido, Guha critica la versión de Hegel de las sucesivas etapas de la historia, según la cual el principio superior prevalece sobre el inferior, Occidente sobre Oriente (2002b, 72-73).

Dejando de lado las implicaciones políticas de la historia universal como apología del colonialismo, esta concepción contribuyó escasamente al conocimiento histórico. Su metodología de inferir amplias conclusiones espaciotemporales a partir de un número bastante limitado de fuentes, seleccionadas a menudo de manera injustificada, acabó por entrar en contradicción con el desarrollo de su método crítico, que exigía una creciente especialización. La vaguedad de la historia universal tenía poco que ofrecer a la explicación de procesos históricos específicos; es, como sostiene Guha, “una visión de la historia que permite extraer todo lo específico de los fenómenos que conforman el mundo y su historicidad” (2002b, p. 15).⁶⁵ La historia universal es, de hecho, la referencia por excelencia de lo que los filósofos analíticos llaman *filosofía especulativa* de la historia: un modo de interpretar la historia mediante criterios *a priori*, sin ningún rigor empírico (Walsh, 1968, pp. 4-28).

Esta tradición de la historia universal es el contexto desde el cual Marx y Engels comienzan su trabajo teórico sobre la historia. Para ellos, el mundo burgués estaba a punto de crear un sistema plenamente integrado, en el que el desarrollo de la época histórica más avanzada, la del capitalismo, destruiría el aislamiento de las nacionalidades separadas, convirtiendo la historia en historia universal, integrándolas a través “del intercambio y de la división del trabajo que ello hace surgir por vía natural entre las diversas naciones” (Marx y Engels, 2014, p. 38).⁶⁶ En consecuencia, el *Manifiesto* argumenta que

la necesidad de lograr un mercado de venta en continua expansión para sus productos lanza a la burguesía por todo el globo terráqueo. En todas partes debe ingresar, en todas partes debe instalarse, en to-

⁶⁵ Sobre la especialización de la disciplina histórica, véase Koselleck (2010, p. 105).

⁶⁶ Acerca de *La ideología alemana*, véase Terrel Carver y Daniel Blank (2014).

das partes debe establecer conexiones [...] La burguesía, a través del rauda perfeccionamiento de todos los instrumentos de producción, a través de la incesante mejora en las comunicaciones, ha arrastrado a todas las naciones, incluso a las más bárbaras, hacia la civilización. Los precios bajos de sus mercancías son la artillería pesada con la que derrumba todas las murallas chinas, con la que impone la capitulación de la más obstinada xenofobia de los bárbaros. Obliga a todas las naciones a adoptar el modo de producción de la burguesía, si es que no quieren sucumbir; las obliga a introducir en sus propios ámbitos la así llamada civilización, es decir, a volverse burguesas. En pocas palabras, crea un mundo a su propia imagen (Marx y Engels, 2013, pp. 29-30).

El mercado mundial no solo da a la producción y al consumo de cada país un carácter cosmopolita; también produce una cultura global más allá de los viejos límites locales y nacionales: una literatura mundial. El supuesto subyacente en la primera versión marxiana de la historia universal es que la expansión del capitalismo (como la etapa más avanzada) impone una sola totalización espaciotemporal sobre los múltiples espaciotiempos de sus sociedades contemporáneas con modos de producción menos productivos. En la medida en que esta concepción considera que el mundo ya está homogeneizado por la expansión del capitalismo, solo hay una clase social que puede realizar plenamente las potencialidades emancipadoras del capitalismo: por lo tanto, como se afirma en el *Manifiesto*: “Los proletarios no tienen nada que perder excepto sus cadenas. Tienen un mundo que ganar” (2013, p. 71, 31 y 33).⁶⁷

Dado que el desarrollo del capitalismo a escala mundial es aquí una condición para la revolución comunista, el colonialismo se justificaba como una etapa necesaria hacia una sociedad sin clases,

⁶⁷ Según *La ideología alemana*, “el proletariado solo puede existir en un plano *histórico-mundial*, lo mismo que el comunismo, su acción solo puede llegar a cobrar realidad como existencia histórica-universal” (Marx y Engels, 2014, pp. 29-30).

apareciendo así como un mal necesario (Osborne, 2006, pp. 110-121).⁶⁸ Esto se ejemplifica en los escritos de Marx a principios de la década de 1850 sobre la India, en los que elogiaba los efectos destructivos de los ferrocarriles y la industria en instituciones antiguas como el sistema de castas, las cuales desde su punto de vista coartaban las potencialidades del pueblo indio, pero también en los comentarios de Engels en 1849 sobre la anexión de territorios anteriormente mexicanos por parte de los Estados Unidos (Marx, 1964, p. 109).⁶⁹

La temprana visión marxiana del desarrollo de la historia es una versión socialista (y ciertamente más compleja) de la historia universal en cuatro etapas de la Ilustración escocesa y los fisiócratas franceses que, como observa Meek, era también una concepción materialista de la historia (1967, pp. 34-50). La formulación de John Millar es representativa de esta concepción, según la cual

el desarrollo debe considerarse como el proceder a través de cuatro etapas socioeconómicas normalmente consecutivas, cada una basada en un “modo de subsistencia” particular, a saber la caza, el pastoreo, la agricultura y el comercio. A cada etapa correspondían distintas ideas e instituciones relacionadas tanto con la propiedad como con el gobierno, y en relación con cada una, se podían enunciar

⁶⁸ Los autores poscoloniales y decoloniales han escrito abundantemente sobre textos de esta fase de la producción de Marx, a la cual usualmente reducen la totalidad de su obra: Said (2003); Lander (2006). Algunas respuestas de autores marxistas incluyen: Benita Parry (2004); Crystal Bartolovich y Neil Lazarus (2002).

⁶⁹ Con respecto a los escritos de Marx sobre la India, véase: Irfan Habib (2002); Aijaz Ahmad (1994, cap. 6). En aquel momento, Engels planteó la pregunta: “¿Acaso es lamentable que la espléndida California haya sido arrebatada a los perezosos mexicanos, que no pudieron hacer nada con ella? ¿Que los enérgicos yanquis, por la rápida explotación de las minas de oro de California, aumentarán los medios de circulación, en unos años concentrarán una densa población y un comercio extenso en los lugares más idóneos de la costa del Océano Pacífico, crearán grandes ciudades, abrirán comunicaciones por barco de vapor, construirán un ferrocarril de Nueva York a San Francisco, abrirán el Océano Pacífico a la civilización por primera vez y, por tercera vez en la historia, darán al comercio mundial una nueva dirección? La ‘independencia’ de unos pocos españoles californianos y tejanos puede sufrir por ello; en algunos lugares se pueden violar principios morales como la ‘justicia’ y otros; pero ¿qué importa eso, si se compara con hechos de trascendencia histórica mundial?” (1977, pp. 365-66).

declaraciones generales sobre el estado de las costumbres y la moral, la plusvalía social, el sistema jurídico, la división del trabajo, etc. (Meek, 1977, p. 19).⁷⁰

La conocida crítica de Althusser a la *totalidad expresiva* (más allá de lo válida que consideremos esta crítica respecto de Hegel) está dirigida contra esa concepción etapista de la historia, expresada en textos como *La ideología alemana* y el *Manifiesto*, aunque en su crítica el marxista francés no se refiere a ellos explícitamente. La visión etapista de la historia supone que cualquier momento de la historia puede abstraerse, intelectualmente, como un todo del resto –por medio de una *sección esencial*– y las relaciones entre todos sus elementos expresarán su esencia interna mediante esta operación. Cuando se saca una sección esencial de una totalidad, cada una de sus partes expresa la totalidad social: son *contemporáneas*. En la concepción temprana de Marx de la historia, esta contemporaneidad se define por la contradicción entre las fuerzas de producción y las formas de intercambio (Althusser y Balibar, 2004, pp. 104-105).⁷¹

Así, la visión etapista de la historia presupone homogeneidad *dentro* de una etapa determinada, pero también presupone homogeneidad *entre* las etapas: un *continuo*. Aunque sería exagerado reducir la concepción temprana de Marx del espaciotiempo a una visión cuantitativa y formalizada –como en el otro aspecto de la crítica de Althusser a la totalidad expresiva–, esa concepción temprana de los modos de producción en última instancia sostiene que los niveles de

⁷⁰ Estudiosos como Robert Brenner y Ellen Meiksins Wood –quizá los representantes más conocidos de la escuela del *marxismo político*– han insistido en la deuda de Marx con esta concepción de la historia en sus escritos anteriores a los *Grundrisse*, poniendo específico énfasis en la influencia del modelo smithiano del desarrollo. Esta influencia se puede observar sobre todo en el predominio que estos textos asignan al desarrollo urbano en la transición del feudalismo al capitalismo: afirman que las aldeas más grandes fueron los sitios del capitalismo naciente y de los primeros elementos de la burguesía (Marx y Engels, 2014, pp. 49-50; Marx y Engels, 2013, p. 26; Wood, 2010, pp. 86-87; Brenner, 1977, pp. 25-27).

⁷¹ Jameson argumenta que, en la crítica de Althusser, “Hegel” es un nombre en clave para el estalinismo (1989, pp. 24-29).

productividad son un criterio transhistórico en la escala histórica mundial. Como resultado de ello, el etapismo imposibilita captar la historicidad e invisibiliza la pluralidad de formas sociales en un modo de producción, así como con sus contradicciones y actores.⁷²

A pesar de todas sus limitaciones epistemológicas y políticas, cabe indicar que esta concepción, como reiteró Marx, no es determinista en sentido estricto: incluso en el caso de su famoso artículo sobre la India, afirma que los indios solo se beneficiarán de las innovaciones introducidas por los británicos cuando el proletariado surja en Gran Bretaña como la clase dominante, *o cuando los propios indios derroquen la dominación inglesa* (1964, p. 109). El *Manifiesto* –en última instancia un documento político en la inminencia de las revoluciones de 1848– predijo el triunfo del proletariado, pero también insistió en la necesidad de que los obreros se organizaran en un partido revolucionario. Incluso si las condiciones eran favorables para la clase obrera, el resultado de la lucha de clases dependía de su praxis política.⁷³

En contraste, los *Grundrisse* marcan el rechazo de Marx a la concepción histórico-universal y esbozan su concepción definitiva de la historia. Como se indicó antes, si bien todavía en esas páginas se encierran algunas afirmaciones evolucionistas problemáticas (en particular las relativas a su analogía sobre el desarrollo histórico y la relación entre mono y humano), es en estos borradores cuando se da el momento decisivo de transición hacia una ciencia de totalizaciones multiespaciales y multitemporales. Kevin Anderson sostiene que con la introducción del modo de producción asiático en los *Grundrisse*, Marx abandona la unilinealidad de sus textos anteriores, un cambio de perspectiva que coincide con una actitud más hostil de Marx hacia el capitalismo y una evaluación más matizada de las formas no

⁷² Harootunian sostiene que un etapismo implícito es persistente incluso en lecturas recientes de Marx, como en Negri, Backhaus y Postone (2015b, pp. 68-69).

⁷³ Mientras que el diagnóstico de la sociedad burguesa es el punto de partida del argumento del *Manifiesto*, la discusión de la organización política socialista más eficaz y el argumento a favor del comunismo aparecen en sus conclusiones.

capitalistas (2010, pp. 154-163).⁷⁴ Bensaïd (2003) también destaca los *Grundrisse* como la introducción de una *nueva forma de escribir la historia*, rompiendo con la noción especulativa de una Historia universal, hacia la noción del *desarrollo desigual* entre esferas de actividad social. Esto supone una crítica del progreso y una profundización de la relación entre el azar y la necesidad en la historia. Aunque Marx sí señala algunos tipos de desarrollo desigual en sus primeros escritos, es solo a partir de los *Grundrisse* que explora las implicaciones de tal desarrollo desigual para la historia de manera sistemática, introduciendo la noción de intemporalidad.⁷⁵

En los *Grundrisse*, por ejemplo, Marx afirma que

si un pueblo industrial, un pueblo que produce sobre la base del capital, como Inglaterra, por vía de ejemplo, practica el intercambio con los chinos y del proceso productivo de estos absorbe el valor bajo la forma de dinero y mercancía, o más precisamente, por el hecho de que los arrastre a la órbita de la circulación de su capital, se ve claramente que no por ello los chinos mismos necesitan producir como capitalistas. Dentro de una misma sociedad, como la inglesa, el modo de producción del capital se desarrolla en una rama industrial, mientras que en otra, por ejemplo la agricultura, prevalece en mayor o menor grado el modo de producción precedente al capital (1971, t.2, p. 257).

Por lo tanto, un modo de producción más “productivo” no elimina necesariamente a otros que coexisten con él; la nueva concepción de

⁷⁴ En la década de 1980 Dussel había llegado a una conclusión similar sobre los *Grundrisse*: argumenta que estos borradores marcan el momento en que Marx articula su discurso definitivo, el más útil para el análisis de formaciones periféricas como las latinoamericanas (1985, pp. 12-13). Lucía Pradella encuentra que en los *Cuadernos de Londres*, redactados entre 1850 y 1853, hay ya indicios de que Marx apunta hacia una visión multilineal de la historia. Sin embargo, tal concepción solamente aparecerá sistematizada en los *Grundrisse* (2016, pp. 92-122).

⁷⁵ Bensaïd subraya el tratamiento de Marx en 1843 de la no contemporaneidad del desarrollo económico, político y filosófico en Inglaterra, Francia y Alemania (2003, pp. 46-53). Sobre la discusión de los términos y conceptos de *contemporaneidad*, *sincronicidad* y *temporalidad* (*timeliness*), véase Peter Osborne (2015, pp. 39-48).

Marx nos permite entender las combinaciones bajo una forma dominante. La complejidad de las formaciones sociales concretas debe totalizarse determinando primero el tipo específico de producción que predomina sobre el resto y “cuyas relaciones por lo tanto asignan a todas las otras el rango y la influencia”, pero también debe lidiar con las formas subordinadas que aparecen como formas “atrofiadas” o “tergiversadas” (1971 t.1, pp. 26-29).⁷⁶

En la sección de los *Grundrisse* sobre las formaciones precapitalistas, también conocidas como *Formen*, Marx abarca los modos de producción desde su punto de vista como formas de apropiación.⁷⁷ Estas formas no son simples construcciones analíticas, sino abstracciones de sociedades existentes históricamente. Más aún, no son etapas cronológicas sucesivas, sino que han coexistido una al lado de la otra; en esta nueva concepción de la historia, las *formas* reemplazan a las *etapas*, con lo cual se vuelve imposible concebir un curso lineal único en la historia. En este sentido, la famosa descripción secuencial de los cuatro modos de producción en la *Contribución* de 1859 contrasta con el interés más teórico de los *Grundrisse*.⁷⁸ Así, dicha secuencia se convierte estrictamente en una formulación sobre el proceso histórico particular de Europa Occidental.⁷⁹

⁷⁶ Sobre la prevalencia de la producción como criterio de totalización, véase Lucca Basso (2013, pp. 434-435) y Marcello Musto (2010, pp. 10-15).

⁷⁷ Cada forma de apropiación está determinada por un modo de producción diferente, siendo este último propiamente el criterio de totalización. Marx señala que “la unidad originaria entre una forma particular de comunidad (tribal) y la correspondiente propiedad sobre la naturaleza [...] tiene su realidad viviente en un modo determinado de la producción misma, un modo que aparece tanto como comportamiento de los individuos entre sí cuanto como comportamiento activo determinado de ellos con la naturaleza inorgánica, modo de trabajo determinado (el cual es siempre trabajo familiar, a menudo trabajo comunitario)” (1971 t. 1, p. 456).

⁷⁸ “A grandes rasgos puede calificarse a los modos de producción asiático, antiguo, feudal y burgués moderno de épocas progresistas de la formación económica de la sociedad” (Marx, 1961, p. 9). Aunque traducido aquí como “épocas progresistas”, *progressive Epochen* puede significar simplemente “épocas sucesivas” (en el sentido de *progresión*), lo cual sería coherente con la crítica reiterada de Marx a la ideología del “progreso” (concepto para el cual usa el término *Fortschritt*). También cabe observar que existe una gran diferencia entre una “época” y una “etapa”, tal como se interpreta con frecuencia.

⁷⁹ Esta posición la mantienen, entre otros, Hobsbawm (2009, p. 61) y Basso (2013, pp. 332-334).

En los *Grundrisse* se proponen tres tipos de formas precapitalistas de apropiación: la comunitaria (de la cual existen dos variedades: la primitiva y la “despótica oriental”, que abarca casos más específicos como el asiático, el mexicano, el peruano, el eslavo, etc.), la antigua grecorromana y la forma germánica; cada una de ellas produce sus espaciotiempos particulares, como veremos en el próximo capítulo. Estas formas, según Marx, comparten la primacía de la producción de valores de uso; a los antiguos griegos y romanos, por ejemplo, no les importaba qué tipo de propiedad creaba mayor riqueza, sino cuál creaba los mejores ciudadanos (1971 t.1, 447).⁸⁰

Como señala Wood, la descripción de Marx de estas formas se basa en principios inmanentes a cada una,

y no en alguna ley transhistórica impersonal de perfeccionamiento tecnológico o de expansión comercial [...] Una manera de caracterizar lo que ha hecho Marx, ya en los *Grundrisse*, es decir que ha reemplazado la teleología con la historia; no la historia como mera contingencia, ni la historia como una sucesión mecánica de etapas predeterminadas o una secuencia de estructuras estáticas, sino la historia como un proceso con sus propias causalidades, constituida por la acción humana en un contexto de relaciones sociales y prácticas sociales que imponen sus propias exigencias a quienes las llevan a cabo (2010, 88 y 90).⁸¹

Haroottunian sostiene que Marx consolidó esta concepción de la historia a mediados de la década de 1860, con el concepto de *subsunición formal*, el cual le permitió “captar teóricamente las refracciones de formas específicas” mediante las cuales se genera plusvalía para el capitalismo a partir de relaciones de producción que no son

⁸⁰ Contra esta tesis, Banaji ha argumentado que incluso en los tiempos de Marx, las fuentes sobre la historia romana impedían la caracterización de los modos de producción precapitalistas como economías naturales (2011, pp. 7-8).

⁸¹ Krader también subraya los argumentos de Marx contra la unilinealidad, en su introducción a los cuadernos etnológicos del fundador del materialismo histórico (1988, pp. 1-47).

inmediatamente capitalistas (2015b, p. 8).⁸² Marx utiliza este concepto para explicar los medios por los cuales el capitalismo se apodera de un proceso de trabajo disponible y existente para modificarlo haciéndolo más intensivo, extendiendo su duración, haciéndolo más continuo u ordenado, sometiéndolo a la dirección de un capitalista: bajo la subsunción formal, no se introducen cambios tecnológicos en el proceso de trabajo y la valorización se produce por la exacción de la plusvalía absoluta (1971b, pp. 60-72).⁸³

La caracterización de Harootunian del papel del concepto marxiano de *subsunción real*, sin embargo, ha sido criticada por combinar este concepto con una “culminación” del capitalismo y, por ende, por negar esta forma para el análisis de las sociedades no europeas.⁸⁴ Dado que los propios análisis de Harootunian utilizan el concepto de *subsunción híbrida* para complementar su contraparte *formal*,⁸⁵ se puede argumentar que su consideración del capitalismo como totalización estructuralmente heterogénea no excluye otras formas de subsunción; por el contrario, exige un análisis más matizado de las modalidades que asumen las diversas relaciones de trabajo.

El desarrollo del concepto de subsunción coincide con los primeros años de la Asociación Internacional de los Trabajadores, fundada en 1864. Scaron ha indicado que fue la experiencia de Marx en esta organización la que decisivamente propició a que se deshiciese de los elementos políticos y teóricos incongruentes con su propio internacionalismo (1972, pp. 7-9). El desarrollo de su concepto de trabajo abstracto en el primer volumen de *El capital* (1867), adicionalmente, le permitió “sincronizar” la diversidad de lo global sin reducirlo a una universalidad

⁸² Dussel indica que el capítulo donde se desarrolló el concepto de subsunción se escribió en 1864 (1988, p. 13).

⁸³ Tomba identifica un tercer tipo de subsunción en Marx, además de la formal y la real: las formas intermedias o híbridas de subsunción, formas de trabajo-plusvalía que se explotan mediante coerción directa (2013a, pp. 148-150).

⁸⁴ Véase Peter Osborne (2016, p. 50). Además, contra la concepción negriana de la subsunción real, en la que se basa Harootunian, véase Andrés Sáenz de Sicilia (2016, pp. 199-200).

⁸⁵ Lo hace en su presentación de *El desarrollo del capitalismo en Rusia* de Lenin (2015b, pp. 79-93).

abstracta. Marx siguió profundizando este enfoque anti-eurocéntrico hasta su muerte. De este modo, sus intercambios con los populistas rusos durante la década de 1870 y principios de la de 1880, así como sus lecturas sobre la India, le permitieron adquirir sólidos conocimientos sobre la comuna rural rusa y otras formas campesinas.⁸⁶

En esta línea, García Linera, refiriéndose a los cuadernos de Marx sobre Kovalevsky, dice que esta interpretación es útil para entender la historia del campesinado boliviano, no solo como resultado de la colonización y la opresión de sus comunidades locales por parte de otras naciones, sino sobre todo por otras formas de producción:

en sus notas muestra, como ya lo hizo antes (en los *Grundrisse*), que los sometedores bien pueden dejar subsistir el antiguo modo de producción, sometiéndolo a tributos y ciertos cambios en las relaciones de distribución y control del excedente como hicieron los romanos, los turcos y los ingleses en sus colonias y, como creemos nosotros, sucedió acá, en las comunidades altiplánicas, al menos en algunos casos, hasta el remate de tierras comunales en los años 80 del siglo XIX y, en general, hasta la revolución de 1952 (2015, pp. 114-115).⁸⁷

Producto de esos desarrollos teóricos, la historia ya no puede concebirse como una confluencia de la multiplicidad de espacios-tiempos sociales en un principio organizador único (relativamente) homogéneo. La concepción de Marx del modo de producción capitalista no es, en sí misma, simple: las contradicciones, superposiciones y brechas espaciotemporales son constitutivas de esta organización social. Empero, cuando pasamos de la consideración *lógica* del modo de producción capitalista al análisis *histórico* del capitalismo, la historia se revela como una topografía aún más compleja de formas

⁸⁶ Véase Tomba (2013a, pp. 144-50). Sobre la contemporaneidad resultante como *unidad disyuntiva viviente de múltiples tiempos* a través del trabajo abstracto, véase Osborne (2013, pp. 79-84). Sobre el Marx tardío, Theodor Shanin (1990, pp. 13-54).

⁸⁷ El dramático cambio de Marx en su postura política sobre la colonización europea en sus artículos de 1853 se puede observar en diferentes fragmentos de *El capital* (2009, p. 429; y 2011, pp. 425-427).

sociales, que produce tiempos y espacios en tensión con las condiciones ideales de acumulación del capital: lo que Tomba (2013^a), siguiendo a Bloch, llama un *multiverso* y Quijano caracteriza como la heterogeneidad histórico-estructural del capital (2014, pp. 285-327).⁸⁸

Concordantemente, Banaji (2011) ha propuesto una concepción más compleja de los modos de producción, la cual asume diferentes posibilidades en las que un modo de producción puede configurarse en términos históricos. Descarta, sin embargo, el concepto de formación social (2011, pp. 22-23). Si bien coincidimos con esta exhortación a pensar sobre los modos de producción de una manera que resultaría imposible desde una perspectiva etapista, esta posición corre el riesgo de confundir el aspecto lógico y el histórico de este concepto, una distinción que se profundizará en el siguiente capítulo. En cualquier caso, si debemos diferenciar entre un género (p. ej. el capitalismo) y sus variaciones (p. ej. el capitalismo de trabajo campesino o de trabajo esclavo), ¿por qué mantener el mismo término para ambos niveles de análisis?

En una formación social, este proceso de producción espaciotemporal se comprende mejor desde el concepto de desarrollo desigual y combinado –célebremente desarrollado por Trotsky (1985)–, donde la desigualdad es inherente al modo de producción (por ejemplo, al generar riqueza y pobreza en el mismo movimiento) y la combinación se produce por la subsunción de industrias y procesos de trabajo específicos bajo un modo de producción dominante, del cual no necesariamente han surgido (Wainwright, 2013, pp. 371-391). El análisis concreto de una formación social debe dar cuenta de cómo la multiplicidad de tiempos y espacios establece un campo de contradicciones: esta concepción visibiliza distintos tipos de opresión y explotación, así como a sus víctimas y sus beneficiarios.

⁸⁸ Tombazos (2014) ha desarrollado detalladamente el estudio de las temporalidades del modo de producción capitalista en el nivel lógico. Sobre la sincronización a escala mundial, véase también Tomba (2013a). Para un análisis de este enfoque, véase Osborne (2015, pp. 39-48).

La concepción del desarrollo desigual y combinado, como indican Anievas y Nişancıoğlu (2015, pp. 54-55), subvierte y trasciende la concepción etapista de la historia y rechaza la noción de que la historia de Europa occidental sea un criterio normativo a partir del cual deban juzgarse otras trayectorias históricas regionales o locales. Con los *Grundrisse*, Marx abre la posibilidad, desarrollada de manera teórica más tarde en la década de 1860, de concebir la historia como *una totalización espaciotemporalmente compleja de formas sociales*; y con esta concepción de la historia los últimos vestigios de linealidad y eurocentrismo dan paso a la materialidad de la actividad humana que, con sus determinaciones y contingencias, reclama así su protagonismo.

Epílogo

Cuando, en sus primeros trabajos, Marx y Engels afirman que solo conocían la ciencia de la historia, su concepto de la historia estaba lejos de los límites disciplinarios establecidos en la división intelectual del trabajo en aquel entonces. De acuerdo con este concepto, Marx es historiador de una manera muy particular: su concepción es profundamente histórica en la misma medida en que su visión del conocimiento histórico es profundamente conceptual (Grüner, 2005). La ciencia histórica, tal como él la concibe, no es, por tanto, externa a los procesos históricos, así como lo empírico y lo conceptual no son externos entre sí.

En consecuencia, el espacio y el tiempo no son externos a la dialéctica de Marx, sino inherentes (como condición y como consecuencia) al carácter totalizador de la praxis humana. Las palabras de Ernst Bloch al comienzo de este capítulo –a pesar de las limitaciones de su filosofía del tiempo (Osborne, 2015, pp. 42-47)– capturan la complejidad espaciotemporal del concepto de historia de Marx, sobre todo en lo que respecta a sus desarrollos teóricos a partir de 1857. Esta concepción rompió con la perspectiva predominante de unilinealidad

histórica al considerar a las sociedades como formas y no como etapas, e insistiendo en que las totalizaciones sociales son producto de agentes humanos en condiciones sociales específicas. Para Marx, una forma de sociedad, por muy abstracta que sea, está constituida por formas más simples (cuya dinámica puede explicarse, en términos del realismo crítico, mediante mecanismos generativos), las cuales tienen sus propios espacios-tiempos y son totalizadas por las relaciones conflictivas entre fuerzas y relaciones de producción.

Por ello, en esta concepción, la ciencia de la historia no se limita al estudio de gestas pasadas, sino que tematiza la coexistencia de distintos espacios-tiempos sociales (con diferentes escalas y formas de funcionamiento) en un solo contexto físico. Los tiempos y espacios sociales se producen en la historia como consecuencia de praxis sociales colectivas, lo cual significa que cada forma social, en tanto totalización, está constituida por sus propias configuraciones de espaciotiempo, más que por una simple secuencia de pasado, presente y futuro en una topografía homogénea. Así, Bensaïd ha indicado que en el concepto de historia de Marx,

pensado como 'retraso', en relación con una norma temporal imaginaria, el anacronismo termina por imponerse no como anomalía residual, sino como atributo esencial del presente. La no contemporaneidad no se reduce a la desigualdad indiferente de sus momentos. Es también su desarrollo combinado en un nuevo espaciotiempo histórico (2003, p. 53).

La subsunción, en sus diversas modalidades, es el mecanismo que integra las relaciones de producción no capitalistas en la red espaciotemporal del capitalismo global, totalizando la heterogeneidad sociohistórica por medio del trabajo abstracto. Al entender este proceso como una totalización geopolítica (espaciotemporalizada), la concepción de Marx de la historia evita la trampa de un pluralismo abstracto y, al mismo tiempo, defiende la unidad última de la historia humana, forjada a su vez por la expansión del capitalismo. En este sentido, la consideración del espacio y el tiempo, derivados en

última instancia del carácter espaciotemporalizador de la praxis humana, es fundamental para la comprensión del desarrollo desigual de las sociedades, pues estas categorías permiten visibilizar la organización y la distribución asimétricas de sus praxis y productos.

Siguiendo a Marx, en cada forma de sociedad hay una jerarquía de estratos, con sus propios mecanismos generativos, causalidades y contradicciones, que dan cuenta de los diversos espacios y tiempos en una totalización social. Por consiguiente, una coyuntura histórica no puede *reducirse* a un solo principio: en el método marxiano, cada estrato está habilitado por los inferiores, pero sus reglas no están directamente definidas por ellos. La totalidad no puede funcionar como una categoría dialéctica a menos que reconozca las mediaciones.

Lejos de las filosofías especulativas de la historia, la ontología social de Marx tiene implicaciones productivas para el conocimiento histórico. Abre la posibilidad para explicar procesos y fenómenos sociales particulares por medio del decisivo concepto de *modo de producción*, el fundamento de su teoría de la historia. Dado que el método de Marx busca formas sociales reales para organizar las categorías, el espacio y el tiempo son indispensables para su epistemología de la historia y, por ende, proporcionan criterios para las siguientes fases de la investigación histórica: teoría, archivo y exposición. No obstante, cada una de estas fases tiene sus propias especificidades, a la vez que, como se argumentó antes, mantienen una relación dialéctica con el nivel de la ontología.

Capítulo 2

Teoría, modelos y explicación

...uno de esos juegos fascinantes de continuidad de lo discontinuo, de simultaneidad de lo disimultáneo, de reconocimiento en el desconocimiento –que retan a la capacidad interpretativa del historiador.

Bolívar Echeverría, *La modernidad de lo Barroco* (2010, pp. 125-126)

El tema del desarrollo desigual tal vez sea incluso el más importante para la teoría marxista de la historia

Georg Lukács, *Ontology of Social Being t. 2* (1978, p. 118)

La fase de la teoría se ocupa de los problemas en torno a los conceptos y categorías utilizados para organizar los datos en explicaciones causales. La existencia de este nivel en el abordaje marxiano de la historia, como ha indicado Cohen, marca la diferencia crucial entre dicho abordaje y el de Hegel: mientras que una *filosofía* de la historia puede aportar la interpretación de un fenómeno social, una *teoría* de la historia (la cual se basa en una forma de la anterior) contribuye a la comprensión de su dinámica interna (1986, p. 28). En términos precisos, la función de una teoría es proveer la explicación del objeto que estudia.

A su vez, la naturaleza de la explicación, según Ricoeur, reside en responder a la pregunta “¿por qué?” mediante una variedad de usos del conector “porque”, y por tanto esta operación tiene una

relación directa con los problemas de causación. Por esto, la explicación histórica se elabora a través de los métodos de las ciencias sociales; luego, la historia es fundamentalmente historia social. La explicación causal es inherente en la investigación histórica, por más que los historiadores no se percaten de ello: no son simplemente narradores (aunque siempre necesariamente lo son), puesto que tienen que justificar por qué consideran que los factores que sostienen sus explicaciones son mejores que otros. Tienen que defender los “esqueletos causales” que sustentan sus explicaciones (Ricoeur, 2004, pp. 237-238; 2003, p. 305).

En este sentido, Mary Fulbrook ha señalado que una teoría para la explicación histórica (que ella llama, siguiendo a Kuhn, un paradigma) abarca elementos tales como:

- un armazón de preguntas y *acertijos*
- presuposiciones sobre qué *observar*: la constitución del objeto de investigación y un conjunto de conceptos analíticos para ‘describir’ el carácter de los mundos pasados
- presuposiciones sobre qué *buscar* (pistas, también conocidas como ‘fuentes’): y un conjunto correspondiente de herramientas y conceptos metodológicos mediante los cuales aprehender y analizar la ‘evidencia’
- una noción sobre lo que servirá para responder la pregunta
- una noción sobre los *principales propósitos* de las reconstrucciones históricas, y por tanto de las *formas de representación* apropiadas para diferentes tipos de público (2002, p. 34).

Como argumentaremos en este capítulo, aunque algunos de estos elementos son más propios de otros momentos del conocimiento histórico, la teoría innegablemente los determina. Específicamente en cuanto a la teoría de Marx, Eric Hobsbawm ha subrayado la importancia de su conceptualización de las sociedades como sistemas de relaciones entre seres humanos, en las cuales son decisivas las relaciones de producción y reproducción. En sus palabras, el marxismo

insiste, primeramente, en una jerarquía de fenómenos sociales (como “base” y “superestructura”), y en segundo lugar, en la existencia en toda sociedad de tensiones internas (“contradicciones”) que actúan contra la tendencia del sistema de mantenerse en funcionamiento. La importancia de estas peculiaridades en el marxismo está en el campo de la historia, pues son ellas las que permiten explicar –a diferencia de otros modelos estructural-funcionales de sociedad– por qué y cómo las sociedades cambian y se transforman a sí mismas: en otras palabras, los hechos de la evolución social (1998, p. 196).

Aunque esta valoración de Hobsbawm sobre la importancia de la relación entre base y superestructura en la teoría de Marx puede ser exagerada, su planteamiento general enfatiza correctamente la idea de que el objetivo de la propuesta de este autor es la explicación de las transformaciones históricas a través del análisis de sistemas de relaciones sociales.¹

A lo largo de este capítulo examinaremos desde el realismo crítico el papel que juegan los elementos espaciotemporales en las explicaciones históricas de Marx, y su utilidad para establecer un marco metodológico tal como el indicado por Fulbrook (2002). Para esto, la primera sección aborda a la abstracción como fundamento de la metodología marxiana y sus implicaciones para la teoría histórica. Esta diferenciación entre niveles de abstracción permite distinguir entre modos de producción y formaciones sociales, lo cual es indispensable para formular las explicaciones históricas. De allí que la segunda sección analice el lugar que Marx le confiere a las categorías espaciotemporales en su tratamiento de los modos de producción. Finalmente, la sección tercera ilustra el rol de los elementos espaciotemporales en Marx a partir de algunos de sus estudios de caso.

¹En contraste, Lefebvre, por ejemplo, ha argumentado en favor de basar la investigación en la categoría de *formación social*, la cual permite aprehender la complejidad de la actividad social mejor que la metáfora de base-superestructura, la cual frecuentemente ha llevado a interpretaciones mecanicistas (1991, p. 52).

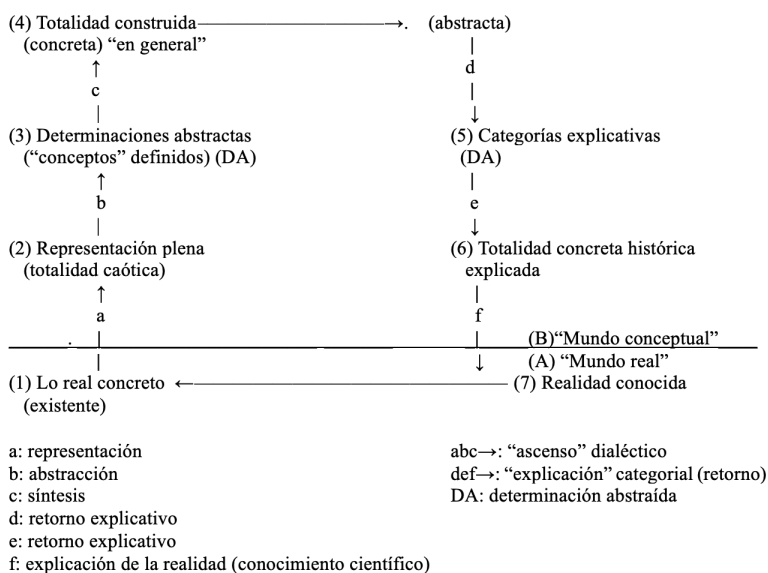
2.1. Abstracción y método

Puesto que la historia es producto de las praxis colectivas que se combinan en una totalización, la explicación dialéctica se refiere principalmente a cómo las relaciones internas de esa totalización (con sus tendencias y contratendencias) hacen un fenómeno particular posible y le dan sentido. La misma inteligibilidad de la historia, como argumentamos en el capítulo anterior, depende de aprehender debidamente esta dialéctica. El abordaje marxiano de la explicación histórica puede, pues, ser descrito a grandes rasgos por lo que Tilly denominaba una *explicación sistémica*, la cual consiste “en especificar el lugar de un acontecimiento, estructura o proceso dentro de un conjunto autosuficiente más amplio de elementos interdependientes, mostrando cómo el acontecimiento, estructura o proceso en cuestión funciona en y/o resulta de las interacciones entre el más amplio conjunto de elementos” (2006, p. 569).

La totalización es así la piedra angular de la teoría marxiana de la historia y de su correspondiente metodología. Dada la prioridad ontológica de la producción en la vida social, el modo de producción es el criterio de tal totalización socio-histórica (Marx, 1971 t.1, pp. 9-10), y para aprehenderlo la abstracción juega el papel metodológico fundamental. Así lo podemos observar en la figura 2.1, en la que Dussel resume el camino desde la inmediatez hasta la abstracción propuesto en los *Grundrisse*. En la introducción de este borrador, de modo hegeliano, se indica la necesidad de abstraer las determinaciones de los fenómenos sociales para ir más allá de su inmediatez aparente, y así llegar a conceptos más concretos para recrear teóricamente la dinámica de la totalización social. Marx indica que abstraer las determinaciones básicas de las formas particulares de sociedad conduce “a la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento” (1971 t.1, p. 21). Enfatiza que las abstracciones resultantes no son meros constructos mentales, sino que deben corresponder con las estructuras de la realidad examinada; la tarea de la ciencia debe ser aprehender relaciones reales, y no simplemente balancear

conceptos dialécticamente. En palabras de Marx, “no se trata aquí de definiciones bajo las cuales se subsumen las cosas. Se trata de *funciones determinadas que se expresan en categorías determinadas*” (2010, p. 274; mis cursivas.² Así, contra los planteamientos de los metodólogos neokantianos, y entre ellos especialmente los de Max Weber (2001), la abstracción no debería llevar a un reino de simples ficciones heurísticas.³

Figura 2.1: Momentos del Método en los Grundrisse



Fuente: Dussel (1985, pp. 49-50).

² Ver también Marx (1971 t.1, p. 10).

³ Como argumentaremos más adelante, esta característica de la epistemología de Marx tiene consecuencias importantes respecto a su utilización de modelos teóricos.

Siguiendo la figura 2.1, después del proceso de abstracción entre a. y c., la totalidad concreta “en general” (en el momento 4.) totalizaría los conceptos abstraídos hacia un modo de producción, estableciendo sus relaciones necesarias, entre ellas sus determinaciones espacio-temporales. Esta totalidad es concreta –“la concretitud es, antes que nada, precisamente *la interconexión universal objetiva e interdependencia de los fenómenos individuales, unidad en la diversidad, la unidad de lo distinto y lo mutuamente opuesto*, y no una unidad abstracta” (Ilyenkov, 2008, p. 88)–, pero necesita “volver” a la particularidad, a través de las categorías correspondientes, para explicar lo que Dussel llama la totalidad histórica concreta (el momento 6. en el diagrama): el nivel de la formación social. A partir de su interpretación de *El Capital*, el filósofo argentino-mexicano ejemplifica la relación entre los momentos 4. y 6. mediante el modo por el cual el “capital en general” sirve para explicar la sociedad burguesa (1985, p. 54).⁴

En términos del realismo crítico de Bhaskar (2008), este método esbozado por Dussel inicia por los fenómenos sociales observables, *empíricos*, y al abstraer a partir de ellos construye el modo de producción como una estructura *real* que sirve como fundamento para la posterior explicación de las formaciones sociales y coyunturas *existentes*. La existencia, luego, no es lo mismo que la realidad: lo real es el ámbito de lo posible, que solo se actualiza (se hace existente) bajo ciertas condiciones. Presentamos un esquema que sistematiza esta concepción del conocimiento en la figura 2.2.⁵ Los mecanismos generativos (que, como argumentamos en el capítulo anterior, son

⁴ El esquema de Dussel es adicionalmente útil en la medida en que relaciona la actividad teórica con la no-teórica, y abre así la consideración sobre la historicidad de la teoría y su política. En una sociedad de clases, la teoría social y su método son parte de una lucha epistémica y como tales implican una toma de posición, que en el caso de Marx es abiertamente el de las clases desposeídas. Para efectos de claridad, aquí trataremos este aspecto político del conocimiento histórico en el cuarto capítulo; a lo largo del resto del presente capítulo trataremos las cuestiones teórico-metodológicas de la aproximación de Marx a la historia sin referirnos directamente a su aspecto político.

⁵ Sobre las relaciones entre realidad, posibilidad y existencia, ver también Lefebvre (2002, pp. 193-206).

formas en funcionamiento) constituyen el ámbito de lo real, que no es directamente observable ni reducible a los eventos existentes generados por esos mecanismos; como afirmaba Marx, “toda ciencia sería superflua si la forma de manifestación y la esencia de las cosas coincidiesen directamente” (2011, p. 1041).

Figura 2.2: Ámbitos de la realidad

	Ámbito de lo Real	Ámbito de lo Existente	Ámbito de lo Empírico
Mecanismos	✓		
Acontecimientos	✓	✓	
Experiencias	✓	✓	✓

Fuente: Bhaskar (2008, p. 56).

Puesto que lo empírico es el ámbito por excelencia de lo pseudo-concreto (sin que esto signifique que oculta completamente la realidad), la abstracción se hace necesaria para determinar cómo las formas, en tanto que mecanismos, operan tras los procesos particulares observables.⁶ Esta operación determina el funcionamiento de tales procesos bajo un número limitado de categorías necesarias relacionadas entre sí, y excluye otras condiciones que considera contingentes, ya que no formarían parte de los mecanismos analizados, sino de otros distintos.⁷ A partir de esta totalidad abstracta, relaciones necesarias que antes no eran evidentes introducen nuevas categorías que dan cuenta de ellas: el momento d. en la figura 2.1. En este sentido, el proceso de abstracción descrito en los *Grundrisse* define al modo de producción como un *sistema cerrado*, del cual pueden deducirse

⁶El camino de la abstracción es el proceso de ruptura con la pseudo-concreción de las percepciones cotidianas, tal como describió Karel Kosik en su *Dialéctica de lo concreto* (1976, pp. 24-77).

⁷Por ejemplo, cuando explica la composición del capital, Marx indica que “en este tipo de investigaciones generales siempre se presupone que las condiciones reales corresponden a su concepto o, lo que es lo mismo, solo se presentan las condiciones reales en la medida en que expresen su propio tipo general” (2011, p. 180).

consecuencias necesarias, tal como la *ley general de la acumulación capitalista* en *El Capital* (2009, pp. 797-808).⁸ Estas leyes describen tendencias internas dentro de un modo de producción y, como Marx repetidamente indicó –particularmente en una bien conocida carta suya a los populistas rusos (Marx y Engels, 1989b, pp. 196-201)–, no se les debe confundir con leyes más allá de un modo de producción específico.

Ciertamente, el objetivo fundamental del método marxiano es determinar las leyes en el nivel de abstracción de cada modo de producción (Marx, 2009, pp. 17-19). Así, como ha argumentado Harootunian, la necesidad metodológica obligó a Marx a partir de la hipótesis del capitalismo como sistema cerrado, y tratar con otras formas solo después de determinar su estructura básica. La sociedad descrita en *El Capital*, constituida exclusivamente por capital y fuerza de trabajo, es un mecanismo *real* (un mecanismo de mecanismos: una forma compuesta de otras formas más elementales) que nos ayuda a entender las (más complejas) formas *existentes*, considerando la subsunción formal además de la real (2015b, pp. 67-68).⁹

El análisis de los modos de producción como sistemas cerrados, entonces, puede llevar a la formulación de modelos espaciotemporales abstractos, cuyas características más básicas son las determinaciones de escala, configuración espacial y ritmo, que ayudan a explicar el desarrollo de las formaciones sociales concretas. Esta posibilidad de construir modelos se encuentra, desde una perspectiva realista, en la distinción entre lo real y lo existente. Weber y el neokantismo en general consideraron, correctamente, que los

⁸ En términos amplios, Bhaskar considera que un sistema cerrado es aquel “en el cual un acontecimiento de tipo a se acompaña invariablemente de un acontecimiento de tipo b” (2008, p. 70).

⁹ Ver también en el apartado 1.3 del Capítulo 1, las críticas al lugar privilegiado que Harootunian (2015b) le otorga a la subsunción formal. Contra la caracterización por Harootunian de los modos de producción como tipos ideales, es preciso recordar que estos son mecanismos reales y *no* meras ficciones heurísticas; como apropiadamente indica Haldon, un modo de producción no es “un constructo apriorístico dentro de otra serie de constructos generados abstractamente y contra los cuales los datos históricos pueden ser medidos, sino, por el contrario, un conjunto de relaciones generadas y generalizadas a partir de ejemplos históricos existentes” (1993a, p. 41).

modelos son construcciones conceptuales que no pueden ser percibidas empíricamente, pero mientras que su epistemología (la del idealismo trascendental) supone que los mecanismos generativos son impuestos sobre los patrones de eventos por la persona que investiga, y que por tanto los modelos pertenecen estrictamente a lo subjetivo, el realismo crítico, siguiendo a Marx, sostiene que los mecanismos existen independientemente de los eventos concurrentes, y que las relaciones causales no pueden, por ello, ni ser inferidos ni refutados directamente por la sola observación. El hecho de que los modelos sean *imaginados* no significa, pues, que sean *imaginarios*, sino solamente que son abstracciones de condiciones existentes (Bhaskar, 2008, pp. 45-47 y 145-146).¹⁰

Los modelos son útiles para la investigación social porque permiten aproximarse a nuevos casos a partir de conocimiento ya establecido. No es necesario pasar por el proceso entero de abstracción y síntesis del modo de producción para explicar una formación social con características que sugieren que un modo de producción ya conocido es el que sostiene su dinámica social. La ciencia social marxista reiteradamente ha usado modelos para aprehender nuevas formas sociales y, en el caso de la teoría de Marx, no solamente los modos de producción funcionan como modelos, sino igualmente otros procesos de transformación social y formas sociales más simples.¹¹ Por supuesto, esto implica prestar permanentemente atención contra la posibilidad de dar por descontado demasiado del modelo, y de no ser suficientemente consciente de las condiciones particulares

¹⁰ En esta concepción, indica Sayer, "las 'leyes' científicas no son entendidas como regularidades empíricas universales bien confirmadas en patrones de acontecimientos, sino como afirmaciones sobre *mecanismos*" (1998, p. 124; cursivas en el original). Bajo la concepción neokantiana, como ha planteado Ricoeur, los modelos de explicación histórica son producto de la imaginación científica, que lleva la mente de la persona historiadora hasta los límites de lo posible (2004, p. 237). Ver también Gillian Rose (2009).

¹¹ El modelo de Witold Kula (1979) sobre la economía polaca entre los siglos XVI y XVIII como un caso particular de feudalismo es uno de los mejores ejemplos de una aproximación mediante modelos en la teoría marxista de las formaciones sociales.

de la formación, pues existe siempre la posibilidad de que el modelo no sea adecuado para el nuevo caso analizado.

Los modelos, sin importar su grado de complejidad, se derivan de sistemas cerrados, y los de carácter espaciotemporal son construidos a partir de las leyes de los modos de producción. Así, un modo de producción produce espaciotiempos (igualmente abstractos, pero también reales) que pueden ser teóricamente apprehendidos mediante sus modelos correspondientes. En cuanto a su aplicación, dado que las leyes inferidas de un modo de producción suponen un sistema cerrado, no llevan a los mismos resultados necesariamente cuando se los aplica a un sistema abierto, con otros mecanismos en juego. Por esto, Collier argumenta que “para que una ley sea verdadera, debe sostenerse mientras el mecanismo que designa funcione sin obstáculos, o sea, en un sistema cerrado. Y para que una ley sea útil, debe contribuir a explicar eventos en los sistemas abiertos donde ese mecanismo funciona junto a otros” (1994, p. 43).

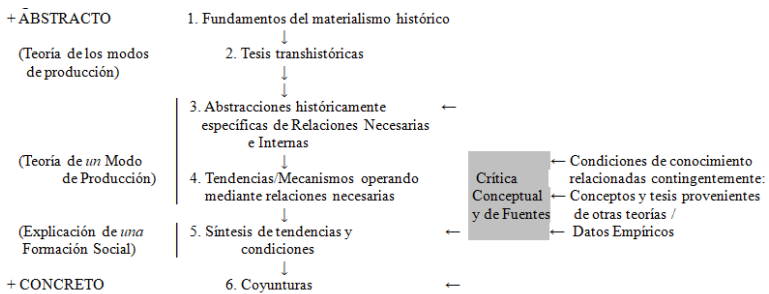
El estudio de un sistema abierto implicaría básicamente entonces relacionar los diversos mecanismos que funcionan en una situación *existente*. Por esto, después de plantear cómo funciona el modo de producción en el nivel más abstracto, el método de Marx exige lo que Dussel denomina (entre 5. y 6. en la figura 2.1) el *retorno explicativo*, referido a la formulación de la formación social para explicar una sociedad particular, concreta y material. Estos niveles corresponden con la distinción que Bhaskar presenta entre los dos principales momentos de la ciencia:

el momento de la *teoría*, en el cual los sistemas cerrados son planteados artificialmente como medio para el acceso a las estructuras causales persistentes y continuamente activas del mundo; y el momento de sus *aplicaciones* de sistema abierto, donde los resultados de la teoría son utilizados para explicar, predecir, construir y diagnosticar los fenómenos del mundo (2008, p. 118).

Esta diferenciación entre sistemas abiertos y cerrados es, por tanto, la base para la distinción entre modo de producción y formación

social y, puesto que ambos tipos de sistema son reales, su diferencia estriba en sus respectivos niveles de abstracción. Podemos observar los niveles de abstracción de la concepción marxiana de la historia en la figura 2.3 –una versión modificada de la interpretación de Sayer (1998, p. 129)– en la cual los primeros dos niveles de abstracción (que refieren a la ontología de la historia analizada en el capítulo previo) establecen la matriz que hace conceptualmente posible el conocimiento histórico, y se refieren a la ontología marxiana de la historia analizadas en el capítulo anterior.

Figura 2.3: Niveles de Abstracción en el Conocimiento Histórico



Fuente: Elaboración a partir de Sayer (1998, p. 129).

Los niveles superiores de abstracción abarcan los conceptos más generales, con menos determinaciones. Entre más alto el nivel, más amplio el alcance de fenómenos de los que da cuenta, y menos puede explicar sus especificidades. El nivel 1., el más abstracto del conocimiento histórico, incluye los fundamentos del materialismo histórico: las categorías de ser social, praxis, naturaleza, etc. El nivel 2., por otra parte, se ocupa de las más básicas condiciones comunes y relaciones necesarias en toda forma de organización social (McLennan, 1981, pp. 45-65). Sayer lo caracteriza como el ámbito de las afirmaciones transhistóricas (por ejemplo, la teleología del trabajo, las relaciones sociales de producción) y, aunque desestima la importancia del

concepto de *modo de producción*, es en este nivel donde pertenece este fundamental concepto de Marx.¹²

Los niveles 3 y 4 se refieren a un modo de producción particular (como el capitalista o el feudal) y, respectivamente, tratan sobre categorías abstraídas de datos empíricos y de otras teorías, así como sobre mecanismos inferidos de ellos (como la ley general de la acumulación capitalista). Como la producción es para Marx el criterio de totalización de la forma de sociedad, es equivocado considerar al modo de producción solamente como lo que él caracterizó como sus bases económicas; el modo de producción es, por el contrario, la totalidad de estas bases y su “superestructura”.¹³ Siguiendo otra metáfora, la base económica es el esqueleto, pero no el organismo completo; las formas de organización políticas y las ideologías son elementos del modo de producción en la misma medida en que lo son las fuerzas y relaciones de producción, aunque unas y otras se refieran a distintos estratos de causalidad. El proyecto de Marx de conceptualizar el Estado, el comercio exterior y el mercado mundial más allá de su análisis en *El Capital* se hubiera enmarcado también en este nivel de abstracción (Rosdolsky, 2004, pp. 27-85).¹⁴

Las tendencias y condiciones del modo de producción aparecen en el nivel 5., con nuevas fuentes que se incorporan sobre el

¹² Siguiendo a Banaji, este autor ha concluido que los modos de producción “no están limitados en términos de las formas posibles de combinación de relaciones y fuerzas de producción, tal como originalmente se pensó”, por lo cual, “el concepto de modo de producción puede ser inadecuado tanto abstracta como concretamente” (Sayer, 1998, p. 126). No obstante, el método de Marx sí exige la totalización a partir del modo de producción, y el propio Banaji, lejos de abandonar este concepto, ha mostrado maneras de hacerlo más complejo mientras advierte contra sus usos formalistas (2011, pp. 45-101).

¹³ Por ejemplo, Lange ha afirmado que un modo de producción, definido como un conjunto de relaciones y fuerzas de producción, se convierte en una formación social cuando la consideramos en relación con su correspondiente superestructura. De acuerdo con nuestro razonamiento en el capítulo anterior, una posición de este tipo confunde estratos de causalidad con niveles de abstracción (1963, pp. 15-45).

¹⁴ El género, en tanto que se refiere a las condiciones de producción y a las de reproducción social, pertenece también a este nivel y es por tanto inherente a los modos de producción (Vogel, 2013, pp. 133-182).

entramado de mecanismos del nivel previo: es el retorno explicativo una vez que se ha construido el modo de producción. Este paso marca la transición de un sistema cerrado a uno abierto. Esta síntesis forma conceptos concretos (como el concepto de *bonapartismo* de Marx, que surge de las particularidades del desarrollo del Estado francés) que permiten explicar una formación social existente, aunque tales conceptos pueden también hacerse útiles eventualmente como modelos para explicar otras formaciones.

La formación social es entonces la forma más concreta de sociedad, entendida mediante el modo de producción predominante en ella, pero también en su relación con otras formas sociales que no surgen de este. En el nivel de la formación social se comprenden las formas sociales que desde el nivel del modo de producción parecen contingentes. A partir de un párrafo metodológico en *El Capital* sobre el tema de la renta de la tierra, el filósofo venezolano Ludovico Silva ha señalado que, mientras que el procedimiento científico que lleva al modo de producción depura al conocimiento social de lo que Marx llama “aditamentos que [...] falsean y desdibujan” nuestras teorías, la formación social explica a estos últimos como *modos de existencia* de los modos de producción (2009, p. 137).¹⁵

El concepto de formación social, como argumentamos en el capítulo anterior, introduce complejidad en la teoría de la historia mediante la combinación de formas sociales que, sin haber sido generadas por el modo de producción dominante, coexisten y se adaptan a él. A raíz de la creciente importancia del imperialismo en las primeras décadas del siglo pasado, Luxemburgo (1967, pp. 266-267) y Trotsky (1985, pp. 2-3) teorizaron sobre la necesidad por parte del capitalismo de expandirse a costas de los modos de producción no-capitalistas, modificando el desarrollo interno de estos. La *Historia de la Revolución Rusa* de Trotsky sistematizó esta idea al proponer la ley del desarrollo desigual y combinado, intentando así dar cuenta de la desigualdad de la lógica del desarrollo en un modo de producción,

¹⁵ La observación de Marx sobre la renta de la tierra aparece en *El capital* (2011, p. 804).

así como de los efectos de la combinación de varios modos de producción sobre tal desarrollo.¹⁶

Esta concepción no solo espacializa al capitalismo, en la escala mundial tanto como la local y en formaciones centrales tanto como periféricas, sino que además supone una concepción crítica (no homogénea y multilineal) del tiempo histórico. La historización debe, pues, ocuparse de esta compleja topografía espaciotemporal y de las luchas que le dan forma. Empero, puesto que los clásicos (Marx, Lenin, Luxemburgo, Trotsky) formularon sus teorías a partir de la expansión del capitalismo, hay controversia acerca de si el concepto de desarrollo desigual y combinado es aplicable a formaciones no capitalistas. En este sentido, Anievas y Nişancioğlu han defendido el uso de este concepto para explicar los orígenes del capitalismo, indicando que más que una teoría, el desarrollo desigual y combinado es un recurso metodológico que permite que quien investiga pueda examinar la totalización histórica desde distintos puntos de vista, tal como hizo Marx respecto de la forma-capital (2015, pp. 60-61).¹⁷ En los *Grundrisse*, especialmente, se ejemplifica la heterogeneidad de formas sociales en modos de producción no capitalistas (1971 t.1, pp. 157-158).¹⁸

¹⁶ Aunque Trotsky siguió un lenguaje evolucionista al formular este concepto (al referirse a sociedades “avanzadas” y “retrasadas”, especialmente), este último no depende de una concepción de desarrollo unilineal, y es más productivo para explicar la heterogeneidad estructural del capitalismo (Anievas y Nişancioğlu, 2015, pp. 54-63).

¹⁷ De hecho, Marx juega con formas históricas extraídas de contextos distintos y sujetos a condiciones diferentes: por ejemplo, su comparación del feudalismo japonés con el de la Edad Media europea, sus referencias a las clases sociales de la antigüedad greco-romana en sus análisis de los Estados Unidos (caso al que nos referiremos más adelante), o sus indicaciones sobre el fracaso del desarrollo del capitalismo en Italia. De manera similar lo hace al comparar los resultados posibles cuando se cambian variables en sus escritos económicos (por ejemplo al sacar conclusiones respecto de los precios a partir de las relaciones aritméticas posibles entre los tiempos de la jornada laboral y los de la circulación), un abordaje que es muy común especialmente en el tomo 2 de *El capital* (2009, pp. 895 y 897; 2010, pp. 315-357).

¹⁸ En este sentido menciona no solamente algunos grupos sociales desarrollados en los “intersticios” (o “poros”) de los modos de producción predominantes (como los judíos en las formaciones feudales europeas) sino también sociedades de otro modo

Otras objeciones se han planteado respecto del concepto de formación social como combinación (o *articulación*, en la versión althusseriana) de modos de producción (Balibar, 2009a, pp. 246-247 y Amin, 1976) . Aunque la crítica de Banaji al concepto de formación social puede llevar a la confusión entre lo real y lo existente (2011, pp. 22-23; 92),¹⁹ su distinción entre dos sentidos en Marx de la expresión *modo de producción* ayuda a clarificar este tema: por una parte, tiene el significado de un proceso social y técnico de trabajo, y por otro, el de una época de producción (2011, pp. 50-52). La afirmación de que una formación social combina diferentes modos de producción bajo un modo de producción dominante debiera entonces entenderse como un proceso en el que una forma totalizante de producción (un modo de producción en el segundo sentido) subsume procesos de trabajo (modos de producción en el primer sentido) de modos de producción previos (de nuevo, en el segundo sentido). Esta interpretación es consistente con la conceptualización marxiana de la subsunción como una subordinación de procesos de trabajo (2009, pp. 54-72), así como con los valiosos aportes de Banaji (2011) a la teoría de los modos de producción.

Desde sus escritos tempranos, Marx observó que las formas más antiguas se adaptan al proceso de totalización prevaleciente, de modo que la historia, “de una parte, prosigue en condiciones completamente distintas la actividad precedente, mientras que, de otra parte, modifica las circunstancias anteriores mediante una actividad totalmente diversa” (2014, p. 38). Así, desde su perspectiva las formas que trascienden más de un modo de producción, como el dinero, lo hacen adaptándose a las condiciones de los modos de producción dominantes, pero además se refirió a otras formas que no pertenecen directamente al estrato de la producción como casos del desarrollo

completas (como fenicios y cartagineses) formando con ello un sistema regional en el que algunas formaciones dependen de otras.

¹⁹ Véase también arriba, 1.3.

desigual de las esferas sociales.²⁰ Sus observaciones sobre la validez del derecho romano y el arte griego de la antigüedad son posiblemente sus más famosos ejemplos sobre la no-contemporaneidad de las formas sociales, pero Marx aporta muchos otros casos que atestiguan su concepción espaciotemporalmente compleja de la historia (1971 t.1, pp. 30-33).²¹

El sexto nivel, el de la coyuntura, se refiere al análisis de un proceso social específico desde el punto de vista de los múltiples mecanismos que, en relación con el modo de producción principal, determinan su situación y desarrollo; por esto, se enfoca en un acontecimiento o actor particular dentro de una formación social. En este sentido, la historia de una forma (como una ciudad, una institución, una clase social o una persona singular) pertenecería a este nivel coyuntural, y su explicación debe hacerse desde la relación entre la forma existente y su correspondiente forma de totalización. El análisis de la coyuntura nos permite así observar el movimiento de los diversos mecanismos en juego en una formación social en su relación con una forma específica. Bhaskar señala que la mayoría de los acontecimientos dentro de un sistema abierto son coyunturas de al menos dos mecanismos cuya combinación produce efectos que no pueden ser conocidos de antemano, y que por tanto no son deductivamente predecibles (2008, p. 119). Cuando se aplican a una situación presente, en todo caso, puede ser un medio para que un actor social (partido, sindicato, etc.) proyecte resultados posibles para lograr una intervención política efectiva (Gallardo, 1990).²²

²⁰ Además de los pasajes arriba referenciados en el tomo 3 sobre la historia del capital comercial y usurario, en los *Grundrisse* Marx explica los cambios funcionales del dinero bajo condiciones gremiales y bajo el capitalismo, relacionando esos cambios con la separación de personas trabajadoras y medios de producción. Marx (1971, tomo 1, pp. 466-468). En estos borradores, Marx indica además que cuando las relaciones de formas pre-capitalistas de sociedad se trasladan a la sociedad burguesa, se convierten en “formas de un modo desarrollado, atrofiado o caricaturizado”. Marx (1971, tomo 1, p. 27).

²¹ Ver además Lukács (1978, pp. 125-32) y Bensaïd (2003, pp. 27-150).

²² Sobre el concepto de coyuntura en diferentes autores marxistas, véase Juha Koivisto y Mikko Lahtinen (2012).

Estos niveles mantienen relación con lo empírico a través de sus interacciones con nociones, conceptos y tesis de otras teorías tanto como con los datos. El esquema de Sayer sobre el cual se basa la figura 2.3 incluía entre estas *condiciones contingentemente relacionadas* a cualquier tipo de circunstancia que potencialmente influya sobre el proceso de conocimiento socio-histórico; en contraste, nuestra figura modificada limita esas condiciones a las estrictamente epistemológicas. Las condiciones contingentes de otros tipos (como las luchas de clases y los conflictos de género, como el menciona) no solo afectan a los niveles 3, 5 y 6, sino también a los niveles más abstractos; sin embargo, tales condiciones no son propiamente metodológicas.²³ Al limitar el esquema a criterios estrictamente epistemológicos, tales condiciones contingentes abarcan solamente conceptos de otras teorías, datos empíricos y nociones implícitas en la observación.²⁴

Consecuentemente, la contingencia de estas condiciones en la figura 2.3 es lógica, mas no metodológica: el trabajo de la investigación social implica la elección de fuentes e interlocutores acorde con los problemas por ser abordados, y estos problemas mismos son definidos desde la teoría. Adicionalmente, hemos añadido un paso de crítica de fuentes y conceptos entre la columna de los niveles de abstracción y la de las condiciones contingentemente relacionadas que debe enriquecer a los componentes teóricos. Esto es crucial debido a que, como

²³ Este fue el caso de la transición en Marx desde una concepción unilineal de la historia a una multilineal: es un tema de la ontología de la historia (nivel 2 en la figura 2.3) que surge tanto de sus propios conceptos y problemas teóricos como en relación con condiciones históricas y políticas (como las luchas anti-imperialistas y la fundación de la Primera Internacional, como se ha indicado en la sección 1.3).

²⁴ Puesto que la observación siempre está cargada con conceptos o nociones, estas condiciones son de carácter tanto empírico como conceptual. Luego, aunque no sea explícito en las observaciones metodológicas de los *Grundrisse*, el método de Marx supone la crítica de conceptos y fuentes. Difícilmente se pueda exagerar la importancia de esta operación, ya que es la mediación necesaria para que los conceptos abstractos se vuelvan concretos con la introducción de nuevos datos empíricos, y por tanto para hacer que esos conceptos sean capaces de explicar las formas sociales específicas que se analizan. Las particularidades de esta fase del archivo, en todo caso, pertenecen al próximo capítulo.

indica Sayer, el papel de la deducción en el movimiento entre los niveles de abstracción en el esquema es más bien limitado: excepto por la transición entre 3. y 4., tal movimiento requiere la incorporación de información histórica, esto es, contingente (1998, p. 130).

De este modo, como afirma Kosík, el método de Marx consiste en “el despliegue, la manifestación y ‘complicación’ de las contradicciones, el desarrollo de la cosa por mediación de estas” (1976, p. 51), y no en la reducción a un principio abstracto o a un campo homogéneo. Este método de ascender de lo abstracto hacia lo concreto está también bien ejemplificado por la arquitectura básica de *El Capital*: la mercancía, como unidad atómica de la economía capitalista, inicia como una forma bastante abstracta, pero el despliegue de sus relaciones internas y la adición de nuevas determinaciones hacen a los conceptos alrededor suyo más concretos conforme se suceden los momentos del método. Como resultado de esto, el concepto de mercancía es más complejo en el tomo tercero que cuando es expuesto en el primer capítulo del primer tomo; se desarrolla hacia formas distintas y más específicas.

Si le prestamos atención a las posibilidades de la figura 2.3 en lugar de seguir una sola línea, como ha hecho Sayer por mor de claridad, su forma se asemejaría más bien a una raíz: de cada forma abstracta surgen varias más concretas. Así, el paso del momento 2. al 3. lleva potencialmente a varios modos de producción diferentes (en 3. y 4.), cada uno de los cuales puede llevar a múltiples diferentes formaciones sociales en el paso entre 4. y 5.. Por supuesto, la existencia real de tales modos de producción y formas sociales dependería de condiciones históricas y no meramente lógicas.

En cuanto a la posibilidad de construir modelos sobre la base de los distintos niveles de abstracción, debemos notar que más allá de los modos de producción –el esquema histórico por excelencia, como señala Vilar (1999, p. 70)–, los conceptos abstraídos de las formaciones sociales y las coyunturas le sirvieron a Marx para analizar diversos otros contextos. Por ejemplo, el concepto de *bonapartismo* tiñe

el análisis y la ácida crítica de Marx hacia Bolívar (1972, pp. 76-93),²⁵ y sus comparaciones entre los “*poor whites*” del sur de Estados Unidos y la plebe romana durante la Guerra de Secesión no eran simples metáforas: en ambos casos, observó formas comunes en diferentes formaciones sociales (Marx y Engels, 1973b, p. 55-56). Esto es también cierto acerca de los procesos de larga duración: como veremos, la “acumulación originaria” tiene el doble carácter de proceso histórico específico y de modelo (si bien no consideró que este último fuera el camino único y necesario hacia el capitalismo).

En todos estos casos, Marx encontró ciertos mecanismos que podían ser utilizados como modelos para explicar contextos distintos a aquellos de los que fueron inferidos. En particular, los modelos espaciales y temporales –por ejemplo, el *espacio abstracto* de Lefebvre (2013, pp. 217-327) y el ensamblaje espaciotemporal medieval de Sassen (2008, pp. 31-73)– ayudan a clarificar las tendencias que producen la desigualdad en el desarrollo de las diversas organizaciones sociales y de las relaciones y actividades en ellas. Bajo esta luz, el elogio de Braudel a Marx como el primer autor “que construyó verdaderos modelos sociales sobre la base de la larga duración histórica” (1982, p. 51) describe adecuadamente una parte importante de la metodología del filósofo y teórico alemán.²⁶

Puesto que espacio y tiempo son categorías transhistóricas que adquieren concreitud de acuerdo con los distintos niveles de abstracción, al aplicarse a un sistema abierto (los niveles de la formación y la coyuntura) los modelos espaciotemporales deben ser un recurso heurístico para la explicación de las condiciones existentes.²⁷

²⁵ Ver también abajo, 3.2.

²⁶ El autor aclara más sobre concepto de *modelo* respecto de Otto Brunner (1982, pp. 38-47; 122-25); de Sauvy (1982, pp. 141-149); y de Toynbee (1982, pp. 193-95). Además, en su *Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II* (1973 t.1, pp. 418-461).

²⁷ Los espacios y los tiempos sociales son tanto objetivaciones como condiciones de posibilidad de todas las demás objetivaciones (y de toda otra actividad colectiva), y por tanto son formas esenciales de la organización de la vida social material. Desde una aproximación dialéctica, distintas categorías pueden traslaparse sin identificarse entre sí, revelando diferentes aspectos de un mismo objeto de estudio. *El capital*

Como argumentaba Braudel, si el trabajo histórico evita la tentación de tratar como explicaciones universalmente válidas a los tipos de modelo elaborados por Marx, estos serían indispensables como base para una explicación más compleja de los procesos históricos

si se los pusiera de nuevo en el siempre cambiante flujo del tiempo, reaparecerían constantemente, pero con cambios de énfasis, a veces oscurecidos, a veces mostrados por la presencia de otras estructuras que serían, ellas mismas, susceptibles de definición por otras reglas, y por ello por otros modelos (1982, p. 51).

De este modo, cuando Braudel, con razón, indica la necesidad de poner de nuevo los modelos en el “cambiante flujo del tiempo”, se refiere precisamente al método de Marx de regresar de lo abstracto a lo concreto; es el paso desde los mecanismos reales como modelos en un sistema cerrado a la explicación de un sistema abierto, existente. Los modelos deben, pues, ser contrastados con las condiciones particulares de la formación social: el conocimiento socio-histórico se logra mediante la puesta en tensión de los mecanismos propuestos por los modelos con las particularidades históricas, esto es, con otros mecanismos.

Finalmente, es importante recordar que, aunque cada mecanismo social produce su propio espaciotiempo, es analíticamente útil separar el espacio del tiempo, y viceversa, para aclarar distintos aspectos de las formas sociales. Marx argumentaba que el método de cálculo de trabajo excedente y trabajo necesario puede ser trasladado

presenta numerosos ejemplos al respecto: las formas *simple*, *relativa*, *general* y de *dinero* explican cuatro distintos momentos de la forma valor, mientras que las transformaciones del capital (él mismo una forma del valor) son explicadas mediante categorías como capital *constante* y *variable*, *fijo* y *circulante*, *industrial*, *comercial* y *financiero*. Puesto que tiempos y espacios sociales son tanto materiales como formales, y tanto reales como imaginarios, es importante recordar que estas categorías no sustituyen a las categorías transhistóricas, sino que son determinaciones necesarias de la organización de una totalización socio-histórica. Esta consideración es importante para evitar tanto el economicismo como el fetichismo del espacio o del tiempo (Marx, 2009, pp 58-76; 2010; 2011).

“del espacio –en el cual se encuentran yuxtapuestas las partes del producto terminado– al tiempo –donde esas partes se suceden una a otra” (2009, pp. 268-269). En este sentido, la abstracción puede llevar a modelos que enfatizan o bien el espacio o el tiempo para explicar diferentes momentos del proceso de totalización social.

2.2. Modos de producción y modelos espaciotemporales

El razonamiento de Braudel (1982) a favor del uso de modelos por parte de Marx lleva a la cuestión de cómo espacio y tiempo específicamente ayudan a conceptualizar los modos de producción. En este sentido, si bien en esta sección argumentaremos a favor de la importancia de estas categorías y de sus correspondientes modelos, resulta esclarecedor empezar por responder a la objeción de Sayer contra su validez en este nivel de abstracción. Este autor concluye que lo que puede decirse por adelantado acerca del espacio es inevitablemente vago, pues la mayoría de los procesos sociales tienen algún grado de “flexibilidad espacial”. A pesar de que su discusión se enfila contra teorías del espacio como las de Lefebvre (2004), Harvey (1991) y Soja (1989), de la lógica de su argumento se sigue también una crítica respecto del concepto de espacio social. Sayer ilustra esta posición señalando que

para que se dé la acumulación de capital, este debe ser accesible a una fuerza de trabajo, y los mercados de trabajo tienen límites espaciales creados por el tiempo y el gasto requeridos para integrar personas trabajadoras y empleos. No obstante, esto no dice mucho acerca del espacio, ni debería esperarse que dijera mucho más, pues la variedad de configuraciones espaciales que se desarrollan dentro de estos límites es considerable. Cuáles formas espaciales sí llegan a existir dependerá de una variedad de procesos contingentemente relacionados (1992, p. 149).²⁸

²⁸ Ver también Sayer (2000, pp. 108-130).

De acuerdo con Sayer, el espacio (y el tiempo, añadimos nosotros) solamente serían útiles para el análisis de sistemas abiertos, pero de escasa utilidad para la explicación de los mecanismos en sistemas cerrados. Dicho de otro modo, espacio y tiempo sociales son necesarios en los niveles de la formación social y la coyuntura, pero no para el conocimiento de los modos de producción. Irónicamente (pues hemos visto anteriormente la propuesta de Sayer de análisis basado en niveles de abstracción), esta postura pasa por alto las características del nivel de abstracción del modo de producción, juzgando las posibilidades espaciales en este solo desde los criterios del nivel de la formación social.²⁹ Dado que los “modos de producción son solamente una totalidad finita de leyes históricas de movimiento” (Banaji, 2011, p. 60), sus espacios y tiempos no describen una forma en su concreción histórico-geográfica existente, pero sí son *tendencias* de tal mecanismo complejo. Entre las abstracciones sin contenidos en el nivel de las categorías transhistóricas y el nivel más concreto de las formaciones sociales existentes, el espaciotiempo del modo de producción funciona en el nivel del universal concreto, como cualquier otra tendencia en un modo de producción.³⁰

Para argumentar en favor de la pertinencia de espacio y tiempo en la teoría marxiana de los modos de producción, retomaremos aquí las tres determinaciones espaciotemporales básicas mencionadas en la introducción: escala, configuración y ritmo, donde la primera se refiere tanto al espacio como al tiempo, mientras que los otros dos se refieren respectivamente al espacio y al tiempo. Estas determinaciones son características fundamentales de los modelos

²⁹ Castree indica que esta posición de Sayer se debe a que este autor falla “al no relacionar de modo sostenido el tema [del espacio] con la dialéctica” (2002, p. 208). Sin embargo, las mismas reflexiones de Sayer sobre el método lo hubieran podido llevar a una posición que concibiera el espacio de una manera más similar a la de Harvey (1991) (a la cual Sayer se opone).

³⁰ Sobre la universalidad concreta de los procesos en el modo de producción, Ilyenkov (2008, pp. 223-89).

espaciotemporales en la obra de Marx, especialmente en *El Capital* y los *Grundrisse*.

Encontramos el uso de modelos predominantemente espaciales en las páginas de Marx sobre las formas pre-capitalistas de apropiación (1971 t.1, pp. 433-477),³¹ abordadas a través de tres constructos conceptuales: la forma asiática u *oriental despótica* (la más desarrollada entre las primeras formas comunitarias), así como las formas antigua greco-romana y la germánica. Caracterizadas como fundamentalmente territoriales, el espacio aparece como su categoría organizadora central, mientras que, en contraste con el capitalismo, su diferencialidad temporal no es elaborada con detenimiento. Cada una de estas formas define escalas espaciales y temporales distintas para su correspondiente espacio social, definido especialmente por las relaciones entre ciudad y campo:

La comunidad germánica no se concentra en la ciudad; la mera concentración –la ciudad como centro de la vida rural, domicilio de los trabajadores de la tierra e igualmente centro de la conducción de la guerra– otorga entonces a la comunidad como tal una existencia externa, diferente de la del individuo. La historia antigua clásica es historia urbana, pero de ciudades basadas sobre la propiedad de la tierra y la agricultura; la historia asiática es una especie de unidad indiferente de ciudad y campo (en este caso las ciudades verdaderamente grandes deben ser consideradas meramente como campamento señorial, como una superfetación sobre la estructura propiamente económica); la Edad Media (época germánica) surge de la tierra como sede de la historia, historia cuyo desarrollo posterior se convierte luego en una contraposición entre ciudad y campo; la [his-

³¹ El tratamiento de Marx en este pasaje coincide con la afirmación braudeliana de que “los modelos espaciales son el mapa sobre el cual proyectamos la realidad social, y mediante los cuales puede al menos parcialmente aclararse; son modelos para todos los diversos movimientos de tiempo (y especialmente para la larga duración), y para todas las categorías de la vida social” (Braudel, 1982, p. 52).

toria] moderna es urbanización del campo, no, como entre los antiguos, ruralización de la ciudad (1971 t.1, pp. 441-442).³²

Aunque tanto la forma asiática como la antigua son espacialmente concentradas, sus respectivas configuraciones espaciales difieren entre sí debido a la indiferenciación de la primera entre ciudad y campo (y consecuentemente por el predominio allí de poblados autosuficientes) y la jerarquización en la segunda, donde la ciudad depende de la riqueza producida por el campo. En contraste, la fragmentación espacial de la forma germánica genera relaciones más igualitarias entre las unidades domésticas en ella. Por esto, solo la forma antigua produciría una configuración de centro y periferia como la producida por el desarrollo desigual capitalista, pero diferiría del predominio de la economía urbana en este. La escala espacial de cada forma estaría determinada también por su respectiva totalización económica: el conjunto de poblados en la forma asiática,³³ el territorio ciudad-campo en las formas antiguas,³⁴ y la unidad doméstica en la forma germánica. El capitalismo, por su parte, sería el primer modo de producción que depende de su expansión infinita para subsistir.³⁵ Así, la escala y la configuración espacial son generados

³² En *El capital*, Marx también resalta la importancia histórica de estos conflictos espaciales: “la base de toda división del trabajo desarrollada, mediada por el intercambio de mercancías, es la *separación entre la ciudad y el campo*. Puede decirse que toda la historia económica de la sociedad se resume en el movimiento de esta antítesis” (2009, p. 429). Véase también Marx (1971 t.1, pp. 434-435).

³³ Dado que en esta forma las ciudades no son autónomas de las aldeas, y están insuficientemente diferenciadas entre sí excepto en términos de tamaño, no necesita caminos (podría considerársele un “espacio sin nodos”), una característica que “las mantenía firmemente en su aislamiento y constituye por tanto un momento esencial de su persistencia inalterada” Marx, 1971 t.2, pp. 13-14; y 1971 t.1, pp. 434-436).

³⁴ Bajo esta forma, la ciudad como *centro* (con sus oficiales) existe como un organismo, independientemente de las casas que la constituyen; Marx, notablemente, escribió el término geométrico (*Zentrum*) sobre el de “asiento” (*Sitz*) (1971 t.1, p. 436). Para una crítica reciente de esta caracterización del espacio de las sociedades griegas y romanas, ver más adelante, 3.2.

³⁵ “Como forma generalizada, predominante, de una época, las condiciones para el capital deben estar desarrolladas no solo localmente, sino en gran escala” (Marx, 1971 t. 1, p. 468). Véase también Marx (1971 t.2, pp. 227-228) y Lucia Pradella (2014).

por los mecanismos de cada forma, y no son, por tanto, elecciones arbitrarias de quien las investiga.

A partir de sus respectivos modelos espaciotemporales, Marx propone diferentes tipos de organización política para cada una de estas formas de apropiación: en la forma asiática, donde los poblados autosuficientes combinan la agricultura con la manufactura, las ciudades surgen solo en lugares ventajosos para el comercio externo o allí donde la cabeza del Estado (como encarnación de la comunidad y responsable de la guerra y la religión, así como de la administración de las reservas e infraestructura comunales) y sus sátrapas intercambian su producción excedente por trabajo. La forma asiática, al igual que la antigua, supone la guerra como condición esencial para relacionarse con otras comunidades en competencia por la apropiación del suelo. En cuanto a la forma antigua, particularmente en los casos de Atenas y Roma, los clanes eventualmente pasaron de organizarse por el linaje (cuyo caso extremo eran los sistemas de castas) a hacerlo predominantemente bajo el criterio de la localidad. Esto llevó a la larga a una partición del campo en distritos y villas que no dependían ya de relaciones de sangre (1971 t.1, pp. 451-452 y 440-441).³⁶

Finalmente, puesto que la forma germánica se compone de unidades domésticas independientes separadas entre sí por vastas distancias en el bosque, su existencia es garantizada por el vínculo con las demás con las que forma una tribu; la comunidad existe solamente como la reunión de los propietarios individuales de tierras. El espacio social producido por esta forma de apropiación es más fragmentario que los de las formas asiática o antigua y, puesto que las unidades domésticas son autosuficientes, pueden ser estudiadas de un modo relativamente independiente de su reunión. El agricultor no es un ciudadano, y la comunidad funciona solamente para que los clanes independientes se reúnan con fines de guerra, religión

³⁶ Esta característica centralizante del modo de producción asiático fue posteriormente explorada por Karl Wittfogel mediante su concepto de "sociedades hidráulicas", en *Oriental Despotism* (1963).

o repartición. Así, Marx encuentra una relación necesaria entre el espacio producido por las formas de apropiación y sus respectivos tipos de organización política, si bien esta es indicada en términos amplios. Esta relación no sería accidental, sino inherente al funcionamiento del modo de producción, al cual pertenece el estrato de lo político (1971 t.1, pp. 442-444).³⁷

En cuanto al tiempo,³⁸ si bien los modos de producción contienen una pluralidad de duraciones,³⁹ como totalizaciones se desarrollan fundamentalmente en la larga duración, a través de varios siglos antes de enfrentar una crisis terminal o desvanecerse (Banaji, 2011, pp. 87-92).⁴⁰ Las contradicciones en las formas pre-capitalistas analizadas en los *Grundrisse*, en todo caso, pesan mucho menos que sus tendencias hacia la estabilidad; como ha observado Tomba, Marx trató de enfatizar en ellas el elemento de invariabilidad, en contraste con la dinámica del capitalismo (2013a, p. 71).⁴¹ Sin embargo, tienen distintos ritmos de transformación y decadencia. Los modos de producción

³⁷ Como afirman Anievas y Nişancıoğlu en su crítica a Haldon y Berktay, un modo de producción no debe considerarse sin su “superestructura”: “al definir un modo de producción en términos de una base económica diferenciada de una superestructura política, [...] excluyen a las mismas relaciones sociales que hacen históricamente posible a esa explotación, como especificidades contingentes y de coyuntura que exteriores al ‘modo de producción’” (2015, p. 97).

³⁸ Puesto que las *Formen* tratan específicamente con el problema de las condiciones que llevan a la separación entre el ser humano y la tierra, Marx no se refiere a otros tiempos en estas formas de apropiación, por ejemplo las de otras esferas de la realidad social.

³⁹ Marx ejemplifica la diferencialidad temporal en el capitalismo con una analogía de la fisiología humana: “en el caso del cuerpo humano, como en el del capital, la diversas partes del mismo durante su reproducción no se cambian en lapsos iguales; la sangre se renueva más rápidamente que los músculos, los músculos que los huesos, que desde este ángulo se pueden considerar como el *capital fixe* del cuerpo humano” (1971 t.2, p. 191).

⁴⁰ La larga duración abarca los elementos aparentemente inmutables de la geología, así como otras estructuras con lapsos de duración mucho más cortos; su característica definitoria es su permanencia por varias generaciones. Entre estas estructuras, Braudel menciona además a las de tipo biológico y las mentales (Taylor, 2012, pp. 35-64).

⁴¹ Koselleck (2004) llega por otra ruta a la misma conclusión que Marx sobre las temporalidades pre-capitalistas: es solamente a partir del siglo XVIII que el cambio histórico se convirtió en Europa en una noción cotidiana, desplazando a la idea hasta entonces predominante de la historia cíclica como *magistra vitae*.

más antiguos son los más estables: la forma asiática, con su combinación de agricultura y manufactura, es especialmente duradera: mientras que la antigua es más dinámica y por tanto más proclive a las crisis; el desarrollo del trabajo productivo a través de la manufactura, y consecuentemente del intercambio, disuelve este modo de producción y a su correspondiente comunidad. No obstante, la misma preservación de la comuna antigua, con la transformación de sus poblados y paisajes, lleva lentamente a la destrucción de las condiciones que la sustentan (Marx, 1971 t.1, pp. 436, 453-454).⁴² Por otro lado, puesto que Marx argumenta que entre menos independencia tenga el individuo respecto de la comuna, más estabilidad tendrá la comuna, la forma germánica, que a la larga dio origen al feudalismo, sería la forma de comunidad menos duradera (1971 t.1, pp. 445-447).⁴³

Así, el desarrollo de las fuerzas de producción más allá de sus necesidades de reproducción disuelve estas formas comunitarias. Esto es especialmente cierto en cuanto a la población: mientras que el capitalismo requiere crecimiento y concentración espacial (para que haya excedente de fuerza de trabajo y para el consumo de mercancías), en esos otros modos de producción el crecimiento lleva a problemas sistémicos. Por esto, el surgimiento de la esclavitud y la servidumbre (con la excepción de la forma asiática) modifica las formas de apropiación y marca el momento de su decadencia (Marx, 1971 t.2, p. 31 y t.1, pp. 454-456). En estos casos, la creciente importancia de las formas marginales lleva a la negación del modo de producción principal; así sucede en el caso de la antigua Roma, donde

⁴² Este pasaje resulta particularmente interesante porque relaciona el cambio espacial con la transformación subjetiva: al transformar el mundo, los productores desarrollan nuevas ideas, poderes, necesidades, lenguaje, relaciones sociales, etc.

⁴³ Dussel insiste en que en los *Grundrisse* la esclavitud es una forma secundaria derivada de la forma antigua, como lo es el feudalismo respecto a la forma germánica (1985, pp. 238-240). Sobre las diferencias entre los modos de producción germánico y feudal, ver Wood (2010, pp. 83-85); también, Tomba (2013b, pp. 396-397). Amin (1976) y Haldon (1993b) tras él, incluyen al feudalismo en la categoría de los modos de producción tributarios.

el desarrollo de la esclavitud, la concentración de la propiedad de la tierra, el intercambio, el sistema monetario, la conquista, etc. [actuaron] así entre los romanos aún cuando todos estos elementos parecieron compatibles con el fundamento y parecieron en parte ampliaciones inofensivas de este, en parte excesos derivados de él mismo (1971 t.1, 446-447).⁴⁴

La *corrupción* de estos modos de producción lleva entonces a su eventual agotamiento. De nuevo refiriéndose a los antiguos romanos, los *Grundrisse* argumentan que la masiva irrupción de dinero adquirido mediante el saqueo de sus vecinos reemplazó a la comunidad antigua, pues el dinero como forma general de riqueza es por sí mismo *la* comunidad, y no tolera que ninguna otra compita con él (Marx, 1971 t.1, p. 158).⁴⁵ Los modos de producción pre-capitalistas analizados por Marx están organizados y limitados por los ciclos naturales, y las barreras a la producción ayudan a protegerlas y estabilizarlas (1971, 1971 t.2, 37). En este sentido, Lefebvre apunta que

las sociedades construidas sobre una base (relativamente) estable pero estancada están destinadas a equilibrarse de manera estática. En este mismo estancamiento muestran una extraordinaria habilidad para resistir y sobrevivir. La cohesión de las comunidades primitivas las aleja de la historicidad que podría destrozarla desde fuera, y de la historia “incidental” que podría destruirlas desde dentro (2002, p. 317).⁴⁶

El modo de producción capitalista sigue una dinámica muy distinta en términos espaciotemporales: mientras que Marx conceptualizó

⁴⁴ Este es asimismo el caso de la búsqueda de riqueza como un fin en sí mismo, que motivó a pueblos como los cartagineses, fenicios, judíos y lombardos en sus interacciones con las sociedades medievales donde el valor de cambio no determinaba a la producción (Marx, 1971 t.1, pp. 158 y 192; t.2, p. 433).

⁴⁵ Igual ocurre con la manufactura, la cual también depende del intercambio de productos excedentes (Marx, 1971, t.1, p. 455).

⁴⁶ El carácter no acumulativo de estas formaciones supone el predominio en ellas de “una escala temporal compuesta por un entrelazamiento de ciclos” (Lefebvre, 2002, p. 319).

los modos de producción pre-capitalistas en términos fundamentalmente espaciales, en su análisis del capitalismo se impone *la aniquilación del espacio por el tiempo*. Este proceso, posibilitado por la mercantización del suelo,⁴⁷ ha llevado al predominio de lo urbano, y al cambio hacia un espacio desterritorializado (Deleuze y Guattari, 1985, pp. 229-247) y contradictorio (Lefebvre, 2013, 329-384).⁴⁸

Si bien el *Manifiesto* ya había apuntado que la industria fundó el mercado mundial, los *Grundrisse* profundizaron en la explicación de las contradicciones espaciales implicadas en este proceso. El espacio del capitalismo es de escala mundial debido a que, dados los límites nacionales, la producción capitalista no puede existir sin el comercio internacional, mas la destrucción de las fronteras nacionales no carece de oposición. Primeramente, porque la realización de las tendencias inherentes al capital supone la conquista del planeta entero. Por otra parte, el capital tiene que crear las condiciones físicas para el intercambio (los medios de comunicación y transporte) sin las cuales el tráfico comercial masivo es imposible; el capital necesita que su espacio no solo sea mundial, sino debidamente interconectado (Marx y Engels, 2013, pp. 26-28; Marx, 1971 t.1, p. 361-362; 1971 t.2, pp. 12-13 y Marx, 2010, pp. 572-573).

El capital totaliza el espacio mundial, pero lo hace de manera estructurada, mediante articulaciones históricamente producidas (*nodos*, según la terminología de Castells). Históricamente, esto significa que tales rutas han sido construidas y controladas por algunos Estados y compañías con los recursos para hacerlo, y esta condición ha llevado al desarrollo de algunos espacios en detrimento de otros. En un

⁴⁷ “A menudo los seres humanos han convertido al ser humano mismo, bajo la forma de esclavo, en material dinerario original, pero nunca a la *tierra*. Esta idea solo podía aflorar en la sociedad burguesa ya desarrollada. Data del último tercio del siglo XVII, y hasta un siglo más tarde, durante la revolución burguesa de los franceses, no se intentó llevarla a la práctica a nivel nacional” (Marx, 2009, p. 109).

⁴⁸ El capital produce un nivel “frente al cual todos los anteriores aparecen como *desarrollos* meramente *locales* de la humanidad y como una *idolatría* de la naturaleza” (Marx, 1971 t.1, p. 362). Las teorizaciones de Gilles Deleuze y Félix Guattari (1985) y de Lefebvre (2013) también se basaron explícitamente en los *Grundrisse*.

sistema-mundo capitalista esto implica también que la producción de espacios se basa en la especialización de funciones económicas; Marx argumenta que los recursos se distribuyen diferenciadamente tanto dentro como fuera de las fronteras nacionales. Por ejemplo, el dinero se concentra en ciertos lugares, mientras que otras regiones desarrollan productos o materias primas de acuerdo con sus lugares en la división del trabajo (1971, t.1, pp. 222-223). En este sentido, debe subrayarse que los patrones de desigualdad son inherentes al desarrollo capitalista, a nivel tanto local como internacional.

El espacio del capitalismo se desarrolla así de modo desigual y combinado: la desigualdad geográfica surge debido a la distribución desigual de la producción del trabajo humano, mientras que la combinación (bajo la reproducción ampliada) con otros modos de producción aparece con las diversas modalidades de subsunción.⁴⁹ Así se plantean los fundamentos de la configuración desigual del sistema-mundo: el control sobre las condiciones de la especialización del espacio y de la circulación de capital (bajo sus varias formas) lleva a la consolidación de las relaciones geográficas de centro-semiperiferia-periferia teorizadas por Wallerstein (1974, pp. 349-350) y revisadas por Castells (2010, 440-448).⁵⁰

La teorización de este último autor sobre la *sociedad red* ayuda a aclarar la concepción de Marx al subrayar la importancia de los ritmos de transformación de las configuraciones espaciales del capitalismo. Este modo de producción genera un espacio jerarquizado, pero la desregulación neoliberal de los mercados de capital (la

⁴⁹Marx demuestra que hay discontinuidad y eventualmente contradicción entre los espaciotiempos de las economías nacionales y la internacional (1971 t.1, pp. 362-363 y 262). Los ensamblajes espaciotemporales de Sassen están contruidos en esta tensión entre los espaciotiempos históricos *intermedios*; todo análisis de espacios o tiempos en una formación capitalista debe partir de esta contradicción (2008, pp. 378-398).

⁵⁰Dussel interpreta la sección sobre el dinero en los *Grundrisse* como el momento en el que Marx introduce el problema de la dependencia (aunque no su concepto) y del mercado mundial concreto en su teoría del capitalismo. Dussel también argumenta que para Marx el desarrollo desigual y la dependencia son inherentes al valor (1985, pp. 104-105). Esta posición es compartida por Pradella (2014) en su extensiva revisión sobre el tema de la globalización en Marx.

“globalización”) ha mostrado que las actuales configuraciones espaciales socioeconómicas son más fluidas que en anteriores momentos de la economía-mundo capitalista, y por tanto ha relativizado las relaciones entre centro, semiperiferia y periferia (que podrían considerarse *ejes* de distintas densidades). La aniquilación del espacio por el tiempo es un proceso de abstracción (en el sentido del *espacio abstracto* de Lefebvre), y por ello hace pertinente el uso de conceptos altamente formales, como los *nodos*, *ejes* y *flujos* de Castells (2010, pp. 443-445). Esta fluidez de la actual configuración espacial del sistema-mundo se explica, según Harvey, por el predominio del capital financiero sobre los otros momentos (capital productivo, capital mercantil) en la metamorfosis del capital, el cual promueve “el tipo de hipermovilidad y ‘revoloteo’ de capital que ha caracterizado al capitalismo durante las últimas décadas” (2013, p. 40).

Así, hasta recientemente, las transformaciones en la configuración espacial del sistema-mundo han sido objeto de abordajes de *longue-durée*,⁵¹ pero las nuevas condiciones de los flujos de capital obligan a repensar además las relaciones entre la geografía y la escala temporal.⁵² En este sentido, el modelo wallersteiniano de centro-semiperiferia-periferia es útil para resaltar las asimetrías de poder y recursos, pero a la luz de la actual hipermovilidad,⁵³ y especialmente con el surgimiento del internet, habría que considerarlo como una

⁵¹ Además del ya mencionado *The Modern World-System* de Wallerstein, véase Giovanni Arrighi (2002); Fernand Braudel (1973).

⁵² Esto implica que, como afirma Sassen, para explicar los ensamblajes espaciotemporales concretos deben también considerarse las condiciones materiales para la circulación de los distintos tipos de flujos.

⁵³ Refiriéndose al desarrollo concreto del neoliberalismo histórico, Harvey indica que desde los años 70 la movilidad geográfica creciente del capital “se veía en parte facilitado por el hecho prosaico, pero crucial, de la rápida reducción de los costes de los transportes y las comunicaciones. La reducción gradual de las fronteras artificiales a la circulación del capital y de las mercancías como los aranceles, los controles de divisas o, todavía más sencillo, del tiempo de espera en las fronteras (cuya abolición en Europa tuvo efectos espectaculares) también desempeñó un importante papel. [...] Esta mayor apertura a los flujos de capital (ante todo estadounidenses, europeos y japoneses) presionó al resto de Estados para que considerasen la calidad de su clima de negocios como una condición decisiva de su éxito competitivo (2007, p. 102).

forma espaciotemporal históricamente concreta de la más abstracta teorización castellsiana de ejes y nodos.

La teoría marxiana del capitalismo formula la coexistencia de múltiples tiempos sociales como consecuencia de los distintos mecanismos que estructuran este modo de producción. Esto se debe no solamente a la persistencia de formas sociales de modos de producción previos y de otros elementos económicos “antediluvianos” subsumidos por el capital, sino además porque, como apunta Marx, los propios procesos productivos del capitalismo son diferenciales entre sí:

(...) la *simultaneidad de las diversas trayectorias del capital*, así como las de sus diversas determinaciones, no resultará clara mientras no estén presupuestos muchos capitales. Así, el proceso vital del ser humano consiste en un recorrido de diversas edades. Pero al mismo tiempo coexisten todas las edades del ser humano, distribuidas en diversos individuos (1971 t.2, p. 154).⁵⁴

Así, incluso en un solo proceso de producción hay varios tiempos diferentes en juego, dependiendo de los materiales utilizados y las tecnologías con las que operan.⁵⁵

Los ciclos de rotación son la fuerza motriz de esta multiplicidad de tiempos en el capitalismo. Y, así como las fronteras nacionales constituyen barreras a la expansión espacial del capital, las interrupciones en el circuito del capital (tiempo de producción más tiempo de circulación) son barreras para su reproducción; el espaciotiempo óptimo para el capital es continuo y homogéneo.⁵⁶ Puesto que la

⁵⁴ Sobre los elementos “antediluvianos”, ver Marx (1971 t.1, pp. 26-27 y 2011, pp. 417-418).

⁵⁵ “En una misma inversión de capital, los elementos individuales de capital fijo tienen distintos tiempos de vida, y por eso distintos tiempos de rotación. En una red ferroviaria, por ejemplo, los rieles, durmientes, terraplenes, edificios de las estaciones, puentes, túneles, locomotoras y vagones tienen distinto tiempo de funcionamiento y distinto tiempo de reproducción, y por ende también el capital adelantado en ellos tiene distintos tiempos de rotación” (Marx, 2010, p. 204).

⁵⁶ Así, de acuerdo con *El capital*, “el ciclo del capital solo se efectúa normalmente mientras sus distintas fases se desenvuelven sucesivamente sin paralizaciones. Si el capital se estanca en la primera fase D - M, entonces el capital dinerario se congela convirtiéndose en tesoro; si se paraliza en la fase de producción, entonces los medios de

acumulación de capital se maximiza al acortar su tiempo de rotación, los capitalistas individuales deben superar todos los obstáculos espaciotemporales. La actual hipermovilidad social sería efecto de esta tendencia (Marx, 1971 t.2, pp. 24-26, 146-147 y 34-37); por esto,

mientras que el capital por un lado debe tender a arrasar toda barrera espacial opuesta al tráfico, *id est* al intercambio, y a conquistar toda la Tierra como su mercado, por el otro lado tiende a anular el espacio por medio del tiempo, esto es, a reducir a un mínimo el tiempo que insume el movimiento de un lugar a otro. Cuanto más desarrollado el capital, cuanto más extenso es por tanto el mercado en el que circula, mercado que constituye la trayectoria espacial de su circulación, tanto más tiende al mismo tiempo a extender más el mercado y a una mayor anulación del espacio a través del tiempo (Marx, 1971 t.1, pp. 30-31).⁵⁷

La superación gradual de estas barreras produce lo que Harvey ha llamado el proceso de compresión espaciotemporal, derivado de la aceleración de los tiempos de rotación (Marx, 1971 t.2, pp. 3-13);⁵⁸ la anulación (o aniquilación) del espacio por el tiempo puede entenderse así como una tendencia estructural del capitalismo más que como un *fait accompli*. La teorización de Sassen sobre los espacio-tiempos intermedios abarca, por tanto, las contradicciones derivadas específicamente de las relaciones entre los mercados nacionales y el global –que Marx hubiera explicado en sus tratados sobre

producción yacen, desprovistos de función, de un lado, mientras del otro la fuerza de trabajo permanece desocupada; si la detención ocurre en la última fase $M' - D'$, entonces las mercancías acumuladas que no se pueden vender obstruyen la fluencia de la circulación”. (2010, p. 59; también pp. 120-122 y 169). La importancia del capital financiero surge, de hecho, de las discontinuidades temporales inherentes en la materialidad de la producción capitalista. El capital comercial, por su parte, intenta lidiar con el problema de una circulación más acelerada. Estas son implicaciones cruciales de las partes de *El capital* dedicadas a las metamorfosis del capital y su ciclo (2010, pp. 29-181; 2011, pp. 651-669).

⁵⁷ Sobre los alcances y limitaciones de esta metáfora, véase Massey (2005, pp. 90-99).

⁵⁸ Sobre los problemas espaciotemporales de la circulación, véase Dussel (1985, pp. 251-265).

competencia y sobre el mercado mundial—⁵⁹ así como a los mecanismos de subsunción necesarios para incorporar la producción no-capitalista en el mercado mundial. Podemos considerar, pues, al concepto de *lo intermedio* como contraparte dialéctica de la aniquilación del espacio por el tiempo, subrayando las dinámicas (política, tecnológica, económica) de las barreras espaciotemporales históricas más que su superación.

De este modo, las consideraciones de Marx sobre espacio y tiempo sociales están marcadas decisivamente por la organización política, en el caso del capitalismo, el Estado específicamente. Esto refuerza nuestra anterior indicación sobre la necesidad de entender las formas políticas como parte del modo de producción. El desarrollo de Harvey a partir de los tomos 2 y 3 de *El Capital* ha mostrado cómo la inversión en las condiciones sociales generales necesarias para el funcionamiento del capitalismo, aunque en último término depende de la producción de plusvalía, también supone la inversión estatal en condiciones sociales básicas. Entre estas últimas encontramos, en efecto, la construcción de infraestructura, los gastos en cuerpos policiales, educación, salud, etc.; estas funciones pertenecen a los circuitos secundario y terciario del capital, que tradicionalmente han dependido del Estado (Harvey, 1989, pp. 61-66).

Puesto que cada mecanismo genera sus propias tendencias espaciotemporales, un modo de producción, en tanto que mecanismo complejo, producirá distintos espaciotiempos jerárquicamente totalizados. En *El Capital*, Marx teorizó los procesos de producción como las “bases” (sobre las cuales emergen los estratos superiores)

⁵⁹ Según Dussel, el concepto de dependencia hubiera sido elaborado por Marx en su tratado sobre la competencia entre capitales, mediante el concepto de “capital total nacional”. En cuanto a este concepto, indica que “la existencia del ‘hecho nacional’ para nada niega la dependencia; ni esta niega a aquel. Ambos existen: uno como la sustancia parcial (la nación); la otra como la conexión en la competencia (y, por ello, explicando la transferencia de plusvalor de una ‘nación’ a otra: nada más y nada menos)” (1988, p. 338).

que permiten periodizar la historia; sin embargo, también esbozó algunos de los elementos de organización política que surgen de este estrato. Por ejemplo, el Estado puede asumir muchos variados contenidos históricos, pero surge necesariamente como producto de las relaciones sociales capitalistas (Jessop, 1982, pp. 1-31), y genera sus propias dinámicas espaciotemporales distintas de las de la producción, pero relacionadas con estas a través de diversas mediaciones y contradicciones.⁶⁰ Así, la lógica territorial del Estado entra en conflicto con la tendencia transnacional del capital, con el mercado mundial como su tendencia inmanente.

Es entonces pertinente concluir, contra la posición de Sayer, que la explicación del desarrollo de una forma social requiere ser espaciotemporalizada respecto del modo de producción. Específicamente bajo el capitalismo, tal explicación debe ubicar la forma en relación con los ciclos sistémicos (especial pero no exclusivamente con las ondas de Kondratief) y con la configuración de centro-semiperiferia-periferia, así como alternar las escalas de los mercados mundial, regional y nacional. Estas consideraciones son necesarias para explicar el desarrollo desigual y combinado en el modo de producción capitalista, pero no son necesariamente válidas para otros modos de producción, cuyos mecanismos llevan a otros modelos espaciotemporales.⁶¹

⁶⁰ Como se mencionó en el capítulo primero, Banaji ha explicado que Marx utilizó la expresión “modo de producción” en dos sentidos distintos: en sentido limitado, como proceso técnico (un “modo de trabajo”, “proceso de trabajo” y “forma de producción”) y, más ampliamente como una “época de producción” o una “formación económica de la sociedad”. Es en este segundo sentido que el modo de producción sirve como criterio para la totalización y la periodización de la historia (2011, pp. 349-50).

⁶¹ Pierre Vilar menciona los ciclos de Juglar y de Antiguo Régimen como ejemplos de ciclos sistémicos no capitalistas (1999, pp. 98-105).

2.3. Espaciotiempos en la explicación histórica

Un modo de producción define un conjunto de leyes, mas su funcionamiento concreto se da en contextos donde otros mecanismos interfieren con ellos, generando los procesos y acontecimientos que constituyen la historia existente. En este sentido, como ha sostenido Echeverría, Marx ha planteado su teoría del capitalismo para formular las condiciones de posibilidad de las correspondientes realidades históricas existentes basadas en ese modo de producción, aunque la explicación de los casos particulares implica necesariamente la consideración de otras condiciones históricas adicionales (1995, p. 112).⁶² Así, el análisis del desarrollo de sus correspondientes Estados y sus relaciones económicas a nivel internacional son fundamentales para la explicación marxiana de casos específicos; la teoría de los modos de producción no es la conclusión de la teoría de la historia de Marx, sino su punto necesario de partida. Sus análisis de caso sugieren elementos que este autor hubiera incluido en su teoría de la historia de haber podido completar la teorización del mundo moderno que había planeado antes de dedicarse de lleno a la investigación de *El Capital*.

En todo caso, al igual que los objetos de estudio de ciencias como la meteorología, la biología evolutiva y la geología, la historia es un sistema abierto, por lo que la causalidad en ella es compleja y las posibilidades de predecir eventos en ella son mucho más limitadas que en un sistema cerrado. Esto no se debe a ningún defecto de este tipo de aproximación científica, sino a su objeto de estudio: su modo de explicación es necesariamente *a posteriori*, por la incorporación

⁶² Como señala Wacquant, “las sociedades no crecen como tipos estructurales sino como formaciones sociales inmersas en ambientes naturales y sociohistóricos específicos. Esto hace necesario que el analista reduzca su atención hacia conjuntos geo-temporales limitados: esto es exactamente lo que hace Marx en sus estudios históricos” (1985, p. 35). De modo similar, la caracterización de *capitalismo histórico* de Wallerstein, en contraste con la explicación teórica abstracta del capitalismo, ilustra la diferencia entre los niveles del modo de producción y de la formación social en la escala del sistema-mundo (2011, pp. 18-19).

de otros mecanismos junto a los que son centrales en la teoría (los modos de producción, en el caso de Marx). El análisis de las formaciones sociales implica un grado de contingencia que no existe en el más abstracto nivel del modo de producción (Grüner, 2005, pp. 24-25; Lukács, 1978, p. 103).⁶³

Marx argumentó, por ejemplo, que la producción capitalista se desarrolló primero en Italia, pero la revolución del mercado mundial del siglo XV destruyó la supremacía comercial italiana y revirtió ese proceso con un impulso sin precedentes hacia los cultivos a pequeña escala (2009, p. 895). Este caso en *El Capital* muestra cómo la existencia de relaciones capitalistas basadas en una fuerza de trabajo desposeída no garantiza por sí sola el desarrollo del capitalismo; el surgimiento del nuevo sistema-mundo abortó el proceso de producción en el norte de Italia. Así, este caso ilustra adecuadamente la afirmación de Sayer en cuanto a que

un mismo mecanismo puede producir resultados diferentes ... de acuerdo con sus relaciones espaciotemporales con otros objetos, teniendo sus capacidades y limitaciones causales, que pueden provocar, bloquear o modificar su acción. Dada la variedad y mutabilidad de los contextos de la vida social, debería esperarse esta ausencia de asociaciones regulares entre “causas” and “efectos” (2000, pp. 15-16).

En sus análisis de formaciones específicas y coyunturas, Marx comienza por relacionar los actores observables (grupos o individuos) con las clases o fracciones de clases que encarnan las tendencias contradictorias alrededor de los procesos de producción; cada mecanismo generativo tiene sus propias tendencias espaciotemporales, pero debe adaptarse a las condiciones concretas del contexto existente en el cual se desarrolla.⁶⁴ Esto le permite moverse entre lo em-

⁶³ Sobre la impredecibilidad de los sistemas abiertos, véase Bhaskar (2008, pp. 118-26). Gaddis coincide en señalar esta característica común entre la historia social y las ciencias naturales históricas (2004, pp. 59-80).

⁶⁴ El capítulo sobre las colonias, el último del primer tomo de *El capital*, aporta otro ejemplo de esta adaptación del modo de producción a las condiciones espaciotemporales

pírico y lo real, y con ello dar cuenta concretamente del papel que juegan espacio y tiempo en la coyuntura. En estos análisis, las luchas por y contra el Estado tienen determinaciones espaciotemporales que están relacionadas íntimamente con el estrato de la producción económica. Los análisis marxianos de la Guerra de Secesión, la Comuna de París y de la llamada “acumulación primitiva” son ejemplos privilegiados de esta concepción.

Estos casos tienen delimitaciones bien disímiles entre sí: mientras que el principal espacio de análisis de la Comuna es la ciudad de París, los artículos sobre la Guerra estadounidense transcurren en el amplio territorio de los Estados Unidos, y el lugar en el que se concentra la explicación sobre los orígenes del capitalismo en *El Capital* es la ruralidad inglesa. En cuanto a sus delimitaciones temporales, la primera ocurre en el lapso de dos meses aproximadamente, mientras que el conflicto entre Unionistas y Confederados duró unos cuatro años, de los cuales los escritos de Marx se ocuparon de los primeros dos años. La “acumulación primitiva”, por otro lado, se desarrolla entre el último tercio del siglo XV (con el desalojo masivo de las tierras comunales) y las últimas décadas del siglo XVIII, con el surgimiento de la industria a gran escala (Marx, 2009, pp. 896; 946-947).

Sin embargo, ninguno de estos procesos puede ser explicado desde estas delimitaciones por sí solas; al contrario, el tratamiento que Marx hace de estos casos particulares muestra claramente la diferencialidad espaciotemporal de su concepción de la historia. Puesto que la explicación de un sistema abierto supone la relación entre varios mecanismos (cada uno de los cuales, como hemos argumentado, produce su propia dinámica de escala, configuración y ritmo), estos análisis enfatizan la necesidad de abordar la multiplicidad de espacios y tiempos sociales para explicar cada proceso histórico.

singulares: la disponibilidad de tierras para los colonizadores europeos en las colonias previno la formación de un excedente de fuerza de trabajo, y por tanto del desarrollo de la acumulación y concentración capitalista. La desposesión capitalista tuvo entonces que ser promovida por medios directamente coercitivos, en lugar de hacerlo indirectamente por medios económicos (2009, pp. 955-967).

Por ejemplo, dado que *La Guerra Civil en Francia* trata sobre un acontecimiento político, la corta duración de los acontecimientos puntuales y las figuras individuales juegan allí un rol más importante que en otros trabajos suyos. No obstante, aunque los acontecimientos principales se dan en París, estos no son comprensibles sin referencia a la Guerra Franco-Prusiana y a la Asamblea Nacional (la “Asamblea de los Rurales”) en Burdeos; la explicación marxiana del ascenso y caída de la Comuna recurre a las escalas francesa y europea. En términos de escala temporal, Marx enfatiza la geografía histórica del poder estatal en Francia –un proceso de dos siglos de centralización– como trasfondo del corto período que protagoniza la mayor parte del escrito, a la vez que relaciona las transformaciones de este proceso político con las transformaciones en el balance de poderes durante este lapso, las cuales remiten de nuevo a los espaciotiempos del estrato de la producción.⁶⁵ La coyuntura de 1848-50 es referencia constante, especialmente para señalar los cambios a lo largo de los veinte años del gobierno bonapartista. Marx analizó esta coyuntura con detalle en *Las luchas de clases en Francia* y en su *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, por lo cual la ausencia de un análisis profundo económico y de clase en *La Guerra Civil en Francia* se deba a que implícitamente Marx se apoyaba en esos trabajos previos.

⁶⁵ Marx argumenta que la centralización había sido fundamental en la lucha contra el feudalismo en Francia, pero el Estado se fue convirtiendo en una entidad parásita con “sus ubicuos órganos, el ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero y la magistratura –órganos elaborados siguiendo un plan de división sistemática y jerárquica del trabajo” (2009b, p. 71). A la vez que concentraba deuda nacional y cargas tributarias pesadas, el aparato estatal concentrado en París se convirtió en un sitio para el clientelismo y en un lugar de producción de despotismo de clase, especialmente después de 1830, cuando los capitalistas le quitaron el gobierno a la clase de terratenientes. Así, a través de una producción altamente asimétrica de su espacio nacional, París se convirtió en un centro de acumulación de poder político y económico a costas del resto del país; Francia se había vuelto un ejemplo perfecto de desarrollo desigual. Esto implicó también acumulación en términos de infraestructura. Así, Marx señalaba sobre la quema de edificios durante la retirada de los Comuneros que estos sabían “que a sus enemigos no les importaban las vidas del pueblo de París, pero que en cambio les importaban mucho los edificios parisinos de su propiedad” (2009b, pp. 99; 72-73).

Mientras que la aproximación espaciotemporal en este folleto es principalmente de escala corta, la larga duración y la escala transcontinental predominan en la explicación de *El Capital* sobre los orígenes del capitalismo. Allí relaciona cuatro procesos íntimamente imbricados: primero, la revolución en la forma de apropiación de la tierra en un régimen de propiedad privada, que generó un proletariado temprano y el ascenso de granjeros capitalistas; en segundo lugar, el surgimiento de un Estado que privilegió los intereses capitalistas mediante la coerción y por medidas económicas que provocaron especialmente el auge de capitalistas no agrícolas; tercero, la imposición del colonialismo a escala mundial. Finalmente, el cuarto es un proceso corto (ocurrió durante poco más de un siglo) abordado muy sucintamente por Marx: la revolución agrícola.

Estos procesos respondían a mecanismos distintos entre sí, y por ello sus espaciotiempos difirieron en términos de escalas, configuraciones espaciales y ritmos: la explicación marxiana de la “acumulación primitiva” busca explicar el caso inglés, pero para tal efecto tiene que oscilar espacialmente entre ese territorio y el mercado mundial, notando la discontinuidad y contradicciones entre la escala nacional y la internacional. Más aún, su explicación de los orígenes del capitalismo muestra una profunda y violenta reconfiguración de espacios y tiempos sociales tanto en Europa occidental como en sus colonias,⁶⁶ que produjo la compleja geografía de centros y periferias (basada en flujos asimétricos de riqueza) que caracteriza al moderno

⁶⁶ El sistema colonial es esencial en la explicación de Marx sobre los orígenes del capitalismo, pues las colonias eran mercados para la manufactura metropolitana, a la que ellas (mediante el pillaje, la esclavitud y el asesinato) proveyeron productos (entre ellos los metales necesarios para una economía basada en el dinero) que generaron capital. Como escribió sarcásticamente, “estos procesos idílicos constituyen *factores fundamentales de la acumulación originaria*” (2009, p. 939). Sobre la importancia histórica para el capitalismo de explotar el trabajo tanto en las colonias como en los centros capitalistas, véase Grüner (2015); también Anievas and Nişancioğlu (2015).

sistema-mundo,⁶⁷ y sin la cual no hubiera sido posible establecer el predominio de la relación asalariada.

Así, el período de cuatro siglos entre las primeras leyes de expropiación y la Revolución industrial creó las condiciones para el surgimiento de varias fracciones de una clase capitalista en Inglaterra: había una clase de granjeros ricos (quienes alquilaban tierras y contrataban personas trabajadoras asalariadas para trabajar esas tierras, a su vez pagando parte de su plus-producto al terrateniente) hacia el fin del siglo XVI. Los capitalistas no agrarios, por otro lado, se consolidaron como fuerza económica de un modo mucho menos gradual que sus contrapartes rurales, pero también apelaron a mecanismos más complejos para lograrlo. Se basaron en formas antiguas de capital (el usurario y el mercantil) y en nuevos métodos de producción en la manufactura, pero además desarrollaron una combinación de medidas económicas destinadas a beneficiarlos como clase: el dominio colonial, la deuda nacional, el sistema fiscal moderno y la protección de los mercados internos. Hacia fines del siglo XVII se había implementado en Inglaterra esta combinación (Marx, 2009, pp. 929-931 y 939). De allí que este período de formación de una clase capitalista requirió alrededor de dos siglos, sentando con ello las bases del sistema moderno de Estados nacionales. Adicionalmente, la legislación sobre la expropiación del campesinado que inició en el siglo XIV, mediante leyes contra la vagancia y los sindicatos, y en favor de la regulación de los salarios en beneficio de los capitalistas definió al Estado como un agente fundamental al servicio de la transformación capitalista.

⁶⁷ La instauración del sistema colonial llegó de la mano con la consolidación territorial de los Estados nacionales de Europa Occidental. La subordinación de las colonias (por medios como el sistema internacional de crédito y el proteccionismo metropolitano, cuando no simplemente por la violencia abierta) suponía la competencia entre los más fuertes poderes económicos y militares, y la definición clara de fronteras nacionales. En este sentido, Sassen ha argumentado que en Europa el concepto de un Estado territorial era ajeno a la Edad Media, y solo llegó a consolidarse como tipo de organización política durante el siglo XVII. Sassen, *Territory, Authority, Rights*, 41, pp. 61-63.

La revolución agrícola, a su vez, surgió en el último tercio del siglo XV y se extendió por el siguiente casi completamente, gracias a

la revolución en las relaciones de propiedad de la tierra [...] acompañada de métodos de cultivo perfeccionados, una mayor cooperación, la concentración de los medios de producción, etcétera, y porque no solo se obligó a trabajar con mayor intensidad a los asalariados rurales, sino que además el campo de producción en el que estos trabajaban para sí mismos se contrajo cada vez más” (Marx, 2009, pp. 932-933).

Los procesos de mercantización de la tierra y la fuerza de trabajo – y con ellos de espacio y tiempo – se aceleraron decisivamente debido a estas transformaciones técnicas.

Marx se preocupó cada vez más por dejar en claro que no consideraba la “acumulación primitiva” como un patrón universalmente necesario de transición al capitalismo, pero lo consideraba como un modelo para la explicación del surgimiento de este modo de producción en los países europeos occidentales, especialmente en Francia y los Países Bajos.⁶⁸ En efecto, Marx halla en las élites inglesa, francesa y holandesa legislación, políticas y comportamiento colonial en común.⁶⁹ En este sentido esta sección de *El Capital* desarrolla un estudio de caso de los orígenes del capitalismo inglés, pero también apunta hacia un modelo abstracto de transformación social de larga

⁶⁸ En la edición francesa de *El capital*, la última modificada por Marx, él clarificó esta posición: “la base de todo este desarrollo es la expropiación de los agricultores. *Hasta ahora solamente se ha llevado a cabo radicalmente en Inglaterra: por tanto, este país tendrá el protagonismo en nuestro bosquejo. Pero todos los países de Europa occidental están pasando por el mismo desarrollo*, aunque de acuerdo con el ambiente particular cambia su color particular, se limita a una esfera más estrecha, muestra un carácter menos pronunciado o sigue un distinto orden de sucesión” (en Anderson, 2010, p. 179). Ver también de Marx, su “Letter to Otechestvennive Zapiski” (probablemente escrita en noviembre de 1877) (1989b).

⁶⁹ La historia comparativa de estos casos nacionales (en tanto que sistemas abiertos) revelaría, por tanto, la eficiencia de los mecanismos descritos por este modelo a partir de la abstracción hecha originalmente desde el caso inglés. Respecto de la historia comparativa (un proyecto fundamental en el siglo XX para la historia concebida como ciencia), véase Marc Bloch (1928).

duración, donde el desarrollo desigual es constitutivo. En esta medida, la abstracción de la explicación empírica (teóricamente basada), que no solamente se deduce de las leyes internas de un modo de producción dado, también ayuda a explicar otros casos.⁷⁰

Los análisis de Marx de la Guerra Civil de los Estados Unidos aportan un tratamiento aún más complejo en términos de formas espaciotemporales; más allá del análisis de una coyuntura, como en el caso de la Comuna, elabora un estudio sobre la formación social en desarrollo en los Estados Unidos. Blackburn ha indicado que para Marx esta guerra tuvo tres causas, todas debido a la necesidad de expansión territorial por parte del Sur: el agotamiento de sus tierras para la agricultura, la necesidad de mantener su poder de veto en el Senado, que implicaba la fundación de nuevos estados esclavistas para contrarrestar a los “libres”; y la existencia de una numerosa clase de blancos pobres sin trabajo, que podían generar problemas si no encontraban un válvula de escape en el exterior (2011, p. 9). Con esta explicación multicausal, Blackburn busca evitar las acusaciones de economicismo formuladas a menudo contra Marx, quien en todo caso había negado explícitamente que la Guerra fuera producto del conflicto entre políticas comerciales proteccionistas y de libre intercambio (Marx y Engels, 1973b, pp. 39-40).⁷¹

Empero, debemos observar, si no consideráramos (innecesariamente) que estos análisis de Marx son enteramente ajenos a su teoría de la historia, que estas tres causas no tienen la misma importancia

⁷⁰ Basándose en estos mecanismos de acumulación de capital, Rosa Luxemburgo sostenía que el capitalismo requiere de la desposesión de los recursos de modos de producción no capitalistas tanto como requiere de explotar a su propia clase trabajadora: de acuerdo con su modelo, el capitalismo necesitaría estructuralmente de un “afuera” controlado mediante el militarismo imperialista (1967, pp. 350-351). A partir de esta tesis, David Harvey ha argumentado que la “acumulación primitiva” es inherente a la estructura del capitalismo, que busca permanentemente convertir la propiedad común y la pública en bienes de capital (2004, pp. 111-140).

⁷¹ Esta tesis fue originalmente bastante popular en *The Economist* y otros periódicos londinenses.

explicativa. Desde este punto de vista, la base del conflicto radica en la tierra como medio de producción. Marx describe esta situación:

El cultivo de artículos de exportación del Sur –algodón, tabaco, azúcar, etc.–, practicado por los esclavos, es remunerativo por tanto tiempo, solamente, como se siga efectuando con amplias aportaciones de esclavos, en gran escala y con inmensas extensiones de tierras naturalmente fértiles, que no exigen más que un trabajo simple. El cultivo intensivo, que no depende tanto de la fertilidad del suelo como de las inversiones de capitales y de la inteligencia y la energía del trabajador, es contrario a la naturaleza de la esclavitud. Se asiste a una rápida transformación de estados tales como Maryland y Virginia, que antaño usaban esclavos para producir artículos de exportación en estados que producen esclavos para exportarlos después hacia los estados situados más al sur. [...] Tan pronto como se alcanza este punto, resulta indispensable adquirir territorios nuevos para que una parte de los dueños de esclavos ocupen nuevas franjas de tierras fértiles, transformándose la parte abandonada tras ellos en territorio de cría de esclavos destinados a la venta en el mercado (Marx y Engels, 1973b, pp. 52-54).

El problema territorial se debió por tanto a la lucha entre dos configuraciones espaciotemporales de producción capitalista en los Estados Unidos, cada una con tendencia a la expansión, pero diferentes en cuanto a sus respectivas relaciones entre trabajo y capital (Marx y Engels, 1973b, pp. 87, 98 y 73). Una y otra representaban modos de explotación distintos en el seno de una misma unidad conflictiva.⁷² Debido a que la producción bajo trabajo esclavizado solo podía explotar

⁷² Frente a las narrativas de modernización y progreso que criticaban a la esclavitud en términos de “retraso”, Marx insistió sobre el carácter capitalista de la esclavitud moderna, indicando que esta barbarie era la condición necesaria para los logros de la civilización capitalista (1982, pp. 101-102); véase también Marx (1971 t.1, pp. 159 y 476). Banaji argumenta que la esclavitud moderna es un modo específico de explotación dentro del capitalismo; concluye que “las plantaciones esclavistas fueron empresas *capitalistas* de carácter patriarcal y feudal, que producían plusvalía absoluta sobre la base del trabajo esclavo y el monopolio de la tierra” (2011, p. 71).

los suelos por lapsos de tiempo relativamente cortos, el estallido de las hostilidades abiertas estaba siempre latente. En este contexto, la inminencia del agotamiento de las tierras disponibles para el Sur precipitó su agresión cuando las elecciones presidenciales, sumadas al desarrollo del trabajo “libre” en los estados del noroeste, resultaron adversas a los intereses de los esclavistas.⁷³

Marx se basó en estos modelos espaciotemporales abstractos para explicar la geografía singular y contingente de los Estados Unidos y sus condiciones políticas y demográficas; sin embargo, en su explicación, las tendencias espaciotemporales abstractas del capitalismo debieron adaptarse a las condiciones geográficas existentes en el territorio estadounidense. Estas condiciones fueron particularmente importantes para su argumentación de que la esclavitud no era apoyada mayoritariamente en los estados fronterizos: halló que había una relación entre la proporción de esclavos y personas libres con las actitudes políticas respecto de la esclavitud: entre mayor era la proporción de esclavos en un estado, más fuerte era su tendencia en favor de esa institución (Marx y Engels, 1973b, pp. 89-96). A su vez, observaba que este factor tenía que ver con la correlación entre tierras altas y trabajo libre, y entre tierras bajas y esclavitud:

(...) las dos llanuras bajas separadas por la zona montañosa, con sus inmensos marjales de arroz y sus vastas plantaciones de algodón, representan actualmente el área del esclavismo propiamente dicha. La larga cuña de la zona montañosa hundida hasta el corazón del esclavismo –con el espacio libre que le corresponde, el clima vigorizador y un subsuelo rico en carbón, en sal, en calizas, en mineral de hierro, en oro; resumiendo, en todas las materias primas necesarias para un desarrollo industrial diversificado– es ya en su mayor parte una tierra de libertad. *Por su naturaleza física, el suelo no puede aquí cultivarse con provecho sino por pequeños granjeros libres. Aquí el sistema esclavista solo*

⁷³ Por otra parte, según Marx, si el Norte no hubiera contenido la expansión de la esclavitud, esta habría acabado por engullir a la industria nortea, y por reducir su clase obrera a una condición similar a la de los ilotas espartanos (Marx y Engels, 1973b, p. 98 y Marx, 1985, p. 416).

vegeta esporádicamente y jamás ha echado raíces. En la mayoría de los estados fronterizos, los habitantes de las altas mesetas forman el núcleo de la población libre que toma partido por el Norte, siquiera sea con fines de autopreservación (Marx y Engels, 1973b, p. 89; mis cursivas).

El Sur, debido a su carencia de industria y su concentración de tierras para el cultivo extensivo destinado al comercio exterior, desarrolló una configuración espacial sin grandes centros urbanos: “en los estados densamente poblados más o menos centralizados, siempre existe un centro cuya ocupación por el enemigo rompe las más de las veces la resistencia nacional. [...] Sin embargo, los estados esclavistas no tienen tal centro. Están poco poblados y apenas poseen grandes ciudades, salvo en la costa aquí y acullá” (Marx y Engels, 1973b, pp. 126-127).⁷⁴ Esto significó que para el Sur el medio de comunicación más importante fue el ferrocarril más que las carreteras, lo cual los hacía militarmente más vulnerables si los unionistas tomaban control de unos cuantos puntos estratégicos. En tal caso, la Confederación quedaría partida en dos territorios incomunicados (Marx y Engels, 1973b, p. 127).⁷⁵

La explicación de Marx de las causas y desarrollo de la Guerra de Secesión prioriza de este modo las condiciones espaciotemporales de la producción económica, pero además reconoce el papel

⁷⁴ Esta configuración sin grandes centros urbanos supone una fuerte concentración de recursos y consumo suntuario de parte de los esclavistas, que compensaría la falta de consumo de la fuerza de trabajo esclava. Los centros económicos urbanos requeridos por el Sur estaban en el Norte y en Europa: de allí la importancia del ferrocarril (Marx, 1971 t.1, pp. 390-391; t.2, pp. 17-18). Por esto Marx consideraba que el Sur no podía ser considerado un país independiente sin su relación con el Norte: mientras que este había logrado cierto nivel de autosuficiencia debido a su desarrollo industrial, sus contrapartes esclavistas dependían de la capacidad adquisitiva del trabajo asalariado de sus vecinos y del extranjero. Como había afirmado Marx años antes de la Guerra, “si junto a esa esclavitud no existieran otros estados libres con trabajo asalariado, todas las condiciones sociales en los estados esclavistas asumirían formas precivilizadas” (1971 t.1, p. 159). Véase también Marx y Engels (1973b, p. 87).

⁷⁵ Esto sucedió precisamente cuando el ejército del Norte tomó control de Nueva Orleans, con lo que aisló Louisiana occidental, Texas, Missouri y Arkansas del gobierno Confederado (Marx y Engels, 1973b, pp. 133 y 135-136).

determinante de lo político y lo militar –esto último especialmente a partir de los estudios de Engels– en generar mecanismos con sus propias escalas y dinámicas espaciotemporales.⁷⁶ En último término, esta explicación remite a la escala mundial, al conflicto entre la soberanía nacional y el mercado mundial. Marx indicó que los efectos de esta guerra se sintieron en todo el sistema-mundo capitalista: la escasez de algodón de los Estados Unidos no podía ser compensada por la industria británica con algodón de la India, debido a la falta allí de medios de comunicación y transporte, así como a las malas condiciones en las que se encontraba su fuerza de trabajo campesina. Habría tomado años para que la India hubiera sido capaz de producir tanto algodón como Estados Unidos (Marx y Engels, 1973b, pp. 69-70).⁷⁷ El precio consecuentemente creciente de este producto afectó seriamente la producción textil británica, un problema que se agravó aún más por la contracción de los mercados indio y chino. El análisis de Marx indica que, mientras que durante el primer año de la Guerra decayeron las exportaciones británicas en el mundo (con excepción de Italia), las importaciones francesas y las de la Unión crecieron considerablemente (Marx y Engels, 1973b, pp. 61-63). Una intervención militar británica –defendida durante algún tiempo por parte de la prensa londinense– pudo haber cambiado el curso del conflicto a favor del Sur, pero fue desestimada debido a la necesidad británica de granos nortños, a la importancia de sus inversiones en los estados del Norte (Marx también apuntaba la importancia de las cartas de crédito inglesas para el comercio de los Estados Unidos con

⁷⁶ En su correspondencia privada, Marx argumentaba a Engels que estas condiciones habrían de llevar a que la Guerra se decidiera en favor del Norte, por sobre las condiciones militares que para entonces tendían hacia el Sur. Finalmente le señalaba: “me sorprende que te permites influenciar por el *aspecto* militar de las cosas *a little too much*” (1985c, p. 416).

⁷⁷ De hecho, Marx posteriormente afirmó que en India, “a causa de la gran demanda de algodón que se dio a partir de 1861, en algunos distritos densamente poblados de las Indias Orientales se extendió la producción del textil a expensas de la de arroz. El resultado fue que surgieron hambrunas localizadas, pues, por falta de medios de comunicación, y por tanto de conexiones físicas, la escasez de arroz en un distrito no se podía compensar con el aporte de otros distritos” (2009, p. 429).

China y con Australia) y a los muy onerosos costos de esa eventual guerra (1984i, pp. 111, 128-129, 132, 231).

El análisis de este caso es particularmente interesante porque muestra dos tipos de desarrollo espaciotemporal capitalista interdependientes pero en competencia, y los remite a las condiciones geográficas específicas de los Estados Unidos. De nuevo, la situación de la formación social en el seno del mercado mundial es de una primordial relevancia para su desarrollo, pero tal formación no es un simple recipiente de relaciones sociales abstractas: condiciones materiales como la topografía y la fertilidad decreciente de los suelos son determinantes de su funcionamiento concreto. Marx provee, por tanto, una explicación compleja de la Guerra Civil de los Estados Unidos a través de varios planos espaciotemporales (natural-geográfico, económico, político, militar), cada uno con sus propias determinaciones de ritmo y configuración, y tanto en escala del territorio nacional como mundial. Esta explicación depende de una combinación de formas sociales que, si bien en general se orientan hacia la acumulación de capital, no pueden ser reducidas a un solo mecanismo abstracto.⁷⁸

Epílogo

Para Marx, la explicación histórica pasa por una dialéctica entre lo abstracto y lo concreto, en la cual los modelos abstractos ayudan a

⁷⁸ En el capitalismo, tal combinación se logra en último término mediante la subsunción, con la cual son sincronizados los tiempos de trabajo de las diferentes formas de producción: como se ha mostrado en el primer capítulo, esta es una tesis central de la teoría del tiempo histórico de Harootunian en su *Marx After Marx* (aunque, como señalamos en su momento, él sobreestima el papel de la subsunción formal) (2015b, pp. 55-72). A su vez, sigue la interpretación de Tomba sobre Marx, según la cual, “en el mercado mundial, el modo de producción capitalista encuentra formas de producción tradicionales y no salariables, que no son específicamente capitalistas, y se insertan en el mercado capitalista mediante formas híbridas de subsunción. De esta manera, formas patriarcales de explotación y nuevas formas de esclavitud no solo coexisten con la producción de alta tecnología, sino que se combinan con ella”. Tomba (2013a, p. 168). Ver también arriba, 2.3.

aprehender los procesos históricos particulares. Esto no es, empero, un proceso unidireccional de conocimiento, ya que la explicación de dichos procesos provee a su vez nuevos conceptos y modelos que contribuyen con la teoría en un nivel más abstracto. Hay un retorno de lo abstracto a lo concreto, pero esto abre además la posibilidad de nuevas abstracciones que amplían el conocimiento de las formas sociales, y eventualmente aporten elementos para su transformación. De allí que, contra las interpretaciones que subestiman los análisis marxianos de coyunturas históricas existentes, Grüner indica que

esos estudios históricos, por consiguiente, no son meras *aplicaciones* a un caso particular de una teoría general previamente acabada. Por el contrario, cada “estudio de caso” sirve para hacer *avanzar* la teoría, abrirle nuevos campos de conocimiento y dotarla de nuevos modos de producción de ese conocimiento (2005, p. 24).⁷⁹

La incorporación de determinaciones mediante modelos espacio-temporales aporta más precisión a los elementos de la explicación histórica enumerados por Fulbrook: redefine los problemas y preguntas planteados en la investigación histórica, así como los conceptos y métodos requeridos para contestarlos: subraya la necesidad de organizar las fuentes disponibles de acuerdo con los procesos espaciotemporales en una formación, pero también la de asegurar la representatividad de tales fuentes, e implica formas de exposición adecuadas para explicar una totalización compleja.

Tilly ha indicado que el análisis histórico debe considerar “que las conexiones espaciotemporales definen procesos sociales y que los procesos sociales operan diferentemente en función de su lugar en espacio y tiempo” (2006, p. 568). Tiempo y espacio son entonces indispensables para la explicación social debido a sus funciones como índices de la singularidad del caso estudiado: el análisis concreto de

⁷⁹ El riesgo de no pensar la relación entre lo abstracto y lo concreto de un modo dialéctico es el de incurrir en lo que Banaji denomina *mala teoría*, o sea, la “sustitución de explicaciones puramente teóricas en lugar de la investigación histórica, y / o la utilización de una teoría que es solamente un agregado de abstracciones” (2011, p. 8).

la formación debería definir el espacio físico específico y el tiempo cronológico del proceso analizado, pues de lo contrario no estamos hablando de historia.⁸⁰ Como acontecimiento histórico, es imprescindible en primer lugar situar la primera batalla de la Guerra Civil de los Estados Unidos en Fort Sumter, Carolina del Sur, el 12 de abril de 1861, antes de relacionarla con otros acontecimientos y procesos históricos.

Pero, más allá de este criterio puramente formal, la explicación histórica debe dar cuenta de los diversos espacios y tiempos *sociales* como mecanismos con sus propias dinámicas y como elementos activos en las relaciones sociales. Así, para explicar las causas y consecuencias de dicha Guerra Civil, como hemos señalado, es necesario tomar en cuenta aspectos tales como las diferencias entre las formas de explotación capitalista del Norte y del Sur, y los ciclos de la política electoral de ese país. La consideración de modelos espaciotemporales que dan cuenta de los diferentes mecanismos contribuye de este modo con la explicación histórica marxiana al ayudar a organizar las relaciones sociales en una formación particular e indicar patrones hipotéticos de actividad social y de transformaciones derivadas de ellos. Las explicaciones históricas de Marx son por tanto siempre multitemporales y multiespaciales, y remiten los conflictos sociales perceptibles, a través de diversas mediaciones, a los antagonismos de clase y modos de producción en la formación particular.

El desarrollo espaciotemporal de formaciones sociales concretas, en tanto que sistemas abiertos, se explica pues por la interacción (y tensiones) de diversas formas, entre las cuales debe considerarse los elementos no previstos (cuya ocurrencia es usualmente considerada como contingencia)⁸¹. La explicación marxiana prioriza el estrato de

⁸⁰ Esta delimitación aparece en el título o subtítulo de todo escrito historiográfico, pero puede ser indicado por otros medios textuales. Podemos considerar este elemento formal como una condición trascendental de la historiografía.

⁸¹ La historia, afirma Marx, “sería, por otro lado, de una naturaleza muy mística si los ‘accidentes’ no tuvieran un papel en ella. Estos accidentes se dan naturalmente en el curso general del desarrollo y son compensados a su vez por otros accidentes. Pero la aceleración y el retardamiento dependen mucho de tales ‘accidentes’, los cuales incluyen el ‘accidente’ del carácter de quienes se encuentran a la cabeza del movimiento” (1989a, p.137).

la producción económica, y tras este a la política, incorporando otras esferas de acuerdo con el tipo de forma social que se encuentre analizando específicamente; su análisis de la Comuna, por ejemplo, está especialmente ubicado en el ámbito de la política. Cada modo de producción tiene tendencias espaciotemporales inherentes, las cuales se despliegan en conjunción con los demás mecanismos relevantes en la formación social.

Así, la diferenciación entre niveles de abstracción es metodológicamente fundamental. En este sentido, los espacios y tiempos se hacen más concretos en el proceso dialéctico del conocimiento, de acuerdo con el correspondiente nivel de la totalización al cual se refieren. La consideración del desarrollo desigual y combinado –clarificado por los modelos espaciotemporales– es entonces indispensable para la explicación de una formación existente y de sus coyunturas. Más aún, esta consideración tiene además implicaciones decisivas para las fases de la investigación documental y de la exposición historiográfica.

Capítulo 3

En el archivo de Marx

Un materialista histórico [...] considera que es su cometido pasarle a la historia el cepillo a contrapelo

Walter Benjamin, *Iluminaciones* (2018, p. 311).

En general nos quedamos con pocas piezas, las que insertamos en un argumento mayor. Pero ese archivo descartado no está ausente: acompaña, late bajo el texto, porque nos ha convencido de muchas cosas

Lila Caimari, “Una temporada en los archivos” (2017).

En la epistemología de la historia, la fase documental comprende las operaciones necesarias para transformar una fuente histórica en evidencia documental;¹ por tanto, aporta los criterios más básicos para la validez de una interpretación como conocimiento historiográfico.² Como sostiene Ricoeur, esta fase se ocupa no solo de la

¹ Ricoeur usa la expresión *prueba documental*; sin embargo, *evidencia documental* es la expresión epistemológicamente más precisa, dado el sentido más definitivo de la anterior. Si el establecimiento de un hecho es indicativo de la ocurrencia o no ocurrencia de un evento (aunque no concluyente), *evidencia* describe mejor la relación entre ellos, pues, a diferencia del término *prueba*, deja abierta la posibilidad de una eventual refutación (2004, pp. 230-236).

² Precisamente por esto Hayden White suspende la consideración de esta fase, optando en cambio por un enfoque formalista en el cual historiadores y filósofos de la

elección y la crítica de las fuentes, sino también de la evaluación de la verdad o falsedad de los hechos construidos y establecidos por el historiador, los cuales deben ser “susceptibles de ser enunciados en proposiciones singulares, discretas, que incluyen, la mayoría de las veces, mención de fechas, de lugares, de nombres propios, de verbos de acción o estado” (2004, pp. 232-233).

En consecuencia, la crítica de las fuentes es una de las piedras angulares del conocimiento histórico. Sin embargo, aunque los historiadores modernos siempre han estado conscientes del papel activo de las fuentes –incluso cuando los métodos tradicionales de crítica han pretendido limitarse a investigar los “hechos desnudos” (Langlois y Seignobos, 1904)–, los historiadores sociales siglo XX han lidiado en particular con las implicaciones de la producción social de las fuentes. En esta línea, el gran medievalista Jacques Le Goff señala que:

El documento no es una mercancía estancada del pasado; es un producto de la sociedad que lo ha fabricado según los vínculos de las fuerzas que en ellas retenían el poder. Sólo el análisis del documento en cuanto documento permite a la memoria colectiva recuperarlo y al historiador usarlo científicamente, es decir, con pleno conocimiento de causa (1991, p. 236).

No obstante, el carácter predominantemente institucional de los documentos exige no solo el conocimiento de cada uno de los documentos utilizados, sino también de los criterios mediante los cuales esos documentos se han producido y preservado: la crítica del archivo –concebido como un momento epistemológico y metodológico, y no como una recopilación pasiva de documentos– es el primer paso de esta fase. Dado que la dialéctica no supone que los fenómenos

historia *comparten* un terreno común: “en la consideración de esos pensadores examinaré el problema de cuál representa el enfoque más correcto del estudio histórico. Su posición como posibles modelos de representación no depende de la naturaleza de los ‘datos’ que usaron para sostener sus generalizaciones ni de las teorías que invocaron para explicarlas; depende más bien de la consistencia, la coherencia y la fuerza esclarecedora de sus respectivas visiones del campo histórico” (1992, p. 15).

revelan la realidad de manera inmediata y los considera sedimentos y artefactos de la praxis social de la humanidad (Kosík, 1976, p. 32), la crítica de las condiciones de producción de los datos empíricos es una parte esencial del proceso de conocimiento del que forman parte esos datos. Sin embargo, las fuentes históricas son aún más complicadas, por tratarse de fenómenos que se refieren a otros fenómenos; pertenecen al ámbito de lo empírico, pero de manera indirecta, como rastros de los procesos reales ocurridos.

Si bien las consideraciones metodológicas de Marx subrayan el papel de la teoría, su tratamiento de las fuentes que tenía disponibles revela su método de crítica en la fase documental. Este tratamiento es necesario para producir información fiable para los distintos niveles de abstracción del conocimiento histórico. Las fuentes históricas –y las fuentes primarias en particular– son el material a partir del cual se elaboran los hechos particulares que integran el ámbito de lo empírico; este ámbito es necesario para conocer los procesos reales y, finalmente, los mecanismos reales que operan en un contexto social. En este sentido, sin importar cuáles teorías se utilicen para cuestionar las fuentes, los límites del archivo –con sus determinaciones temporales y espaciales– son los límites de las posibles historiografías basadas en él. La teoría define el tipo de fuentes por buscar y las preguntas que se les plantean, pero las fuentes no pueden reducirse a ella; como afirma Sayer, el hecho de que la observación esté cargada de teoría no significa que esté determinada unilateralmente por esa teoría (1992, p. 73).¹ Este punto es fundamental para la crítica documental de Marx.

El examen de esta fase de la concepción de la historia de Marx en este capítulo comienza con una descripción general de su archivo y método de crítica de las fuentes, incluida su crítica de la ideología en las fuentes. La segunda sección se ocupa de varios conceptos e

¹Esta irreductibilidad de lo empírico a las afirmaciones teóricas contradice la tesis relativista de la inconmensurabilidad de los paradigmas. En esta línea, Adorno sostiene que hay un excedente en el objeto que no se puede reducir a la identidad del concepto (1984, pp. 185-187); véase también Sayer (1992, pp. 65-71).

interpretaciones históricas marxianas –su tratamiento de los modos de producción precapitalistas y específicamente del modo de producción asiático, así como su artículo sobre Simón Bolívar– que han sido acusados de eurocentrismo, para aclarar en qué medida ese sesgo espaciotemporal es atribuible a la teoría de Marx o a su archivo.

Por último, la tercera sección aborda varios procesos históricos analizados por Marx –la Comuna de París en *La guerra civil en Francia*; la Guerra Civil de los Estados Unidos; y la llamada “acumulación originaria”– desde el punto de vista de la historiografía más reciente, para examinar las posibilidades explicativas espaciotemporales de la teoría marxiana a la luz de fuentes más actuales. Asimismo, el uso productivo de estas nuevas explicaciones de distintas operaciones espaciotemporales para el examen de estos casos (análisis espacial y desplazamiento interno del enfoque, variaciones en la escala espaciotemporal) contribuye a la tesis de este libro sobre la necesidad de considerar el espacio y el tiempo en la formulación de explicaciones históricas: esto es, como mediaciones indispensables de toda totalización social.

3.1 Crítica documental y crítica de la ideología

Marx fue muy consciente de las determinaciones espaciales y temporales del archivo para su actividad teórica, específicamente de las implicaciones de llevar a cabos sus investigaciones en Londres y no en Alemania o Francia:

El ingente material de historia de la economía política que se halla acumulado en el *British Museum*, el punto de vista favorable que ofrece Londres para la observación de la sociedad burguesa, y por último la nueva etapa evolutiva en la cual pareció entrar esta última con el descubrimiento del oro californiano y australiano, me decidieron a reiniciarlo todo desde un comienzo, y a abrirme paso críticamente a través del nuevo material (2008, p. 7).

Aunque es poco probable que Marx planeara quedarse en Londres por el resto de sus días, sin duda fue un lugar privilegiado para investigar el desarrollo del modo de producción capitalista de su época.² Como señala Anderson (2010), Marx no solo estaba en la única economía capitalista industrial, sino también en el corazón del imperio más grande del mundo, desde el cual podría estar relativamente bien informado sobre las sociedades no occidentales y el colonialismo. Como centro económico y político del Imperio Británico, que producía enormes cantidades de papeleo y recolectaba objetos de todo el mundo, Londres era también en ese entonces un centro global de información. Richards sostiene que esta acumulación de datos desempeñó una función central en la ideología del Imperio durante la época victoriana; instituciones como la Royal Geographic Society, la Royal Society, la Royal Asiatic Society y, por supuesto, el Museo Británico –todas ellas con sede en Londres– constituían todo un complejo epistemológico de la mitología imperial: un archivo imperial imaginado (1993, pp. 14-15; ver también Black 2000).

Sin embargo, dado que el concepto de historia de Marx no es el de un “pasado” dejado atrás en un tiempo unilineal, sus fuentes no se limitaron a los archivos convencionales. Sus análisis de temas de actualidad reclamaban fuentes más recientes y, por ello, se basaron fundamentalmente en una institución más antigua y no centralizada: el servicio postal. El sistema de correos fue un medio importante para la circulación de información y conocimiento, a través del cual Marx se mantuvo informado sobre acontecimientos como la Comuna de París,³ y que le permitió obtener folletos, periódicos (enteros o

² Contra la imagen de Marx como refugiado político obligado a vivir en Londres, Karatani ha argumentado que fue indultado en Alemania en la década de 1850, pero *decidió* quedarse por motivos de investigación. Sin embargo, no sustenta suficientemente esta afirmación, ni explica por qué, como señala Sperber, Marx hizo planes para regresar a Alemania todavía en 1861 (Karatani, 2003, pp. 135-136; Sperber, 2013, p. 243).

³ “Lo que me reconforta son las tonterías que la prensa mezquina publica todos los días sobre mis escritos y mis relaciones con la Comuna; eso me lo envían cada día desde París. Demuestra que a la policía de Versalles se le ha hecho muy difícil conseguir documentos auténticos. Mis relaciones con la Comuna se mantuvieron por medio de un comerciante alemán que viaja durante todo el año por negocios entre París y Londres” (Marx, 1989c, pp. 150-151).

en fragmentos) y libros de diferentes países, sobre todo de Europa. Los periódicos eran de particular importancia para el flujo de información, y Londres era un centro privilegiado para este tipo de material.⁴ También algunos recintos privados en Londres recopilaban información de países y regiones del extranjero; durante la Guerra Civil estadounidense, por ejemplo, Marx asistía a un lugar llamado Café Americano, donde tuvo acceso a publicaciones periódicas recién llegadas de los Estados Unidos. Esto resultó ser importante porque, según él, los periódicos británicos a menudo suprimían información útil sobre la guerra (1985a, p. 305; 1985b, p. 429).⁵

Sin embargo, el punto de vista de la sede del Imperio también tenía sus limitaciones: la más obvia es el espectro del eurocentrismo, acusación ahora común contra Marx en estudios poscoloniales y decoloniales (tema que será abordado en la sección 3.2) (Chakrabarty, 2000, pp. 47-71; Lander, 2006, pp. 209-243). En este punto, he argumentado que, al ser la concepción marxiana de la historia una totalización descentrada, multitemporal y multiespacial, es incompatible con tales constructos ideológicos. Pero, ¿fue el archivo de Marx un obstáculo para superarlos?

El examen de las fuentes históricas de Marx es un punto de partida útil para abordar este tema. En sus textos historiográficos, cita tres tipos de fuentes: libros, informes oficiales y periódicos.⁶ Este tipo

⁴ “Además de los ferrocarriles y los barcos de vapor, el telégrafo eléctrico contribuyó en forma decisiva a la aceleración, en el siglo XIX, de la circulación de la prensa: empezaron a enviarse mensajes de manera rutinaria por cable a los periódicos londinenses desde centros provinciales o desde el extranjero a través de agencias de prensa como Reuters (1851), la Press Association (1868) y la Central News Association (1870)” (Wiener, 2015, p. 212). Marx y Engels solían intercambiar periódicos por correo; por su correspondencia parece que Marx, en Londres, estaba al respecto mejor ubicado que Engels, en Manchester, quien más a menudo le pedía a Marx estos materiales.

⁵ Sobre la prensa británica, véase King (2007).

⁶ Específicamente, las principales fuentes de esta sección son aquellas que se ocupan de la explicación de casos espaciotemporales particulares en *El capital*, los *Grundrisse*, *La guerra civil en Francia* y los artículos de Marx sobre la Guerra Civil de Estados Unidos. La edición en inglés de las *Marx and Engels Collected Works* incluye una lista de tales fuentes: “Índice de bibliografía citada y mencionada” (1984b, pp. 430-44); “Index...” (1986a, pp. 741-759); “Index...” (1986b, pp. 568-576); “Index...” (1987, pp. 564-565);

de fuentes cumplen, especialmente en términos temporales, distintas funciones en la explicación de Marx de los procesos históricos. La mayoría de los procesos a más largo plazo, sobre todo los de los modos de producción, se construyen sobre la base de la historiografía existente (que Marx reinterpreta al problematizarla conceptualmente), mientras que los procesos desde la perspectiva de las temporalidades de más corto plazo –las coyunturas, en particular– por lo general utilizan testimonios, informes y periódicos. Las fuentes oficiales, que con frecuencia contienen información estadística, también permiten a Marx abordar diversas situaciones sociales en momentos específicos, desde el punto de vista de los territorios nacionales.

En cuanto a los procesos de expropiación en los capítulos de *El capital* sobre la “acumulación originaria”, Marx cita en su mayoría a autores británicos –lo que es de esperar en un análisis histórico centrado en el desarrollo del capitalismo inglés– y una parte notable de sus fuentes secundarias la constituyen las investigaciones más recientes disponibles, publicadas después de 1850. Cuando cita a otros historiadores europeos, lo hace para señalar procesos similares en territorios vecinos, siguiendo así una lógica común del capitalismo más allá de las condiciones particulares de cada uno de ellos. La sección sobre formaciones precapitalistas en los *Grundrisse*, por otro lado, se basa en gran medida en la *Römische Geschichte* de Niebuhr (segunda edición, 1827), en especial en lo que respecta a las formas de apropiación antiguas y germánicas. Este libro de tres volúmenes está colmado de detalles etnográficos, y durante décadas fue un estudio ineludible sobre el tema, máxime por su profunda crítica de las fuentes, a las que Ranke, fundador de la crítica documental moderna, estaba abiertamente en deuda (Iggers, 1968, pp. 65-66). Marx también cita la *Économie politique des Romains* de Dureau de la Malle (1840), otro libro que detalla alrededor de mil años de civilización romana.

“Index...”, (1996, pp. 818-852); “Index...” (1997, pp. 540-546); “Index...” (1998, pp. 920-932). Muy ocasionalmente Marx hace referencia a otros manuscritos históricos, como en el caso de su excéntrica nota sobre la duquesa de Orkney (2009, p. 904).

La disponibilidad de estudios basados en una cantidad considerable de datos de fuentes primarias, que abarcan varios siglos, facilita la observación de tendencias más amplias y la construcción de modelos más abstractos, en particular los modos de producción. El método de abstracción exige grandes conjuntos de datos de fuentes, mientras que una cantidad insuficiente puede conducir a modelos con una validez estrictamente anecdótica. Cuanto mayor sea el nivel de abstracción de la totalidad conceptual por construir, más “seriadas” deberían ser las fuentes utilizadas para ello.

Si bien los testimonios y las narrativas de eventos singulares son más importantes cuando los análisis tratan de coyunturas más breves, cuando Marx considera períodos de tiempo más largos también aborda eventos puntuales, incorporándolos a procesos de largo plazo, menos observables.⁷ Los testimonios de antiguos como Juvenal, Cicerón y Catón se utilizan para ilustrar y explicar estructuras en la sección de las *Formen* en los *Grundrisse*, mientras que los de Tomás Moro, Francis Bacon y Edmund Burke, entre otros, ayudan a elaborar las historias de Marx sobre el comercio, las finanzas y la privatización de la tenencia de la tierra. Marx utiliza habitualmente testimonios como estos a modo de ilustraciones que hacen representables los efectos de las tendencias sociales más amplias.⁸

A diferencia de los testimonios, que suelen dar cuenta de acontecimientos individuales, los informes oficiales permiten determinar patrones, pues se componen y se archivan precisamente para abordar situaciones de similar naturaleza; no solo ayudan a ilustrar un

⁷ Si bien en sus cartas Marx afirma que utilizó testimonios en algunos de sus análisis (por ejemplo, sobre los casos de la Guerra Civil estadounidense y la Comuna de París), no los citó posiblemente debido al formato en el que se redactaron estos estudios, y también para proteger a sus interlocutores, como en el caso de los acontecimientos parisinos de 1871. Sobre las fuentes inéditas de Marx y Engels, véase Paul Thompson (2000, pp. 42-43).

⁸ Sobre el papel del testimonio para la historiografía, ver Ricoeur (2004, pp. 208-214); también Osborne (2013, pp. 190-201).

proceso, sino a encontrar tendencias espaciales y temporales en él.⁹ La producción de este tipo de fuentes creció a medida que el Estado asumía nuevas funciones de control social sobre la población, lo cual dio lugar en última instancia a la ciencia de la estadística.¹⁰ Los censos de Estados Unidos en 1860¹¹ y de Inglaterra y Gales en 1861 permitieron a Marx diferenciar las tendencias espaciales en los respectivos casos nacionales. Su interpretación de estas tendencias en cada una de las regiones de los Estados Unidos (estados del norte, sur, intermedios y del noroeste) sobre las contradicciones entre el trabajo esclavo y el asalariado se basó en el primer censo, mientras que el segundo fue una fuente principal para su análisis de la fuerza de trabajo en el capítulo de *El capital* sobre la ley general de acumulación capitalista, junto con los informes sobre el estado de la salud pública y las estadísticas de la agricultura en Irlanda.¹²

En el uso de informes oficiales, *El capital* siguió los pasos de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, de Engels, de 1845. Junto con los informes de salud pública antes mencionados, otros documentos de los comisionados e inspectores abordaban la situación del transporte, la agricultura, la banca, el trabajo infantil, etc.. La mayoría de los informes oficiales citados en *El capital* son británicos, con contrapartes ocasionales de los Estados Unidos, Francia y Alemania. En términos temporales, la mayoría de estos documentos son contemporáneos de la redacción de *El capital* por parte de Marx –a finales de la década de 1850 y 1860–, con la excepción de los informes sobre fábricas, para los cuales utiliza datos de la década de 1840 en sus

⁹ El uso de series de datos cuantitativos es una de las contribuciones metodológicas más importantes de la historia social del siglo XX, en particular en los campos de la historia económica y demográfica (Burke, 1996, pp. 76-80).

¹⁰ El concepto mismo de *población* es un producto de ese proceso (Foucault, 2000 y 2008).

¹¹ Los editores del volumen 19 de la *Collected Works* indican que Marx obtuvo los datos de este censo de una publicación del periódico británico *The Times* (Marx, 1984b, p. 45 nota al pie a).

¹² Este capítulo de *El capital* presta particular atención al espacio, tanto en el nivel de las diferencias entre la industria y la agricultura en los condados británicos como en las experiencias *vividas* de la clase trabajadora.

capítulos sobre la jornada laboral y en el fragmento sobre la crisis del algodón del Tomo 3.

Si bien Marx en ocasiones cita publicaciones oficiales francesas, holandesas o alemanas, por lo general usa esas fuentes para compararlas con los documentos británicos que prevalecen abrumadoramente en sus análisis, a partir de los cuales expone la historia del capitalismo inglés como representativa del camino de Europa occidental hacia el capitalismo. Entre las publicaciones de actos legislativos, la edición de 1810 de los *Statutes of the Realm*, de Inglaterra, es de particular importancia para el recuento de Marx sobre las leyes contra los expropiados entre los siglos XVI y XIX. Esta fuente revela la tendencia de las élites británicas a responder con una represión cada vez más violenta a los problemas creados por el despojo del campesinado, pero no muestra la implementación concreta de las leyes en diferentes regiones y coyunturas. En consecuencia, y sobre todo en términos de espacio, la sección sobre la “acumulación originaria” narra estos procesos en la generalidad de Gran Bretaña.

Por último, Marx recurre constantemente a publicaciones periódicas en sus escritos. *The Economist* es un interlocutor ubicuo en toda su obra, como fuente de datos para reinterpretar y de explicaciones para refutar. Por otro lado, aunque ocasionalmente citados en *El capital* –donde sirvieron sobre todo a modo de ilustraciones–, los periódicos de consumo masivo, como se mencionó antes, gozaron de gran importancia en los análisis de Marx sobre las situaciones de su actualidad y los procesos de corto plazo. Como era de esperar, los editores de los volúmenes de las *Obras seleccionadas* correspondientes a los análisis sobre las guerras civiles de Estados Unidos y Francia encontraron numerosas referencias a la prensa en los respectivos países durante esas coyunturas. Marx no hizo explícitas esas fuentes debido a los formatos originales de las publicaciones: artículos periodísticos en el caso de la Guerra Civil de Estados Unidos y un folleto en el caso de la Comuna de París.

La variedad de tipos de fuentes en los escritos de Marx demuestra la diferenciación de tiempos en su enfoque hacia los procesos que

analiza; incluso en sus estudios de menor escala, Marx combina distintas escalas espaciales y temporales para explicar las coyunturas concretas. Las fuentes poseen sus respectivos niveles de abstracción, y el predominio en un texto de un determinado tipo de fuente depende de la escala principal del proceso histórico por analizar –los periódicos no suelen interpretar procesos *longue-durée*, por ejemplo– así como del momento de su emisión. Los estudios analíticos de coyunturas y períodos históricos particulares, por ejemplo, tardan más tiempo en editarse y publicarse y, por ello, no resultan útiles como fuentes principales para abordar acontecimientos en marcha.

En cualquier caso, el balance de las fuentes de Marx muestra una abrumadora mayoría de autores europeos occidentales –sobre todo británicos– publicados en el siglo XIX. Esto es comprensible dado el mundo intelectual en el que trabaja Marx, pero por supuesto sugiere un sesgo espaciotemporal para la formulación de su teoría y sus análisis de las formaciones sociales. Dado que el método de Marx no pretende hablar por el subalterno, pero sí procura demostrar cómo la lógica de la producción capitalista crea la subalternidad (básica, pero no exclusivamente, la opresión de clase), la crítica de las fuentes es fundamental para el tipo de historia que Marx está escribiendo. Además, la mayoría de sus fuentes son apoloéticas del capitalismo; de ahí que fuera indispensable su análisis de las omisiones, las distorsiones y las confesiones involuntarias de las mismas.¹³ Su tratamiento de las fuentes sigue el proceso sistemático de la crítica de la ideología, representativa de una hermenéutica de la sospecha (Ricoeur, 1990, pp. 32-35).¹⁴ Al igual que una parte sustancial del método de *El capital* consiste en señalar las contradicciones internas

¹³ En vida de Marx, los documentos de las clases populares y otros sectores sociales subalternos eran bastante limitados, una limitación que llevó a los investigadores de las culturas populares del siglo XX a la formulación de la historia oral.

¹⁴ Grüner explica que “Marx comienza por *aceptar* el ‘texto’ de la economía política burguesa como verdad *parcial* y luego cuestiona sus ‘silencios’ e incoherencias... Marx produce su propia teoría, su propia *interpretación crítica* del capitalismo... construyendo sobre esos ‘vacíos’ de la economía clásica” (2005, p. 30).

de la economía política burguesa –su *crítica inmanente* (Negri, 1981, pp. 330-345)–, su tratamiento de las fuentes confronta el documento con el punto de vista de clase de su autor.¹⁵ Este procedimiento no asume la mera falsedad del contenido del documento, sino que arroja nueva luz sobre él.

De este modo, una de las estrategias empleadas por Marx es la de criticar las interpretaciones de esos autores por usar inadecuadamente la información de sus propios planteamientos. Sus *Cuadernos etnográficos*, en los que comenta varios textos de observadores occidentales sobre sociedades periféricas, son un claro ejemplo de este tipo de crítica. En sus cuadernos sobre el libro de Phear, Marx se burla de las afirmaciones de este autor respecto de que la estructura social de las aldeas de Bengala Occidental es feudal y que la “familia privada” es la unidad básica en las sociedades “indoarias” (1988b, pp. 223 y 246). Esta última tesis también había sido sugerida por Henry Maine (de quien Phear extrae parte de su información para construir sus prototipos de las aldeas “arias”), quien deseaba justificar la imposición de la propiedad privada capitalista en la India. Marx es especialmente crítico con Maine, e indica que sus conclusiones provienen de supuestos teóricos erróneos –como considerar al estado como una entidad autónoma en relación con la sociedad– y son más bien blandas con el clero, los abogados y las clases altas (Krader, 1988, p. 31 y Marx, 1988a, pp. 286-290).

Marx también critica con regularidad una de sus fuentes más importantes de información estadística, *The Economist*, al deconstruir habitualmente sus análisis de datos. Afirma sobre un artículo a finales de 1861 que

las estadísticas sobre la población y la extensión geográfica de los Estados Unidos le llevaban a la conclusión de que existe bastante es-

¹⁵ Echeverría sostiene que el método de crítica de la economía política en *El capital* corresponde a lo que Ginzburg llama un “paradigma evidencial”, una lectura que revela lo que está oculto mediante la observación de un texto desde el punto de vista de sus síntomas (2003-4, pp. 29-34).

pacio para fundar al menos siete imperios gigantescos y que, en consecuencia, los unionistas deberían alejar de su corazón “el sueño de un dominio en el que reinaran sin límites”. La sola conclusión racional que el *Economist* habría podido extraer de sus propios datos estadísticos, a saber: que los partidarios del Norte, aunque quisieran, no podrían abandonar sus reivindicaciones sin entregar al esclavismo Estados y territorios gigantescos, “donde la esclavitud sobreviviría artificialmente y no podría afirmarse como institución permanente”, esta conclusión, la única racional, es incapaz de extraerla este periódico (Marx y Engels, 1973b, p. 73).

Comentarios como estos critican la incoherencia de las conclusiones relacionándolas con la posición de sujeto de los autores. Aunque Marx a menudo desestima autores simplemente cuestionando su inteligencia, cuando critica a otros que respeta, como Smith o Ricardo, relaciona las limitaciones de estos con sus posiciones de clase.¹⁶ Este tipo de crítica está ligada a lo que la *Introducción a los estudios históricos* –el manual de historiografía “positivista” por excelencia– de Langlois y Seignobos llamaba la crítica interna negativa, donde se evalúa la buena fe y la veracidad de los autores (Burke, 1996, pp. 15-19; Langlois y Seignobos, 1904, pp. 155-190).¹⁷ Sin embargo, mientras estos historiadores franceses reducen ese aspecto de la crítica a la posibilidad de problemas cognitivos o morales superficiales como “error o falsedad”, la crítica de Marx parte de una concepción donde el conocimiento está mediado por las condiciones del sujeto. Por ende, no todo el conocimiento es accesible a una misma persona, y Marx está especialmente atento a los cierres ideológicos que operan en los discursos sobre el capitalismo.

¹⁶ Podemos ver el contraste entre la creatividad de Marx para la invectiva y su crítica historizadora en su descripción de Bentham como un “genio de la estupidez burguesa”, por un lado, y sus comentarios sobre la imposibilidad de Aristóteles de concebir el trabajo como una medida universal y sobre la definición de Franklin del hombre como un animal fabricante de herramientas, por el otro (Marx, 2009, pp. 756, 73-74, 397).

¹⁷ Dado que Marx rara vez trabajaba con fuentes de archivo tradicional, no necesitaba hacer críticas externas de sus fuentes (los procedimientos que garantizan la legitimidad del documento).

La otra estrategia de Marx consiste en enfatizar las contradicciones sociales admitidas en textos de adversarios teóricos y políticos, y profundizar en ellas. Con respecto a este enfoque, Ginzburg indica que “leer testimonios históricos a contrapelo, como sugirió Walter Benjamin –es decir, en contra de las intenciones de la persona o las personas que los produjeron (incluso si esas intenciones deban, por supuesto, tenerse en cuenta)–, entraña suponer que todo texto incluye elementos incontrolados” (2010, p. 15) Estos elementos son precisamente los que permiten a Marx formular sus análisis históricos como lo que más tarde se llamaría *contrahistorias*, frente a interpretaciones de la historia que legitiman las relaciones existentes de explotación y dominación (Tomba, 2013b, p. 408).

Así, al comienzo de su análisis sobre los orígenes del capitalismo, Marx dice que cita la *Historia de Inglaterra* de Thomas B. Macaulay “porque, en su condición de falsificador sistemático de la historia, procura ‘podar’ lo más posible hechos de esta naturaleza [la expropiación de los campesinos]” (2009, p. 896). De la misma manera, su uso de informes oficiales sobre la situación de la clase obrera en Inglaterra se aprovecha de su condición de instrumentos de política estatal, lo cual hacía poco probable que simpatizaran con el socialismo. Igualmente, utilizó informes oficiales para describir los desastrosos resultados de las políticas británicas que condujeron a la hambruna de 1866 en la India (Marx, 2010, p. 167).

En un sentido similar, una de las fuentes que utiliza Marx para documentar los abusos de las potencias europeas durante la expansión colonial es la *Historia de Java* de Stamford Raffles, donde este antiguo vicegobernador británico de Java describe la corrupción y la crueldad del colonialismo holandés. No obstante Marx, respaldado por *Colonización y cristianismo* de William Howitt, sostiene que esta violencia fue constitutiva del sistema colonial y, por tanto, común a todos los colonizadores, incluidos los británicos. Además, argumentaba que los capitalistas se comportan en las colonias como lo harían, si tuvieran la oportunidad, en sus países de origen. Así, en *El capital* se afirma que el mérito de la teoría de la colonización de

Wakefield radica en mostrar la verdad sobre las relaciones capitalistas en los países metropolitanos (2009, pp. 940-941, 957).

Como hemos indicado, Marx es consciente de las determinaciones espaciales y temporales de sus fuentes, por lo que su lectura crítica es una parte básica de sus interpretaciones historiográficas. Sin embargo, la crítica ideológica de las fuentes es una forma meramente negativa de conocimiento (pues habla de las limitaciones de la fuente sin ofrecer en su lugar un conocimiento positivo), y trabajar sobre todo con fuentes secundarias le produjo limitaciones inevitables, dado el estado del saber histórico en sus días. Cuando realizaba investigaciones basadas en fuentes secundarias, Marx las contrastaba entre sí, como se puede apreciar en su lectura de Maine, en la que Marx corrige (por razones de carácter tanto documental como teórico) algunos de los datos de este autor haciendo referencia a autores como Strange, Morgan y Niebuhr. El problema obvio de este procedimiento es su dependencia en última instancia en observaciones que no podían ser refutadas directamente: un problema más de *archivo* que de *fuentes*. Como ha indicado Wood, algunas de las observaciones históricas de Marx son desacertadas, “por razones menos relacionadas con sus propias carencias que con el estado existente de la erudición histórica en el momento” (2010, p. 79).¹⁸

3.2 El archivo imperial y los límites de la interpretación

De hecho, al examinar los análisis de Marx de casos particulares en términos de las condiciones de su archivo podemos evaluar mejor el alcance de la teoría y el método. Marx analiza deliberadamente la mayoría de las sociedades no capitalistas desde el punto de vista de su estudio del capitalismo; como afirma Wood, su “discusión de las formas precapitalistas es parte, después de todo, de una discusión del capital” (2010, p. 80). Basso sostiene que, debido a esta preeminencia

¹⁸ Véase Marx (1988a, pp. 249-296).

del capitalismo como punto de referencia para las formas precapitalistas, Marx las investiga de manera no crítica (2013, p. 338). Pero el argumento de Basso es inexacto: el método en los *Grundrisse* recurre al análisis de los modos de producción anteriores de manera explícita para explicar el capitalismo y, en consecuencia, Marx es consciente de la posibilidad de no prestar suficiente atención a las diferencias y especificidades de cada modo de producción precapitalista individual.¹⁹ Frente a esta posibilidad metodológica, Marx repetidas veces reconoce la diversidad de modos de producción precapitalistas (Banaji, 2013, p. 131).

Sin embargo, la limitada disponibilidad de fuentes lo lleva a una evaluación incorrecta de la pertinencia de los modos de producción precapitalistas, sobre todo en los *Grundrisse*: sobreestima la representatividad del modo de producción “clásico” o “antiguo”, y por otro lado es incapaz de desarrollar una teoría precisa del modo de producción asiático, que sigue siendo una categoría residual para las formas no europeas cuya historia, en gran parte, no estaba disponible para Marx y Engels. En efecto, la crítica de Hobsbawm sobre las fuentes de las formas precapitalistas de apropiación de Marx en los *Grundrisse* es más bien conservadora: si bien considera que el conocimiento de Marx y Engels de la antigüedad clásica y la Edad Media europea es bueno y su conocimiento del surgimiento del capitalismo es sobresaliente, su conocimiento del Medio Oriente antiguo y medieval es bastante insuficiente. Por otro lado, considera (erróneamente) que están bien informados sobre la India, pero no sobre la prehistoria, la América precolombina o el Japón, y que no saben prácticamente nada sobre África (Hobsbawm, 2009, pp. 25-26; Dunn, 2011, p. 123; Banaji, 2011, p. 349).²⁰

La evaluación de Wood de la teoría marxiana sobre las formaciones sociales precapitalistas, a la luz de la investigación actual, es aún

¹⁹ Sartre (1963) desarrolla algunas de las implicaciones de este método, al que llama *regresivo-progresivo*.

²⁰ Spivak interpreta la formulación de las formas precapitalistas en los *Grundrisse* como “un intento de encajar presupuestos históricos en un molde lógico” (1999, p. 81).

menos positiva. Las formaciones llamadas “orientales” o “asiáticas” en las *Formen* predominaron en las civilizaciones antiguas, aunque no particularmente en Asia, mientras que los estudios y descubrimientos arqueológicos recientes, por otro lado, han determinado que la forma “antigua” no prevalecía en las sociedades griegas ni romanas, ni en ningún otro lugar (2010, pp. 80-83).²¹ Asimismo, más allá de su insuficiencia para explicar su transición al feudalismo, el tipo germánico encierra un problema esencial: las fuentes de que dispone Marx sobre estos pueblos son grecorromanas, y presentan una versión distorsionada y muchas veces mitologizada de las tribus germanas, exagerando el individualismo y la igualdad entre ellas; la arqueología sugiere que la tesis de los hogares aislados es incorrecta, y que existían considerables desigualdades de riqueza entre sus miembros (Wood, 2010, pp. 83-85).²²

Por lo tanto, la teoría de Marx sobre las formas precapitalistas ha sido seriamente impugnada por la investigación académica después de un siglo y medio de descubrimientos arqueológicos revolucionarios y del surgimiento de otras fuentes nuevas. El modo de producción asiático es el más polémico dentro de esta teoría, en particular después de la intervención de Said con su concepto de *orientalismo*; aunque la formulación de Marx de este modo de producción supone el rechazo de una concepción unilineal y eurocéntrica de la historia, el *orientalismo* enfatiza las connotaciones ideológicas de tal construcción. Si bien la interpretación de Marx por parte de Said está lejos de ser rigurosa (Ahmad, 1994, pp. 152-219), ha dado pie a una larga discusión en los estudios poscoloniales y decoloniales sobre la validez de la concepción de la historia de Marx.

²¹ También contra la concepción de Marx de la morfología espacial de las formas antiguas de apropiación, en investigaciones recientes se sostiene que había discrepancias cruciales entre el modelo de centro y periferia de las ciudades del mundo romano y las más localmente diferenciadas (y menos unificadas) ciudades del mundo griego (Scott, 2013, pp. 9-10).

²² A pesar de esto, la forma germánica comparte numerosos rasgos con el *modo de producción campesino* (Wickham, 2005, pp. 536-539).

Marx basa sus observaciones de 1853 (y, posiblemente, las de los *Grundrisse*) en torno a la propiedad de la tierra en comunidades indias en la descripción de François Bernier de la India mogol del siglo XVII,²³ mientras que las referencias a esta región a partir de la década de 1860 en las obras de Marx (*Teorías sobre la plusvalía*, el tomo 1 de *El capital* y los borradores de los tomos 2 y 3 de *El capital*) se basan en su mayoría en los escritos de Richard Jones (1852) sobre sociedades orientales. Este economista político utilitarista, discípulo de Bentham y Ricardo, utilizó el relato de la India de Bernier, pero añadió la idea de que los artesanos de la corte imperial eran obreros improductivos –rasgo que explica la supuesta falta de dinamismo en las ciudades orientales– y extiende su tipología a los países orientales en general (O’Leary, 1989, pp. 106-118 y 78; Jones, 1852, pp. 61 y ss.).

Como se indicó en el capítulo anterior, la expresión *modo de producción asiático* es acuñada por primera vez por Marx en su *Contribución a la crítica de la economía política*, de 1859, pero se desarrolla en los *Grundrisse* como forma comunitaria de apropiación. Las principales características de este modo de producción –que Marx nunca sistematiza– son: 1. una red autosuficiente de comunidades rurales, que producen alimentos y artesanías y suministran excedentes a las autoridades centrales (quienes administraban los recursos hídricos y las obras públicas); 2. una burocracia o casta despótica que centraliza el poder con fines políticos y militares; y 3. la tenencia colectiva de la tierra, la propiedad productiva y las obras “hidráulicas” (McFarlane, Cooper y Jasik, 2005, pp. 284-285).

²³ O’Leary insiste en que, en sus primeros artículos sobre la India, Marx reproduce acríticamente los rasgos de las descripciones de Bernier, los cuales tenían una motivación política específica: convencer a Colbert, el ministro de finanzas de Luis XIV, de disuadir al rey de declarar todas las tierras francesas como propiedad real. Para hacerlo, Bernier relaciona el supuesto declive económico de la India con el desdén de los mogoles por la propiedad privada. A pesar de ello, como observa O’Leary, las “tres características interrelacionadas de Indostán, como las describe Bernier –propiedad monárquica de todas las tierras, una nobleza de servicio y ciudades parasitarias– componen el núcleo de los supuestos ‘empíricos’ sobre los cuales los economistas políticos occidentales construirían los futuros modelos de sociedad oriental” (1989, p. 57). Sobre el impacto de Bernier en los primeros escritos de Marx sobre la India ver Lindner (2010, pp. 29-31).

Valiéndose de investigaciones empíricas, distintos autores han negado la validez de cada una de estas características, en particular en el caso de la India, el país que este concepto buscaba explicar ante todo. En este sentido, Banaji sostiene que las insuficiencias del “modo de producción asiático” se deben a la dependencia de Marx de las fuentes inglesas, las cuales, por ejemplo, exageran el aislamiento y la autosuficiencia de los pueblos indios, una “fórmula estereotipada” que se recicla de un informe a otro (2011, pp. 17-19).²⁴ Además, la existencia de una clase de terratenientes poderosos en los casos de los imperios mogol, bizantino y Tang, frente a la posición de Marx, según la cual el déspota asiático era el propietario exclusivo y el gobernante autárquico, es una prueba más de la invalidez del “modo de producción asiático” (Habib, 2002, pp. 14-58; Zingarelli, 2016, pp. 31-32).

O’Leary, uno de los más fuertes críticos de este concepto, incluso afirma que Marx prefiere los estereotipos de segunda mano a la lectura cuidadosa de las fuentes administrativas y los originales de Bernier, y señala que una lectura atenta de Bernier muestra varias incoherencias importantes con la narrativa principal de Marx. También indica que, durante la redacción de los *Grundrisse*, Marx escribió un artículo reconociendo la existencia de terratenientes intermedios en la India, lo cual luego desatendió hasta la década de 1870. O’Leary concluye que Marx utiliza sus fuentes de manera selectiva, ignorando la evidencia contraria en sus materiales de origen (1989, pp. 262-267 y 103-104); en consecuencia, las limitaciones y la insuficiencia general del concepto del modo de producción asiático no se deben, ante todo, a la limitación de las fuentes, sino más bien a los criterios de Marx a la hora seleccionar los datos apropiados en sus fuentes.

No hay duda, como confirma Ahmad, de que se trata de un grave error de juicio por parte de Marx: “un error teórico y una violación del propio método materialista que él, más que nadie, procuró establecer en las ciencias de lo social como tal” (1994, p. 241). Sin

²⁴ Banaji cita el análisis de Dumont de la bibliografía administrativa inglesa del siglo XIX en la India (Dumont, 1966, pp. 67-89).

embargo, también está claro que Marx no podía construir un modelo alternativo a partir de fragmentos y versiones contradictorias; la única alternativa a este callejón sin salida habría sido realizar una investigación empírica directa o esperar a que se escribieran nuevos estudios más coherentes. Marx elige construir su modelo asiático sobre la base de pruebas débiles y se equivoca, al menos en lo que respecta a la generalidad de las sociedades asiáticas.²⁵

Si bien ya en la década de 1860 Marx llega a una posición en la que ni el capitalismo tiene un centro ni la historia tiene un camino exclusivo de desarrollo, será en la década de 1870 que reevalúe sus investigaciones anteriores sobre las sociedades asiáticas, mediante sus lecturas de Morgan y Kovalevsky, para entonces habiendo aprendido a leer ruso y habiendo estudiado a fondo las sociedades campesinas (Shanin, 1990, pp. 11-123). O'Leary admite que Marx cambia de opinión sobre estos asuntos a finales de la década de 1870 “como resultado de la lectura de la historia y la antropología más recientes” pero, como era de esperar, apenas comenta sobre esta fase de la obra, puesto que no respalda su tesis de que “Marx abusó de sus fuentes al analizar la historia de la India” (1994, pp. 124, 87). Llegado ese momento, en contraste con su anterior recepción acrítica de autores como Bernier y Jones, Marx reprocha sistemáticamente el sesgo colonial de las fuentes existentes (Lindner, 2010, p. 36). Sin embargo, no sistematizó estas indagaciones.

Bolívar y Ponte, el artículo de enciclopedia de Marx sobre Simón Bolívar, también se suele esgrimir como ejemplo del supuesto eurocentrismo de Marx. Curiosamente, las enciclopedias inglesas, francesas, alemanas y norteamericanas que utiliza Marx al preparar este artículo tenían opiniones abiertamente favorables de Bolívar, al

²⁵ Por supuesto, no se puede defender con rigor la generalización de un modo de producción para la totalidad de Asia. Sin embargo, el prominente egiptólogo y metodólogo Ciro F.S. Cardoso ha argumentado que el modo de producción asiático explica de manera adecuada sociedades antiguas como la egipcia. Zingarelli defiende esa tesis (2016, pp. 27-76), mientras que Wood, por otro lado, incluye a la Grecia minoica y micénica, junto con los antiguos imperios de Asia, en ese modelo (2010, pp. 81-82).

igual que una de las tres fuentes citadas de Marx: las *Memorias* de John Miller. La descripción negativa de Marx procede de dos de los ex funcionarios de Bolívar: Hippiusley, un coronel que abandonó el ejército de Bolívar luego de que este atravesara problemas económicos (1819, pp. 426-450) y, en particular, Ducoudray-Holstein, un general que, junto con una parte considerable del ejército independentista, dejó de reconocer la autoridad del “Libertador” tras la derrota de Ocumare en 1816 (1972, pp. 76-93; Draper, 1968, p. 70).²⁶

Sin embargo, la característica más llamativa de este artículo es la ausencia del método materialista histórico de Marx. Su relato es el de un historiador tradicional de “hechos desnudos”: se enfoca en eventos militares notables, menciona a los grandes nombres y las facciones de la política y presta mucha atención a la personalidad de Bolívar. No se exploran las relaciones sociales ni geopolíticas. Scaron señala que Marx perdió la oportunidad de utilizar las *Memorias del general Miller* como fuente sobre las relaciones raciales y las clases sociales de la Nueva Granada, aunque lo mismo podría decirse del aún más mordaz libro de Ducoudray-Holstein (1972, 12-13).²⁷ Así, este artículo ni siquiera intenta ir más allá del nivel de lo pseudoconcreto; *Bolívar y Ponte* es la interpretación histórica menos marxiana que pudiéramos encontrar.

Entonces, ¿por qué Marx va en contra de la mayoría de las fuentes que tiene a su alcance y por qué no aplica su método materialista al referirse a Bolívar? Existe un gran salto lógico si se interpreta el antibolivarismo de Marx como eurocentrismo.²⁸ Sin importar cómo se evalúe la lucha de Bolívar por la independencia de América del Sur, esa interpretación supone que Bolívar representaba de alguna manera a toda la población de ese subcontinente, más allá de su situación como criollo acaudalado en Nueva Granada. Por su parte,

²⁶ Es comprensible que en estos países hubiera proclividad hacia la disolución del imperio español (Masur, 2008, pp. 258-260).

²⁷ Véase sobre todo la introducción a Henri Lafayette Ducoudray-Holstein (1831, pp. vii-lxx).

²⁸ Se pueden encontrar ejemplos de este enfoque estereotipado en Roque Baldovinos (2007, pp. 843-6); y Hermann Güendel, (2011, pp. 98-100).

Aricó no considera que la posición de Marx se deba al eurocentrismo, pero plantea la hipótesis de que el concepto de Hegel de “pueblos no históricos” tiñe el enfoque de Marx sobre los acontecimientos de la Independencia (2009, pp. 163-174). Dado que los eventos de esa narrativa aparecen como contingentes, su resultado sin duda sugiere que el azar, más que la habilidad militar y política, favoreció el éxito de Bolívar. En la versión de Aricó, los residuos eurocéntricos de este artículo no proceden de las fuentes documentales de Marx, sino de la filosofía hegeliana de la historia.

Esta descripción es problemática, pues ya en los *Grundrisse* –uno o dos años antes del artículo de Bolívar– Marx había iniciado sus intentos por explicar las formas de comunidad que no necesariamente tenían un Estado (el criterio hegeliano de racionalidad histórica), como en el caso de la forma germánica. ¿Por qué volvería Marx a una forma de especulación hegeliana cuando ya existían fuentes empíricas en las que se podía basar? O’Leary, por ejemplo, sostiene que la principal influencia de Marx al pensar en Asia en la década de 1850 fueron los planteamientos de orientación empírica de los economistas políticos utilitaristas, y no la tradición de la teoría política y la tipología desde Aristóteles hasta Hegel (1994, p. 81); se puede argumentar, más aún, que Marx se separa de Hegel en una dirección materialista precisamente por medio de la crítica del tipo de razonamiento subyacente a un concepto como “pueblos no históricos”, el cual sustenta la filosofía especulativa de la historia de Hegel.

La hipótesis de Aricó (2009), como las que acusan abiertamente a Marx de eurocentrismo y sesgo antilatinoamericano ignora un aspecto textual y contextual básico de este artículo.²⁹ La revisión de otros artículos biográficos (incluidos los relativos a otros personajes de la historia latinoamericana) de la *New American Cyclopaedia* revela que el trato que Marx le dio a Bolívar se ajustaba a las normas de esa publicación. El formato de los artículos reclamaba un enfoque

²⁹ Por el contrario, es inequívoca la condena de Marx de las intervenciones europeas en 1861 en México y 1865 en Jamaica, por ejemplo (Marx, 1984h, pp. 71-78 y 1987b, pp. 198-199).

historiográfico tradicional: es innegable que la contingencia prevalece en la narrativa de Marx, pero esto también es cierto en todos los demás artículos biográficos escritos por Marx en esa publicación. Esta falta de explicación materialista histórica es evidente, por ejemplo, en el artículo sobre Robert Blum (1982c, pp. 80-82), uno de los “mártires” de la revolución alemana de 1848 que Marx había explicado en el *Manifiesto* como parte de un conflicto de clases. De este modo, la hipótesis de Aricó, la cual atribuye la ausencia de la lucha de clases en el artículo a la suposición de que Marx asume una falta de racionalidad en las formaciones latinoamericanas durante sus guerras de independencia, demuestra ser falsa.

El gusto de Marx por el chisme en el artículo de Bolívar también se puede observar, por ejemplo, en los artículos sobre los generales Bennigsen y Beresford, nacidos en Alemania y Gran Bretaña³⁰; es probable que los editores hayan considerado que esto hacía más amena la lectura en medio de las numerosas fechas y nombres de batallas. En este contexto, aunque Marx es completamente responsable de su valoración de Bolívar, el tipo de enfoque del artículo está más definido por los intereses editoriales que por las propias posiciones filosóficas del Moro. Debido a su aislamiento en las ediciones en español respecto de otros artículos de la misma enciclopedia, una tradición entre los académicos latinoamericanos ha exagerado la importancia y la singularidad de este artículo en la obra de Marx.³¹

La interpretación de Draper de la antipatía de Marx por Bolívar parece ser la más equilibrada entre los comentaristas de ese artículo. Draper sostiene que Marx no niega la “progresividad” y la legitimidad del movimiento independentista liderado por Bolívar, pero lo

³⁰ Marx y Engels escriben sobre Bennigsen: “su excesiva pasión por el sexo débil en ese momento hicieron más ruido que sus hazañas bélicas” (1982a, p. 76); sobre Beresford, Marx y Engels (1982b, pp. 289-290).

³¹ Aricó y muchos después de él leyeron *Bolívar y Ponte* por medio de la compilación de Scaron de los fragmentos de Marx y Engels que versan sobre América Latina, en sus *Materiales para la historia de América Latina*.

critica por su autoritarismo, que le recuerda a Luis Bonaparte. Por ello, concluye Draper,

Marx sigue siendo, hasta el día de hoy, uno de los pocos defensores de las aspiraciones democráticas por las que lucharon los pobladores del norte de Suramérica *en contra de su* ‘Libertador’. No acepta las racionalizaciones de la dictadura, que no han cambiado mucho en siglo y medio (1968, p. 77).

Aunque en circunstancias bastante disímiles, en los casos del modo de producción asiático y del artículo de Bolívar, Marx opta por contradecir algunas de sus fuentes y fundamentarse en otras. Estas elecciones conducen a un mal modelo para explicar las sociedades asiáticas y a una descripción muy limitada de una figura histórica importante. Sin embargo, dado que Marx no siguió su método al escribir *Bolívar y Ponte*, el primer caso quizá resulta más problemático en términos teóricos. Marx esboza el concepto de un “modo de producción asiático” a lo largo de un período de tiempo considerable.³² Si bien estos casos tienen elementos eurocéntricos, esto no se debe al método ni a las posiciones teóricas de Marx, sino a pesar de ellos.

Asimismo, cabe recordar que las descripciones de Marx de las formas económicas no europeas no eran exotizadas: en cuanto a la imagen del campesino indio que se muere de hambre junto a un toro saludable –a menudo representado como un signo de superstición y atraso–, Marx utiliza la explicación de que es más difícil para esas economías reemplazar a un buey que a un hombre, con lo cual era un comportamiento racional en términos de supervivencia de la comunidad. Aplica el mismo criterio cuando se refiere a la práctica de la “quema de viudas” en la India, la cual explica en relación con los intereses de los sacerdotes, más que por motivos culturales, como

³² Como afirma Sayer, “de manera bastante racional damos un peso considerable a las afirmaciones teóricas y estamos obligados a tomarnos en serio su refutación. A la inversa, no confiamos mucho en las afirmaciones sobre asuntos contingentes ni nos preocupamos mucho si se refutan” (1992, p. 144).

sostendría el relato propiamente orientalista de tales tradiciones (2010, pp. 287-288; 1988a, pp. 285-286).³³

La conciencia de Marx sobre la determinación histórica de sus propias condiciones de conocimiento (y, como se dijo, de los sesgos en sus fuentes) lo lleva a fundamentar sobre el método de la abstracción su proyecto de una ciencia de la historia, lo cual abre la posibilidad de una historia espaciotemporal multilineal, en lugar de un esquema evolucionista. Como se argumentó atrás en la sección 1.2, la diversidad histórica debe entenderse desde esa unidad antropológica abstracta como punto de partida. A partir de esa unidad, Marx enfatiza las especificidades históricas de las distintas formas sociales, como puede verse en sus comentarios críticos sobre los artículos de Phear y Maine sobre la India, donde insiste en la necesidad de no imponer conceptos europeos, como *feudalismo* y *Estado*, a otras formaciones (1988b, pp. 223-224; 1988a, pp. 285-291).³⁴

El archivo de Marx limitó sus posibilidades de interpretar sociedades espacial y temporalmente distantes de él, pero además le presentó visiones opuestas y, a veces, autocontradictorias, entre las cuales no siempre contó con suficientes criterios empíricos para decidir con certeza. Debido a su interés central en el estudio del capitalismo, las sociedades no capitalistas no fueron el interés principal para Marx durante la mayor parte de su vida. Así como sus análisis de las formaciones precapitalistas estuvieron subordinados al estudio del capitalismo, su atención y administración de su tiempo de trabajo se inclinaron también hacia este último. Marx trabajó durante muchos años para sentar las bases de una nueva concepción materialista de la historia, y trató de aplicarla en consecuencia, pero sus limitaciones personales (dificultades económicas, frecuentes enfermedades y

³³ Irónicamente, los estudios poscoloniales exotizan la diferencia cultural india como una alteridad radical para Europa occidental. Para una crítica marxista del giro poscolonial en autores como Guha y Chakrabarty, véase: Vivek Chibber (2013); y sobre todo Vasant Kaiwar (2015).

³⁴ Por el contrario, Marx encuentra adecuado caracterizar al Japón de su época como “feudal” (2009, p. 897).

muerte relativamente temprana), así como la prioridad del estudio del modo de producción capitalista, le impidieron desarrollar una versión definitiva de dicha concepción de la historia. Desde luego, la investigación derivada de una concepción filosófica y científica no puede depender del trabajo de una sola persona. En este sentido, posteriores investigaciones históricas se han basado de manera productiva en la teoría de Marx y han evaluado sus hipótesis específicas a la luz de nuevas fuentes.

3.3 Más allá del archivo de Marx

El desarrollo de la investigación científica histórica y social posterior a Marx ha conducido a una reevaluación de sus explicaciones, y la atención a los elementos espaciotemporales abiertos por nuevas fuentes ha demostrado ser particularmente fructífera para enriquecer los mecanismos en juego en los casos que Marx analiza. Dado que el espacio y el tiempo son (ontológicamente) fundamentales en la organización de las totalizaciones sociales, la atención a su desarrollo debería conducir a una mejor comprensión de las coyunturas específicas, como se ejemplifica en las páginas siguientes por medio de las discusiones sobre la llamada “acumulación originaria” y las guerras civiles en Francia y Estados Unidos. Además, como se indicó en el capítulo anterior, tales revisiones son importantes no solo para las explicaciones específicas, sino para el avance de la teoría en sí, sobre todo mediante la formulación de modelos.

La Guerra Civil de los Estados Unidos quizá sea el más estudiado entre los procesos específicos analizados por Marx, y dado que su explicación depende en gran medida de los espacios y tiempos sociales, resulta muy útil abordarla en relación con los estudios recientes. Si bien la idea de la inevitabilidad del conflicto debido al carácter expansionista del Sur –la tesis fundamental de Marx sobre la causa del conflicto– fue ampliamente aceptada hasta fines de la década de 1920, los análisis de Craven y Ramsdell desafiaron esta posición,

y argumentaron que en la economía del Sur había más flexibilidad y capacidad para reformarse de lo que antes se supuso, y que por tanto existían alternativas a la guerra. Siguiendo esta línea revisionista, Runkle concluye que, si bien Marx probablemente tenga razón al afirmar que la esclavitud necesitaba extenderse para sobrevivir, el agotamiento del suelo disponible para la esclavitud estaba lejos de ser inminente y, por ende, el conflicto podría haberse evitado (1964, p. 136).

De manera similar, si bien Genovese está de acuerdo con los revisionistas en que el advenimiento de la guerra no fue provocado por una crisis inmediata de escasez de tierras, también demuestra que incluso las reformas en el sistema esclavista dependían de su expansión. Sin embargo, argumenta que una solución pacífica a la contradicción entre el Norte y el Sur habría sido imposible debido a la psicología de la clase dominante esclavista: la defensa de la esclavitud era para los esclavistas la defensa de su honor y dignidad (Genovese, 1989, p. 243).³⁵

En cualquier caso, contrario al supuesto generalizado en esa bibliografía, el énfasis en la cultura o la política como causa inmediata de la guerra no excluye la interpretación de Marx basada en las condiciones de producción como marco de este conflicto. Siguiendo la concepción estratificada de la historia descrita en el primer capítulo, la cultura y la política median y ayudan a negociar el conflicto básico en el estrato de la producción. La perspectiva de la escasez de tierras podría haber determinado las acciones de los agentes mucho antes de su advenimiento real. En este sentido, a favor de la explicación de Marx (aunque sin hacer referencia a él), Foner sostiene que, desde la década de 1840 en los Estados Unidos, eran comunes las ideas de

³⁵ Genovese argumenta de manera convincente que la economía del Sur necesitaba extenderse a los territorios más nuevos de la Unión, y que México, el Caribe y Centroamérica también estarían bajo la amenaza de convertirse en territorios esclavistas (1989, pp. 247, 249-250; 269-270). Así, la afirmación marxiana de que las expediciones piratas a esos países fueron favorecidas por la Casa Blanca bajo Pierce y Buchanan no solo está respaldada por evidencia empírica, sino también por una explicación estructural (Marx y Engels, 1973b, pp. 48-49).

que limitar la expansión de la esclavitud conduciría a su extinción. Entre otros, Foner cita a uno de los editores del *New York Tribune*, Horace Greeley, quien afirmó en 1856 que “restringir la esclavitud a sus límites actuales significa asegurar su rápida decadencia y extinción definitiva” (en Foner, 1995, p. 116).³⁶ Según Ransom, “los observadores de fuera del Sur en general veían al reino del algodón en búsqueda ansiosa de nuevas tierras. Llegada la década de 1850, esta perspectiva se había convertido en un miedo obsesivo” (1989, p. 59).

La tensión se elevó a un nivel insostenible para la élite sureña con la elección del candidato abolicionista Abraham Lincoln. Los ciclos de la política (electoral) federal, y no el agotamiento real del suelo del Estado esclavista –una tesis que Marx nunca propone– fueron entonces la causa inmediata de la declaración de secesión en el Sur, aunque la contradicción entre dos formas en competencia de acumulación capitalista determinara los intereses de los que estaban en guerra. Esta complementariedad de las dimensiones económica y política es subrayada por Ransom, cuya explicación general de las causas de esta guerra coincide con la de Marx, pero hace más concreto a Marx al ahondar en el papel en esta contradicción de las tierras del oeste.

Con base en las reconstrucciones económicas de los precios de los esclavos y el algodón exportado, Ransom argumenta que la apertura de los asentamientos en el oeste fue perjudicial para los intereses de los esclavistas:

si no hubiera habido tierras en el oeste, el precio del algodón no habría caído, y el valor de los esclavos habría sido mayor [...] Restringir el asentamiento de las tierras del oeste habría aumentado las rentas para los esclavistas, y los debates políticos y las votaciones sobre asentamientos y la Ley de Graduación de las décadas de 1840 y 1850 sugiere que tanto los propietarios de esclavos como los terratenientes del Sur se dieron cuenta de esto (1989, pp. 55, 57).

³⁶Dado que esta revista fue la principal fuente de información de Marx sobre los Estados Unidos, es probable que su interpretación del proceso de Secesión se haya basado en puntos de vista afines al de Greeley.

En la interpretación de Ransom, los esclavistas del Sur querían expandirse, pero lo hicieron sobre todo para asegurarse no *tierras* sino *territorio*, es decir, para ganar influencia política que les permitiera tener mayor control sobre los precios de la mano de obra esclava y la tierra. En esta explicación, como en la de Marx, el problema de la superpoblación de “blancos pobres” es otro elemento importante para la expansión del Sur, aunque su crecimiento fuera menor que el del Norte. Ransom concluye que, incluso si el Sur hubiera podido expandirse a Cuba y Centroamérica –un escenario muy optimista para los intereses del Sur, dados sus repetidos y fallidos intentos militares de hacerlo– y, por ende, resolver por un tiempo el problema de la superpoblación de “blancos pobres”, sus dificultades políticas internas habrían persistido a menos que se pudieran instituir nuevos estados esclavistas (1989, p. 60).³⁷

El análisis de Ransom lo lleva, así, a considerar el impacto de los territorios del oeste, de reciente colonización, en las condiciones económicas y políticas de los Estados Unidos como la causa principal del estallido de la guerra.³⁸ A pesar de estar formulado en términos de precios y ganancias –formas fenoménicas y muy mediatizadas del valor y la plusvalía, desde la perspectiva de Marx–, ese análisis económico es compatible con la explicación de Marx (que Ransom no cita), basada en la contradicción entre dos regímenes opuestos de explotación capitalista dentro de una misma formación social.³⁹ Con

³⁷ Sobre la historia de los intentos del Sur por apoderarse de los territorios de Centroamérica y el Caribe, véase Robert E. May (2002).

³⁸ Aunque en su interpretación Marx sí considera el papel de los territorios del noroeste, no los interpreta como el elemento decisivo para la Guerra Civil estadounidense, como lo hace Ransom. Véase arriba, 2.3.

³⁹ Banaji sostiene que las plantaciones eran “empresas productoras de mercancías caracterizadas por inversiones especulativas [...] en la producción de plusvalía *absoluta sobre la base* de la propiedad territorial”. Esta forma de empresa, entonces, difiere de la forma clásica de empresa capitalista, pues la primera es compatible con una composición constante del capital y con niveles estancados o decrecientes de productividad laboral; en resumen, “las plantaciones de esclavos fueron empresas *capitalistas* de carácter patriarcal y feudal que producían plusvalía absoluta sobre la base del trabajo esclavo y el monopolio de la tierra” (2011, pp. 69, 71; cursiva en el original).

este desplazamiento, la explicación de Ransom plantea la incorporación de los territorios occidentales, dos décadas antes de la Guerra, como la transformación espaciotemporal que, en última instancia, condujo a la agudización de la contradicción entre Norte y Sur.

Por otro lado, en cuanto a la Comuna de París, el uso de periódicos y cartas por parte de Marx en *La guerra civil en Francia* contrasta con los planteamientos que desde la década de 1960 han esclarecido aspectos como la composición de la fuerza laboral parisina y la base social de los comuneros mediante el uso de fuentes “seriales” como censos y elaboraciones secundarias; esto les ha permitido ir más allá de las reconstrucciones impresionistas de la coyuntura.⁴⁰ Más recientemente, los análisis de Gould y Harvey destacan la importancia de la organización socioespacial de París en el desarrollo de este acontecimiento. Además, mientras los análisis de clase que realiza Marx sobre la Francia de 1848 solo se mencionan de manera implícita en *La Guerra Civil en Francia*, y su contextualización de la Comuna prioriza la historia del Estado francés, los autores recientes analizan ambos eventos como parte del desarrollo histórico del Segundo Imperio.⁴¹

La disponibilidad de fuentes seriales le hubiera permitido a Marx elaborar un análisis más preciso de esa coyuntura y evitar algunas formulaciones teóricamente ambiguas sobre este evento. Por ejemplo, Marx afirma que los proletarios de París se habían hecho cargo

⁴⁰ Las fuentes impresas de este artículo han sido establecidas por los editores de las *Collected Works* de Marx y Engels, gracias al propio cuaderno de Marx con extractos de periódicos sobre la Comuna, del 18 de marzo al 1 de mayo de 1871 (Marx y Engels, 1986c, pp. 665-667). Para los clásicos del enfoque “serial”, véase Jacques Rougerie (1964 y 2004).

⁴¹ Escrito como una comunicación política de la Asociación Internacional de los Trabajadores, muy poco después de la caída de la Comuna, el problema metodológico básico de *La guerra civil en Francia* es que los niveles más abstractos de su análisis social están ausentes o se sobreentienden, y su breve historia de la centralización estatal no da cuenta de la complejidad de la lucha de clases en el París de 1871. Marx, presionado para publicar este documento, no elabora más allá del nivel inmediato de la coyuntura, e incluso entonces se mantuvo dentro del estrato político (o, más precisamente en este caso, del estatal).

de la dirección de la ciudad y, en consecuencia, describe a la Comuna como un “gobierno de la clase obrera” y a los comuneros como “simples obreros” y proletarios (2009b, pp. 77-79), pero Tombs, basado en el análisis de Rougerie, en 1964, de las estadísticas y los registros judiciales de insurgentes capturados, afirma que los comuneros “eran trabajadores calificados; estaban distribuidos de manera bastante uniforme en el rango de edades entre los 20 y los 40 años...; y trabajaron principalmente en pequeñas industrias artesanales bien establecidas de París” (1999, p. 111).⁴² Si bien esto no refuta la explicación de Marx del proceso –pues su concepto de *proletariado* no excluye a los trabajadores calificados, ni se limita a la fuerza de trabajo de las grandes industrias–, captura mejor la base social del movimiento y sus posibilidades políticas.

En este sentido, el enfoque espacial de Roger Gould afina significativamente la explicación de esa coyuntura. Al analizar una serie de documentos de juicios posteriores a la Comuna contra presuntos comuneros, Gould concluye que la comunidad fue más decisiva que la clase en la organización y la movilización de la Comuna, y que la Comuna fue, por ello, sobre todo un movimiento por las libertades municipales. Argumenta esto estableciendo redes de vecindarios y solidaridades como el principal criterio para la organización de los batallones de comuneros, incluso a veces en conflicto con las órdenes del comando central de la Guardia Nacional de París. Además, su análisis sugiere que la clase era un factor más significativo en el centro de París que en las periferias, donde la Comuna tenía mayor apoyo. Asimismo, Gould encuentra solidaridades entre vecinos obreros y de clase media mediante el estudio de una muestra de registros de matrimonios civiles de cuatro distritos parisinos adyacentes (*arrondissements*) en 1869 (1995, pp. 175-187; 81-90).

⁴² Al escribir sobre los miembros electos de la Comuna, Edwards considera que “lo sorprendente es el reducido número que provenía de las nuevas industrias pesadas que habían crecido en las afueras de París” (1973, p. 28). Esta composición del cuerpo dirigente de la Comuna concuerda con la indicación de Harvey de que hacia 1870 las reformas urbanas de Haussmann habían desindustrializado París (2005, pp. 162-163).

Como se expuso antes, la oposición de Gould entre clase y espacio social, la cual aborda específicamente con la categoría de *comunidad*, simplifica una relación histórica de varios niveles en la que los espacios concretos no expresan en forma directa la estructura abstracta de clases.⁴³ De igual modo, en contra del argumento de Gould sobre la solidaridad entre clases, Harvey indica que, si bien la diferenciación entre obreros y pequeños propietarios era en ese momento porosa, el hecho de que los trabajadores se alinearan con testigos “respetables” como abogados, médicos u otros notables locales con motivo de un formalismo –el matrimonio– relativamente poco común en la clase trabajadora no demuestra la existencia de solidaridades entre miembros de distintas clases. En última instancia, incluso si ese hubiera sido el caso, tales solidaridades transclasis no niegan la división primaria de clases: es dudoso, escribe Harvey, que banqueros y financieros, terratenientes, comerciantes capitalistas, industriales u otros miembros de la burguesía aparecieran como testigos en los datos de Gould sobre matrimonios obreros (2005, p. 237).⁴⁴

Además de sus reservas sobre las inferencias extraídas de los registros de matrimonios civiles, la mayor parte de la evidencia de Gould sobre la importancia de la proximidad espacial, las instituciones de vecindarios y los *arrondissements* como vectores de solidaridad, coinciden, según Harvey, con su propia explicación (basada en Marx) de los cambios en las relaciones espaciales parisinas desde el punto de vista de la acumulación de capital, en particular el impacto de las reformas urbanas bajo Haussmann como productoras de “una ciudad en la que la circulación del capital se volvió el auténtico poder imperial” (2005, pp. 108-109, 239).

A pesar de todos sus matices, es imposible ignorar las relaciones entre la política y la segregación espacial de clases en París. Mientras

⁴³ Sobre las relaciones entre el espaciotiempo real y el existente, véase el capítulo 2.

⁴⁴ En contra de Gould, Harvey afirma que el concubinato, más que el matrimonio, era la norma para las parejas de clase obrera, excepto cuando buscaban movilidad social (2005, p. 237). Rougerie, por su parte, ha cuestionado la representatividad de la muestra de Gould por ser demasiado pequeña (2004, pp. iv-v).

Rougerie, basado en el censo de 1872, describe el predominio de obreros y jornaleros (*ouvriers, journaliers*) entre los habitantes de los distritos de la periferia oriental (2004, pp. 17-19)⁴⁵ Harvey señala que esos distritos, donde los radicales, los socialistas y los revolucionarios dirigieron las numerosas reuniones públicas y se excluyó a los reformistas burgueses, fueron cruciales en la agitación que condujo a la Comuna. El análisis de las elecciones de marzo de 1871, con una notoria cantidad de votantes y un apoyo abrumador a la Comuna en el este en contraposición a la baja participación electoral y la inclinación de voto contraria en el oeste, corrobora esa tendencia (Harvey, 2005, pp. 234, 296; Rougerie, 2004, p. 144).

La Comuna enfrentó, entonces, desafíos desde fuera de la ciudad –los ejércitos de Versalles y Prusia– así como desde algunos de sus propios distritos. No obstante, las cosas se complicaron incluso entre los comuneros, pues había discrepancias en torno a las transformaciones políticas y económicas que se anhelaban.⁴⁶ La explicación de Marx en *La guerra civil en Francia*, al centrarse en la oposición social y simbólica entre París y Versalles, subestima así las contradicciones sociales y los desacuerdos políticos dentro de París y entre los líderes de la Comuna.⁴⁷ De ese modo, la composición espacial de la ciudad

⁴⁵ Merriman indica que esos distritos no solo recibieron a obreros del centro de París, desplazados por las reformas de Haussmann, sino que también se convirtieron en el hogar de recién llegados de las provincias (2014, pp. 7-8).

⁴⁶ “Desde el principio se habían puesto en marcha conspiraciones contra la Comuna. Al cabo de un par de semanas los conspiradores comenzaron a distribuir en los barrios conservadores brazaletes (*brassards*) –al principio blancos, el color de los Borbones y, más tarde, tricolores– que debían servir a sus portadores para reconocerse mutuamente el día que pudieran salir a la luz para aplastar a la Comuna” (Merriman, 2014, p. 72; ver también p. 79).

⁴⁷ Quizás el conocimiento posterior (y más profundo) de Marx sobre esos conflictos internos llevó a su escéptica evaluación, diez años después de la publicación de *La guerra civil en Francia*: “aparte del hecho de que esto fue apenas un levantamiento de una ciudad en circunstancias excepcionales, la mayoría de la Comuna no era socialista en ningún sentido, ni podría haberlo sido. Sin embargo, con un mínimo de SENTIDO COMÚN, podría haber obtenido lo máximo que se podía obtener en aquel momento: un compromiso con Versalles que resultara beneficioso para el pueblo en su conjunto. La sola apropiación de la Banque de France habría puesto rápidamente fin a la vanagloria de Versalles, etc., etc.” (1992, p. 66, mayúsculas en el original).

revela conflictos y solidaridades que permiten explicar el desarrollo y el desenlace de este proceso.

Además de las operaciones de desplazamiento y de análisis espaciotemporal en los dos casos anteriores, la ampliación de la escala es una tercera estrategia facilitada por las nuevas fuentes. De hecho, ese es el camino que se sigue en el reciente libro de Alex Anievas y Kerem Nişancioğlu (2015), el cual aborda el debate de décadas entre Brenner (1977) y Wallerstein (1974) sobre los orígenes del capitalismo. Mientras que este último insiste en que la acumulación de plusvalía aseguró la existencia de una economía mundial a escala global, Brenner afirma que el capitalismo comenzó fundamentalmente con nuevas relaciones agrarias de clase surgidas en la Europa occidental de fines de la Edad Media y principios de la moderna (Aston y Philipin, 2002; Denmark y Thomas, 1988).⁴⁸

Anievas y Nişancioğlu, por otro lado, sostienen que los orígenes del capitalismo “solo pueden entenderse en términos internacionales o geopolíticos, y que esta misma ‘internacionalidad’ es constitutiva del capitalismo como modo histórico de producción” (2015, p. 2). A diferencia de la teoría de los sistemas-mundo de Wallerstein, estos autores ponen énfasis en el papel de los modos de producción en la dinámica del sistema geopolítico del cual surgió el capitalismo; y lo hacen analizando este sistema-mundo desde el punto de vista de su desarrollo desigual y combinado. Contra Brenner, *How the West Came to Rule* afirma que la concepción del capitalismo como necesariamente atado a una sola forma de explotación encubre las muchas formas en que se han desarrollado las relaciones sociales capitalistas y los regímenes laborales existentes (2015, pp. 30-31).

En consecuencia, argumentan que los cambios en la esfera de la producción que llevaron al capitalismo inglés “clásico” no se pueden explicar adecuadamente sin la consideración de las complejas relaciones políticas y económicas transcontinentales. Anievas y

⁴⁸ Suele considerarse que este debate es una prolongación del debate entre Sweezy y Dobb sobre la transición al capitalismo. (Wood, 2002, pp. 35-43).

Nişancıoğlu muestran el aislamiento de Inglaterra, fundamental para la tesis de Brenner sobre el origen anglocéntrico del capitalismo, como producto del conflicto Habsburgo-Otomano: mientras la Europa continental cristiana estaba en tensión con los otomanos en el sureste y el Mediterráneo, la Europa noroccidental tenía margen para desarrollar “la peculiar fusión de intereses entre la nobleza terrateniente, los arrendatarios capitalistas y el Estado en Inglaterra, lo cual resultó crucial para el éxito de la clase dominante inglesa en el cerco de las tierras” (2015, p. 120). Más aún; *How the West Came to Rule* concluye que la soberanía estatal territorializada, un proceso co-constitutivo con las relaciones sociales capitalistas en Europa, se desarrolló a través del conflicto entre amerindios y europeos. Más tarde, la tríada atlántica de tierras americanas, mano de obra esclava africana y capital inglés hizo posible superar el capitalismo agrario inglés por medio de la Revolución Industrial.⁴⁹

La concepción internalista de los orígenes del capitalismo, junto con el concepto estrictamente tipológico de capitalismo, se demuestra entonces insuficiente para dar cuenta del desarrollo histórico de este modo de producción. La propia explicación de Marx expone la centralidad del colonialismo en este desarrollo y la consecuente necesidad de un enfoque a escala mundial de larga duración.⁵⁰ Esto, sin embargo, solo ha sido posible gracias a la existencia de una gran cantidad de estudios relativamente recientes sobre la historia social y económica de los imperios mongol y otomano, así como de las Américas y África entre los siglos XV y XVII. En este sentido, el archivo (de fuentes secundarias) de Anievas y Nişancıoğlu es llamativamente

⁴⁹ “La esfera de circulación extendida que implicaba el comercio triangular transatlántico no solo ofreció numerosas oportunidades a los capitalistas británicos para extender su dominio de las actividades; además, la combinación de distintos procesos laborales al otro lado del Atlántico permitió la recomposición del trabajo en Gran Bretaña por medio de la Revolución Industrial. El desarrollo de las fuerzas productivas –y la subsunción real del trabajo bajo el capital como tal– se construyó sobre la explotación de una clase subalterna transatlántica formada por amerindios, esclavos africanos y europeos.” (Anievas and Nişancıoğlu, 2015, p. 275. Ver también pp. 139-141, 158-162).

⁵⁰ Véase arriba, 2.3.

más diverso en términos geográficos que el de Wallerstein, lo cual les permite formular una descripción más sistémica y no eurocéntrica de los orígenes del capitalismo que Wallerstein y Brenner. De manera crucial, los análisis de las formaciones sociales periféricas realizados por investigadores marxistas como Irfan Habib (2002), Jairus Banaji (2011), John Haldon (1993b) y Halil Berktaý ofrecen datos empíricos e interpretaciones que convergen con la explicación espacial y temporalmente desigual de este libro, la cual aclara las condiciones de producción de diversas formaciones, no por comparación entre ellas como casos aislados, sino mediante sus relaciones dentro de una totalidad compleja y descentrada.

Las recientes investigaciones sobre los modos de producción en funcionamiento en los imperios mongol, español y otomano, y su impacto en las formaciones europeas, permiten así ampliar los alcances temporales y espaciales de la explicación de Marx sobre los orígenes del capitalismo. Empero, como ya hemos observado, lo mismo ocurre con sus discusiones sobre la Guerra Civil estadounidense y la Comuna de París: los recuentos de Marx no solo han tenido una influencia considerable en tales discusiones, sino que, además, los estudiosos que siguen la teoría y el método marxianos continúan desarrollando explicaciones históricas más congruentes y detalladas, basándose en las nuevas fuentes disponibles. Esta operación de confrontar las teorías de Marx con nuevas fuentes nos permite concebir a un Marx cuyas teorías y explicaciones se benefician de la historia demográfica y agraria, en una dialéctica que hace más concretas sus formulaciones o las refuta. Esta es la alternativa necesaria a la “mala teoría” criticada por Banaji.

De este modo, la investigación sobre la coyuntura –el nivel más concreto de una totalidad sociohistórica– puede tener implicaciones importantes para los niveles más abstractos. La de Marx no fue una metodología de arriba hacia abajo, donde los conceptos más abstractos permanecen inalterados, sino una concepción del conocimiento en la cual los datos empíricos (tratados de manera crítica) ayudan a dar forma a los conceptos. La temporalización y

la espacialización sistemáticas contribuyen al conocimiento de los mecanismos relevantes para la explicación de formaciones históricas reales, y también a la aclaración y la reformulación de los conceptos y las teorías en niveles más abstractos, como se ha observado en las operaciones espaciotemporales de los procesos de esta sección: una ampliación de la escala en el caso de la llamada “acumulación originaria”, un desplazamiento del foco a un área específica en el caso de la Guerra Civil de Estados Unidos y un análisis de la composición espacial y demográfica de la ciudad en el caso de la Comuna de París.

Epílogo

Puesto que la construcción teórica de los modos de producción, como *abstracciones históricamente específicas de relaciones necesarias e internas*, se basa tanto en la veracidad de la información sobre sus condiciones sociales como en su andamiaje teórico, la crítica de fuentes y archivos es fundamental para la explicación histórica tal como la concibe Marx. En este sentido, además de los modos tradicionales de crítica de las fuentes, la crítica de la ideología es la manera original de Marx de “cepillar la historia a contrapelo” para revelar las determinaciones sociales, y entre ellas las espaciotemporales, de las fuentes. Sin embargo, al igual que otros tipos de crítica, la de la ideología solo ofrece un conocimiento negativo que no puede sustituir la disponibilidad de fuentes válidas. A menudo se considera que las fuentes representan los fundamentos empíricos para la investigación histórica, pero es necesario verlas en igual medida como límites a la interpretación histórica.

En contraste, destacados autores marxistas como Lukács y Hobsbawm han minimizado el papel de las fuentes en la concepción de la historia de Marx. En *Historia y conciencia de clase*, Lukács propone que:

(...) suponiendo –aunque no admitiendo– que la investigación reciente hubiera probado indiscutiblemente la falsedad material de todas las proposiciones sueltas de Marx, todo marxista “ortodoxo” serio podría reconocer sin reservas todos estos nuevos resultados y rechazar sin excepciones todas las tesis sueltas de Marx sin tener que abandonar ni por un minuto su ortodoxia marxista. [...] En cuestiones del marxismo la ortodoxia se refiere exclusivamente al *método* (2013, p. 89).

Del mismo modo, Hobsbawm sugiere que:

La teoría general del materialismo histórico exige sólo que haya una sucesión de modos de producción, no necesariamente de cualquier modo en particular y quizás no en un orden predeterminado en especial. Marx pensó poder distinguir un cierto número de formaciones económico-sociales y en una cierta sucesión. Pero si se hubiera equivocado en sus observaciones, o si estas estuvieran basadas en una información parcial y, por lo tanto, equívoca, la teoría general de materialismo histórico permanecería incólume (2009, p. 13).

Aunque ambos autores formulan estas tesis de manera explícita como un razonamiento de *reductio ad absurdum* y no las defienden, al separar la teoría y el método del contenido histórico, esas posiciones son en todo caso formalistas y distorsionan la concepción dialéctica del conocimiento de Marx.⁵¹ Lukács protege los cimientos del materialismo histórico (nivel 1 en la Figura 2.3) contra el conocimiento empírico; Hobsbawm hace lo mismo con la teoría general de los modos de producción (nivel 2 en la Figura 2.3). Mas, como hemos argumentado, si bien es necesaria la diferenciación de niveles de conocimiento sociohistórico, esto no exime de que los conceptos abstractos y las teorías sean reevaluados a partir del conocimiento de los niveles más concretos.

⁵¹ En cuanto al tema del metodologismo en *Historia y conciencia de clase*, véase el capítulo 1 de Rose (2009).

Las explicaciones de Marx sobre procesos específicos llevan el sello de sus condiciones de escritura y de los archivos de ese momento. En este sentido, si bien aporta un conocimiento histórico sustancial, su teoría y método de análisis social trascienden sus limitaciones biográficas y las de su archivo por medio del trabajo de diversos investigadores posteriores a él, sobre todo en el caso del estudio de formaciones no occidentales y no capitalistas. Esto es posible porque –contrario a las visiones que retratan su concepción de la historia como un sistema cerrado– para Marx, el conocimiento histórico exige una discusión periódica y una eventual reformulación sobre la base del nuevo estado del conocimiento, como él mismo lo hizo una y otra vez en su práctica como investigador.

Como hemos podido observar en este capítulo, Marx incurrió en interpretaciones eurocéntricas en los casos del modo de producción asiático y su biografía de Bolívar, cuando no siguió su propia teoría y método crítico. Sin embargo, también hemos observado que la consideración marxiana de los espacios y tiempos sociales permite esclarecer algunos de los problemas que él aborda mediante un archivo más limitado y, en ocasiones, contradictorio. En este sentido, la lectura crítica de Marx de las fuentes occidentales desde la redacción de los *Grundrisse* y de las guerras de 1857 en India y China muestra una creciente conciencia por su parte de las determinaciones sociales y espaciotemporales de su archivo, lo cual en última instancia le permite rechazar el colonialismo y desarrollar una forma internacionalista de política incompatible con los supuestos evolucionistas, eurocéntricos e histórico-universales que prevalecieron en la Europa de su época.

Capítulo 4

La narrativa como exposición

*Sin esa expresión espaciotemporal, no es posible ni
siquiera el pensamiento más abstracto.
La entrada en la esfera del significado solo es posible
a través de la puerta del cronotopo.*

Mikhail Bakhtin, *The Dialogic Imagination* (1981, p. 258).

Ricoeur describe el tercer momento epistemológico de su filosofía de la historia, la *fase representativa*, como “la configuración literaria o escrituraria del discurso ofrecido al conocimiento de los lectores de historia” (2004, p. 177). Esta fase no se limita a la escritura de la historiografía, sino que se refiere además a los elementos narrativos, retóricos e imaginativos que constituyen su forma literaria, y que están presentes a todo lo largo del proceso de investigación; tal y como hemos insistido, la necesaria imbricación de las fases del conocimiento histórico debe prevenirnos de aislar la forma respecto al contenido en la investigación socio-histórica (Ricoeur, 2004, pp. 307-309).

Aunque un énfasis exagerado sobre el papel de la forma literaria ha llevado a que una corriente hoy dominante en la filosofía de la historia conciba a la narración como el factor fundamental de

la investigación histórica, y a considerar la narratividad como una suerte de cárcel para el conocimiento histórico, tales excesos no deben llevarnos a la posición inversa, y a subestimar en consecuencia la importancia de analizar *cómo* se expone la historia en los discursos historiográficos.¹ La fase “representativa” tiene sus particularidades que no son simples “reflejos” de los procesos de las fases anteriores, y la conciencia de las mediaciones textuales de los discursos históricos innegablemente enriquece nuestra comprensión de la ontología y la epistemología de la historia.

Desde una concepción realista crítica del conocimiento histórico, tal como la de Marx, la forma narrativa debe corresponder con la estructura del objeto de conocimiento. Y puesto que espacio y tiempo son categorías ineludibles para la explicación de los procesos sociales, la narrativa debe dar cuenta de la complejidad de las relaciones de tales categorías en su objeto, y por tanto de expresar el desarrollo desigual y combinado de la coyuntura concreta estudiada. El problema de la narrativa historiográfica es por ello estético (retórico y narratológico), pero ante todo es epistemológico y, como argumentaremos en este capítulo, político. Específicamente, la concepción de historia de Marx requiere de una forma narrativa que posibilite la explicación espaciotemporal de la jerarquía de causalidades entre mecanismos sociales.

Puesto que la historia no se puede reducir a la historiografía, la tematización de esta fase se ocupa de las relaciones entre ellas, mostrando los fundamentos ontológicos y epistemológicos de los procesos de textualización y narrativización de la historia. A pesar de que especialmente desde la década de 1920 se desarrollaron ricas y sustanciosas discusiones entre autores marxistas acerca de los problemas de las formas literarias y estéticas (muy notablemente entre Lukács, Bloch, Benjamin, Brecht y Adorno), la necesaria preminencia en la historiografía de lo cognitivo sobre lo estético ubica la discusión

¹Dos ejemplos de argumentos a favor de tal “historia postmoderna” son los planteados por Keith Jenkins (2003) y Elizabeth Deeds Ermarth (1992).

sobre la forma historiográfica bajo coordenadas muy distintas a las desarrolladas en tales debates.

En la concepción marxiana de la historia, esta necesidad de una mediación epistemológica entre historia como *res gestae* y la historiografía como *historia rerum gestarum* aborda el tradicional problema de la *representación* histórica como un problema de la *exposición* de los resultados de la investigación. Una pesquisa debidamente espaciotemporalizada requiere de una forma narrativa capaz de dar cuenta de estas dimensiones en su objeto. En palabras de Tomba,

la sociedad global, cuyo verdadero nombre es *mercado mundial*, necesita de un paradigma historiográfico adecuado para la combinación de múltiples estratos temporales en la dimensión histórica violentamente unificante de la modernidad. La yuxtaposición posmodernista de una pluralidad de tiempos históricos, donde formas de esclavitud rural coexisten con la producción de alta tecnología una vez superado el dualismo de centro y periferia, no solo no explica nada sino que es engañosa. El mosaico de temporalidades y formas de explotación, aún cuando habla sobre relaciones mutuas, presenta a los diversos tiempos como si estuvieran en un estado de mutua indiferencia, cuando en realidad el problema es su combinación a través de los mecanismos de sincronización del mercado mundial (2013a, p. xiv).

En esta tónica, el presente capítulo desarrollará los problemas espaciotemporales en la exposición historiográfica, en particular a través de la relación entre narratividad y cronotopos. En las siguientes páginas argumentaré que el cronotopo es el elemento narrativo que hace inteligible, como totalización, a la historia. La primera sección, por tanto, problematiza el concepto marxiano de *exposición* (*Darstellung*) desde la perspectiva de la doble dimensión de la narrativa según Ricoeur: las dimensiones configurante y episódica, referidas a lo sincrónico y a lo diacrónico, respectivamente. Esto nos permite criticar el narrativismo de Hayden White desde una teoría materialista y realista de la narrativa, basada en la teoría de la historia de Marx y en sus escritos historiográficos.

La segunda sección analiza la poética marxiana de espaciotiempos en distintos modos de producción, en términos de sus metáforas y tropos, mostrando las relaciones entre la dimensión configurante y la explicación en historia, en el nivel de los sistemas cerrados. Finalmente, la última sección analiza el aspecto narrativo de los estudios de Marx sobre coyunturas específicas, y cómo el cronotopo hace posibles diferentes opciones de trama. En este sentido, como argumentaré, el cronotopo es el elemento que más claramente relaciona los aspectos cognitivos, estéticos y políticos de la historiografía y del conocimiento histórico.

4.1. Exposición, cronotopos, narrativa

Podemos tomar la distinción de Marx entre método de investigación y método de exposición (*Darstellung*) como punto de partida para la discusión sobre representación y narratividad en el discurso histórico. En el prólogo de la segunda edición del primer tomo de *El capital*, su autor indica que

ciertamente, el modo de exposición debe distinguirse, en lo formal, del modo de investigación. La investigación debe apropiarse pormenorizadamente de su objeto, analizar sus distintas formas de desarrollo y rastrear su nexo interno. Tan solo después de consumada esa labor, puede exponerse adecuadamente el movimiento real. Si esto se logra y se llega a reflejar idealmente la vida de ese objeto, es posible que al observador le parezca estar ante una construcción apriorística (2009, p. 19).

En general, la distinción entre el método de investigación y el de exposición corresponde con aquella entre los momentos del segundo y el presente capítulos de este trabajo; por tanto, debemos ahora clarificar el concepto de *exposición* para entender cómo concibe Marx lo que en filosofía de la historia a menudo se ha llamado el *problema de la representación* y sus implicaciones espaciotemporales en las

narrativas históricas.² Su descripción de la relación entre ambos métodos señala que la exposición debe explicar adecuadamente los mecanismos que determinan su objeto de estudio, y no le es, por tanto, impuesta a su objeto. Como afirma Kosik, “en la indagación el comienzo es arbitrario, mientras que en la exposición es la *explicación de la cosa*, justamente porque la presenta en su desarrollo interno y en su evolución *necesaria*” (1976, p. 51). Derek Sayer, en la misma línea, ha indicado que en la exposición de Marx la sucesión de formas, como ascenso de lo abstracto a lo concreto, sigue el orden de una jerarquía de condiciones de posibilidad.³

En contraste con posiciones que asumen una brecha entre la historia como una *cosa en sí* caótica y la historiografía como una operación que en último término asigna arbitrariamente sentido a esa historia, el punto de partida de esta aproximación dialéctica es una perspectiva triádica en la que, para hacerse inteligible, la historia debe pasar por la mediación de un proceso teórico-metodológico. Así, la exposición no busca meramente representar la historia tal y como sucedió—como sostendría un realismo ingenuo, el típicamente criticado desde posiciones neokantianas y nietzscheanas— sino mostrar los resultados de una producción activa y consciente de conocimiento. La relación entre historia e historiografía

² Ankersmit distingue de modo similar entre investigación histórica (*Geschichtsforschung*) y escritura histórica (*Geschichtsschreibung*), donde la primera “trata sobre la selección, interpretación y análisis de las fuentes históricas, y cómo este análisis nos puede ayudar a explicar causalmente (o de otro modo) lo que la evidencia nos enseña sobre el pasado”, y en el último “los resultados de la investigación histórica son integrados en una narrativa histórica o representación. [...] Los problemas encontrados en el nivel del establecimiento—tanto práctico como teórico— del hecho histórico son esencialmente distintos de la tarea de integrar estos hechos en un texto histórico unificado (2012, p. 60).

³ “La mercancía es analizada antes que el dinero, y el dinero antes que el capital; en cada par, la primera forma es condición para la segunda. El concepto de valor se desarrolló antes que el de plusvalor, y el de plusvalor antes que el de sus formas trasmutadas (ganancia, renta, interés), por la misma razón” (1979, p. 101).

no sería, por tanto, aporética, como sostiene Ricoeur, sino mediada por un proceso práxico históricamente determinado.⁴

El pasado no es para Marx el objeto que define la ciencia de la historia; por el contrario, este autor construye los espaciotiempos a partir de un determinado modo de producción; de hecho, su citada formulación en el prólogo de *El capital* refiere su método de exposición a la teoría del modo de producción capitalista, y por tanto al nivel de los sistemas cerrados. No obstante, el concepto marxiano de *exposición* requiere de mayor precisión para tratar los niveles más concretos, para lo cual es indispensable abordar los problemas de narratividad. La narración es por tanto el elemento que debe dar cuenta de la contingencia que le es inherente a los sistemas abiertos –tales como las formaciones sociales y las coyunturas– como combinaciones de diversos mecanismos; en este sentido, según argumentaremos, la narración necesariamente completa la exposición para explicar la historia existente.

En esta discusión sobre las relaciones entre historia y narratividad es importante empezar por examinar las premisas de una de las más importantes teorías marxistas de la narración: la de Jameson en su *Political Unconscious*. Allí ha afirmado que

la historia *no* es un texto, una narración, maestra o de otra especie, sino que, como causa ausente, nos es inaccesible salvo en forma textual, y que nuestro abordamiento de ella y de lo Real mismo pasa necesariamente por su previa textualización, su narrativización en el inconsciente político (1989, p. 30).

La historia como causa ausente, indica, se refiere al modo de producción como el sistema sincrónico total de relaciones sociales. Jameson retoma esta tesis de Althusser, quien argumentaba que la *Darstellung* es el concepto “que precisamente tiene por objeto

⁴ Ricoeur sostiene que es en la fase representativa que “las aporías principales de la memoria vuelven con más fuerza al primer plano, el de la representación de una cosa ausente ocurrida antes y el de la práctica consagrada a la rememoración activa del pasado que la historia eleva al rango de una reconstrucción” (2004, p. 177).

designar este modo de *presencia* de la estructura en sus *efectos*, por lo tanto, la propia causalidad estructural” (Althusser y Balibar, 2004, p. 203; Jameson, 1989, p. 31). En su interpretación, la exposición no sería una re-presentación debido a que no existiría una causa externa expresada por la primera; la estructura no sería nada fuera de sus propios efectos (Althusser y Balibar, 2004, pp. 204-205). Así, por ejemplo, el valor no representa al trabajo porque aquel, como comenta Hartley, “no es más que el proceso retroactivo de esta presentación de trabajo humano abstracto en la forma-valor” (2003, p. 120).

En la cita de Jameson, por tanto, la historia como causa ausente es un límite interior del discurso narrativo, y no un referente exterior. El problema con esta aproximación es que, si pretende mantenerse dentro de las coordenadas de la concepción marxiana, necesita una teoría “positiva” de la historia, la cual fue precisamente elaborada por Jameson en su discusión sobre la teoría de los modos de producción como clave hermenéutica. La causa ausente tiene que ser teorizada *más allá* de su presentación textual; por tanto, lo inmanente en los efectos de la textualización y la narrativización no es la historia, sino el inconsciente político. La teoría de la historia pertenecería pues a una dialéctica de lo objetivo, la cual se complementaría con la dialéctica de lo subjetivo en *The Political Unconscious* (1989, pp. 31-33 y 11-12). El uso del concepto de “causa ausente” por tanto no disuelve las categorías de esencia y apariencia –como lo intentó Althusser– sino que sitúa tal relación en la dialéctica de la totalización social, más allá del ámbito de la simbolización (que es sin embargo necesario para aprehender tal totalización).

En cuanto al problema de las relaciones entre explicación y exposición, resulta fructífero retomar la teoría ricoeuriana de tiempo y narración, y en particular su distinción entre la dimensión episódica y la configurante de la narración. La primera está conformada por acontecimientos y avances en una representación lineal de tiempo y, puesto que los acontecimientos en un sistema abierto no son

deductivamente predecibles (Bhaskar, 2008, p. 119),⁵ su función es la de agregar acontecimientos y peripecias que llevan a una conclusión que no está lógicamente presente en las premisas (Ricoeur, 2004, pp. 132-133). La dimensión configurante, por otra parte, “transforma la sucesión de los acontecimientos en una totalidad significativa [...] que hace que la historia se deje seguir. [...] La configuración de la trama impone a la sucesión indefinida de los incidentes ‘el sentido del punto final’” (Ricoeur, 2004, pp. 134-135). En otras palabras, *la dimensión configurante establece las condiciones de posibilidad de la narrativa dentro del mundo diegético*, en cuenta las condiciones espaciotemporales. Por esto, no debemos relacionar unívocamente el espacio con lo configurante y el tiempo con lo episódico, ya que ambas dimensiones de la narración tienen componentes espaciales y temporales. Más bien, lo configurante y lo episódico corresponden respectivamente con lo sincrónico y lo diacrónico, que son abordajes analíticos y no categorías ontológicas.⁶

La configuración narrativa no debe confundirse con la ficción (como tampoco la narrativa, según observaremos, sustituye a la explicación), aunque algunos autores en la línea narrativista siguen perpetuando este malentendido.⁷ Tal posición, como argumenta Ricoeur, hace imposible diferenciar las pretensiones de verdad en la historiografía de la falta de ellas en la ficción literaria, y por tanto impiden observar las especificidades epistemológicas de uno y otro

⁵ Bhaskar, *A Realist Theory of Science*, 119. También, ver arriba, 2.1.

⁶ Andrew Sayer indica que la preocupación de la geografía por el espacio le brinda a esta disciplina una orientación más marcada hacia la dimensión configurante, pero esto no debería asumirse sobre la base de la ecuación entre espacio y sincronía (como supone este autor), puesto que en términos de análisis existen tanto tiempos sincrónicos como espacios diacrónicos (2000, p. 143). Sobre la temporalidad de la sincronía, véase Fredric Jameson (2012, pp. 79-80).

⁷ Carr, por ejemplo, afirma que la “historia inevitablemente contiene elementos de ficción” (2014, p. 200), lo cual es una afirmación imprecisa porque no aclara si esos elementos hacen necesariamente a la historia ser ficcional (que no afirma ser verdadero) o si solamente son comunes tanto para la historia como para la ficción. Este autor se inclina por la primera opción, pero la ambigüedad de esta formulación es sintomática de la confusión producida al asumir que *ficción* sea sinónimo de *narrativa*.

género.⁸ La narrativa no es una cualidad exclusiva de la ficción (en la cual se asume la suspensión de la incredulidad), sino una característica fundamental de la historiografía: el hecho de que ambas compartan el carácter narrativo no elimina las diferencias entre estos géneros ni sus distintas relaciones con la realidad.

Mediante una hipótesis interesante –que lamentablemente, como es usual en este filósofo, pasa por alto los problemas del espacio– Ricoeur sugiere que la trama de una narración historiográfica, como “síntesis de lo heterogéneo, manejando intenciones, causas y casualidades” (2004, p. 320), integra los momentos braudelianos de la estructura, la coyuntura y el acontecimiento. Luego, mientras que la dimensión episódica refiere a la corta duración, la configurante trata con el tiempo largo de las estructuras (y con el tiempo de la coyuntura, debemos agregar, puesto que tanto Ricoeur como Koselleck inicialmente mencionan esta escala intermedia, pero luego la omiten), relacionando con ello duración y eficacia en la construcción del relato. Esta síntesis heterogénea, cuya forma literaria es la trama, cumple por ello funciones tanto explicativas como narrativas.⁹

En este caso, la narrativa permite la interacción de escalas, y consecuentemente la diferenciación y jerarquización de espaciotiempos, así como los mecanismos que los ponen en movimiento. Esta característica es epistemológicamente fundamental porque, como hemos indicado (en 1.1), entre más bajo sea el estrato, más amplia es la escala espaciotemporal en la que funciona. En términos ricoeurianos, la narratividad no puede sustituir los modos de explicación y

⁸ “Tal identificación entre configuración narrativa y ficción no carece de fundamento, dado que el acto configurador es [...] una operación de la imaginación creadora, en el sentido kantiano del término. Reserva, sin embargo, el término de ficción para aquellas creaciones literarias que ignoran la pretensión de verdad inherente al relato histórico. Si consideramos sinónimos ‘configuración’ y ‘ficción’ ya no tenemos término disponible para explicar una relación diferente entre los dos modos narrativos y el problema de la verdad” (2004, pp. 377-378).

⁹ Ricoeur indica que la *síntesis de lo heterogéneo* en la historiografía aporta “coordinación entre acontecimientos múltiples, entre causas, intenciones y también casualidades en una misma unidad de sentido” (2004, p. 317).

comprensión, pero puede dar cuenta de las relaciones causales que estos establecen; de hecho, esta posición es coherente con la concepción de Marx sobre la diferencia entre investigación y exposición. Más aún, esta interacción narrativa puede ser abordada provechosamente desde el concepto de *cronotopo*, como contraparte narrativa de los modelos espaciotemporales que ayudan a explicar los procesos históricos.

Sin embargo, la formulación original de este concepto por Mikhail Bakhtin es problemática: mientras que para él el cronotopo es “el lugar donde se anudan y desenlazan los nudos de la narración”, y que “sin duda alguna que a ellos les pertenece el sentido que le da forma a la narración” (1981, p. 250), admite que su uso de este concepto fue solamente un primer intento por investigar espacio y tiempo en literatura. Así, su ensayo *Formas de tiempo y del cronotopo en la novela* no lidia con la definición y desarrollo del concepto, sino que lo aplica a narrativas de distintos contextos históricos (los romances griegos y caballerescos, la biografía antigua, la novela rabelesiana, etc.). Esto hace que este concepto sea vago y abierto, y que haya que añadirle posteriores determinaciones para hacerlo empíricamente operativo y teóricamente pertinente.

Su referencia inicial a Einstein y su consecuente llamado a tratar espacio y tiempo como dimensiones inseparables en la narrativa sugiere que el cronotopo construye un *mundo* –un “horizonte perceptivo último” (Jameson, 1989, p. 90)¹⁰ donde estas categorías no son simplemente índices formales o formas exteriores a sus contenidos, sino que actúan en conjunto en la narrativa. Este aspecto es, empero, escasamente desarrollado en la obra de Bakhtin, donde el cronotopo aparece asimilado a un espaciotiempo diegético (un camino, castillo, salón, etc.) que condensa y articula las relaciones entre personajes y objetos en la narración. Analiza los tipos de espaciotiempo necesarios para cada tipo de narrativa, pero las características que halla

¹⁰ Sobre la construcción de mundo, en sentido fenomenológico, véase el primer capítulo de la segunda parte del trabajo de Edmund Husserl (1962).

en ellos se relacionan solamente a los contenidos del relato, y no los explica en términos de forma.¹¹

Puesto que la narrativa es el medio por el cual el lenguaje permite al sujeto aprehender los espaciotiempos, la construcción retórica del cronotopo –su forma literaria en general– debería ser al menos tan importante como sus contenidos explícitos; la narratología puede así contribuir a hacer más concreto el concepto y caracterización del cronotopo. Aunque la aproximación narratológica de White a la historiografía pudiera parecer en principio alejada del cronotopo, se torna esencial para este si retomamos la interpretación de Gaddis, según la cual

cuando [White] escribe acerca de “*emplotment*” (“entramado”) y modos de explicación “formalista, organicista, mecanicista y contextualista”, lo que hace en realidad es describir la liberación del historiador respecto de las limitaciones de tiempo y de espacio: la libertad para prestar más atención a unas cosas que a otras y de esa manera apartarse de la cronología estricta; la licencia para conectar cosas desconectadas en el espacio y, de esta manera, reordenar la geografía (2004, p. 40).

Claramente, tal liberación de la cronología y la geografía necesita ciertos límites, ya que *el cronotopo historiográfico debe desarrollar la explicación espaciotemporalizada de estructuras reales*; esta necesidad nos llevará a diferenciar las dimensiones configurante y episódica también en el cronotopo. Sin embargo, Gaddis apunta correctamente la centralidad de la trama en la construcción del cronotopo; este debe por tanto ser abordado mediante la interacción de lo configurante y lo episódico en el texto y, en la medida en que la exposición historiográfica aspira a explicar la lógica de los mecanismos sociales, el cronotopo debe referirse a los modelos espaciotemporales que dan

¹¹ Véase por ejemplo su caracterización del cronotopo en la novela de viaje (1981, pp 103-104).

cuenta de las formas sociales: debe referirse a sus escalas, configuraciones espaciales y ritmos.

White argumenta que las formas estructurales profundas de la imaginación histórica corresponden con los cuatro tropos lingüísticos básicos: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía. Estos tropos, según plantea, sostienen todo estilo historiográfico posible –tal estilo sería una combinación de modos de tramar, de argumentación y de implicación ideológica (1992, p. 38)–, siendo los elementos básicos de este tipo de narrativa. Sin embargo, estos tropos son prenarrativos, y se encuentran ya presentes en la dimensión configurante (sincrónica) de la trama, independientemente de la dimensión episódica. En esta medida, los tropos complementan a los conceptos abstractos que configuran las tendencias espaciotemporales en la exposición del nivel de los modos de producción.

Las figuras literarias forman parte de la *gramática analógica* de las teorías, como “el repertorio indispensable de metáforas, analogías, modelos, etc., disponibles en un campo de investigación o abordaje teórico, que ayuda a generar hipótesis y soluciones [...] y a aportarle plausibilidad al abordaje” (Hartwig, 2007, pp. 223-224). De allí que no deban ser consideradas como exteriores a la actividad teórica; por el contrario, es esencial para el desarrollo de la ciencia que esta sea capaz de mejorar las metáforas que utiliza (Sayer, 2000, p. 78).¹² Así, en la medida en que las teorías dan cuenta del funcionamiento de los mecanismos generativos, los tropos deben ser adecuados para la explicación correspondiente.

Las teorías tienen, pues, una faceta tropológica, mas las tramas cuyas condiciones son definidas por tales teorías son meramente tendencias que deben ser confirmadas o rechazadas por los acontecimientos narrativos contingentes de la dimensión episódica. Aunque White le atribuye trama al momento de la teoría, su tratamiento diferenciado entre historiadores y filósofos de la historia sugiere que dicho criterio es para estos últimos secundario: mientras que analiza las obras de los historiadores a partir de la trama, estudia las de los filósofos por los

¹² Véase también Sayer (1992, pp. 62-65); y Bhaskar (2008, p. 194).

tropos predominantes en ellas.¹³ Siguiendo la caracterización de los tropos en *Metahistoria* (1992, pp. 40-406),¹⁴ una construcción metafórica representa un espaciotiempo a través de otro, mientras que a través de la metonimia, el cronotopo es construido como proyección de una de las partes de su totalidad. Una operación sinecdótica integraría dos o más espaciotiempos en un solo cronotopo, mientras que la ironía cuestiona la misma posibilidad del cronotopo específico.

Algunos casos mencionados en capítulos anteriores nos ayudan a ejemplificar esta construcción trópica de espaciotiempos. Como relación entre dos objetos, la metáfora aparece en el uso que hace Castells de la computación y la informática como modelos para el análisis espaciotemporal de la globalización, como mencionamos en la introducción. Cuando Marx habla sobre Versalles y París en *La Guerra Civil en Francia*, lo hace de modo metonímico, en general (aunque no siempre) suponiendo por mor de la exposición, que cada uno de ellos funciona coherentemente, como un actante unitario. No obstante, como muestra este caso, para Marx esta operación debe completarse: la oposición entre estas ciudades simbólicas es ejemplo de construcción sinecdótica, donde las partes se integran en un todo cualitativamente diferente. Como símbolos, respectivamente, de la oligarquía y la clase trabajadora, configuran formalmente a Francia como campo contradictorio de luchas durante esta coyuntura. Finalmente, la descripción jamesoniana de la casa de Gehry en Santa Monica es un buen ejemplo de un cronotopo irónico: la yuxtaposición de espacios heterogéneos, junto con las indicaciones del propio Jameson sobre la inconmesurabilidad de las experiencias en ellas sugieren la imposibilidad de totalizarlas en una narrativa coherente

¹³ Michelet, Ranke, Tocqueville y Burckhardt son caracterizados por sus respectivas tramas romántica, cómica, trágica y satírica; Marx, Nietzsche y Croce lo son por sus respectivos usos de tropos metonímicos, metafóricos e irónicos.

¹⁴ Es oportuno recordar que hay varias teorías con otras definiciones y números de tropos. Sobre este tema, ver Jameson (2008a, pp.169-70). La afinidad de White por las clasificaciones cuádruples, como en el caso de su teoría de los géneros de trama, puede remontarse al trascendentalismo kantiano subyacente en su filosofía (Ankersmit, 2009, pp. 34-53).

(1991, 108-129). El mapeo cognitivo de este espaciotiempo posmoderno es por tanto inherentemente irónico.

Pero, si bien tropos y conceptos se encuentran en la base del cronotopo en la dimensión configurante, la relación propiamente existente entre causas y efectos solo surge con la secuencia de acontecimientos en la dimensión episódica. White explica esto mediante un esquema cronológico-sintáctico (aquí reproducido en la figura 4.1) donde la letra mayúscula indica el estatus privilegiado del acontecimiento en términos de su fuerza explicativa

Figura 4.1: Acontecimientos y causalidad narrativa

1.a, b, c, d, ... n
2.A, b, c, d, ... n
3.a, B, c, d, ... n
4.a, b, C, d, ... n
5.a, b, c, D, ... n

Fuente: Hayden White (1985, p. 92).

De acuerdo con esta figura, la primera serie es una crónica (una simple secuencia sin explicación), mientras que en la segunda, el factor decisivo acontece al inicio, configurando así una narrativa determinista. La quinta serie, donde el último es el acontecimiento determinante, corresponde con una perspectiva escatológica o teleológica, ejemplificada por White mediante *La ciudad de Dios* de Agustín y la *Filosofía de la historia* de Hegel. Para dar cuenta de una historia no “acontecimental” un acontecimiento debe entenderse aquí en su sentido amplio, esto es, no como un hecho atómico, sino como la descripción de un momento sincrónico en la narrativa (White, 1978, pp. 92-93).¹⁵

¹⁵ Hayden White, *Tropics of Discourse: Essays on Cultural Criticism* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1978), 92-3. Sobre los acontecimientos históricos como acontecimientos narrativos, ver Ricoeur, *Tiempo y narración* tomo 1, 335-364

La figura 4.1 muestra por tanto varias posibilidades de estructuración causal en una narrativa. No obstante, sigue una secuencia cronológica unilineal que es claramente incompatible con la dinámica espaciotemporal de la concepción marxiana de la historia. En este sentido, Harootunian ha elogiado el uso (ocasional) de White del concepto de cronotopo, dado que sustituye la linealidad del *período* histórico por una imagen multidimensional de la historia (2015, pp. 146-149; White, 2010, pp. 237-246). Aunque coincidimos con esta crítica al tiempo lineal, es necesario indicar que si bien la dimensión episódica tiende a la representación lineal del tiempo, las narrativas no tienen necesariamente que seguir una única línea; por el contrario, pueden contar historias desde puntos de vista diferentes, complementarios e incluso contradictorios. Ejemplos de esto abundan en la literatura y el cine, como en las novelas *Fingersmith* de Waters y *Las horas* de Cunningham, así como en las películas *Rashomon* y *Pulp Fiction* de Kurosawa y Tarantino, respectivamente (cfr. Ricoeur, 2003, p. 134).¹⁶

Los cronotopos y la trama no son mutuamente excluyentes; por el contrario, un cronotopo complejo pone las condiciones para que se desarrolle una trama compleja y multilineal. Un relato de este tipo puede adoptar diferentes estrategias de trama y combinarlas bajo una línea principal de desarrollo narrativo. Por ejemplo, formas de trama trágica, romántica y cómica pueden coexistir sin ninguna dificultad bajo el predominio de la sátira. La novela regularmente hace esto, tal como señala Bakhtin al caracterizarla como una forma híbrida, que

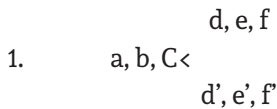
orquestra todos sus temas, la totalidad del mundo de los objetos e ideas en él descritos y expresados, mediante la diversidad social de tipos de habla y por las voces individuales divergentes que florece

¹⁶ *Pulp Fiction*, por ejemplo, consiste en varias historias cortas que, a pesar de estar narradas en un orden no lineal, comparten sucesos y personajes relacionados entre sí que los hacen parte de un mismo universo narrativo. En cuanto a *Rashomon*, que muestra diferentes versiones sobre un mismo crimen, ver Nick Redfern, "Film Style and Narration in *Rashomon*", *Journal of Japanese and Korean Cinema*, 5:1-2 (2013): 21-36.

bajo estas condiciones. [...] Estas relaciones e interrelaciones distintas entre enunciaciones y lenguajes, este movimiento del tema entre diferentes lenguajes y tipos de habla, su dispersión en las corrientes y las gotas de la heteroglosia social, su dialogización: estas son las características distintivas de la estilística de la novela (1981, p. 263).

La narrativa historiográfica no necesita ser en absoluto menos compleja que esto, como podrá atestiguar cualquier lector de la clásica trilogía de Hobsbawm sobre las eras de la *Revolución*, el *Capital* y el *Imperio*, o del *Mediterráneo* de Braudel. En su forma más sencilla, podemos describir la cronología de acontecimientos en un proceso de desarrollo desigual mediante la figura 4.2, donde d y d' corresponden a dos distintos acontecimientos con una causa común y en el mismo momento cronológico, mientras que e y e' también comparten lugar cronológico, pero son ya parte de líneas de desarrollo diferenciadas.

Figura 4.2.: acontecimientos en una narrativa de desarrollo desigual



La narrativa escrita se expresa mediante una sola línea, pero tiene otros recursos textuales que le permiten dar cuenta de las complejidades de espacios y tiempos. Así, en tanto que esta estructura sea debidamente explicada y sus espaciotiempos estén bien diferenciados, el orden de la narración puede ser: a, b, C, d, e, f, d', e', f'; o puede ser d, e, f, d', e', f', a, b, C; o C, d, e, f, d', e', f', a, b.; etc. Los órdenes cronológico y narrativo no son necesariamente idénticos; por ejemplo, en una historia de detectives la explicación de los detalles ocultos del acontecimiento traumático (el conflicto en el pasado que desencadenó la trama) puede o bien darse al final, o bien a través del desarrollo de las causas que llevan a un acontecimiento que aparece al inicio del relato. También es importante notar que, aunque la figura 4.2 está

simplificada para efectos de claridad, cada línea se refiere a un espacio-tiempo con ritmos y direccionalidades propios (lineales, cíclicas, etc.).

La dimensión episódica introduce discontinuidades en los espacio-tiempos de la narrativa al indicar transformaciones en la dimensión configurante: cada vez que hay un cambio en estas condiciones espaciotemporales, surge un momento re-configurante en el relato. La exposición adecuada de los modelos espaciotemporales (con sus escalas, configuraciones espaciales y ritmos), por ello, depende de la dimensión configurante, pero las transformaciones del cronotopo se desarrollan en la dimensión episódica. La teoría y los análisis de Marx nos proveen numerosos ejemplos de esta relación entre cronotopos y explicación espaciotemporal.

4.2 Poética de la teoría

Mientras que la historiografía tiene que integrar las dimensiones configurante y episódica, la teoría social reside en la primera: la explicación sincrónica es por sí misma pre-narrativa. Por ello, para Marx el nivel del modo de producción sería entonces el problema central de la dimensión configurante. Aunque han existido estudios sobre las formas literarias y las metáforas en la obra marxiana al menos desde la década de 1970, las investigaciones sobre estos aspectos específicamente en *El Capital* han florecido a lo largo de la última década.¹⁷

Las metáforas teológicas y teratológicas han gozado de especial atención, pues se ha argumentado que ellas constituyen una estructura que le aporta una profundidad adicional a la explicación marxiana del capitalismo. McNally, por ejemplo, ha sostenido convincentemente que Marx elaboró una poética nueva y radical en la que lo

¹⁷ Sobre la poética de Marx en general, véase Ludovico Silva (1975); S.S. Prawer (1978); Enrique Dussel (1993); Robert Paul Wolff (1988). Sobre *El capital* específicamente, David McNally (2012); Fredric Jameson (2014); William Clare Roberts (2017); Nicole Papperell (2010). Agradezco a Alex Fletcher por esta última referencia.

monstruoso juega un papel central, mientras que Dussel, cercano a la teología de la liberación, ha reinterpretado la crítica al fetichismo de la mercancía como una crítica de la idolatría del mercado; a pesar de ser negativa y fragmentaria, la “teología metafórica” de Marx sería, pues, explícitamente anti-fetichista. Estas interpretaciones no son mutuamente excluyentes, como podemos inferir del análisis de Roberts sobre el primer tomo de *El Capital*, donde encuentra tanto imaginaria cristiana como mitología monstruosa provenientes del *Infierno* de Dante; más aún, argumenta que dicho tomo comparte la forma literaria con esta parte de la *Divina Comedia*. El problema de si esta forma de representación afecta la comprensión conceptual y sustantiva de Marx será abordado en el resto de este capítulo (McNally, 2012, pp. 115-116; Dussel, 1993).¹⁸

La más importante interpretación de la filosofía marxiana de la historia desde el punto de vista de la forma literaria, *Metahistoria* de White, diferencia una “gramática” y una “sintaxis” en ella: mientras la primera organiza los datos de la historia en los conceptos de base y superestructura, la segunda trata sobre sus reglas de transformación, y en último término sobre la narrativa utópica de los modos de producción sucesivos que llevan al comunismo. En esta interpretación, la “gramática” de Marx es metonímica, pero su “sintaxis” es sinecdóquica; para la trama esto significa que la primera tiende a ser trágica, mientras que la segunda tiende hacia la comedia. Adicionalmente, las imágenes en cada una implicarían modos de argumentación mecanicista y organicista, respectivamente (1992, pp. 296-297).

En esta investigación hemos argumentado contra el tipo de interpretación que hace *Metahistoria* sobre Marx. En relación con lo que White denomina “gramática”, hemos argumentado que la “base” no actúa mecánicamente sobre la “superestructura” sino que, como un estrato inferior, funciona como condición de posibilidad para la

¹⁸ La crítica de Harvey al texto de Roberts, por ejemplo, acepta la forma de representación de este autor, pero argumenta que ella no influye sobre los contenidos teóricos de *El capital* (Harvey, 3 de octubre de 2017).

segunda. En cuanto al orden de la “sintaxis”, al asumir que la concepción marxiana de la historia ya estaba establecida desde *La ideología alemana*, esto es, alrededor de 1845, White incorrectamente asume una versión destemporalizada y desespacializada de la filosofía de Marx, donde la historia aparece como un continuo (1992, p. 289). En contraste, hemos argumentado aquí que Marx rompió con la narrativa unilineal histórico-universal durante la segunda mitad de la década de 1850.

Debemos, pues, examinar más detalladamente este aspecto para comprender adecuadamente la construcción de los cronotopos marxianos. Volvamos para ello primeramente al análisis de las formas precapitalistas en los *Grundrisse*, en las cuales encontramos “la unidad del trabajo con sus supuestos materiales”, de modo que la persona trabajadora “se comporta con las condiciones objetivas de su trabajo como con su propiedad” (1971 t.1, p. 433). La colectividad tribal es la premisa para la apropiación comunitaria de la tierra y demás condiciones para la subsistencia. En su forma más temprana, hay un equilibrio entre tierra y colectividad, siendo la primera “el gran *laboratorium*, el arsenal, que proporciona tanto el medio de trabajo, como también la sede, la *base* de la entidad comunitaria” (1971 t.1, p. 434).

Aunque Marx construye los cronotopos de los modos de producción principalmente mediante términos abstractos provenientes de la geometría y de la mecánica, usa también metáforas para complementar sus explicaciones. Las metáforas relativas a la infancia y a lo animal son comunes en las caracterizaciones de Marx sobre las formas comunitarias; así, cuando en la introducción a los *Grundrisse* Marx elogia el arte clásico de la Antigüedad griega, este contexto social aparece descrito como una etapa infantil. Por otra parte, la reiteración de términos derivados de *Tier* y *Herde* (como *Herdenwesen*: literalmente “ser de rebaño”, y *Menschenpack*: “manada humana”) indica la cercanía de estas formas sociales con la animalidad. Marx las caracteriza como *unidad* de los humanos entre sí mismos y con la naturaleza, una plenitud que contrasta con el aislamiento requerido y promovido por el capitalismo, en el que quienes trabajan son

privados de su objetividad. El modo de producción capitalista, por el contrario, es metaforizado como un *vaciamiento pleno* y con las connotaciones religiosas de un *sacrificio del objetivo propio frente a un objetivo completamente externo*. La *separación* (*Loslösung*) de las personas trabajadoras frente a la tierra y la propiedad lleva así a la *aglomeración y almacenamiento* (*Anhäufung*, en lugar del término más abstracto, *Akkumulation*) de trabajadores e instrumentos en puntos particulares.¹⁹

Pero no es el capitalismo lo que amenaza el precario equilibrio de estas formas de producción y apropiación. Aunque Marx minimiza sus contradicciones de clase, plantea que el desarrollo de sus fuerzas de producción es el factor que lleva a su *disolución* (*Auflösung*). La disolución es la amenaza permanente de estas formas comunitarias, y como tal aparece una y otra vez bajo formas de verbo y de sustantivo en las páginas dedicadas a las formas que anteceden al capitalismo en los *Grundrisse*. Puesto que la forma asiática sería la más antigua, su unidad sería más fuerte: sus miembros no podrían ser *separados* de la tierra porque están *enraizados* (*festgewachsen*); de nuevo, una metáfora relacionada con la naturaleza aparece como índice temporal de un momento más temprano. La posibilidad de la disolución de la forma comunitaria surge de su propia tendencia hacia la separación (de la agricultura frente a la manufactura; de los individuos frente a la propiedad), y la relación entre amo y siervo es allí el *fermento* de las formas originales de producción y apropiación.²⁰

La construcción retórica que hace Marx de los modos de producción comunitarios se basa en una periodización que siempre las refiere al capitalismo. En la medida en que estos modos de producción son concebidos en oposición con su posteridad (al fin y al cabo desde

¹⁹ Sobre geometría y movimiento, ver arriba, 2.2. En cuanto a términos relacionados con lo animal ver Marx (1971 t. 1, pp. 31-33, 457-58, 457-58); Marx y Engels (1983, pp. 44-45, 396, 404). Sobre la unidad en las sociedades precapitalistas, Marx (1971 t. 1, pp. 452-453). Sobre el “vaciamiento” en el capitalismo, Marx (1971 t. 1, p. 448); Marx y Engels (1983, p. 396). Sobre la separación y el almacenamiento, Marx (1971 t. 1, pp. 475, 470); Marx y Engels (1983, pp. 419, 415).

²⁰ Sobre la “disolución”, Marx (1971 t.1, p. 456); Marx y Engels (1983, p. 403). Sobre el “fermento”, Marx (1971 t. 1, p. 463); Marx y Engels (1983, p. 408).

el inicio se las formula como *formas que anteceden a la producción capitalista*), toda su construcción contiene una narrativa implícita dada por sus tendencias internas. La infancia y la animalidad son metáforas temporales que remiten a etapas anteriores a la adultez y la humanidad, por lo cual tácitamente presentan al capitalismo como una forma más desarrollada: esta metáfora se encuentra en la línea evolucionista en la introducción de los *Grundrisse*, de acuerdo con la cual la anatomía del ser humano explica la del simio.²¹

En un sentido similar, la espacialidad de las formas comunitarias en las *Formen* se basa en la oposición entre unidad y separación, la cual implica que tales formas produzcan una distribución espacial de los recursos igualitaria (o incluso indiferenciada, como en el caso de la forma asiática), en oposición con la desigualdad del capitalismo, donde los procesos de trabajo y la riqueza social se concentran en lugares distintos entre sí. Del mismo modo sucede con las temporalidades de esas comunidades: sus ciclos de reproducción deben repetirse una y otra vez, pues de lo contrario sucumben a la naturaleza o se transforman en formas no comunitarias. La fragilidad de las formas unitarias tiene así características trágicas: su disolución aparece en términos de una *hybris*, un exceso que pone en peligro el equilibrio necesario para su reproducción. Este exceso llega con el desarrollo de los intereses particulares y las relaciones de dominación; con la relación entre amo y siervo los grupos particulares sustituyen la unidad comunitaria y prevalece el *principio de individuación*, tal como Nietzsche (1993) había descrito a propósito de la decadencia de la tragedia antigua.

En cuanto a las metáforas del capitalismo, Dickman observa que en el tomo primero de *El Capital Marx*

se vuelve hacia la mitología griega de los cíclopes para describir máquinas monstruosas, como un gigantesco martillo que ni siquiera Thor hubiera podido empuñar; y a la mitología hindú, para aludir

²¹ Ver arriba, 1.2.

al proletariado aplastado bajo las ruedas de la carroza del Yáganat. Escarba profundamente en las fosas de lo oculto, conjurando vampiros y hombres lobo que chupan la sangre de las personas trabajadoras y devoran sus carnes. Junto a lo oculto encuentra la réplica del alquimista, que convierte el plomo en oro. Emplea la imaginería de los procesos de la naturaleza: el metabolismo del ser humano y del mundo físico; la metamorfosis de la larva en crisálida, que finalmente emerge como mariposa. Están la flora y la fauna de la naturaleza: el cuerpo con sus miembros, órganos y células; la nuez y su cáscara, la araña y su tela, la abeja y su colmena. Hay un mundo de maquinaria, como el reloj con sus engranajes y ruedas. Y el ser humano está sometido por esta misma máquina, consumido por ella; y se transforma él mismo en una máquina para la producción de plusvalía. [...] Nuestro fetichismo de la mercancía es comparado con la creación de un fetiche adorado como dios por alguna antigua tribu. Y finalmente está la metáfora de la guerra, empezando por la lucha de clases que yace en el corazón del capitalismo, entre la clase trabajadora y la capitalista. Hay batallas y ejércitos, disciplina como de barracas; una interminable lista de bajas en la clase trabajadora (12 de noviembre de 2014).

Estas metáforas describen un mundo de destrucción donde la transformación constante es la regla. La destrucción de fuerza de trabajo, de materias primas, incluso de mercancías (por el consumo o por su desperdicio como bienes sin demanda), es correlato de la producción. El capitalismo se muestra así como una fuerza negativa y la producción como un proceso de destrucción: mientras que las metáforas relacionadas con la naturaleza predominan en los fragmentos sobre las formas sociales precapitalistas, el capitalismo aparece asociado con lo monstruoso, especialmente con hombres lobo y muertos vivos, y la alienación aparece como separación y como inversión.²²

²² En cuanto a la producción como destrucción, Jameson (2014). Sobre lo monstruoso en el primer tomo de *El capital*, ver McNally (2012, p. 109). Silva ha argumentado convincentemente que Marx construye estructuras sintácticas mediante la inversión de términos con el objetivo de mostrar la unidad de los opuestos en sus relaciones recíprocas. Así, por ejemplo, el joven Marx indicaba que, dado que el dominio de la

En este último caso, la prosopopeya (la personificación) funciona como la figura literaria que da cuenta del poder de los productos sociales sobre sus hacedores, siendo el fetichismo de la mercancía el más notable ejemplo de esto. Allí, los personajes no solo son simples personificaciones de relaciones económicas, sino que los objetos inanimados parecen desarrollar sus propias ideas e intenciones grotescas (Marx, 2009, pp. 103-104 y 87). El uso de este tropo corresponde, pues, a una postura teórica que critica un mundo en el que las fuerzas impersonales actúan como si fueran sujetos.

La *inversión* misma es un concepto temporal,²³ y dado que el capital no es una cosa sino un proceso, la valorización del valor es descrita a través de imágenes que capturan el paso de la materia desde lo fluido hacia lo sólido: la fuerza de trabajo pasa así de su *estado fluido* original al valor como un *estado coagulado, una masa congelada de trabajo humano*. “Gelatina” (*Gallerte*) y “cristales de esta sustancia social” (*Kristalle dieser ihnen gemeinschaftlichen Substanz*) son otras expresiones con las que Marx describe el valor en *El Capital*, refiriéndose con ello a la producción como un proceso de transformación hacia un estado sólido (Marx, 2009, pp. 62, 47; Marx y Engels, 1962, p. 52)²⁴: los resultados de las relaciones alienadas logran una estabilidad que sin embargo, dada la continua transformación del mundo por el capitalismo, siempre es relativa.

Como hemos indicado en el segundo capítulo, Marx aporta una explicación mucho más temporalizada del capitalismo que de los modos de producción previos. En este sentido, mientras que la estabilidad de los otros modos de producción depende de que su falta de desarrollo evite su disolución, en el primer tomo de *El Capital*,

propiedad privada inicia con la propiedad de la tierra, en el feudalismo tardío era la tierra la que heredaba al primogénito, más que lo inverso (2001, p. 99).

²³ Temporal en sentido de que supone que la situación invertida no es inmediata, sino producto de relaciones sociales. Tales estados invertidos, sin embargo, no se contraponen a estados de plenitud anteriores, sino que se refieren estrictamente a la negación de las posibilidades prácticas humanas. Ver arriba, 1.1.

²⁴ Como explica Leslie, Marx usa la imagen de la cristalización en un sentido químico preciso, desde el cual elabora una analogía entre el mundo social y el químico (Leslie, 2016).

como apunta Jameson, el verbo *extinguir* (*Auslöschen*) describe una condición temporal permanente del capitalismo; la *separación* y la *expansión*, por otro lado, caracterizan su espacio (2014, pp. 93 y 100). Tal como Harvey (1991) provechosamente la ha interpretado, la metáfora de la *aniquilación del espacio por el tiempo* en los *Grundrisse* ilustra la compresión espaciotemporal generada por la tendencia del capital a acelerar sus ciclos de rotación, a la vez que indica el carácter destructivo de la producción capitalista.

Marx construye así el cronotopo del capitalismo a través de lenguaje tanto conceptual como metafórico, presentándolo como una equilibrio inestable y como un campo desigual de fuerzas en el que el capital se concentra y centraliza en cada vez menos propietarios, mientras que son pauperizadas crecientemente mayores números de personas (incluyendo a los capitalistas que pierden frente a capitales de mayor volumen). En sus palabras, “si el capital se dilata aquí, controlado por una mano, hasta convertirse en una gran masa, es porque allí lo pierden muchas manos” (2009, p. 778). Esta imagen se basa en la noción de movimiento, y más allá de su función metafórica (después de todo, “manos” no debe entenderse literalmente) describe un paisaje de distribución desigual de recursos en un espacio geográfico: el capital como un movimiento entre “lugares”, sean estas ciudades (por ejemplo de ciudades industriales a financieras), regiones o países. Estas relaciones de centro y periferia producen un cronotopo desigual y disparejo.²⁵

El capital no se enfoca en la riqueza creciente de los capitalistas exitosos, sino en la miseria creciente de aquellos directa e indirectamente (como la población desempleada) explotados. En el primer

²⁵ Marx también analizó los procesos de desplazamiento que hoy conocemos como “gentrificación” como efectos estructurales de la producción capitalista del espacio: “es evidente que las ‘mejoras’ (*improvements*) urbanísticas que acompañan al progreso de la riqueza y que se llevan a la práctica mediante la demolición de barrios mal edificados, la construcción de palacios para bancos, grandes tiendas, etc., el ensanchamiento de avenidas destinadas al tráfico comercial y a las carrozas de lujo, la introducción de ferrocarriles urbanos, etc., arrojan a los pobres a tugurios cada vez peores y más atestados” (2009, p. 822).

tomo, la transcripción de testimonios de inspectores de fábricas y visitantes médicos sirve como una estrategia de representación en la línea del realismo literario, convirtiendo documentos burocráticos en vívidos testimonios de cómo las tendencias del capitalismo destruyen las condiciones inmediatas de las personas trabajadoras, y especialmente su cuerpos. Tanto las consecuencias de los procesos de trabajo como las condiciones para su reproducción son, por tanto, expuestas en la escala de la experiencia fenoménica y no como meros problemas abstractos; abundan en esas páginas las descripciones de enfermedad, degradación y muerte. Acerca de las consecuencias del capitalismo sobre los trabajadores agrícolas ingleses, Marx cita:

se ha presentado a Sutherland [...] como un condado muy mejorado [...] pero [...] una investigación reciente ha descubierto que aquí, en distritos otrora famosos por sus hombres bien proporcionados y sus valientes soldados, los habitantes han degenerado en una raza magra y raquíta. En los lugares más salubres, en las pendientes de las colinas fronteras al mar, las caras de los niños son tan delgadas y pálidas como solo podrían haberlas en la atmósfera fétida de un callejón londinense (2009, p. 325).²⁶

De este modo, la poética marxiana de los modos de producción no puede reducirse a una operación metonímica, pues esta no puede por sí sola dar cuenta de de la contradicción y del desarrollo desigual que estructuran sus cronotopos. Más aún, incluso si aceptáramos la (equivocada) interpretación mecanicista whiteana de la relación entre base y superestructura, esta relación es secundaria frente a a la lógica de la forma-valor y el mundo que ella produce. Aunque *Metahistoria* contribuye con útiles elementos tropológicos y narratológicos

²⁶ Respecto de las deficientes condiciones de vivienda, Marx de nuevo cita al doctor Simon: “en su grado más alto, ese hacinamiento determina casi necesariamente tal negación de toda delicadeza, una confusión tan asqueante de cuerpos y funciones corporales, tal exposición de desnudez sexual, que más que humano es bestial. Estar sujeto a estas influencias significa una degradación que necesariamente se vuelve más profunda cuanto más continúa su obra” (2009, p. 823).

para el análisis de la teoría social y la historiografía, su explicación de las formas literarias de Marx es deficiente.

La discusión con la interpretación de *El Capital* como un texto irónico, tal y como lo han propuesto Pepperell (2010) y La Capra (1983), es más demandante. La primera, en particular, considera que la única intención de este libro es desnudar las inconsistencias de la economía política burguesa y deconstruir la categoría hegeliana de totalidad (la cual es definida por Pepperell, arbitrariamente, como una metáfora) mediante el recurso de la parodia. Para esta autora, la teoría del valor de Marx es una parodia cuyo argumento este autor no pretende que sea considerado seriamente (2010, p. 79).²⁷

Si esta interpretación estuviera en lo correcto, el objeto de *El Capital* sería solamente la economía política como disciplina, y no el capitalismo. Esto contrasta, empero, con numerosas afirmaciones de Marx acerca de cómo su libro revela el funcionamiento del modo de producción basado en el capital, y pasa por alto las indicaciones epistemológicamente realistas en sus obras sobre economía política. El que Marx haya considerado que el conocimiento en un momento histórico está condicionado por las “limitaciones de las experiencias prácticas disponibles a los miembros de su sociedad” (Pepperell, 2010, p. 90)²⁸ no invalida tal conocimiento, sino que sitúa como producto de determinadas condiciones, una premisa que ya se encontraba en la filosofía de Hegel. Siguiendo esta línea es posible argumentar, contra la interpretación anti-fundacionalista de Pepperell, que la historización misma se basa en una ontología, y que en la economía capitalista el trabajo cumple la función que la praxis tiene más abstractamente en la ontología marxiana del ser social;

²⁷ En contraste, Tomba caracteriza la poética predominante en *El capital* en relación con un efecto de distanciamiento (*Verfremdungseffekt*): “el estilo literario de *El capital*, sus metáforas y sarcasmos, existen en función de un cambio de perspectiva que logra desorientar; convertir en ajeno lo que es familiar” (2013a, p. 122). De modo similar, McNally analiza cómo el concepto de *fetichismo* ironiza el estereotipo sobre las sociedades no europeas, al mostrar la superstición tras el funcionamiento cotidiano de la economía capitalista (2012, pp. 126-27).

²⁸ Sobre el realismo de Marx, ver por ejemplo Marx (1971 t.1, p. 10); también arriba, 2.1.

El Capital no solo explica los contenidos sustantivos del capitalismo, sino que se basa en premisas ontológicas.

En cualquier caso, la topología de la dimensión configurante es solo un elemento preliminar del cronotopo narrativo, cuyas tendencias internas, como parte de la gramática analógica para la explicación de los mecanismos en cuestión, ayuda a caracterizar. La exposición (*Darstellung*) del cronotopo en el nivel configurante requiere de lo episódico para desarrollar una narrativa propiamente historiográfica. Es en lo episódico donde los problemas de periodización y trama, al igual que las relaciones entre lo epistémico, lo político y lo estético, son clarificadas de manera más productiva.

4.3. La trama narrativa como política

Hemos argumentado en el segundo capítulo que la explicación de una forma social existente requiere de la consideración de los variados mecanismos que funcionan en su desarrollo. Aunque los distintos estratos y esferas tienen tendencias observables, la interacción entre ellos (cada uno con sus propios espaciotiempos) produce resultados no predecibles. En la narrativa historiográfica, este carácter contingente de la historia existente necesita por tanto de la dimensión episódica para dar cuenta del desarrollo del proceso. Una explicación narrativa da cuenta, retrospectivamente, de las contingencias de un proceso histórico, a la vez que las relaciona con los mecanismos generativos que permiten explicar dicho desarrollo.

Como indica Jameson, la lucha de clases es el recurso narrativo fundamental de Marx (2010, p. 550). En el análisis de coyunturas específicas, no obstante, este conflicto debe encarnarse en actores empíricos, lo cual en una situación existente implica que tienen otras determinaciones además de aquellas directamente relacionadas con el estrato de las fuerzas y relaciones de producción, por más que estos factores sean determinantes en última instancia. Mientras que en su interpretación de la Comuna de París Marx identifica la lucha

entre burguesía y clase trabajadora bajo la forma del conflicto entre Versalles y París, su análisis de la Guerra Civil de los Estados Unidos está construido a partir de la oposición entre dos fuerzas capitalistas basadas en distintas formas de explotación: trabajo esclavo contra asalariado, Sur contra Norte.

Los actantes colectivos unifican de este modo a grupos sociales heterogéneos. En el contexto de la Secesión estadounidense, “el Sur” abarca para Marx a los esclavistas y a los “*poor whites*”, pero no a los esclavos, mientras que “el Norte” a su vez se refiere a los capitalistas industriales y a la clase trabajadora asalariada. París y Versalles simbolizan espacios dirigidos por clases sociales opuestas, aunque ni una ni otra están solas. Estos actantes, aquí nombrados por sus referentes espaciales, son construcciones metonímicas en la medida en que reducen la pluralidad a una de sus partes: en este caso, a la fuerza social que dirige y al espacio al que pertenecen. Los personajes en la narrativa de la “acumulación primitiva” son más difusos, pero en tanto que este capítulo describe el nacimiento y tribulaciones de la clase trabajadora, constituirían una suerte de relato gótico de horrores para las poblaciones enfrentadas a la desposesión.

La narrativa de Marx depende, luego, de una doble operación trópica: integra los actores sociales mediante la metonimia, pero esta integración solo tiene significado en la medida en que ellos son parte de un conflicto más amplio, en el cual el todo es distinto a la suma de sus partes constituyentes. En *La Guerra Civil en Francia*, su elogio de las independientes y empoderadas mujeres *communardes* va de la mano de su desprecio hacia las *cocottes* y sus protectores, que simbolizaban el viejo mundo defendido por Versalles. El viejo Estado francés aparece como una criatura parásita (2009b, pp. 86-87),²⁹ y de nuevo surge la oposición entre vida y muerte en este texto: la Asamblea

²⁹ Cuando Marx escribe sobre las “heroicas, nobles and dedicadas” mujeres de la Comuna, quienes “dan sus vidas en las barricadas y en los lugares de ejecución” (2009b, p. 97), es imposible no pensar en las *pétroleuses*, las incendiarias que resistieron la ocupación del ejército de Versalles (Thomas, 2007; Linton, 1997; Eichner, 2004). Sobre el Estado como parásito ver Marx (2009b, pp. 71-72).

de los Rurales es “la representación de todo lo muerto de Francia, solo mantenida con apariencia de vida por los sables de los generales de Luis Bonaparte. París, todo verdad, Versalles, todo mentira; y esa mentira era expelida por la boca de Thiers” (2009b, p. 87).

La misma consideración de la sociedad como unidad contradictoria es explicitada en los trabajos de Marx sobre la Guerra Civil estadounidense: a pesar de lo que sus diferencias podrían sugerir, Norte y Sur, advierte, no pueden considerarse como países separados; compiten por los mismos territorios y el único modo en el que cada uno de ellos podría sobrevivir es derrotando al otro (1973b, p. 73), lo cual inevitablemente los unía y hacía imposible la simple separación como solución a su conflicto. Como en su narrativa sobre la Comuna, los análisis de Marx sobre la Guerra estadounidense definen su cronotopo en relación con la forma-Estado, si bien en referencia constante al mercado mundial. El cronotopo abstracto del modo de producción capitalista es la premisa de estas explicaciones, y sobre él se desarrollan las características espaciotemporales de cada caso. Configuraciones espaciales de centro y periferia, por ejemplo, son comunes a ambos casos, pero ahora aparecen como condiciones históricas concretas que configuran el desarrollo (episódico) de la coyuntura.³⁰

Por su parte, aunque el cronotopo de la “acumulación originaria” es precisamente el mercado mundial, el relato del capítulo XXIV de *El Capital* se enfoca en las consecuencias de esta expansión para el territorio británico. El Estado inglés medieval es un actor central en este proceso, a través de las acciones de distintos reyes sucesivos que legislaron para desposeer a los productores de su tierra. Las metáforas que Marx utiliza aquí no son solo monstruosas sino brutales; la historia de esta expropiación, indica, “ha sido grabada en los anales

³⁰ Así, el nivel de la formación social se explica por la dimensión configurante, mientras que la coyuntura lo hace por la episódica. Aunque pertenecen a distintos niveles de abstracción, tanto el modo de producción como la formación social funcionan de manera sincrónica; esto es, estos últimos operarían sobre la base de mecanismos que siguen ciertas reglas, mientras que la dimensión episódica da cuenta de los cambios en tales mecanismos.

de la humanidad con trazos de sangre y fuego” (2009, p. 894). En esta tónica, el relato hace eco de numerosos testimonios que abundan en detalles sobre las consecuencias de este proceso cruel de esclavización, saqueo, asesinato y tortura sobre los cuerpos de los expropiados en Gran Bretaña y en el resto del mundo. Además, Marx ironiza a menudo citando lugares comunes humanitarios y religiosos burgueses sobre el capitalismo y sus orígenes.³¹

El recuento de los orígenes del capitalismo está estructurado por la explicación de los distintos procesos y actores que llevaron a la consolidación de ese modo de producción en Inglaterra y el noroeste de Europa. A diferencia de textos como *Las luchas de clase en Francia* y *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, que mantenían una narrativa lineal, la sección sobre la “acumulación originaria” procede separando cada uno de los procesos, cada uno con distintas determinaciones espaciotemporales, pero protagonizada por fuerzas europeas occidentales, que revelan “el secreto de la acumulación originaria”, que es precisamente el nombre del primer apartado del capítulo. Aunque la explicación se enfoca en el capitalismo inglés como resultado final, la diferencialidad del recuento sugiere otras vías para el capitalismo periférico (como en el continente americano y las colonias del sudeste asiático) también: es una narrativa multilineal, posiblemente la explicación más compleja de un proceso existente elaborada por Marx.

Narrativamente, *La Guerra Civil en Francia* sigue un orden episódico más lineal, en el que la primera sección explica el contexto político inmediato tras la Guerra Franco-Prusiana, que define a los personajes tanto colectivos como individuales (con varias páginas dedicadas a Thiers, particularmente), mientras que la segunda se refiere al alzamiento de París contra la Asamblea Nacional. La tercera, a su vez, hace un breve *flashback* en la historia política francesa, para explicar los cambios puestos en marcha por la Comuna. La cuarta cierra el

³¹ Por ejemplo, al describir la devastación y el despoblamiento de Java llevada a cabo por los holandeses, Marx concluye: “¡He aquí el *doux commerce!* [dulce comercio]” Marx, *El capital* tomo 1, 941.

relato, sacando conclusiones de la derrota de las fuerzas parisinas, especialmente por el ejército prusiano: como un relato de pequeña escala, el papel de esta armada extranjera en un momento crítico es el elemento decisivo en el resultado de este conflicto. Los párrafos de cierre, referidos a la solidaridad de la Asociación Internacional de Trabajadores con la Comuna y al apoyo de otros gobiernos europeos hacia la contrarrevolución de Thiers, proyectan la oposición entre París y Versalles como una sinécdoque para toda Europa.

Por otro lado, al haber aparecido los escritos de Marx y Engels sobre la Guerra Civil de los Estados Unidos en el transcurso de la propia guerra, y al haber sido publicados en distintos periódicos durante 1861 y 1862, el corpus sobre este tema nunca fue unificado por estos autores en una sola edición. Aún así, todos ellos se enmarcan en una narrativa coherente, en la que algunos artículos tienen un carácter más estructural, de larga duración (narrativamente configurantes), y sirven como columna dorsal para los otros, enfocados en temas más específicos, como la escasez de algodón, o acontecimientos electorales y militares. Así, los artículos de Marx del 25 de octubre y el 7 de noviembre de 1861 en *Die Presse* plantean el cronotopo configurante desde el cual él y Engels desarrollan otras narrativas relacionadas con este tema (Marx y Engels, 1973b, pp. 39-58 y 87-102). Las premisas de esta narrativa prefiguran su desenlace (el cual no había llegado para cuando estos artículos fueron escritos), aún cuando los acontecimientos militares para entonces auguraban lo contrario; según Marx las mismas condiciones que produjeron la guerra mucho antes de que empezara serían las que llevarían al triunfo del Norte.

De este modo, en la construcción marxiana de la dimensión configurante de los cronotopos la sinécdoque y la metonimia son mutuamente necesarias, pero no en el sentido indicado por White: la “gramática” metonímica no es, de acuerdo con nuestras consideraciones, una fase de una “sintaxis” sinecdóquica que articule los modos de producción uno tras el otro (1992, p. 296). Esta unidad de opuestos en la historiografía coincide con lo que Jameson, inspirado en Aristóteles, ha caracterizado como *destino*, el cual lleva al reconocimiento del

Otro: el momento de la toma de partido en esta narrativa antagónica, la cual es funcional para la confrontación política. La tercera figura abordada por este teórico estadounidense, la de lo *Absoluto*, se refiere a la experiencia histórica como totalización de la Historia en cuanto sistema y acontecimiento, lo cual en términos narrativos conlleva el problema de la construcción de la totalización del cronotopo. Sobre este aspecto, la experiencia de la globalización es el principal referente en el ensayo de Jameson (2010, pp. 231-234).

En estos términos, la diversidad de las decisiones narrativas de Marx puede entenderse por esta toma de partido, la cual hace explícita la posición del sujeto en medio del por lo demás aparentemente impersonal análisis teórico de la coyuntura.³² Una parte significativa de la forma narrativa depende de la delimitación de los espaciotiempos del relato: incluso en la forma del cuento de hadas, por ejemplo, la fórmula “y vivieron felices para siempre” reprime la necesidad de la eventual muerte de los personajes, cerrando la narración antes de que llegue ese final existencial.³³ Por ello es útil traer a colación la afirmación de Jameson, según la cual las periodizaciones son “elecciones representacionales que no pueden ser ni probadas ni falseadas, que corresponden a puntos de inicio en el vacío, sin presuposiciones, o, en otras palabras, que pueden ser falsos pero no verdaderos, y que

³² La diferenciación de Bourdieu entre posición, disposición y toma de posición es aquí especialmente útil: cada sujeto (en tanto que *habitus*) ocupa una posición en su campo social, pero a través de sus prácticas puede asumir distintas opciones respecto de las contradicciones en dicho campo. El *habitus* tiene una *disposición* inicial hacia ciertas actitudes y prácticas, pero eventualmente puede distanciarse de ellas (2005, pp. 342-347).

³³ Se puede ejemplificar esta importancia de la delimitación en la narrativa con una anécdota de Žižek sobre la censura de películas religiosas en la antigua Yugoslavia. Según indica, al extraer algunas referencias de Cristo en *Ben Hur* y terminar la película poco después del triunfo del protagonista en el Coliseo, el censor cambió totalmente –para mejor– el significado de la película: “aunque sin duda no tenía la menor idea de la visión existencialista, él [el censor] convirtió una obra de propaganda cristiana más bien insípida en un drama existencial sobre la inutilidad profunda de nuestros logros, sobre cómo estamos completamente solitarios en la hora de nuestro máximo triunfo. ¿Y cómo lo logró? No añadió nada: consiguió el efecto de ‘profundidad’, de una visión existencial profunda, simplemente *mutilando* la obra, privándola de sus partes cruciales” (1994, pp. 127-128).

solamente pueden ser motivados políticamente, pero no por los ‘hechos’” (2014, p. 76).

La fortuna de las clases oprimidas define el tono y estilo de las narrativas de Marx. Así, a pesar de la sangrienta represión por parte de las fuerzas reaccionarias contra la Comuna, Marx sugiere que el conflicto entre lo Viejo y lo Nuevo proseguirá, y que el socialismo eventualmente será capaz de superar esta contradicción; con ello, evita que su narrativa cierre de un modo trágico. Ciertamente, los mismos acontecimientos descritos de modo distinto pueden servir como base para otras formas narrativas, por ejemplo describiendo el surgimiento y caída de la Comuna mediante una forma cómica, donde un orden originario es restaurado tras una disrupción transitoria. Eventualmente, un cambio de escala en la periodización permitiría un *happy ending* para cualquiera de las dos narrativas contrapuestas: en la escala corta, la restauración del orden anterior a la Comuna es un triunfo para la burguesía, pero en una mayor escala, al considerar la posible expropiación de los expropiadores como una reapropiación comunitaria, el *happy ending* sería para la clase proletaria. Con todo, se puede argumentar que Marx formula esta posibilidad no solo porque tiene los recursos narrativos para ello, sino porque según su planteamiento, los mecanismos que generan la lucha de clases no han dejado de funcionar, y por tanto la masacre de los *communards* no marca el fin del conflicto político en Europa, a pesar de constituir un importante episodio de este. La teoría fija límites a la narrativa histórica, la cual por tanto no está exclusivamente determinada por el punto de vista político del narrador.

Puesto que la historiografía siempre es una *historia de...* (de una ciudad, un individuo, una clase social, una institución, etc.), su periodización depende del desarrollo concreto del objeto historiográfico –lo que Danto (2007) llama, indistintamente, *totalidad temporal* o *estructura temporal*– cuyo relato elabora.³⁴ Contra la epistemología

³⁴ “Cualquier término que pueda ser tomado con sentido como un valor para x en la expresión ‘la historia de x ’ designa una estructura temporal. Nuestro criterio para

althusseriana que subyace en la apreciación de Jameson sobre la periodización, una perspectiva marxiana realista no dependería de la constitución *a priori* de un objeto teórico (en una falsa oposición con la mera *recepción* de un objeto historiográfico), sino que buscaría los mecanismos funcionando en las esferas específicas del objeto y sus relaciones con la formación social en la que existe.³⁵ De otro modo, las periodizaciones de Marx en *El Dieciocho Brumario* y *La Guerra Civil en Francia*, que no se basan directamente en el desarrollo de las fuerzas productivas sino en las cambiantes relaciones de poder en el Estado y la política, tendrían que ser consideradas como simples formulaciones polémicas, y no como explicaciones de procesos existentes, y consecuentemente no tendrían ninguna relación con la teoría de la historia o del capitalismo en particular.

No obstante, un objeto historiográfico específico puede ser periodizado de diferentes modos, de acuerdo con el aspecto que la explicación narrativa quiera enfatizar. Por ejemplo, el recuento de una ciudad variará dependiendo de si el interés principal está centrado en su aspecto arquitectónico, económico, político o demográfico. La *recepción* de la referencia es el primer momento en la construcción metodológica del objeto, y no solo debe sintetizar sus determinaciones internas y diversos mecanismos, sino también su relación con la totalización social en la cual se desarrolla: en la historiografía marxiana el objeto siempre se remite a su funcionamiento en el modo

identificar *a*, si *a* es un valor de *x*, determina cuáles acontecimientos habrán de ser mencionados en nuestra historia” (Danto, 2007, p. 167; ver también 248).

³⁵La tesis arriba citada de Jameson sigue a Balibar en *Para leer El capital*, según quien “la determinación de los objetos de estas historias está supeditada a la determinación de las instancias relativamente autónomas de la formación social, y a la producción de los conceptos que en cada oportunidad las definen por la estructura de una *combinación*, de la misma manera que el modo de producción. Es de prever que esta definición será siempre una definición también *polémica*, es decir, que solo podrá constituir su objeto destruyendo clasificaciones o cortes ideológicos, que se basan en la evidencia del ‘hecho’” (en Althusser y Balibar, 2004, p. 274). Sobre el *apriorismo* teórico, ver también Balibar (2009b, p. 272).

de producción.³⁶ En cualquier caso, el problema de la referencia no es simplemente ideológico; una teoría que no puede dar cuenta de lo empírico (esto es, relacionarlo con sus respectivas categorías) no puede ser considerada una aproximación científica. Un objeto historiográfico consiste por tanto en varias formas distintas interrelacionadas, cuya aprehensión contribuye a hacerlo más concreto y a explicarlo mejor. Cuando Marx se ocupa de París en *La Guerra Civil en Francia*, lo hace prioritariamente desde el punto de vista de los mecanismos políticos que funcionan en esa coyuntura, y esta perspectiva es la que guía la narrativa, marcando sus puntos de giro definitorios y limitando las formas posibles que el relato pueda asumir.

En cuanto operación espaciotemporal, la periodización se refiere a las transformaciones del espaciotiempo narrativo mediante una secuencia narrativa: más allá del cronotopo configurante hay un cronotopo episódico que da cuenta de la narrativa como un todo. Tal cronotopo episódico establece las condiciones para la trama, al determinar no solamente las condiciones espaciotemporales de la narración (tal como las definen los modelos de explicación espaciotemporales), sino además sus delimitaciones. En una narración, el cronotopo configurante puede pasar por una o varias transformaciones, o por ninguna, pero siempre hay un cronotopo episódico en tanto que haya en el relato una delimitación espaciotemporal.

En este sentido, la periodización de los conflictos militares en Estados Unidos y París podría parecer evidente si diéramos por descontado que los inicios y los finales respectivos de las hostilidades abiertas entre las partes contendientes coincidían con los inicios y los finales de los relatos. Pero las condiciones para el surgimiento de estas guerras son, por supuesto, anteriores a ellas (y en el caso de la Comuna, el conflicto social sustantivo no se resolvió con la guerra), y por tanto Marx extiende sus respectivos cronotopos más allá de los

³⁶ Esto es también cierto en cuanto a los objetos de larga duración que trascienden más de un modo de producción, como cuando Marx esbozó las historias de formas “antediluvianas” como el dinero y el capital comercial, en el tomo 3 de *El capital*.

acontecimientos narrados. El recuento de este autor sobre la Guerra de Secesión inicia con el ataque a Fort Sumter, cerca de Charleston, en 1861; sin embargo, el cronotopo configurante que enmarca el conflicto se remonta hasta la distribución en 1787 de los estados dedicados a la esclavitud, y a las negociaciones al respecto en 1820, 1854 y 1859 (Marx y Engels, 1973b, pp. 45). Las luchas constantes entre los dos bloques de estados por la apropiación y formación de nuevos estados (contradicción que Marx explicó)³⁷ conforman el cronotopo por el cual este teórico explicó narrativamente tal guerra. De este modo, el cronotopo periodiza, pero no se limita a los acontecimientos que explica, sino que también incluye a los que permiten la explicación.

Los cronotopos de Marx siempre se estructuran a partir de un conflicto, con relaciones sociales que generan desarrollo desigual: París frente al resto de Francia tras la guerra con Prusia, y Norte contra Sur en los Estados Unidos tras la elección de Lincoln, configuran los cronotopos en los relatos respectivos, con la acumulación de capital como trasfondo último de estos procesos. Por su parte, el cronotopo de la “acumulación primitiva”, delimitado por la expansión del mercado mundial entre los siglos XIII y XVIII, es reconfigurado mediante la descripción de la violencia desplazada para separar a la población trabajadora de sus medios de subsistencia, narrando con ello los orígenes del cronotopo del capitalismo. Al final de este capítulo de *El Capital*, el cronotopo configurante original ha sufrido, por efecto de la lucha de clases, una transformación. Así, Marx construye los cronotopos para explicar los mecanismos tras los objetos historiográficos, que en este caso son coyunturas.

Tras subrayar el componente epistemológico de la narración historiográfica (contra la afirmación jamesoniana de que la narración es un problema representacional independiente de sus aspectos cognitivos), es imperativo indicar, siguiendo el argumento de Jameson sobre el papel del *Otro* en la narratividad, que la toma de partido es un componente necesario de la narrativa, y que esto es inevitable

³⁷ Véase arriba, 2.3.

debido al objeto de la historiografía: las sociedades fracturadas no pueden ser descritas desde un lugar neutral, puesto que como ha expuesto Horkheimer, su conceptualización siempre asume una posición dentro del campo que busca explicar (2003, pp. 223-271).³⁸ La parcialidad es por tanto inevitable, tanto por el carácter inherentemente político de la teoría social (como indicábamos respecto de la relación entre lo conceptual y lo no-conceptual en la figura 2.1), como por la misma naturaleza de la narratividad: mientras que la conceptualización abstracta puede esconder con dificultad sus tomas de partido, la narración del todo no puede hacerlo.

La explicación social, que en la historiografía requiere de una forma narrativa, depende de una posición de sujeto hacia la formación social de la que busca dar cuenta.³⁹ En este sentido, el proyecto de Marx y Engels de un socialismo científico supone que la acción puede inferirse del análisis: la interpretación del mundo debe ser el fundamento para su transformación, como afirma la famosa onceava tesis sobre Feuerbach. El concepto de *crítica explicativa*, que mantiene la posibilidad de unidad entre hechos y valores en la investigación social, se encuentra en la base de la epistemología marxiana.⁴⁰ El ca-

³⁸ De modo similar, Sayer afirma que “el realismo no necesita ningún tipo de negación de influencias ‘subjetivas’, puntos de vista o contexto social del investigador. Por el contrario, necesita que examinemos esos puntos de vista para prevenirnos de formas de proyección y selección que puedan representar inadecuadamente nuestros objetos. La ciencia social realista necesita reflexividad” (2000, p. 53).

³⁹ En un artículo de fines de los setenta, Jameson argumentaba que una hermenéutica propiamente marxista debería abordar la historia como una confrontación entre dos formas sociales o modos de producción distintos (el de la persona historiadora y el de su objeto de estudio). Aunque indica que no se debe menospreciar el carácter individual al interpretar un artefacto cultural o temporalmente lejano, pasa por alto la *mediación de clase* en esta relación, oponiendo así dos modos de producción como si cada una fuera una unidad monolítica. Adicionalmente, el rechazo de Jameson del concepto de *formación social* debilita la posibilidad de abordar de un modo concreto e historizado los artefactos ajenos al contexto de quien los investiga (2008b, pp. 451-482; especialmente pp. 475-480). Como argumentaremos más adelante, el mismo Jameson aporta, mediante su crítica del formalismo de White, una mejor explicación de la producción de narrativas.

⁴⁰ “Los valores juegan un papel no solo en la elección de los problemas por investigar, sino además en la adopción de estrategias que especifican los tipos de teorías por

rácter histórico de la historiografía como discurso social (esto es, su condición como producto de la praxis humana en una formación social concreta) la plantea como un problema no solo cognitivo y estético, sino políticamente situado. Para Marx, la explicación narrativa es por tanto necesariamente una crítica explicativa.

El tratamiento de Marx sobre la llamada “acumulación originaria” sirve como ejemplo de esta crítica explicativa. Su mismo nombre es una alusión irónica, e incluso sarcástica, a la teoría de Adam Smith sobre los orígenes del capitalismo, la cual es sustituida por Marx por otra explicación que, basada en una amplia variedad de fuentes, muestra la barbarie que fue necesaria para que surgiera el modo de producción basado en el capital; es una explicación narrativa que se hace posible al asumir el punto de vista de los desposeídos. La explicación de los costos humanos generados por los mecanismos de acumulación de capital es posible, pues, al aproximarse a la totalidad social desde su lado subalterno; es, pues, una crítica formulada desde la perspectiva de quienes han sido perjudicados por esos procesos de desposesión.

En tanto que discurso socialmente producido (esto es, como forma de praxis), los tropos y la trama en una narración historiográfica están condicionados por la toma de partido implícita en el cronotopo. La narración no es un acto ni simplemente lógico ni meramente estético: es producido por un sujeto, y por tanto implica una clausura ideológica.⁴¹ La crítica historizada de Jameson al formalismo narrativo de White, siguiendo un estudio de caso de Greimas, argumenta la necesidad de considerar las condiciones sociales subyacentes en la enunciación de las narraciones: aunque existen diferentes posibilidades lógicas en la enunciación de un discurso, sus posibilidades

seguir, los tipos de conceptos por emplear, los tipos de posibilidades que serán capaces de identificar, y los diversos aspectos metodológicos en cuanto a la obtención de evidencia relevante” (Lacey, 2007, p. 199).

⁴¹ Considerada como praxis, la explicación científico-social siempre presupone elementos tanto valorativos como cognitivos. En este sentido, cuando se la aborda desde una perspectiva dialéctica, la discusión acerca de si los valores pueden o no ser inferidos de los hechos es redundante: no es un problema de lógica, sino de la pragmática del discurso (Edgley, 1998; y Bhaskar, 1998)

reales están limitadas por la posición social de su enunciante. En este sentido, indica que “lo que falta [en el método de White] es el mecanismo de selección histórica –la situación infraestructuralmente limitante– que define, entre todas las posibilidades *lógicas*, cuáles de ellas no pueden llegar a formularse en esa coyuntura histórica determinante” (Jameson, 2008a, p. 168).⁴²

Efectivamente, el *Dieciocho Brumario* utiliza numerosos recursos satíricos, y *La Guerra Civil en Francia* mantiene un tono épico. En ambos casos, la coyuntura se explica mediante los mecanismos pertinentes, pero las narraciones tienen diferentes formas debido a que el lugar del narrador excluye algunas de las tramas posibles para los acontecimientos narrados. Un narrador socialista puede relatar una revolución fallida como una tragedia o como un relato de formación (un *Bildungsroman*), pero su perspectiva política haría difícil, si no imposible, tramar tal tema bajo la forma de una comedia, excepto si fuera de modo satírico, lo cual no es propiamente un modo cómico. Aún así, la sátira hubiera sido una elección de trama muy extraña para narrar un proceso como el de la Comuna de París, que terminó con la masacre de miles de personas trabajadoras. Lejos de esto, la apertura cronotópica (teóricamente fundamentada) hacia el futuro posible de una clase trabajadora triunfante evita que la narración de esta experiencia política termine con un mensaje pesimista.

La operación cronotópica que hace posibles ciertas tramas depende así en la explicación de los mecanismos que funcionan en el objeto historiográfico analizado, pero es también una intervención política por derecho propio. Las temporalizaciones, como ha planteado Osborne, abren diferentes posibilidades políticas⁴³ y, específicamente en el caso de la historiografía, el cronotopo abre la posibilidad de la apropiación de las experiencias históricas desde diferentes

⁴² Así, por ejemplo, Greimas analiza un cuento popular en el cual, *según la lógica* del relato, un mismo actante podría haber fungido como sacerdote y como padre de familia, pero esta variante no se hizo *existente* (más allá de su *realidad* lógica) debido al mandato de celibato sacerdotal en el contexto católico.

⁴³ Ver arriba, Introducción. También, Kathleen Davis (2008).

posiciones sociales en lucha (2010, pp. 200-201). Luego, la explicación narrativa siempre supone una toma de partido en la lucha por la memoria social, en la cual los recursos de espaciotemporalización narrativos son esenciales.

El análisis materialista de las narraciones historiográficas debe, por tanto, dar cuenta de esta imbricación de lo cognitivo, lo político y lo estético, aspectos articulados por el cronotopo. La narratividad así completa el papel de la exposición (sincrónica) en la dialéctica de Marx, al ocuparse de la historia existente; no puede haber explicación de un sistema abierto sin dar cuenta de la contingencia inherente en la complejidad de la interacción de mecanismos en una formación social específica. Esta es la razón por la cual Marx señala que “la reflexión en torno a las formas de vida humana, y por consiguiente el análisis científico de las mismas, toma un camino opuesto al seguido por el desarrollo real. Comienza *post festum* y, por ende, disponiendo ya de los resultados últimos del proceso de desarrollo” (2009, p. 92).⁴⁴

Epílogo

En su prólogo a *Las luchas de clases en Francia*, Grüner ha indicado cómo “en este Marx intensamente *narrativo*, con su estilo elegante y al mismo tiempo implacablemente irónico por momentos, está toda la potencia teórica y reflexiva de *El Capital* o de los *Grundrisse*, pero además la seducción irresistible del gran escritor” (2005, p. 4; cursivas en el original).

En efecto, los escritos de Marx sobre procesos históricos demuestran que aunque la explicación estructural y la narración son distintas entre sí, no son mutuamente excluyentes, como supusieron historiadores y filósofos de la historia durante el siglo XX. Por el

⁴⁴ De allí que, como apunta Jameson, en el marxismo “el concepto de necesidad histórica y de inevitabilidad es [...] operativo exclusivamente *después del hecho*” (1971, p. 361).

contrario, la narrativa es el medio necesario para aprehender las transformaciones de los diversos mecanismos sociales y sus interacciones en espacio y tiempo; las metáforas y demás tropos son parte sustancial de la formulación de teorías científicas, tal como lo es, adicionalmente, la forma literaria respecto de la explicación de los contextos históricos. La dilucidación de cada mecanismo es problema de la exposición, pero su desarrollo en una formación social existente es asunto de narratividad; *la narración completa a la exposición*. En este sentido, la consideración de los niveles de abstracción en Marx deja en claro que, en la historiografía, la narrativa no sustituye a la explicación, pero puede ser, como en el caso de los estudios de Marx, un tipo de explicación basado en varias sincronías: la narración explicativa de una coyuntura.

Frente al giro lingüístico en la filosofía de la historia, que elevó los tropos y la trama prácticamente al lugar de único elemento significativo del *discurso* histórico (concepto que desplazaba al de *conocimiento* histórico), una explicación narrativa debería antes que nada dar cuenta de los mecanismos reales y sus transformaciones en el seno de una formación social. La narrativa historiográfica tendría que mostrar cómo la combinación jerarquizada de los diversos mecanismos lleva a consecuencias particulares. Con todo, más allá de esta consideración epistemológica, los contenidos de las fuentes no pueden, debido a razones pragmáticas, ser simplemente acomodados en *cualquier* forma narrativa *preasumida*: la forma literaria tiene sus propios mecanismos políticos que establecen las reglas de su uso por parte de los actores sociales de acuerdo con sus lugares de sujeto.

Y sin embargo, como sostiene Tomba en el fragmento citado al inicio de este capítulo, la complejidad de las relaciones entre las posiciones de sujeto no pueden ser entendidas mediante la mera yuxtaposición de sus puntos de vista sin un orden preciamente proyectado. Guha, por ejemplo, aboga por romper con la coherencia y linealidad que estima son inherentes en la narratividad, de la cual afirma que “dicta lo que debe incluirse en la historia y lo que hay que dejar fuera de ella” (2002a, p. 31). La disrupción y el “enmarañamiento de la

trama” son el modo por el cual una nueva historiografía se volvería polifónica, aunque sea difícil de predecir la forma exacta resultante de este desorden. Consecuentemente, encontrar un orden en este supuesto caos implicaría recaer en “el régimen de la narratología burguesa” (2002a, pp. 31-31) cuya principal narrativa es la de la unilinealidad del desarrollo histórico y el progreso eurocéntrico.

Una aproximación de este tipo, meramente negativa o más aún, nihilista, no solamente yerra por reducir la narratividad a la unilinealidad, sino que además, al desechar el criterio de coherencia en el discurso, no permite explicar la complejidad y contradicciones de su objeto. Más aún, depende de una concepción problemática de la historia, que asume como su modelo a la memoria (Osborne, 2013, pp. 190-196). Jameson interpreta posiciones similares a esta en términos políticos:

sospecho en realidad que hay solo un número finito de posibilidades interpretativas en una situación textual dada, y que el programa al que se apegan más apasionadamente las diversas ideologías contemporáneas del pluralismo es profundamente negativo: a saber, impedir esa articulación y totalización sistemáticas de los resultados interpretativos que no puede llevar sino a embarazosas preguntas sobre la relación entre ellos y en particular sobre el lugar de la historia y el fundamento último de la producción narrativa y textual (1989, p. 27).

Este número finito de opciones interpretativas está limitado, como mencionamos, por las formas narrativas disponibles para cada posición de sujeto respecto de las contradicciones en una formación social determinada. El cronotopo abarca la periodización, pero va más allá de ella: mediante sus dimensiones configurante y episódica, articula lo epistemológico, lo político y lo estético en la historiografía, haciendo explícitos mediante tropos y trama la toma de partido que las teorías sociales tienden a mantener implícitas.

Marx no desarrolló a fondo en su historiografía las implicaciones de su teoría de la historia. No obstante, puesto que la exposición debe hacer inteligible el funcionamiento de la totalización social, se hace claro que es necesario un cronotopo construido sobre la

contradicción para explicar la dinámica espaciotemporal de sociedades contradictorias. Más aún, ya que el concepto de historia implica la integración de la multiplicidad de experiencias humanas en una sola narrativa, es argumentable que una narrativa totalizante es la forma literaria necesaria para la forma social totalizante por excelencia: el capitalismo. En este sentido, la narración marxiana sobre la “acumulación originaria” y las que tratan sobre los efectos de la Guerra de Secesión a nivel mundial son ejemplos de que la narración puede basarse en diferentes subtramas y dirigirlas de modo multilineal. Muestran, pues, que la narrativa puede ser el medio para la explicación de la complejidad de relaciones entre procesos de diferentes espaciotemporalidades, a la vez que reconoce su propia toma de posición respecto de ellos.

Conclusiones

Hacia una política de la totalización espaciotemporal

Si asistimos ahora en nuestro movimiento a un estancamiento teórico, no es en manera alguna porque la teoría de Marx [...] no pueda desarrollarse, ni porque ha “envejecido”, sino, por el contrario, porque hemos tomado del arsenal marxista las armas intelectuales más importantes de las cuales hemos tenido necesidad hasta hoy, sin por eso agotarlo. No hemos “sobrepasado” a Marx en el curso de nuestra lucha práctica [...]. No sólo Marx ha producido lo suficiente para nuestras necesidades, sino que nuestras necesidades no han sido todavía lo suficientemente grandes para la utilización de todos los pensamientos marxianos.

Rosa Luxemburgo (en Aricó, 2009, pp. 88-89).

¡Historicemos siempre!

Fredric Jameson, *Documentos de cultura. Documentos de barbarie* (1989, p. 11).

Nuestro análisis de la obra de Marx ha mostrado, en el espíritu del epígrafe de Luxemburgo, que las posibilidades explicativas abiertas por la concepción de la historia de Marx están aún lejos de agotarse. Conceptos y aproximaciones política y científicamente fructíferos surgen de la lectura tanto de sus escritos teóricos como de los coyunturales, si bien a menudo Marx no desarrolló en profundidad los aspectos metodológicos de estos y sus implicaciones. La caracterización

de Vilar acerca de la investigación histórica basada en la concepción marxiana como un proyecto en proceso –una *historia en construcción* (1983, pp. 174-228)– es, por tanto, aún precisa: en la medida en que su obra es leída y adaptada de acuerdo con las diversas y cambiantes circunstancias históricas, la exactitud de sus conceptos y el alcance general de su teoría siguen creciendo.

En este sentido, la expansión del mercado capitalista a partir de la década de 1990, comúnmente conocida como “globalización”, hacen necesaria la consideración y desarrollo de las categorías marxianas de espacio social y tiempo social –que no son solamente indicadores formales, sino elementos determinantes en el desarrollo de las formas históricas– para dar cuenta de sus procesos complejos y multilineales. Su elaboración por parte de autores marxistas y post-marxistas recientes, considerados en el primer capítulo, responde así a la necesidad de dar cuenta de las complejidades de esta reconfiguración del sistema-mundo. Pero, más allá de este contexto específico, en tanto que la unidad de la experiencia humana requiere de categorías transhistóricas, espacio y tiempo sociales contribuyen a la elucidación del desarrollo de otras formaciones sociales.

Hemos argumentado a favor de una lectura realista de Marx –una perspectiva necesaria en tiempos en los que el campo intelectual (usualmente antimarxista) de la filosofía de la historia tiene escasa relevancia para la investigación social e histórica–¹ examinando sus contribuciones a los diferentes momentos del conocimiento histórico: la ontología de la historia y las fases epistemológicas de la teoría, el archivo y la presentación.² En tanto que formas mediante

¹ Irónicamente, filósofos de la historia como Carr y Ankersmit han seguido recientemente descalificando a la dialéctica y a la filosofía de la historia de Marx siguiendo los estereotipos de Guerra Fría de autores como Walsh y Mink (Ankersmit, 2012, pp. 14-16; Carr, 2014, pp. 103-104).

² Según Haldon, “el materialismo histórico, aunque enmarcado en el terreno filosófico de una epistemología materialista realista, es en sí misma menos una filosofía que una teoría empírica” (1993b, p. 26). No obstante, resulta engañoso afirmar la primacía de esta “teoría empírica”, dado el entramado ontológico que subyace a las fases epistemológicas, como indicamos en el primer capítulo.

las cuales el mundo es organizado, espacio y tiempo sociales atraviesan cada uno de estos momentos. En el nivel más abstracto, el de la ontología de la historia y del ser social, tales formas son producto de las combinaciones de las praxis individuales, y son explicadas a través de mecanismos generativos en diferentes estratos y esferas de la vida social. El método de totalización de Marx basado en formas sociales (en lugar de etapas) fue bosquejado en los *Grundrisse*, pero fue desarrollado y consolidado a través de sus aproximaciones teóricas y políticas a las sociedades no europeas occidentales, que en último término llevaron a su visión de una “vía rusa” al socialismo sin un desarrollo capitalista previo. Por el otro lado, los conceptos de “sub-sunción” y “trabajo abstracto”, elaborados en la década de 1860, son centrales para su explicación de la expansión histórica del capital, y son teóricamente necesarios para relacionar los diversos espacios y tiempos en este proceso de desarrollo desigual y combinado.

Esta ontología de una historia multilineal nos permite, entonces, dar cuenta de las diversas formas humanas de organización a través de la teoría de la historia –partiendo, por supuesto, de que se estudie a esas formas en su especificidad. Este abordaje supone la interacción entre diferentes niveles de abstracción y concreitud, donde los mecanismos reales son abstraídos de los fenómenos sociales, pero luego explican a estos últimos concretamente a través de conceptos y modelos construidos en este proceso de abstracción. Tales mecanismos tienen tendencias espaciotemporales –que pueden sintetizarse en modelos espaciotemporales– cuya consideración es necesaria para explicar la organización particular de las formaciones sociales existentes. En la conceptualización de Marx sobre los modos de producción se encuentran elementos para estos modelos, los cuales hacen posibles explicaciones más precisas de las actividades y transformaciones en cada una de las correspondientes formaciones sociales.

La diferencia ontológica entre modo de producción y formación social, por tanto, nos permite comprender las relaciones entre los niveles de abstracción en una totalización. El modo de producción

es abstracto pero *real*, mientras que la formación social es *existente* además de real: esta es más concreta, con más determinaciones de las cuales dar cuenta. Epistemológicamente, en la medida en que los modos de producción –en cuanto mecanismos– son sistemas cerrados, sus resultados son necesarios, pero en tanto que las formaciones sociales –en cuanto sistemas abiertos– se desarrollan en relación con otros mecanismos, siempre hay cierto nivel de contingencia en la historia. La caracterización de Marx de los estados sureños antes de la Guerra Civil de los Estados Unidos, por ejemplo, muestra un capitalismo que se desarrolló sobre la base de condiciones geográficas y demográficas muy distintas a las de Europa noroccidental. El análisis del capitalismo a nivel del modo de producción es entonces necesario pero insuficiente para ocuparse de las formaciones particulares en las que prevalece; luego, una explicación debidamente espaciotemporalizada debe relacionar al capitalismo con otros mecanismos para dar cuenta de la diversidad de modalidades de su proceso de expansión.

En cuanto a la fase documental, al emprender sus investigaciones en Londres, Marx tuvo a su disposición una enorme cantidad de fuentes a partir de las cuales elaborar sus teorías y análisis de casos específicos. Sin embargo, este archivo imperial tenía la desventaja de sus propias condiciones de posibilidad: sus fuentes fueron producidas desde relaciones sociales asimétricas y tendían a reflejar las posiciones de clase, género y colonial dominantes en la época. Marx era muy consciente de la ideología burguesa en sus fuentes y denunció la violencia del colonialismo detrás de las justificaciones “civilizatorias” de sus fuentes; sin embargo, la crítica de la ideología es un procedimiento negativo que no puede sustituir los contenidos positivos de las fuentes, y por tanto el sesgo espaciotemporal eurocéntrico en su archivo fue un problema permanente para la investigación de Marx, y esto le representó un gran obstáculo al estudiar algunos temas principalmente desde literatura secundaria.

De este modo, aunque Marx no mantuvo una visión exotizada de las sociedades no europeas, las limitaciones de su archivo lo llevaron a la problemática teoría del “modo de producción asiático”, al cual

abandonó cuando nuevas investigaciones en la década de 1870 mostraron que las comunidades indias habían seguido otros patrones de desarrollo social. Las investigaciones de autores posteriores basadas en fuentes no disponibles para Marx, pero que han seguido su teoría y método (por ejemplo, trabajos de Eric Williams, John Haldon, Jairus Banaji y Chris Wickham), han dado cuenta de formaciones no occidentales y no capitalistas, mostrando que la concepción marxiana de la historia posterior a los *Grundrisse* no es eurocéntrica. En esta línea, hemos argumentado que algunos análisis historiográficos recientes han profundizado y hecho más precisas las explicaciones de Marx mediante operaciones como el análisis espacial-demográfico (como respecto a la composición de la Comuna), el desplazamiento del enfoque hacia procesos periféricos (como en el caso de los territorios occidentales en la crisis que llevó a la Guerra Civil en los Estados Unidos), y la ampliación de las escalas espaciotemporales (para explicar los orígenes del capitalismo). De este modo, la espaciotemporalización muestra ser un medio útil para producir explicaciones históricas más precisas y matizadas.

Finalmente, hemos argumentado que la exposición del conocimiento histórico debe integrar la explicación sincrónica de los mecanismos reales abstractos con la diacrónica de los efectos de tales mecanismos en formaciones existentes, la cual necesariamente implica contingencia. Marx considera que la explicación de un proceso social no es simplemente una *re*-presentación, sino la exposición –presentación– de resultados producidos por la mediación de la teoría. Esta exposición, señala, debe mostrar la necesidad en el movimiento de la forma, de modo que parezca una construcción *a priori*. No obstante, este concepto de exposición debe incorporar la narración para explicar los procesos históricos existentes. Por ello, en concordancia con la teoría de Ricoeur, planteamos que los modos sincrónico y diacrónico de la explicación se refieren, respectivamente, a las dimensiones configurante y episódica de la narración.

La reconstrucción del concepto bajtiniano de cronotopo, mediante la teoría de los tropos de White y la narratología de Ricoeur, nos

provee la totalización apropiada para la narrativa historiográfica. Mientras que tropos y conceptos se encuentran en la base del cronotopo configurativo, la dimensión episódica del cronotopo depende en particular de la trama, la cual está directamente relacionada con la periodización establecida por el cronotopo. En la narración historiográfica, la forma de la trama debe ser no-lineal para que pueda dar cuenta de la complejidad de los procesos históricos existentes. La novela, tal y como la caracteriza Bajtín, a diferencia de los géneros premodernos analizados como modelos de trama en la *Metahistoria* de White, es de este modo la forma literaria más cercana a las necesidades de la explicación narrativa requerida por la concepción marxiana de la historia.

En la medida en que la historiografía tiene autoridad en las luchas por la memoria colectiva entre diferentes actores sociales en conflicto, el cronotopo historiográfico está íntimamente determinado por el sujeto que lo formula: al referirse a un tipo particular de proceso o acontecimiento, no toda figura o forma literaria está disponible para cada actor social específico. La formulación del cronotopo es entonces una acción de toma de posición por parte de un sujeto, mediante la cual se articulan lo cognitivo, lo político y lo estético, siendo el primero el que debe imperar, pues desde una concepción realista la función primaria de la historiografía es la de dar cuenta de los mecanismos en juego en un objeto historiográfico.

Por tanto, el conocimiento histórico no puede aislarse de sus propias condiciones históricas; la misma ontología de la historicidad surgió con el desarrollo capitalista. Marx formuló su concepción de la historia desde dentro de los conflictos sociales de su época y de su visión (y de Engels) del socialismo científico: su abordaje ha buscado explicar la historia de modo que las clases trabajadoras lograran mayor claridad y control sobre sus propias condiciones sociales. Este aspecto nos permite resaltar una última y fundamental diferencia entre las respectivas ontologías de la historia de Marx y Ricoeur: mientras que el primero estudia la historia en función de la emancipación política, el último, en contraste, considera que la función

primaria de la historia es el recuerdo y el homenaje a nuestros muertos (Ricoeur, 1996, p. 806). De este modo, aunque Ricoeur caracteriza la investigación histórica como una disciplina científica y literaria, su perspectiva es en última instancia eticista: una aproximación que disuelve el conflicto social en un juego abstracto de Otriedades. La concepción marxiana, por otra parte, afirma el carácter inherentemente político –además de científico y literario– de la historiografía, al concebir la historia principalmente a través de –o, mejor dicho, *como*– la contradicción.³

El carácter crítico del abordaje de Marx es enriquecido por su espaciotemporalización, la cual hace visibles las relaciones, dinámicas y distribuciones asimétricas de los actores sociales: en contraste con el eticismo de Ricoeur, prioriza el reconocimiento de los “ancestros esclavizados” vencidos y muestra las violencias que padecieron, a la vez que traza continuidades con conflictos actuales (Benjamin, 2018, p. 314). De allí que la concepción de Marx de la historia como un proceso en marcha, constituido por una diversidad de espaciotiempos, apunte además a su transformación, lo cual es imposible desde una concepción que considera que la historia se refiere exclusivamente al pasado.

El potencial filosófico y teórico del concepto de historia de Marx se logra mejor entonces, como afirmaba Luxemburgo, al ponerlo en diálogo con nuestros problemas actuales. Este libro ha sostenido que el “mejor Marx” para la producción de un conocimiento crítico de la historia es aquel cuya concepción –en los niveles ontológico, teórico-metodológico y expositivo– nos capacita para esclarecer la heterogeneidad de los procesos históricos mediante una totalización integrativa y espaciotemporalizada, en lugar de hacerlo desde una perspectiva reductiva. Si este libro ha aportado en este sentido, habremos contribuido, aunque sea modestamente, con el desarrollo tanto de la filosofía de la historia como de la política emancipatoria basada en la obra de Marx.

³ Sobre esta oposición entre ética y política, ver la crítica al Marx levinasiano de Dussel en Bruno Bosteels (2012, pp. 299-310).

Bibliografía

- Adorno, Theodor W. (1984). *Dialéctica Negativa*. Madrid: Taurus.
- Adorno, Theodor W. (2000). *Introduction to Sociology*. Stanford: Stanford University Press.
- Agamben, Giorgio (1993). *Infancy and History*. Londres y Nueva York: Verso.
- Ahmad, Aijaz (1994). In *Theory, Classes, Nations, Literatures*. Londres y Nueva York: Verso.
- Althusser, Louis (2005 [1965]). *For Marx*. Londres y Nueva York: Verso.
- Althusser, Louis y Etienne Balibar (2004). *Para leer el capital*. México: Siglo XXI.
- Amin, Samir (1976). *Unequal Development. An Essay on the Social Formations of Peripheral Capitalism*. Sussex: Harvester Press.
- Anderson, Kevin B. (2010). *Marx at the Margins. On Nationalism, Ethnicity y Non-Western Societies*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.

Anievas, Alex y Kerem Nişancıoğlu (2015). *How the West Came to Rule. The Geopolitical Origins of Capitalism*. Londres: Pluto Press.

Ankersmit, Frank (2001). *Historical Representation*. Stanford: Stanford University Press.

Ankersmit, Frank (2009). White's New Neo-Kantianism. En Frank Ankersmit, Ewa Domańska et al. (eds.), *Refiguring Hayden White* (pp. 34-53). Stanford: Stanford University Press.

Ankersmit, Frank (2012). *Meaning, Truth, and Reference in Historical Representation*. Ithaca: Cornell University Press.

Antonio, Robert J. (1981). Immanent Critique as the Core of Critical Theory: Its Origins and Developments in Hegel, Marx and Contemporary Thought. *The British Journal of Sociology*, 32 (3), 330-45.

Aricó, José (2009). *Marx y América Latina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Arrighi, Giovanni (2002). *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of Our Times*. Londres y Nueva York: Verso.

Aston, T.H. y C.H.E. Philpin (eds.) (2002). *The Brenner Debate. Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe*. Melbourne: Cambridge University Press.

Bakhtin, Mikhail Mikhailovich (1981). *The Dialogic Imagination*. Austin: University of Texas Press.

Balibar, Étienne (2009a). On the Basic Concepts of Historical Materialism. En Louis Althusser y Etienne Balibar, *Reading Capital*. Londres y Nueva York: Verso.

Balibar, Étienne (2009b). The Elements of the Structure and Their History. En Louis Althusser y Etienne Balibar, *Reading Capital*. Londres y Nueva York: Verso.

Balibar, Etienne (2014). *The Philosophy of Marx*. Londres y Nueva York: Verso.

Bambach, Charles (2009). Neo-Kantianism. En Aviezer Tucker (ed.), *A Companion to the Philosophy of History and Historiography*. Londres: Blackwell.

- Banaji, Jairus (2011). *Theory as History. Essays on Modes of Production and Exploitation*. Chicago: Haymarket.
- Banaji, Jairus (2013). Putting Theory to Work. *Historical Materialism*, 21 (4), 129-43.
- Bartolovich, Crystal y Neil Lazarus (eds.) (2002). *Marxism, Modernity and Postcolonial Studies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Basso, Lucca (2013). Between Pre-Capitalist Forms and Capitalism: The Problem of Society in the *Grundrisse*. En Riccardo Bellofiore, Guido Starosta et al (eds.), *In Marx's Laboratory. Critical Interpretations of the Grundrisse* (pp. 331-346). Chicago: Haymarket.
- Basso, Luca (2012). *Marx and Singularity. From the Early Writings to the Grundrisse*. Chicago: Haymarket.
- Baudrillard, Jean (2000). *El espejo de la producción*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Benjamin, Walter (2018). *Iluminaciones*. Madrid: Taurus.
- Bensaïd, Daniel (2003). *Marx intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica*. Buenos Aires: Herramienta.
- Berry, Christopher J. (2013). *The Idea of Commercial Society in the Scottish Enlightenment*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Bhaskar, Roy (1998). Facts and Values: Theory and Practice. En Margareth Archer, Roy Bhaskar et al (eds.), *Critical Realism. Essential Readings* (pp. 409-443). Londres y Nueva York: Routledge.
- Bhaskar, Roy (2008). *A Realist Theory of Science*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Black, Barbara J. (2000). *On Exhibit. Victorians and their Museums*. Charlottesville y Londres: University Press of Virginia.
- Blackburn, Robin (2011). *An Unfinished Revolution. Karl Marx and Abraham Lincoln*. Londres y Nueva York: Verso.
- Bloch, Ernst (2000 [1964]). *The Spirit of Utopia*. Stanford: Stanford University Press.

- Bloch, Ernst (2009 [1935]). *Heritage of Our Time*. Cambridge, Oxford y Boston: Polity Press.
- Bloch, Marc (1928). Pour une histoire comparée des sociétés européennes. *Revue de synthèse historique*, 46, 15-50.
- Bloch, Marc (2004). *The Historian's Craft*. Manchester: Manchester University Press.
- Bosteels, Bruno (2012). *Marx and Freud in Latin America*. Nueva York y Londres: Verso.
- Bourdieu, Pierre (1979 [1963]). *Algeria 1960: Essays*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bourdieu, Pierre (1990 [1982, 1987]). *In Other Words. Essays towards a Reflexive Sociology*. Stanford: Stanford University Press.
- Bourdieu, Pierre (1998 [1994]). *Practical Reason. On the Theory of Action*. Stanford: Stanford University Press.
- Bourdieu, Pierre (2000 [1997]). *Pascalian Meditations*. Cambridge: Polity Press.
- Bourdieu, Pierre (2005). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.
- Braudel, Fernand (1976). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Tomo 2. México: Fondo de Cultura Económica.
- Braudel, Fernand (1982 [1969]) *On History*. Chicago: University of Chicago Press.
- Braudel, Fernand (1984 [1979]). *Civilization and Capitalism. 15th to 18th Century. Volume 3: The Perspective of the World*. Londres: Collins.
- Brenner, Robert (1977). The Origins of Capitalist Development: a Critique of Neo-Smithian Marxism. *New Left Review*, I (104), 25-92.
- Briggs, Asa y Peter Burke (2005). *A Social History of the Media. From Gutenberg to the Internet*. Cambridge y Malden: Polity.
- Brown, Heather A. (2013). *Marx on Gender and the Family. A Critical Study*. Chicago: Haymarket.

- Burke, Peter (1996). *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*. Barcelona: Gedisa.
- Caimari, Lila (18 de julio de 2017). Una temporada en los archivos. *Revista Ñ. Clarín*. https://www.clarin.com/revista-enie/ideas/temporada-archivos_0_SJYUDbhB-.amp.html
- Carr, David (1991). *Time, Narrative, and History*. Bloomington: Indiana University Press.
- Carr, David (2014). *Experience and History. Phenomenological Perspectives on the Historical World*. Nueva York y Oxford: Oxford University Press.
- Carver, Terrell y Daniel Blank (2014). *A Political History of the Editions of Marx and Engels's German Ideology Manuscripts*. Nueva York: Palgrave MacMillan.
- Castells, Manuel (1977). *The Urban Question. A Marxist Approach*. Londres: Edward Arnold Publishers.
- Castells, Manuel (2010). *The Rise of the Network Society*. Londres: Wiley-Blackwell.
- Castree, Noel (2002). From Spaces of Antagonism to Spaces of Engagement. En Andrew Brown, Steve Fleetwood et al (eds). *Critical Realism and Marxism* (pp. 187-214). Londres y Nueva York: Routledge.
- Chakrabarty, Dipesh (2000). *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton y Oxford: Princeton University Press.
- Chibber, Vivek (2013). *Postcolonial Theory and the Specter of Capital*. Londres y Nueva York: Verso.
- Cohen, Gerald 1986, *La teoría de la historia de Karl Marx*. Madrid: Siglo XXI.
- Collier, Andrew (1994). *Critical Realism: an Introduction to Roy Bhaskar's Philosophy*. Londres y Nueva York: Verso.
- Collier, Andrew (1998). Stratified Explanation and Marx's Conception of History. En Margareth Archer, Roy Bhaskar et al (eds.), *Critical Realism. Essential Readings* (pp. 444-472). Londres y Nueva York: Routledge.
- Danto, Arthur C. (2007). *Narration and Knowledge*. Nueva York: Columbia University Press.

- Davis, Kathleen (2008). *Periodization and Sovereignty. How Ideas of Feudalism and Secularization Govern the Politics of Time*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Debord, Guy (1995 [1967]). *The Society of the Spectacle*. Cambridge: Zone Books.
- Deleuze, Gilles y Felix Guattari (1985 [1972]). *El Anti Edipo: Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós.
- Denemark, Robert A. y Kenneth P. Thomas (1988). The Brenner-Wallerstein Debate. *International Studies Quarterly*, 32 (1), 47-65.
- Derrida, Jacques (1996 [1995]). *Archive Fever: a Freudian Impression*. Londres y Chicago: University of Chicago Press.
- Dickman, Mark (12 de noviembre de 2014). Marx's Metaphor. *Red Wedge*. <http://www.redwedgemagazine.com/essays/marxs-metaphor>.
- Draper, Hal (1968). Karl Marx and Simon Bolivar: A Note on Authoritarian Leadership in a National-Liberation Movement. *New Politics*, VII (1), 64-77.
- Ducoudray-Holstein, Henri Lafayette (1831). *Histoire de Bolivar*. París: Alphonse Levavasseur Librairie.
- Dumont, Louis (1966). The "Village Community" from Munro to Maine. *Contributions to Indian Sociology*, 9, 67-89.
- Dunn, Stephen P. (2011). *The Fall and Rise of the Asiatic Mode of Production*. Londres, Boston, Melbourne y Henley: Routledge and Kegan Paul.
- Durkheim, Émile (2001). *The Elementary Forms of Religious Life*. Oxford: Oxford University Press.
- Dussel, Enrique (1985). *La producción teórica de Marx: un comentario a los Grundrisse*. México: Siglo XXI.
- Dussel, Enrique (1988). *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los manuscritos de 1861-63*. México: Siglo XXI.
- Dussel, Enrique (1993). *Las metáforas teológicas de Marx*. Navarra: Verbo Divino.

- Dussel, Enrique (1996). *The Underside of Modernity. Apel, Ricoeur, Rorty, Taylor, and the Philosophy of Liberation*. New Jersey: Humanities Press.
- Echeverría, Bolívar (1995). *Las ilusiones de la modernidad*. México: UNAM.
- Echeverría, Bolívar (2003-4). La historia como desencubrimiento. *Contra-historias*, 1, 29-34.
- Echeverría, Bolívar (2010). *La modernidad de lo barroco*. Mexico: Era.
- Echeverría, Bolívar (2011). *El materialismo de Marx. Discurso crítico y revolución*. México: Ítaca.
- Echeverría, Bolívar (2014). "Use Value". Ontology and Semiotics. *Radical Philosophy*, 188, 24-38.
- Edgley, Roy (1998). Reason as Dialectic: Science, Social Science and Socialist Science. En Margareth Archer, Roy Bhaskar, et al (eds.), *Critical Realism. Essential Readings* (pp. 395-408). Londres y Nueva York: Routledge.
- Edwards, Stewart (1973). *The Communards of Paris, 1871*. Londres: Thames and Hudson.
- Eichner, Carolyn J. (2004). *Surmounting the Barricades. Women in the Paris Commune*. Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press.
- Ekers, Michael, Gillian Hart, Stefan Kipfer y Alex Loftus (eds.) (2013). *Gramsci: Space, Nature, Politics*. Londres: Wiley-Blackwell.
- Elster, Jon (1982). The Case for Methodological Individualism. *Theory and Society*, 11 (4), 453-82.
- Engels, Frederick (1977 [1849]). Democratic Pan-Slavism. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 8* (pp. 362-378). Moscú: Progress Publishers.
- Ermarth, Elizabeth Deeds (1992). *Sequel to History. Postmodernism and the Crisis of Representational Time*. Princeton: Princeton University Press.
- Fabian, Johannes (2002). *Time and the Other*. Nueva York: Columbia University Press.
- Featherstone, Mike, Scott Lash y Roland Robertson (eds.) (1995). *Global Modernities*. Londres: Sage.

- Febvre, Lucien (1992 [1952]). *Combats pour l'Histoire*. Paris: Armand Colin.
- Foner, Eric (1995). *Free Soil, Free Labour, Free Men. The Ideology of the Republican Party before the Civil War*. Oxford y Nueva York: Oxford University Press.
- Foster, John Bellamy (2000). *Marx's Ecology. Materialism and Nature*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Foucault, Michel (1982 [1973]). *I, Pierre Rivière, Having Slaughtered My Mother, My Sister and My Brother. A Case of Parricide in the 19th Century*. Lincoln y Londres: Nebraska University Press.
- Foucault, Michel (1986 [1967]). Of Other Spaces, Heterotopias. *Diacritics*, 16 (1), 22-7.
- Foucault, Michel (1997 [1977]). Lives of Infamous Men. *Essential Works. Volume Three* (pp. 157-175). Nueva York: New Press.
- Foucault, Michel (2000). *Defender la sociedad*. México: FCE
- Foucault, Michel (2002 [1966]). *The Order of Things*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Foucault, Michel (2008). *Seguridad, territorio, población*. Madrid: Akal.
- Fracchia, Joseph (2004). On Transhistorical Abstractions and the Intersection of Historical Theory and Social Critique. *Historical Materialism*, 12 (3), 125-46.
- Fulbrook, Mary (2002). *Historical Theory*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Gadamer, Hans-Georg (2004 [1975]). *Truth and Method*. Londres: Bloomsbury.
- Gaddis, John Lewis (2004). *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*. Barcelona: Anagrama.
- Gallardo, Helio (1990). *Fundamentos de formación política. Análisis de coyuntura*. San José: DEI.
- García Linera, Álvaro (2015 [1989]). Kovalevsky y Marx. En Silvia de Alarcón y Vicente Prieto (eds.), *Karl Marx, Escritos sobre la comunidad ancestral* (pp. 103-164). La Paz: Vicepresidencia y Asamblea Legislativa del Estado Plurinacional de Bolivia.

- García Quesada, George (2013). Tiempo, trabajo y capital en Marx y Bourdieu: un metacomentario. En George García Quesada (ed.), *Asincronías: naturaleza, sociedad y cultura. Ensayos sobre el tiempo*. Heredia: Cuadernos Prometeo.
- Genovese, Eugene (1989). *The Political Economy of Slavery. Studies in the Economy and Society in the Slave South*. Middletown: Wesleyan University Press.
- Ginzburg, Carlo (1980). *The Cheese and the Worms*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Ginzburg, Carlo (2010). *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Goonewardena, Kanishka, Stefan Kipfer et al (2008). *Space. Difference, Everyday Life. Reading Henri Lefebvre*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Gottdiener, Mark (1993). A Marx for our time: Henri Lefebvre and the production of space. *Sociological theory*, 11 (1), 129-34.
- Gould, Carol 1980, *Marx's Social Ontology, Individuality and Community in Marx's Theory of Social Reality*, Cambridge y Londres: MIT Press.
- Gould, Roger (1995). *Insurgent Identities. Class, Community and Protest in Paris from 1848 to the Commune*. Chicago y Londres: University of Chicago Press.
- Grüner, Eduardo (1995). Foucault: una política de la interpretación. En Michel Foucault, *Nietzsche, Freud, Marx* (pp. 9-28). Buenos Aires: Al Cielo por Asalto.
- Grüner, Eduardo (2005). Marx, historiador de la praxis. En Karl Marx, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850* (pp. 11-96). Buenos Aires: Luxemburg.
- Grüner, Eduardo (2015). La importancia del capítulo XXIV de El Capital para la historia latinoamericana. *Ideas de Izquierda*, 18. <http://www.laizquierdadiario.com/ideasdeizquierda/la-importancia-del-capitulo-xxiv-de-el-capital-para-la-historia-latinoamericana/>
- Güendel, Hermann (2011). Marx sobre América Latina, revisión crítica de una enunciación eurocentrada. *Revista Praxis*, 67, 91-106.
- Guha, Ranahit (2002a). *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Barcelona: Crítica.

Guha, Ranahit (2002b). *La historia en el término de la historia universal*. Barcelona: Crítica.

Habermas, Jürgen (1990). *Conocimiento e interés*. Madrid: Taurus.

Habib, Irfan 2002, *Essays in Indian History: Towards a Marxist Perception*, Londres: Anthem Press.

Haldon, John (1993a). Theories of Practice: Marxist History-Writing and Complexity. *Historical Materialism*, 21 (4), 36-70.

Haldon, John (1993b). *The State and the Tributary Mode of Production*. Londres y Nueva York: Verso.

Hamilton, Carolyn, Veme Harris, Jane Taylor, Michele Pickover, Graeme Reici & Razia Saleh (eds.) (2002). *Refiguring the Archive*. Dordrecht: Springer.

Harootunian, Harry (2015a). Uneven Temporalities/Untimely Pasts: Hayden White and the Question of Temporal Form. En Robert Doran (ed.), *Philosophy of History after Hayden White* (pp. 119-150). Londres, Nueva Delhi, Nueva York y Sydney: Bloomsbury.

Harootunian, Harry (2015b). *Marx After Marx. History and Time in the Expansion of Capitalism*. Nueva York: Columbia University Press.

Hartley, George (2003). *The Abyss of Representation. Marxism and the Post-modern Sublime*. Durham y Londres: Duke University Press.

Hartog, François (2012). *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*. París: Éditions du Seuil.

Hartwig, Mervyn (ed.) (2007). *Dictionary of Critical Realism*. Londres y Nueva York: Routledge.

Harvey, David (1989). *The Urban Experience*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Harvey, David (1991 [1990]). *The Condition of Postmodernity*. Cambridge y Oxford: Blackwell.

Harvey, David (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.

- Harvey, David (2005 [2003]). *Paris, Capital of Modernity*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Harvey, David (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Harvey, David (2007 [1982]). *The Limits to Capital*. Londres y Nueva York: Verso.
- Harvey, David (2009). *Social Justice and the City*. Athens: University of Georgia Press.
- Harvey, David (diciembre de 2013). Es impresionante lo refrescante que es leer hoy el Manifiesto Comunista. *Ideas de Izquierda. Revista de Política y Cultura*, 6. <http://ideasdeizquierda.org/es-impresionante-lo-refrescante-que-es-leer-hoy-el-manifiesto-comunista/>.
- Harvey, David (2013). *A Companion to Marx's Capital Volume 2*. Londres y Nueva York: Verso.
- Harvey, David (3 de octubre de 2017). Reading *Capital*. *Jacobin Magazine*. <https://www.jacobinmag.com/2017/03/david-harvey-marxs-inferno-review-capital-grundrisse/>.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (2011). *Ciencia de la lógica. I. La lógica objetiva*. Madrid: Abada y Universidad Autónoma de Madrid.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (2004). *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*. México: Porrúa.
- Heller, Agnes (1986). *Teoría de las necesidades en Marx*. Barcelona: Ediciones Península.
- Heller, Agnes (1998). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Ediciones Península.
- Heller, Agnes (1990). *Can Modernity Survive?*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Hippisley, Gustavus (1819). *A Narrative of the Expedition to the Rivers Orinoco and Apuré, in South America*. Londres: John Murray Publisher.
- Hobsbawm, Eric (1998). *On History*. Londres: Abacus.
- Hobsbawm, Eric (2009). Introducción. En Karl Marx, *Formaciones económicas precapitalistas* (pp. 9-66). México: Siglo XXI.

- Horkheimer, Max (1973). *Crítica de la razón instrumental*. Buenos Aires: Suramericana.
- Horkheimer, Max (2003). *Teoría crítica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Husserl, Edmund (1962). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. México: Fondo de Cultura.
- Iggers, Georg G. (1968). *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*. Middletown: Wesleyan University Press.
- Iggers, Georg G., Edward Wang y Supriya Mukherjee (2008). *A Global History of Modern Historiography*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Ilyenkov, Ewald (2008 [1960]). *The Dialectics of the Abstract and the Concrete in Marx's Capital*. Delhi: Aakar.
- Jameson, Fredric (1971). *Marxism and Form*. Princeton: Princeton University Press.
- Jameson, Fredric (1989). *Documentos de cultura. Documentos de barbarie*. Madrid: Visor.
- Jameson, Fredric (1991). *Postmodernism or, the Cultural Logic of Late Capitalism*. Londres y Nueva York: Verso.
- Jameson, Fredric (2008a). *The Ideologies of Theory*. Londres y Nueva York: Verso.
- Jameson, Fredric (2008b). Marxism and Historicism. En *The Ideologies of Theory* (pp. 451-482). Londres y Nueva York: Verso.
- Jameson, Fredric (2010). *Valences of the Dialectic*. Londres y Nueva York: Verso.
- Jameson, Fredric (2012). *A Singular Modernity*. Londres y Nueva York: Verso.
- Jameson, Fredric (2014). *Representing Capital. A Reading of Volume One*. Londres y Nueva York: Verso.
- Jenkins, Keith (1997). On Being Open About Our Closures. En Jenkins, Keith (ed.), *The Postmodern History Reader* (pp. 1-30). Londres y Nueva York: Routledge.

- Jenkins, Keith (2003). *Re-Thinking History*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Jessop, Bob (1982). *The Capitalist State. Marxist Theories and Methods*. Oxford: Martin Robertson & Company.
- Johnson, Richard (1982). Reading for the Best Marx: History-Writing and Historical Abstraction. En Richard Johnson, Gregor McLennan et al (eds.), *Making Histories. Studies in History Writing and Politics* (pp. 153-201). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Jones, Richard (1852). *Text-book of Lectures on the Political Economy of Nations*. Hertford: Stephen Austin.
- Kaiwar, Vasant (2015). *The Postcolonial Orient*. Chicago: Haymarket.
- Kant, Immanuel (1998). *Crítica de la Razón Pura*. Madrid: Alfaguara.
- Karatani, Kojin (2003). *Transcritique. On Kant and Marx*. Londres y Cambridge: MIT Press.
- King, Ed (2007). British Newspapers 1800-1860. En *19th Century British Newspapers*. Detroit: Gale Cengage Learning. http://find.galegroup.com/bncn/BNCN_researchguide.htm.
- Kliman, Andrew (2007). *Reclaiming Marx's Capital. A Refutation of the Myth of Inconsistency*. Nueva York y Toronto: Lexington.
- Koivisto, Juha y Mikko Lahtinen (2012). Conjuncture. *Historical Materialism*, 20 (1), 267-77.
- Koselleck, Reinhart (2001). Espacio e historia. En *Los estratos del tiempo* (pp. 93-114). Barcelona: Paidós.
- Koselleck, Reinhart (2002). *The Practice of Conceptual History, Timing History, Spacing Concepts*. Stanford: Stanford University Press.
- Koselleck, Reinhart (2004 [1979]). *Futures Past. On the Semantics of Historical Time*. Nueva York: Columbia University Press.
- Koselleck, Reinhart (2010 [1975]). *historia / Historia*. Madrid: Trotta.
- Kosík, Karel (1976). *Dialéctica de lo concreto*. México: Grijalbo.

- Krader, Lawrence (1988). *Los apuntes etnológicos de Karl Marx*. Madrid: Siglo XXI.
- Kula, Witold (1979). *Teoría económica del sistema feudal*. México: Siglo XXI.
- LaCapra, Dominick (1983). *Rethinking Intellectual History*. Londres e Ithaca: Cornell University Press.
- Lacey, Hugh (2007). Explanatory Critique. En Mervyn Hartwig (ed.), *Dictionary of Critical Realism*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Lander, Edgardo (2006). Marxismo, eurocentrismo y colonialismo. En Atilio Borón, Javier Amadeo et al (eds.), *La teoría marxista hoy* (pp. 209-243). Buenos Aires: CLACSO.
- Lange, Oskar (1963). *Political Economy, Volume 1: General Problems*. Oxford, Londres, Nueva York, Toronto y Sydney: Pergamon Press.
- Langlois, Charles V. y Charles Seignobos (1904). *Introduction to the Study of History*. Nueva York: Henry Holt & Co.
- Lash, Scott y John Urry (1991). *Economies of Signs and Space*. Londres: Sage.
- Le Goff, Jacques (1991). *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona: Paidós.
- Lefebvre, Henri (1974a). *El materialismo dialéctico*. Buenos Aires: La Pléyade.
- Lefebvre, Henri (1974b). *Marx*. Madrid: Guadarrama.
- Lefebvre, Henri (1989). *La somme et le reste*. Paris: Méridiens Klincksieck.
- Lefebvre, Henri (1991 [1947]). *Critique of Everyday Life. I: Introduction*. Londres y Nueva York: Verso.
- Lefebvre, Henri (1992). *Éléments de rhythmanalyse*. Paris: Syllepse.
- Lefebvre, Henri (2000a [1968]). *Everyday Life in the Modern World*. Londres: Continuum.
- Lefebvre, Henri (2000b [1965]). *Métaphilosophie*. Paris: Syllepse.
- Lefebvre, Henri (2001 [1970]). *La fin de l'histoire*. Paris: Anthropos.
- Lefebvre, Henri (2002 [1961]). *Critique of Everyday Life II: Foundations for a Sociology of the Everyday*. Londres: Verso.

- Lefebvre, Henri (2004 [1992]). *Rhythmanalysis. Space, Time and Everyday Life*. Londres: Bloomsbury.
- Lefebvre, Henri (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Leslie, Esther (2016). *Liquid Crystals. The Science and Art of a Fluid Form*. Londres: Reaktion Books.
- Lévi-Strauss, Claude (1979). Nobles sauvages. En *Culture, science et développement: Contribution à une histoire de l'homme. Mélanges en l'honneur de Charles Morazé*. Toulouse: Privat.
- Levi, Giovanni (1991). On Microhistory. En Peter Burke (ed.), *New Perspectives on Historical Writing* (pp. 93-113). Cambridge: Polity Press.
- Lindner, Kolja (2010). Marx's Eurocentrism. *Postcolonial Studies and Marx Scholarship. Radical Philosophy*, 161, 27-41.
- Linton, Marissa (1997). Les femmes et la commune de Paris de 1871. *Revue Historique*, CCXCVI (1), 23-47.
- Löwith, Karl (1949). *Meaning in History: The Theological Implications of the Philosophy of History*. Londres y Chicago: University of Chicago Press.
- Löwy, Michael y Robert Sayre (2008). *Rebelión y melancolía. El romanticismo a contracorriente de la modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lukács, Georg (2013). *Historia y conciencia de clase*. Buenos Aires: R y R.
- Lukács, Georg (1978). *Ontology of Social Being. 2. Marx*. Londres: Merlin.
- Lukács, Georg (1980 [1978]). *Ontology of Social Being. 3. Labour*. Londres: Merlin.
- Luxemburgo, Rosa (1967). *La acumulación de capital*. México: Grijalbo.
- Marcuse, Herbert (1958). *Soviet Marxism*. Nueva York: Columbia University Press.
- Martineau, Jonathan (2016). *Time, Capitalism and Alienation. A Socio-Historical Inquiry into the Making of Modern Time*. Chicago: Haymarket.
- Marx, Karl (1961). Zur Kritik der Politische Ökonomie. En *Werke, Volume 13*. Berlin: Dietz Verlag.

Marx, Karl (1964). Futuros resultados de la dominación Británica en la India. En *Sobre el sistema colonial del capitalismo*. Buenos Aires: Editorial Estudio.

Marx, Karl (1971) *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador) 1857-1858. Grundrisse*. 3 tomos. Madrid: Siglo XXI.

Marx, Karl (1971b). *El capital, libro 1, capítulo VI (inédito). Resultados del proceso inmediato de producción*. México: Siglo XXI.

Marx, Karl (1982). En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel. En *Escritos de juventud* (pp. 491-502). México: Fondo de Cultura Económica.

Marx, Karl (1982a [1846]). Marx to Pavel Vasilyevich Annenkov. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 38*. Moscú: Progress Publishers.

Marx, Karl (1982c [1857]). Blum. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 18*. Moscú: Progress Publishers.

Marx, Karl (1984b [1861]). The British Cotton Trade. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 19*. Moscú: Progress Publishers.

Marx, Karl (1984d [1861]). The Crisis in England. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 19*. Moscú: Progress Publishers.

Marx, Karl (1984f [1862]). A Treaty Against the Slave Trade. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 19*. Moscú: Progress Publishers.

Marx, Karl (1984g [1861]). Economic Notes. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 19*. Moscú: Progress Publishers.

Marx, Karl 1984h [1861]. Progress of Feeling in England. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 19*. Moscú: Progress Publishers.

Marx, Karl (1984h [1861]). The Intervention in Mexico. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 19*. Moscú: Progress Publishers.

Marx, Karl (1984i [1861]). The opinion of the Newspapers and the Opinion of the People. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 19*. Moscú: Progress Publishers.

Marx, Karl (1985a [1861]). Marx to Engels. [Londres,] 5 July 1861. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 41*. Moscú: Progress Publishers.

- Marx, Karl (1985b [1862]). Marx to Engels. [Londres,] 17 November [1862]. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 41*. Moscú: Progress Publishers.
- Marx, Karl (1985c [1862]). Marx to Engels. [Londres] 10 September [1862]. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 41*. Moscú: Progress Publishers.
- Marx, Karl (1987b [1865]). Marx to Engels. [Londres,] 20 November 1865. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 42*. Moscú: Progress Publishers.
- Marx, Karl (1988a). Extractos de Marx. Tomados de Henry Sumner Maine, *Lectures on the Early History of Institutions*. En Lawrence Krader, *Los apuntes etnológicos de Karl Marx*. Madrid: Siglo XXI.
- Marx, Karl (1988b). Extractos de Marx. Tomados de John Budd Phear, *The Aryan Village*. En Lawrence Krader, *Los apuntes etnológicos de Karl Marx*. Madrid: Siglo XXI.
- Marx, Karl (1989a [1871]). Marx to Ludwig Kugelmann. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 44*. Moscú: Progress Publishers.
- Marx, Karl (1989b [1886]). Marx to Otechestvennive Zapiski. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 24*. Moscú: Progress Publishers.
- Marx, Karl (1989c [1871]). Marx to Edwards Spencer Beesly. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 44*. Moscú: Progress Publishers.
- Marx, Karl (1992 [1881]). Marx to Ferdinand Domela Nieuwenhuis. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 46*. Moscú: Progress Publishers.
- Marx, Karl (2001). *Manuscritos de economía y filosofía*. Madrid: Alianza.
- Marx, Karl (2003). *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Alianza.
- Marx, Karl (2008). *Contribución a la crítica de la economía política*. México: Siglo XXI.
- Marx, Karl (2009). *El capital. Crítica de la economía política*. Tomo 1. México: Siglo XXI.
- Marx, Karl (2009b). *La Guerra Civil en Francia*. Buenos Aires: Libros de Anarres.
- Marx, Karl (2010). *El capital. Crítica de la economía política*. Tomo 2. México: Siglo XXI.

Marx, Karl (2011). *El capital. Crítica de la economía política*. Tomo 3. México: Siglo XXI.

Marx, Karl (2014). Tesis sobre Feuerbach. En Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*. Madrid: Akal.

Marx, Karl y Friedrich Engels (1961). *Werke, Volume 13*. Berlin: Dietz Verlag.

Marx, Karl y Friedrich Engels (1962). *Werke, Volume 23*. Berlin: Dietz Verlag.

Marx, Karl y Friedrich Engels (1972). *Materiales para la historia de América Latina*. Córdoba: Ediciones Pasado y Presente.

Karl Marx y Friedrich Engels (1973b). *La Guerra Civil en los Estados Unidos*. México: Roca.

Marx, Karl y Friedrich Engels (1983). *Werke, Volume 42*. Berlin: Dietz Verlag.

Karl Marx y Friedrich Engels (2013). *Manifiesto del Partido Comunista*. Buenos Aires: Herramienta.

Marx, Karl y Friedrich Engels (2014). *La ideología alemana*. Madrid: Akal.

Marx, Karl y Frederick Engels (1975-95). *Collected Works*. 50 volúmenes. Londres: Lawrence & Wishart.

Marx, Karl y Frederick Engels (1982a [1857]). Bennisgen. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 18*. Moscú: Progress Publishers.

Marx, Karl y Frederick Engels (1982b [1858]). Beresford. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 18*. Moscú: Progress Publishers.

Marx, Karl y Frederick Engels (1984b). Index of Quoted and Mentioned Literature. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 19*. Moscú: Progress Publishers.

Marx, Karl y Frederick Engels (1986a). Index of Quoted and Mentioned Literature. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 22*. Moscú: Progress Publishers.

Marx, Karl y Frederick Engels (1986b). Index of Quoted and Mentioned Literature. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 28*. Moscú: Progress Publishers.

- Marx, Karl y Frederick Engels (1986c). *Notes*. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 22*. Moscú: Progress Publishers.
- Marx, Karl y Frederick Engels (1987). Index of Quoted and Mentioned Literature. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 29*. Moscú: Progress Publishers.
- Marx, Karl y Frederick Engels (1988 [1932]). *Economic and Philosophic Manuscripts of 1844 and the Communist Manifesto*. Amherst: Prometheus.
- Marx, Karl y Frederick Engels (1996). Index of Quoted and Mentioned Literature. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 35*, Moscú: Progress Publishers.
- Marx, Karl y Frederick Engels (1997). Index of Quoted and Mentioned Literature. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 36*. Moscú: Progress Publishers.
- Marx, Karl y Frederick Engels (1998). Index of Quoted and Mentioned Literature. En *Marx and Engels Collected Works, Volume 37*. Moscú: Progress Publishers.
- Massey, Doreen (2005). *For Space*. Los Angeles, Londres, New Delhi, Singapore y Washington D.C.: Sage.
- Masur, Gerhard (2008). *Simón Bolívar*. Bogotá: FICA.
- May, Robert E. (2002). *Manifest Destiny's Underworld. Filibustering in Antebellum America*. Chapel Hill y Londres: The University of North Carolina Press.
- Mbembe, Achille (2002). The Power of the Archive and its Limits. En Carolyn Hamilton, Veme Harris et al (EDS.), *Refiguring the Archive* (pp. 19-26). Dordrecht: Springer.
- McDonough, Tom (ed.) (2004). *Guy Debord and the Situationist International: Texts and Documents*. Cambridge: MIT Press.
- McFarlane, Bruce, Steve Cooper y Miomir Jaksic (2005). The Asiatic Mode of Production: A New Phoenix, Part 1. *Journal of Contemporary Asia*, 35 (3), 283-318.

McLennan, Gregor (1981). *Marxism and the Methodologies of History*. Londres: New Left Books y Verso.

McLennan, Gregor (1982). Philosophy and History: Some Issues in Recent Marxist Theory. En Richard Johnson, Gregor McLennan et al (eds.), *Making Histories. Studies in History Writing and Politics* (pp. 133-152). Minneapolis: University of Minnesota Press.

McNally, David (2012). *Monsters of the Market. Zombies, Vampires and Global Capitalism*. Chicago: Haymarket.

Meek, Ronald R. (1967). The Scottish Contribution to Marxist Sociology. En *Economics and Ideology and Other Essays* (pp. 34-50). Londres: Chapman and Hall.

Meek, Ronald R. (1977). *Smith, Marx and After. Ten Essays in the Development of Economic Thought*. Londres: Chapman & Hall.

Merriman, John (2014). *Massacre, The Life and Death of the Paris Commune of 1871*. New Haven y Londres: Yale University Press.

Merryman, Peter (2012). Human Geography without Time-Space. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 37, 13-27.

Mészáros, Istvan (2008). *The Challenge and Burden of Historical Time: Socialism in the Twenty-First Century*. Nueva York: Monthly Review Press.

Molotch, Harvey (1993). The Space of Lefebvre. *Theory and Society*, 22 (6), 887-95.

Moseley, Fred (2016). *Money and Totality. A Macro-Monetary Interpretation of Marx's Logic in Capital and the End of the "Transformation Problem"*. Leiden y Boston: Brill.

Musto, Marcello (2010). History, Production and Method. En Marcello Musto (ed.), *Karl Marx's Grundrisse. Foundations of the Critique of Political Economy 150 Years Later* (pp. 3-32). Londres y Nueva York: Routledge.

Negri, Antonio (1991). *Marx Beyond Marx. Lessons on the Grundrisse*. Londres y Nueva York: Pluto y Autonomedia.

Nietzsche, Friedrich (1993). *El origen de la tragedia*. Madrid: Alianza, 1993.

- Nussbaum, Frederick L. (2002). *An Early History of the Economic Institutions of Europe*. Washington D.C.: Beard Books.
- O'Farrell, Clare (2005). *Michel Foucault*. Londres, Thousand Oaks y Nueva Delhi: Sage.
- O'Leary, Brendan (1989). *The Asiatic Mode of Production. Oriental Despotism, Historical Materialism and Indian History*. Oxford y Cambridge, Massachusetts: Basil Blackwell.
- Osborne, Peter (2000). *Philosophy in Cultural Theory*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Osborne, Peter (2006). *Marx*. Nueva York y Londres: Granta.
- Osborne, Peter (2010). *The Politics of Time*. Londres y Nueva York: Verso.
- Osborne, Peter (2013). Global Modernity and the Contemporary: Two Categories of the Philosophy of Historical Time. En Chris Lorenz y Berber Bevernage (eds.), *Breaking Up Time: Negotiating the Borders Between Present, Past and Future* (pp. 69-84). Göttingen: Van den Hoeck & Ruprecht.
- Osborne, Peter (2013). *Anywhere or Nowhere at All. Philosophy of Contemporary Art*. Londres y Nueva York: Verso.
- Osborne, Peter (2015). Out of Sync: Tomba's Marx and the Problem of a Multi-layered Temporal Dialectic. *Historical Materialism*, 23 (4), 39-48.
- Osborne, Peter (2016). Marx After Marx After Marx After Marx. *Radical Philosophy*, 200, 47-51.
- Parry, Benita (2004). *Postcolonial Studies: A Materialist Critique*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Paul, Herman (2015). *Key Issues in Historical Theory*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Pepperell, Nicole (2010). *Disassembling Capital* [Tesis de Doctorado en Filosofía]. Royal Melbourne Institute of Technology.
- Petrović, Gajo (1991). Praxis. En Tom Bottomore et al., *A Dictionary of Marxist Thought* (pp. 435-440). Oxford y Malden: Blackwell.

Postone, Moishe (2003). *Time, Labor and Social Domination. A Reinterpretation of Marx's Critical Theory*, Cambridge: Cambridge University Press.

Pradella, Lucia (2014). *Globalization and the Critique of Political Economy: New Insights from Marx's Writings*. Londres: Routledge.

Prawer, Siegbert S. (1978). *Karl Marx and World Literature*. Oxford, Nueva York y Melbourne: Oxford University Press.

Prins, Gwyn (1991). Oral History. En Peter Burke (ed.), *New Perspectives on Historical Writing* (pp. 120-156). Cambridge: Polity Press.

Quijano, Anibal (2014 [2000]). Colonialidad del poder y clasificación social. En *Cuestiones y horizontes. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad / descolonialidad del poder* (pp. 285-327). Buenos Aires: CLACSO.

Ransom, Roger L. (1989). *Conflict and Compromise. The Political Economy of Slavery, Emancipation and the American Civil War*. Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press.

Redfern, Nick (2013). Film Style and Narration in *Rashomon*. *Journal of Japanese and Korean Cinema*, 5 (1-2), 21-36.

Richards, Thomas (1993). *The Imperial Archive. Knowledge and the Fantasy of Empire*. Londres y Nueva York: Verso.

Ricoeur, Paul (1990). *Freud: una interpretación de la cultura*. México: Siglo XXI editores.

Ricoeur, Paul (1996). *Tiempo y narración. Tomo 3: el tiempo narrado*. México: Siglo XXI.

Ricoeur, Paul (2003). *Tiempo y narración. Tomo 1: Configuración del tiempo en el relato histórico*.

Ricoeur, Paul (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

México: Siglo XXI.

Ricoeur, Paul (2008). *Tiempo y narración. Tomo 2: Configuración del tiempo en el relato de ficción*. México: Siglo XXI.

- Roberts, William Clare (2017). *Marx's Inferno. The Political Theory of Capital*. Princeton y Oxford: Princeton University Press.
- Roemer, John (ed.) (1986). *Analytical Marxism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Roque Baldovinos, Ricardo (2007). La deuda orientalista: el marxismo y la cuestión colonial. *Estudios Centroamericanos*, 62 (707), 843-48.
- Rodolsky, Roman (2004). *Génesis y estructura del capital*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Rose, Gillian (2009 [1981]). *Hegel contra Sociology*. Londres y Nueva York: Verso.
- Rougerie, Jacques (1964). *Procès des communards*. París: Juillard.
- Rougerie, Jacques (2004). *Paris libre 1871*. París: Seuil.
- Rovatti, Pier Aldo y Gianni Vattimo (1995). *El pensamiento débil*. Madrid: Cátedra.
- Runkle, Gerald (1964). Karl Marx and the American Civil War. *Comparative Studies in Society and History*, 6 (2), 117-141.
- Sadler, Simon (1999). *The Situationist City*. Cambridge: MIT Press.
- Sáenz de Sicilia, Andrés (2016). *The Problem of Subsumption in Kant, Hegel and Marx* [Tesis de Doctorado en Filosofía]. Kingston University.
- Said, Edward (2003 [1978]). *Orientalism*. Londres: Penguin.
- Saito, Kohei (2014). The Emergence of Marx's Critique of Modern Agriculture. *Monthly Review*, 66 (5). <https://monthlyreview.org/2014/10/01/the-emergence-of-marxs-critique-of-modern-agriculture/>
- Sánchez Vásquez, Adolfo (2003 [1967]). *Filosofía de la praxis*. México: Siglo XXI.
- Sartre, Jean-Paul (1963 [1960]). *Search for Method*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- Sartre, Jean-Paul (1963). *Crítica de la razón dialéctica*. Buenos Aires: Losada.
- Sassen, Saskia (2008). *Territory, Authority, Rights: From Medieval to Global Assemblages*. Princeton: Princeton University Press.

- Saussure, Fernand (1959). *Course in General Linguistics*. Nueva York: The Philosophical Library.
- Sayer, Andrew (1992). *Method in Social Science. A Realist Approach*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Sayer, Andrew (1998). Abstraction: A realist interpretation. En Margaret Archer, Roy Bhaskar et al (eds.), *Critical Realism. Essential Readings* (pp. 120-143). Londres y Nueva York: Routledge.
- Sayer, Andrew (2000). *Realism and Social Science*. Los Angeles, Londres, Nueva Delhi, Singapore y Washington D.C.: Sage.
- Sayer, Derek (1979). *Marx's Method. Ideology, Science and Critique in 'Capital'*. Sussex y Nueva Jersey: Harvester Press y Humanities Press.
- Sayer, Derek (1987). *The Violence of Abstraction. The Analytical Foundations of Historical Materialism*. Nueva York y Oxford: Blackwell.
- Scaron, Pedro (1972). A modo de introducción. En Karl Marx y Friedrich Engels, *Materiales para la historia de América Latina* (pp. 5-19). Córdoba: Ediciones Pasado y Presente.
- Schmidt, Alfred (1977). *El concepto de naturaleza en Marx*. España: Siglo XXI.
- Scott, Michael (2013). *Space and Society in the Greek and Roman Worlds*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Shanin, Theodor (1990). *El Marx tardío y la vía rusa*. Madrid: Editorial Revolución.
- Silva, Ludovico (1975). *El estilo literario de Marx*. Mexico: Siglo XXI.
- Silva, Ludovico (2009 [1975]). *Anti-manual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos*. Caracas: Monte Ávila.
- Smith, Tony (1997). Marx's Theory of Social Forms and Lakatos's Methodology of Scientific Research Programs. En Fred Moseley y Martha Campbell (eds.), *New Investigations of Marx's Method* (p. 176-188). Amherst y Nueva York: Humanity Books.
- Soja, Edward (1989). *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. Londres-Nueva York: Verso.

- Sperber, Jonathan (2013). *Karl Marx, a Nineteenth-Century Life*. Nueva York y Londres: Liveright Publishing.
- Spivak, Gayatri (1999). *Critique of Postcolonial Reason*. Cambridge y Londres: Harvard University Press.
- Stoler, Ann Laura (2002). Colonial Archives and the Arts of Governance: On the Content in the Form. En Carolyn Hamilton, Veme Harris et al (eds.), *Refiguring the Archive* (pp. 83-102). Dordrecht: Springer.
- Stone, Lawrence (1979). The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History. *Past and Present*, 85, pp. 3-24.
- Tally Jr., Robert T. (2013). *Spatiality*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Taylor, Peter J. (2012). History and Geography. Braudel's "Extreme *Longue Durée*" as Generics? En Richard E. Lee (ed.), *The Longue Durée and World Systems Analysis* (pp. 35-64). Albany: State University of New York Press.
- Thomas, Edith (2007). *The Women Incendiaries*. Chicago: Haymarket.
- Thompson, Paul (2000). *The Voice of the Past. Oral History*. Oxford: Oxford University Press.
- Thrift, Nigel (1996). *Spatial Formations*. Londres: Sage.
- Tilly, Charles (2006). Historical Analysis of Political Processes. En Jonathan Turner (ed.), *Handbook of Sociological Theory*. Nueva York: Springer.
- Tomba, Massimiliano (2013a). *Marx's Temporalities*. Chicago: Haymarket.
- Tomba, Massimiliano (2013b). Pre-Capitalistic Forms of Production and Primitive Accumulation. Marx's Historiography from the *Grundrisse* to *Capital*. En Riccardo Bellofiore, Guido Starosta et al (eds.), *In Marx's Laboratory. Critical Interpretations of the Grundrisse* (pp. 393-411). Chicago: Haymarket.
- Tombazos, Stavros (2014). *Time in Marx*. Chicago: Haymarket.
- Tombs, Robert (1999). *The Paris Commune, 1871*. Londres y Nueva York: Longman.
- Tomlinson, George (2015). *Marx and the Concept of Historical Time* [Tesis de Doctorado en Filosofía]. Kingston University.

- Trotsky, Leon (1985). *Historia de la revolución rusa*. 2 tomos. Madrid: Sarpe.
- Vilar, Pierre (1999 [1980]). *Iniciación del análisis del vocabulario histórico*. Barcelona: Crítica.
- Vilar, Pierre (1983). *Economía, derecho, historia*. Barcelona: Ariel.
- Vogel, Lise (2013 [1983]). *Marxism and the Oppression of Women. Towards a Unified Theory*. Chicago: Haymarket.
- Wacquant, Loïc (1985). Heuristic Models in Marx's Theory. *Social Forces*, 64 (1), 17-45.
- Wainwright, Joel (2013). Uneven Developments: From the Grundrisse to Capital. En Riccardo Bellofiore, Guido Starosta et al (eds.), *In Marx's Laboratory. Critical Interpretations of the Grundrisse* (pp. 371-392). Chicago: Haymarket.
- Wallerstein, Immanuel (1974). *The Modern World-System. Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*. Londres, Nueva York y San Francisco: Academic Press.
- Wallerstein, Immanuel (1993). The World System after the Cold War. *Journal of Peace Research*, 30 (1), 1-6.
- Wallerstein, Immanuel (2001). *Unthinking Social Science. The Limits of Nineteenth-Century Paradigms*, Second Edition. Cambridge: Polity Press.
- Wallerstein, Immanuel (2004). *World-Systems Analysis. An Introduction*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Wallerstein, Immanuel (2011). *Historical Capitalism with Capitalist Civilization*. Londres y Nueva York: Verso.
- Walsh, William H. (1968). *Introducción a la filosofía de la historia*. México: Siglo XXI.
- Weber, Max (2001). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- White, Hayden (1978). *Tropics of Discourse: Essays on Cultural Criticism*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.


- White, Hayden (1992) *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: FCE.
- White, Hayden (2010) The “Nineteenth Century” as Chronotope. En *The Fiction of Narrative* (pp. 237-246). Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Wickham, Chris (2005). *Framing the Early Middle Ages. Europe and the Mediterranean, 400-800*. Oxford: Oxford University Press.
- Wiener, Joel H. (2015). The Nineteenth Century and the Emergence of a Mass Circulation Press. En Martin Conboy y John Steel (eds.), *The Routledge Companion to British Media History*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Wittfogel, Karl (1963). *Oriental Despotism*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- Wolff, Robert Paul (1988). *Moneybags Must Be So Lucky. On the Literary Structure of Capital*. Amherst: MIT Press.
- Wood, Ellen M. (2002 [1999]). *The Origin of Capitalism. A Longer View*. Londres y Nueva York: Verso.
- Wood, Ellen M. (2010). Historical Materialism in ‘Forms which Precede Capitalist Production’. En Marcello Musto (ed.), *Karl Marx’s Grundrisse. Foundations of the Critique of Political Economy 150 Years Later* (pp. 79-92). Londres y Nueva York: Routledge.
- Zingarelli, Andrea (2016). Asiatic Mode of Production: Considerations on the Ancient Egypt. En Laura de Graca y Andrea Zingarelli (eds.), *Studies on Pre-Capitalist Modes on Production* (pp. 27-76). Chicago: Haymarket.
- Žižek, Slavoj (1994). *Tarrying With the Negative*. Durham: Duke University Press.

Sobre el autor

George García Quesada es historiador y filósofo. Trabaja como catedrático de la Universidad de Costa Rica, cuya *Revista de Filosofía* dirige. En esta institución es también investigador del Instituto de Investigaciones Filosóficas y del Centro de Investigaciones Históricas de América Central. Es además miembro del grupo de investigación *Herencias y perspectivas del marxismo* del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Entre sus libros se encuentran *Las sombras de la modernidad. La crítica de Henri Lefebvre a la cotidianidad moderna; Formación de la clase media en Costa Rica. Economía, sociabilidades y discursos políticos (1890-1950); Asincronías: naturaleza, sociedad y cultura. Ensayos sobre el tiempo* (editor); y, con Héctor Hernández Gómez y Álvaro Rojas Salazar, *Control social e infamia: tres casos en Costa Rica (1938-1965)*.

Sus líneas de investigación abarcan la filosofía de la historia y de la historiografía, la estética política, la historia intelectual y de los discursos, y la historia del capitalismo en América Latina. Actualmente prepara investigaciones sobre alienación y cine, y sobre la historia del Estado benefactor en Costa Rica.



Este libro establece un diálogo entre la concepción de Marx sobre la historia y algunos problemas actuales de filosofía de la historia, mediante el análisis de las categorías espacio social y tiempo social. Sus textos buscan comprender el corpus marxiano en sus aspectos filosóficos, históricos y filológicos, para resaltar las posibilidades de la teoría e investigación histórica de Marx para dar cuenta de totalizaciones complejas y desarrollos desiguales.



CLACSO